



FABIÁN NOVAK | JORGE ORTIZ
(EDITORES)

EL PERÚ Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL PERÚ Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Fabián Novak y Jorge Ortiz
(editores)

EL PERÚ Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

El Perú y la Primera Guerra Mundial
Fabián Novak y Jorge Ortiz (editores)

© Fabián Novak y Jorge Ortiz, 2014

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: diciembre de 2014

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-17984

ISBN: 978-612-317-060-8

Registro del Proyecto Editorial: 31501361401133

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

ÍNDICE

Presentación	
<i>Fabián Novak y Jorge Ortiz</i>	9
Los orígenes de la Primera Guerra Mundial	
<i>José A. Pacheco de Freitas</i>	11
La posición internacional del Perú ante la Primera Guerra Mundial	
<i>Fabián Novak</i>	67
La economía peruana durante y después de la Primera Guerra Mundial	
<i>Luis Felipe Zegarra</i>	101
El Perú y los aspectos militares de la guerra	
<i>Jorge Ortiz Sotelo</i>	131
El diario de un limeño que murió en la Primera Guerra Mundial	
<i>Giovanni Bonfiglio</i>	173
Consecuencias de la Primera Guerra Mundial en el Perú	
<i>Josefina del Prado</i>	195
Sobre los autores	219

PRESENTACIÓN

Al cumplirse cien años del inicio de la Primera Guerra Mundial, el Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú y el Instituto Peruano de Economía y Política (IPEP) han creído conveniente llevar adelante una publicación colectiva destinada a reflexionar académicamente sobre esta conflagración global, en particular, en lo referente a su vinculación con el Perú.

En este sentido, para cumplir con este propósito, se consideró pertinente dividir la obra en seis capítulos. El primero de ellos, a cargo de José Pacheco, analiza las causas que determinaron el inicio de la Gran Guerra, los bloques antagónicos existentes y el contexto de la crisis de 1914, así como las acciones adoptadas por las potencias intervinientes y su importancia en el desencadenamiento del conflicto. El segundo ensayo, elaborado por Fabián Novak, se dedica más bien a estudiar la posición internacional asumida por el Perú frente a esta guerra, pasando de una neutralidad benévola en los primeros años para luego derivar en el rompimiento de relaciones diplomáticas con Alemania, como consecuencia del hundimiento del vapor peruano *Lorton* y, con ello, asumir un abierto apoyo a la causa aliada. El tercer capítulo de Luis Felipe Zegarra lleva adelante un estudio del comportamiento de la economía peruana antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial y cómo esta fue afectada por el conflicto, para lo cual analiza el comercio exterior, los aspectos monetarios, la evolución de la producción y otras cuentas nacionales.

El cuarto capítulo, a cargo de Jorge Ortiz, ingresa a los aspectos militares de la guerra y su vinculación con el Perú. En tal sentido, da cuenta de los peruanos participantes en la guerra tanto a favor de los aliados como de Alemania; como también acerca de la guerra marítima frente a las costas del océano Pacífico Sur y la participación del Perú. También refiere la presencia de buques alemanes en puertos peruanos y de naves peruanas en Europa. El quinto capítulo, de Giovanni Bonfiglio, busca analizar la transformación de los inmigrantes europeos y su asimilación a la sociedad peruana en el periodo previo a la Primera Guerra Mundial y los intentos de sus gobiernos de origen por contrarrestar tal coyuntura. Para ello, se concentra fundamentalmente en los casos de ítalo-peruanos que pelearon en la Primera Guerra Mundial, en particular a partir del diario de un limeño de origen italiano. Finalmente, la obra concluye con el estudio de Josefina del Prado, quien analiza las consecuencias que se derivaron de la Primera Guerra Mundial para el mundo y, en especial, para el Perú.

Estamos seguros de que la calidad de los artículos y de los autores que participan en esta publicación será del agrado de los lectores a los que va dirigida. Asimismo, la revisión de sus páginas será de utilidad no solo para repensar sobre este histórico conflicto que involucró a las potencias de la época sino también sobre la posición asumida por el Perú en este contexto y las consecuencias que se derivaron a partir de este para nuestro país.

Fabián Novak y Jorge Ortiz

LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL¹

José A. Pacheco de Freitas

La parálisis de los pueblos bombardeados es uno de los resultados más trágicos de la invasión. El alma de uno se rebela ante esta insensible desorganización de innumerables actividades útiles. Comparada con las ciudades del norte, Rheims está relativamente menos dañada; pero por esa misma razón la parálisis de la vida parece más fútil y cruel. La plaza de la catedral estaba vacía; todas las casas alrededor estaban cerradas. Y ahí, delante de nosotros, se erguía la Catedral —una catedral, en verdad, porque no era la que siempre habíamos conocido—. Era, de hecho, como ninguna catedral sobre la tierra. [...] Y la impresión era todavía más maravillosa por el sentido de su evanescencia; el conocimiento de que esta es la belleza de la enfermedad y la muerte, de que cada una de las estatuas transfiguradas se desmoronaría bajo las lluvias otoñales, de que cada una de las piedras rosadas o doradas ya estaba carcomida por dentro, de que la catedral de Rheims brillaba y moría delante de nosotros como la puesta del sol [...].

Edith Wharton

¹ Quiero agradecer a Ada Inés Sánchez Echevarría por sus valiosos comentarios y correcciones. Por supuesto, los errores que pudiera tener la versión final son de exclusiva responsabilidad mía.

1. INTRODUCCIÓN

La Primera Guerra Mundial fue, a la vez, el obituario de un mundo lleno de ilusión y grandes expectativas y el levantamiento del telón del violento, peligroso y paranoico siglo XX; una tragedia que constituyó el hecho fundacional del nuevo siglo. Supuso el fin del mundo decimonónico, con la fe de la civilización europea en el progreso humano, en que la expansión económica y social mejoraría el nivel general de vida de su población y en la existencia de una sociedad internacional basada en valores compartidos que extenderían el bienestar, la educación y la cultura. A cien años de su inicio, es pertinente reflexionar sobre la visión que hoy se tiene de esta catástrofe, después de una centuria de investigación histórica.

Existe una amplia corriente en la historiografía contemporánea que estudia las dos guerras mundiales como un solo proceso histórico, incluso se las trata como una nueva «Guerra de los Treinta Años». Sin embargo, para la memoria colectiva europea de la primera mitad del siglo XX, con la probable excepción de Rusia, la primera fue siempre «la Gran Guerra», el conflicto bélico que destruyó el mundo que conocían, malogró a sus jóvenes y diezmó a las poblaciones que la sobrevivieron: tras 1914, los números de las víctimas y los soldados pasaron a contarse en millones, no en miles. Ante esta imagen, la Segunda Guerra Mundial es la continuación de una enfermedad, una calamidad que azotó a comunidades que ya conocían la catástrofe, que ya estaban traumatizadas. Pese a la espantosa incorporación de nuevos horrores como el holocausto judío, los bombardeos masivos indiscriminados sobre poblaciones civiles o la llegada del temor permanente a la guerra nuclear, no es en 1939 donde está ubicado el horror en Europa, sino en 1914: en Verdún, Ypres o Somme, y no en las playas de Normandía o el sitio de Stalingrado.

Adicionalmente, está el problema de la culpa por la catástrofe. A diferencia del debate sin solución sobre la responsabilidad por los eventos de 1914, sobre 1939 se cierne la sombra de Adolfo Hitler y el

nacionalsocialismo como la encarnación de la responsabilidad por las tragedias de la Segunda Guerra Mundial, idea que pese a su inexactitud facilita aceptar la tragedia como obra de la maldad (Taylor, 1964, pp. 7-12).

En 1939 existía además el argumento de las condiciones de la paz de París de 1919 como causas de la nueva guerra, el temor a las tres cabezas del Cerbero totalitarista —el estalinismo, el nazismo, el fascismo—, la gravísima crisis económica de 1929 e incluso, o sobre todo, el malestar con la civilización, la percepción colectiva de que el siglo XX se había iniciado con una catástrofe fundacional y que la humanidad corría el peligro de aniquilarse a sí misma. Al contrario, se puede sostener que en la Primera Guerra Mundial no hubo culpables, que no es lo mismo que argüir que todos fueron inocentes: los líderes civiles y militares de los países beligerantes tuvieron, cada uno en distinta medida, responsabilidad por la catástrofe.

Antes de 1914 el sentido de lo trágico para las élites y la burguesía europeas eran sucesos como el naufragio del Titanic, asuntos domésticos como el incendio de un teatro en Viena o los desastres naturales (Hobsbawm, 1989, p. 328). Hacía un siglo que el mundo no conocía guerras masivas, que no veía grandes ejércitos como los movilizados en las guerras de la Revolución francesa en la década de 1790 o las napoleónicas en la década siguiente. La guerra de Crimea de 1853-1856 era la última guerra general, la cual había sido apropiadamente solucionada por el concierto de naciones europeas en una de las numerosas conferencias internacionales que se celebraron entre 1814 y 1914, un siglo de paz en la política internacional.

Es cierto que existían bárbaros que azotaban las puertas del reino, presentes en las revueltas domésticas de 1830 y 1848, que llevaron a Karl Marx y Friedrich Engels a proclamar que un espectro recorría Europa. Si bien estas pretendidas revoluciones propiciaron cambios de régimen en algunos Estados europeos, estos no son factores explicativos ni relevantes para una revisión de los orígenes de la Primera Guerra Mundial.

Sí pueden ser considerados hitos en el largo proceso de consolidación del parlamentarismo democrático y el auge del liberalismo en Europa, con las paradojas que ocasionó la expansión de los derechos ciudadanos *vis-à-vis* la necesidad de los gobiernos de mantener el control de las sociedades de masas, asunto que excede al presente estudio. De hecho, Ferguson identifica el triunfo del republicanismo sobre el monarquismo como una consecuencia de la Gran Guerra (1998, p. 434), aunque este parece ser un supuesto de falsa causalidad.

Aquel mundo de paz cesó en el verano boreal de 1914. El debate sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial ocupa bibliotecas enteras y hoy es imposible que alguna persona pueda estudiar todo lo que se ha dicho y escrito al respecto. La pregunta fundamental que se hacen desde hace cien años el historiador, el académico, el político, el militar y, sobre todo, el ciudadano europeo es por qué se fue a la guerra. Una respuesta apropiada requiere considerar un sinnúmero de factores desde el punto de vista de múltiples actores internacionales y sus agentes domésticos. Como recuerda Christopher Clark, en un trabajo reciente que habrá de convertirse en el nuevo manual sobre la Gran Guerra, si la investigación sobre la crisis de los misiles de 1962 en Cuba, en la cual solo había dos potencias en disputa, ha generado montañas de libros y análisis sin que estén completamente esclarecidos los hechos, una crisis como la de 1914, con al menos cinco actores de igual importancia involucrados, evidentemente ofrecerá muchas más dificultades (Clark, 2013, p. xxv).

Entre los debates historiográficos fundamentales están, sean cuales fueran las razones del inicio de la guerra, i) por qué se produjo en 1914 y no en alguna de las varias crisis anteriores, ii) si pudo ser evitada y iii) si hay algún Estado o gobierno responsable por ella. Estas consideraciones le dan contenido a la Gran Guerra como problema histórico y exigen al historiador pensar el mundo de 1914 desde la sociedad de aquella época, con los ojos de esa era y no con los actuales, con la información a la que entonces tenían acceso los tomadores de decisiones.

Este trabajo se concentrará en ello, estableciendo un diálogo entre las variables y factores más amplios, por ejemplo la estructura del sistema internacional, y los más específicos, como el proceso de toma de decisiones de un gobierno determinado. Solo a partir de esa dialéctica se podrá encontrar respuestas completas y satisfactorias, motivo por el cual es el método empleado por la historiografía contemporánea más relevante.

En seguimiento de un método que haga dialogar entre sí a las estructuras y a los accidentes, en las secciones 2 y 3 de este ensayo se presentarán las explicaciones más citadas sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, el sistema de alianzas que dividió a Europa en dos bloques antagónicos y las acciones alemanas basadas en la asignación de culpa del Tratado de Versalles, para proceder a desmontarlas y exponer su insuficiencia. En la sección 4 se expondrán los factores de tensión en la política internacional, para presentar el contexto de la crisis de 1914, y en la sección 5 se explorarán las acciones adoptadas por las potencias intervinientes en ella, con especial énfasis en los procedimientos de toma de decisiones. A continuación, en la sección 6 se identificarán algunas propuestas alternativas para considerar dicho contexto, en particular estudios sobre las percepciones que buscan anacronismos. Finalmente se ofrecerán las conclusiones pertinentes.

2. LA ESTRUCTURA DEL SISTEMA INTERNACIONAL HACIA 1914

En el Congreso de Viena de 1814-1815 las potencias europeas, incluyendo tanto las vencedoras como las vencidas, consolidaron un sistema edificado sobre la base de la estabilidad y el balance de poder —valores compartidos por todas ellas—, el cual permitió evitar guerras generales durante cien años, desde el final de las guerras napoleónicas hasta 1914. Durante el siglo XIX los conflictos internacionales fueron localizados, con ejemplos concretos como las tres guerras de la unificación alemana, dirigidas sucesivamente contra los ducados daneses

de Schleswig y Holstein en 1864, contra Austria en 1866 y contra Francia en 1870-1871; las batallas marginales del proceso análogo italiano (Solferino y Magenta en 1859); y las escaramuzas periódicas entre Rusia y Austria —y sus respectivos satélites— por el reparto de los territorios del Imperio otomano en Europa, especialmente en los Balcanes.

El sistema experimentó una serie de cambios profundos tras la unificación alemana en 1871, que modificó la correlación de fuerzas entre las potencias europeas y sacó de quicio el balance de poder preexistente. Desde su nacimiento, la Alemania unificada supuso un problema para otros Estados. En primer lugar, para el antiguo imperio austriaco, derrotado en la lucha por el predominio en el mundo germánico y con su estatus de gran potencia en tela de juicio. Tras la victoria alemana, Berlín se alió con Viena para poner freno a los intereses rusos en Europa oriental, en una muestra más de la flexibilidad de los alineamientos en política internacional antes del siglo XX. En segundo lugar, del mismo modo que el auge prusiano se dio a costa de la ocupación de la Silesia austriaca en 1740, la consolidación de la unificación alemana supuso una herida permanente en el orgullo nacional francés tras la anexión de las regiones de Alsacia y Lorena y la coronación del káiser Guillermo I en el palacio de Versalles. A diferencia de Austria, Francia jamás podría ser un aliado alemán y mantendría una posición irredentista respecto a sus provincias ocupadas, con lo cual se hacía sumamente improbable un nuevo concierto europeo que incluyera a París y Berlín. Se debe tener en cuenta que la otrora poderosa Francia borbónica había sido por doscientos años el titán que amenazaba la paz en Europa, el formidable opositor al equilibrio de poder y, por ello, fue combatida por sucesivas coaliciones en batallas que a menudo fueron libradas, con gran costo económico y social, en los territorios que luego serían unificados bajo la nueva corona alemana².

² Entre ellas, la Guerra de los Treinta Años en 1618-1848, la Guerra de Sucesión Española en 1701-1714, la Guerra de Sucesión Austriaca en 1740-1748, la Guerra de los Siete años en 1756-1763, las guerras de la Revolución francesa en 1792-1802 y las Guerras Napoleónicas en 1803-1815.

En tercer lugar, Alemania se convertiría poco a poco en el gran rival de la potencia dominante a fines del siglo XIX, el Reino Unido. Para Gran Bretaña, las ambiciones alemanas por «encontrar un lugar bajo el sol», el aumento de su potencial naval y sus aspiraciones de expansión colonial en ultramar supusieron un serio cuestionamiento que eventualmente debía recibir respuesta. Las relaciones entre Alemania y el Reino Unido serán presentadas más adelante, dada su relevancia en el debate sobre los orígenes de la Gran Guerra.

Teniendo en cuenta estos factores, mientras Otto von Bismarck fue el canciller de Alemania³, el nuevo Estado unificado mantuvo una actitud prudente en su política exterior, al fomentar la estabilidad internacional a partir del control de la política exterior de su vecino germánico, Austria, y al oponerse a las incursiones rusas en los Balcanes a partir de su alianza con Viena. El interés alemán era restablecer el balance de poder en Europa, tras haber puesto fin al *statu quo* preexistente a su unificación. En este sentido, el equilibrio forjado en 1815 a partir de los valores compartidos entre las potencias fue reemplazado por las maniobras diplomáticas de Bismarck, a menudo secretas, que dependían de su intervención personal y de continuas gestiones diplomáticas y ajustes periódicos sobre la base de los intereses de las potencias. El nuevo equilibrio europeo, posterior a la unificación alemana, careció de los cimientos morales del sistema de 1814, pues se asentó sobre intereses cada vez más difíciles de conciliar.

Cuando Bismarck dejó el gobierno en 1890, tras la asunción de Guillermo II como káiser, el nuevo régimen no mantuvo la actitud prudente de buscar la recuperación del equilibrio de poder en Europa, sino que optó por reclamar un lugar de mayor importancia, acorde a cómo percibía su propio poder en ascenso. Ello empujó progresivamente

³ En el gobierno federal alemán, el canciller (*Bundeskanzler*) es el jefe de gobierno, equivalente a un primer ministro. No debe confundirse con el título usualmente aplicado a los ministros de Relaciones Exteriores en otros países.

a París y San Petersburgo a un entendimiento, una entente, sobre sus propias ambiciones: recuperar Alsacia y Lorena, en el caso francés, y expandirse en Europa oriental, en el caso ruso. Si bien las diferencias ideológicas entre una Francia burguesa y liberal y el régimen zarista reaccionario demoraron el acercamiento, la política exterior agresiva de Guillermo II, el emperador de Alemania, llevaron al establecimiento de una entente ruso-francesa en 1894 (Kennedy, 1988, p. 250).

De este modo, teniendo en cuenta que el Reino Unido mantenía su política de «espléndido aislamiento» frente a los asuntos continentales europeos, se habían formado dos parejas de potencias que se contrapesaban recíprocamente. Partiendo de la percepción de que Francia y Alemania tenían intereses nacionales incompatibles, por las razones expuestas al inicio de esta sección, para fines del siglo XIX el Reino Unido mantenía su independencia; es así que se volvió un asunto imperioso para las duplas continentales que ello se mantuviera así o, mejor aún, que Londres se incorporara a una de las dos alianzas. La posición inglesa en el sistema europeo era sumamente ambigua, a caballo entre seguir siendo el fiel de la balanza entre las dos coaliciones y mantener su vinculación flexible con Francia y Rusia. Es sostenible que la demora en la definición de su alineamiento con las potencias continentales dificultó su intención de contener a Alemania y Rusia en julio de 1914.

Es pertinente aclarar que, en términos generales, las ententes —«entendimiento» en francés— no establecían obligaciones internacionales, sino que tenían un carácter político, por lo que se parecen más a los memorandos de entendimiento contemporáneos. Se distinguían de los tratados, acuerdos que por su naturaleza incorporan derechos y obligaciones para las partes. De hecho, las ententes se formalizaban posteriormente en instrumentos específicos, como, por ejemplo, los acuerdos navales. Para el Reino Unido esta distinción fue de suma importancia y por ello, como se verá más adelante, sus contrapartes —Francia y Rusia— siempre tuvieron dudas sobre el grado de compromiso británico.

La situación descrita generó una rigidez en las alianzas que restó flexibilidad a la política internacional, con consecuencias como la dificultad en el cálculo del poder relativo de los Estados y la disminución de la capacidad de maniobra de la diplomacia. Casi no existían precedentes de alianzas militares permanentes en tiempos de paz y tanto el anquilosamiento de la negociación internacional como la creciente injerencia militar en las decisiones políticas, a menudo circunvalando a los servicios exteriores, no eran características típicas del sistema internacional europeo, sino que fueron más bien un elemento coyuntural propio del contexto prebélico europeo.

En 1914 ningún Estado europeo deseaba iniciar una guerra general; es incluso cuestionable que consideraran un conflicto acotado como las de las décadas de 1850 y 1860⁴. Las numerosas confrontaciones entre las potencias por asuntos coloniales o particiones de los territorios del Imperio otomano siempre fueron solucionadas en una conferencia internacional o con un acuerdo entre las partes concernidas. No eran gobiernos pacifistas, es claro, pero si bien se preparaban constantemente para la guerra, sus cancillerías evitaron llegar a la guerra general, escenario que unánimemente consideraban sería una catástrofe. Por ejemplo, en 1905, con una Rusia muy debilitada tras su derrota en la guerra con Japón y sumida en una grave crisis interna, el alto mando alemán procuró convencer al káiser Guillermo II de atacar a Francia, aislada por la difícil situación de su aliado ruso. Alemania no atacó, sino que avanzó sus designios imperialistas en Marruecos, un asunto manejable que no podría iniciar una guerra general. De hecho, no hubo guerra y la crisis se solucionó una vez más en una conferencia internacional.

Sidney Fay, uno de los primeros grandes historiadores del conflicto, propuso en 1928 el sistema de alianzas como una de las causas estructurales de la Gran Guerra, cuando Europa gradualmente se dividió en dos bloques en oposición. Desde entonces ha sido un lugar común

⁴ Para esta sección sobre las perspectivas de guerra en 1914 y la formación de las alianzas, véase Hobsbawm (1989, pp. 311-314).

concentrarse en la estructura del sistema internacional para explicar la conflagración. De hecho, MacMillan sostiene que la formación y el desarrollo de las alianzas debilitaron el concierto europeo, y propiciaron la llegada de la guerra. En igual medida, las alianzas aumentaron el poder y la confianza de sus miembros, a la par que debilitaron e hicieron más inseguro el sistema (MacMillan, 2013, p. 27). Sin embargo, las alianzas no son en sí mismas causa de las guerras. De hecho, durante veinte años Bismarck maniobró una tupida red de alianzas para mantener la paz. El sistema de alianzas solo se convirtió en un problema cuando estas se anquilosaron, cuando se hicieron permanentes, y, especialmente, cuando las disputas entre ellas se convirtieron en problemas inmanejables. Es sostenible que en 1914 la guerra se inició porque, luego de sucesivas crisis, los miembros de las alianzas decidieron ponerlas a prueba, para confirmar que los compromisos acordados serían respetados. Paradójicamente, la naturaleza de las alianzas en tiempos de paz es prevenir la ocurrencia de la guerra, servir como una variable disuasiva en la política internacional. Como recuerdan Williamson y May,

Si las alianzas no logran disuadir, entonces se vuelven operacionales, peligrosas y proclives a escalar. Estos acuerdos de largo plazo, entonces novedosos en las relaciones internacionales, aseguraron la expansión de la guerra en lugar de convertirse en un medio para evitarla. Entenderlas continúa siendo esencial para explicar la tormenta de fuego que azotó Europa durante un periodo de diez días a fines de julio e inicios de agosto de 1914 (2007, p. 345).

Con todo, recurrir a la explicación del sistema europeo de dos alianzas en oposición es una construcción *ex post facto*. Las narrativas de posguerra operan como un libro abierto, tras la abundante documentación publicada por los gobiernos intervinientes y una larga serie de trabajos académicos que buscan explicar los eventos. Pero la mayor parte de la profusa red de tratados sobre la que reposaba dicho sistema eran acuerdos secretos o, más precisamente, que debían permanecer ocultos (Hamilton & Herwig, 2003, p. 22). No es cierto que, como se suele

leer en los manuales de historia, los dos campos estuvieran claramente delimitados. Como recuerda Clark, Francia y Alemania llegaron a un acuerdo en 1909 sobre la cuestión marroquí y en 1910 representantes de Alemania y Rusia se reunieron para solucionar sus diferencias sobre sus intereses en Turquía y Persia. Incluso, si bien es cierto que Alemania pasó a ser el gran enemigo imaginado para el Reino Unido, al reemplazar a Rusia y el «gran juego», hubo importantes voces en Londres que consideraban la amenaza rusa sobre la India y el Asia Central mayor a la alemana sobre el mar o el continente. Estos gestos eran señales significativas de la posibilidad de una distensión en la política internacional y de que el futuro, la guerra de 1914, no estaba determinado (Clark, 2013, pp. 166-167). Si bien los acuerdos coadyuvaban a la catástrofe, no fueron factores estructurales del sistema europeo, sino el resultado de ajustes de corto plazo: sin la derrota en 1905 en la guerra con Japón, Rusia no hubiera abandonado sus designios en el Asia Central y pasado a concentrar su atención en los Balcanes; sin la llegada al poder del canciller inglés sir Edward Grey, Alemania no hubiera pasado a ser el asunto central de la política exterior británica. Así, lo pequeño, lo contingente, puede hacer la diferencia sobre el tapiz de la gran historia.

El paso de lo necesario a lo contingente, de las grandes causas —como los cambios en la estructura del sistema internacional— a las causas inmediatas —como las vicisitudes en la toma de decisiones—, permite retomar la importancia del diálogo entre las teorías estructurales y las explicaciones causales, entre la gran historia y la pequeña historia. Efectivamente existía una Europa dividida en dos bandos, pero esa estructura internacional no es suficiente para explicar por qué en 1914 se inició la guerra, si necesariamente debía haber alguna guerra o si la explicación sistémica esconde otras causas. Sí puede sostenerse que el debate interno en cada Estado era buscar el momento propicio, o el menos desfavorable, para iniciar las hostilidades. El problema del origen de la guerra no pasa entonces por identificar al agresor, sino que se encuentra en la naturaleza de una situación internacional deteriorada

progresivamente que los gobiernos no pudieron controlar (Hobsbawm, 1989, p. 312). Por ello, las preguntas más apropiadas sobre el origen de la Gran Guerra, cien años después, deben dirigirse no a lo que se sabe hoy, sino a lo que sabían los tomadores de decisiones en 1914. Este punto de vista genera un interés en los procedimientos gubernamentales y burocráticos, asunto que orientará la narrativa que se presenta en este ensayo. Como explica Clark:

Este gran punto de inflexión [...] ayuda a explicar la emergencia de las *estructuras* en las cuales se hizo posible una guerra continental. Pero no puede explicar las razones específicas por las cuales el conflicto se precipitó. Para poder hacerlo, necesitamos examinar cómo los procesos de toma de decisiones dieron forma a determinadas políticas y cómo la vaga red de alianzas continentales se vio entrelazada con los conflictos que se desarrollaban en la península balcánica (2013, p. 167).

Respecto a los procesos de toma de decisiones, es una ilusión pensar los actores estatales de 1914 —Francia, Alemania, Rusia— como entidades que decidían sobre la guerra; en políticos o gobernantes específicos hablando en el nombre de sus naciones. La información fluía o se detenía, sin control ni orden, entre embajadores, ministros y funcionarios. Era poco claro a quién le correspondía tomar las decisiones, tanto a nivel organizacional como legal. No se sabía a nombre de quién hablaba la prensa o cuán susceptibles a su presión eran los tomadores de decisiones. Estos son problemas que hoy subsisten en diverso grado, pero que en 1914 eran particularmente graves, con esta caótica multiplicidad de voces que generó incertidumbre y que tuvo mucho que ver con la forma en que se respondió al asesinato de Francisco Fernando en cada país y en cada estamento (Clark, 2013, pp. 168-170). Es por ello que Clark prefiere perder de vista el «por qué» para concentrarse en el «cómo» se inició la guerra. Es en la sucesión de eventos, en el «cómo», que se podrá encontrar respuestas más completas, sutiles y satisfactorias para el «por qué».

3. LA CULPA Y LA HISTORIOGRAFÍA

Entre las primeras reflexiones sobre las causas de la Gran Guerra destacan la interpretación de la Rusia revolucionaria, el nuevo régimen ruso que había derrocado al zar y hecho la paz con Alemania, y la de las potencias que vencieron a Alemania. Para intelectuales socialistas como Vladimir Lenin o Rosa Luxemburgo, el imperialismo fue el causante de la guerra, propuesta que ya no es considerada válida en la historiografía, excepto, claro está, para cierta posición ideológica⁵. La acusación genérica del imperialismo de las potencias pasó a una acusación específica contra una de ellas, Alemania, plasmada en la sección sobre la culpabilidad alemana del Tratado de Versalles, que formalmente puso fin a la guerra con Berlín⁶. El estudio de la Gran Guerra siempre ha estado condicionado por la idea de la culpa alemana, ya sea para afirmarla, matizarla o refutarla.

Para los diplomáticos del siglo XIX pensar la guerra en términos de culpabilidad habría sido inadmisibile: las guerras eran herramientas políticas, eventos recurrentes que formaban parte del devenir de la política internacional. De acuerdo con Hamilton y Herwig:

Prácticamente todas las potencias veían la guerra no como inmoral o como un acto de desesperación [...]. Alemania e Italia llegaron a ser Estados nacionales a través de la guerra. Con la excepción de Austria-Hungría, cada una de las potencias de 1914 había iniciado guerras coloniales [...]. La Gran Bretaña de la reina Victoria era tal vez el ejemplo más notorio, habiendo iniciado campañas militares durante cada uno de los años de su largo reinado (1837-1901) (2010, p. 229).

⁵ Por ejemplo, los panfletos escritos en 1916, como el de Vladimir Lenin, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism. A Popular Outline*; y el de Rosa Luxemburgo, *The War and the Workers*.

⁶ Mediante el Tratado de Versalles se hizo la paz con Alemania. Hubo tratados de paz específicos para cada uno de los Estados derrotados: Saint Germain, con Austria; Trianon, con Hungría; Sèvres, con Turquía; y Neuilly, con Bulgaria. Véase Hobsbawm (1995, p. 31).

La célebre frase de Clausewitz resume este orden de ideas: la guerra era efectivamente la continuación de la política por otros medios. Sin embargo, la figura de la culpabilidad alemana proveyó de un punto inicial al debate sobre los orígenes de la guerra. El valioso estudio de Annika Mombauer sobre las controversias y consensos respecto a los orígenes de la Gran Guerra sitúa este punto inicial en dos miradas: el deseo alemán de liberarse de la percepción de culpabilidad y la demanda de la sociedad internacional por comprender el conflicto y evitar su recurrencia. La culpa ha sido así un campo fértil para la historia de la Gran Guerra. De hecho, la disciplina de las relaciones internacionales nació ante el horror de 1914, con el establecimiento de la cátedra Woodrow Wilson en la Universidad de Aberystwyth en 1919, para procurar estudiar cómo se llegó a la guerra y cómo prevenir que ello ocurriera nuevamente.

Es importante descartar la noción de culpabilidad como un problema histórico. Eric Hobsbawm sugiere que la culpa es un problema moral, que solo concierne a la historia periféricamente. Es innegable que había posiciones agresivas y defensivas y que en las guerras de expansión colonial había una potencia atacante y un territorio de ultramar atacado, pero también es ampliamente conocido que a inicios del siglo XX las guerras todavía eran hechos regulares y normales en la conducción de la política internacional. Se esperaba, e incluso se temía, que cualquier Estado tomara la iniciativa militar. Como concluye el historiador inglés, aún no se aplicaba el eufemismo «ministerio de Defensa» a los «ministerios de Guerra» (Hobsbawm, 1989, p. 310).

Adicionalmente, asumir una posición acusatoria sobre la culpa requiere probar que, sin la acción criminal voluntaria, o al menos sin la negligencia criminal, de los líderes gubernamentales involucrados, la guerra no habría sucedido. Típicamente, los historiadores que parten de la culpa proponen análisis contrafácticos o buscan asignar o refutar responsabilidades apriorísticamente. Desde un punto de vista metodológico ambas suelen ser recetas para hacer mala historia.

Aun asumiendo que estos caminos puedan ser apropiados, los archivos correspondientes fueron distorsionados incluso antes de que empezara la guerra, cuando los gobiernos involucrados en las tensiones que condujeron a ella buscaron escapar a su eventual responsabilidad (Clark, 2013, pp. 560-561; Laqueur, 2013).

Luego de Versalles, el primer país en desafiar el «veredicto de la historia» fue, como era de esperarse, Alemania, que estableció el Centro para el Estudio de la Cuestión de la Culpa por la Guerra, que publicó más de cuarenta volúmenes de fuentes que vindicaban las acciones alemanas. El Reino Unido respondió con los trece volúmenes de los *British Documents on the Origins of the War*; Francia hizo lo propio con los cuarenta y un tomos de los *Documents diplomatiques français* y el nuevo Estado austriaco publicó nueve volúmenes en defensa de la política exterior de su predecesor imperial. Siempre revolucionario, el gobierno soviético no defendió al antiguo régimen zarista, sino que denunció sus inequidades, reveló sus secretos y lo acusó de imperialista en el «Archivo Rojo»⁷.

A partir de estas consideraciones, y sin que ello haya impedido que resurjan las narrativas acusatorias, progresivamente la historiografía dejó de concentrarse en atribuir o refutar culpas y responsabilidades, para llegar a un punto de vista más balanceado. Este consenso fue considerado un revisionismo sobre la noción de la culpa alemana y se basó en la copiosa evidencia disponible, que mostraba cómo todas las partes involucradas asumieron riesgos y tomaron decisiones que contribuyeron a que la guerra fuera más probable. En palabras de Fay, escritas en 1928:

Ningún historiador serio acepta más el *dictum* de los aliados victoriosos de 1919 de que Alemania y sus aliados eran los únicos responsables. Todos concuerdan en que la responsabilidad está dividida; simplemente difieren sobre la responsabilidad relativa de cada una de las grandes potencias (1966, p. 17).

⁷ Información enumerada en Evans (2014).

El mayor desarrollo en esta línea, y todavía el trabajo más influyente y completo sobre la Gran Guerra, es la obra de Luigi Albertini, publicada en 1942, que ofrece en tres tomos una presentación sutil de los individuos que tomaron, o evitaron tomar, las decisiones que llevaron a la guerra. El autor italiano concluye que el camino a la guerra, un proceso complejo y confuso, se dio con una responsabilidad compartida entre todos los participantes. Como un péndulo, el consenso que supuso el trabajo de Albertini fue cuestionado en 1969 por el historiador alemán Fritz Fischer, quien sostenía que hubo una estrategia premeditada en Alemania que llevó a la Gran Guerra: «su tesis fundamental: el Estado autoritario del imperio buscaba el ascenso de Alemania a potencia mundial a cualquier precio y solo así se explican los acontecimientos de 1914; ese sería su verdadero núcleo» (Käppner, 2014). De acuerdo con Fischer, el káiser Guillermo II y sus ministros provocaron el conflicto con una combinación de factores internos e internacionales: el deseo de distraer y disciplinar a los socialistas y otros elementos insubordinados en la sociedad alemana y su ambición expansionista y revisionista del sistema internacional⁸.

El problema de las narrativas acusatorias es que son teleológicas. Su principal interés no es histórico, sino que buscan demostrar la culpa del acusado y, por ello, llevan al historiador a seleccionar e interpretar la evidencia en función a probar un caso, el cual, a su vez, puede estar motivado por una variedad de intereses políticos y culturales⁹. Por ejemplo, la acusación de Fischer sobre el militarismo alemán antes de la Primera Guerra Mundial, bien documentada pero tergiversando las fuentes, fue un medio para expiar los pecados del gobierno de su país en la Segunda Guerra Mundial, reconociéndole a Alemania una raigambre expansionista, una aspiración de dominio mundial.

⁸ Es de sumo interés el reciente volumen, editado por Annika Monbauer (2013), sobre los cincuenta años de la controversia Fischer.

⁹ Para mayor ilustración, ver Laqueur (2013) y Evans (2014).

En suma, para desvelar el problema histórico, se debe abandonar la noción de culpa, ya sea como objetivo, como premisa o como hilo conductor de la reflexión sobre la Gran Guerra. Guillermo II y su estado mayor no iniciaron la guerra bajo un plan malvado para desestabilizar el continente y lograr la dominación mundial. Es innegable que Alemania le dio a una Austria vengativa el famoso «cheque en blanco» y que cometió el gravísimo error de invadir Bélgica sin que fuera estratégicamente necesario, con lo cual arrastró a Gran Bretaña a la guerra. Pero no puede ignorarse que el gobierno austriaco fue inflexible e imprudente en su manejo de la relación con Serbia, al considerar que era un problema acotado y sin contemplar que podía iniciar una guerra general por las reacciones rusa, alemana y francesa; que Rusia y Francia crearon en las potencias centrales, Alemania y Austria, el temor de una guerra en dos frentes; y que el Reino Unido no supo acomodar a la potencia ascendente, Alemania, ni dar a Francia y Rusia la confianza de que intervendría contra Alemania y Austria de ser necesario¹⁰. Al evaluar la evidencia disponible, en 1914 hubo pecados de omisión y comisión, graves errores diplomáticos y militares, pero ningún culpable, ningún titiritero jugando con el destino de Europa. Ello no quiere decir que fueran inocentes: la responsabilidad por el conflicto es compartida entre todos los gobiernos intervinientes. Hay sangre en las manos de cada uno de los líderes políticos y militares que decidieron que las armas eran el camino a seguir para resolver una crisis europea periférica.

¹⁰ Las acciones alemanas mencionadas en este párrafo, especialmente la invasión de Bélgica, corresponden con el plan Schlieffen, que se explicará más adelante.

4. FACTORES DE TENSIÓN EN EL SISTEMA INTERNACIONAL: UNA DÉCADA DE CRISIS RECURRENTE Y LA CARRERA ARMAMENTISTA

En los primeros años del siglo XX hubo una serie de crisis internacionales que tuvieron un efecto disruptivo en el sistema internacional, pusieron a prueba los grados de compromiso de los integrantes de las alianzas y aumentaron su ansiedad e incertidumbre. A la par que se ofrecía seguridad sobre la fiabilidad de los socios, se temían las acciones e intereses de los interlocutores. Peor aún, los tomadores de decisiones comenzaron a pensar que siempre podrían controlar las cada vez más intensas y peligrosas crisis; que al final surgiría una solución o se llegaría a un entendimiento que evitaría el recurso a la guerra. Dichos incidentes se concentraron en dos regiones: el norte de África y los Balcanes. Es importante evaluar *brevemente* el contenido de estas crisis, especialmente por su efecto en las relaciones entre los miembros de la Entente con Alemania y en la lucha entre Austria y Rusia por los exterritorios del Imperio otomano en los Balcanes¹¹.

El cuestionamiento alemán al intervencionismo francés en Marruecos propició, en dos oportunidades, crisis internacionales: en 1905 y 1911. Más grave, la progresiva descomposición del Imperio Otomano, «el enfermo de Europa» en la terminología de la época, fue escenario de los intereses contrapuestos de Austria-Hungría y Rusia en los Balcanes, con la anexión unilateral, sin consultarlo con las otras potencias, de Bosnia-Herzegovina al imperio austro-húngaro y las dos guerras balcánicas de 1912 y 1913 como muestras del acercamiento a un punto de quiebre, con lo cual se redibujaron los límites, se exacerbaban tensiones y se dejó a las potencias europeas «al borde del abismo» (Evans, 2014).

¹¹ Para esta sección, sobre las crisis previas a 1914, de modo general, ver Hamilton (2003, pp. 45-91) y Hobsbawm (1989, pp. 321-323).

A fines del siglo XIX, con la aquiescencia británica y alemana, Marruecos, una antigua monarquía feudal, pasó a ser administrada por Francia y España. Con el consentimiento de las otras potencias, pero ignorando a Berlín, París buscó extender su control en 1905, con el fin de presentarle la situación a Alemania como un hecho consumado. Tras la derrota rusa en la guerra con Japón y la revolución de 1905, en Berlín se entendió que ese era el momento propicio para ejercer presión sobre París y consolidar la predominancia de Alemania en el sistema internacional, dada la percepción que este país tenía de la debilidad de Rusia, aliada de Francia. Por ello, el káiser Guillermo II objetó la acción gala y se presentó personalmente en marzo de 1905 en el puerto marroquí de Tangier, hecho que confirmó el estatus de Marruecos como gobierno independiente y demandó libre comercio e igualdad de derechos con Alemania. Esto equivalía a una amenaza de guerra contra Francia, que pocos meses después llevó a la movilización alemana y francesa a la frontera común. La crisis finalmente fue desactivada en la conferencia de Algeciras de 1906, en la que se consagró la mayor injerencia francesa en Marruecos, pero también se preservó formalmente su independencia. En el ámbito de las alianzas, Alemania había buscado mostrar a los franceses que, desactivada Rusia por sus problemas internos, no podía confiar en el apoyo británico. El efecto fue el contrario: Londres y París iniciaron intercambios militares y dieron por superados sus incidentes coloniales, especialmente en Egipto; a la par que se consolidó el vínculo franco-ruso. De otro lado, Austria probó ser un aliado poco eficaz para Alemania, que se encontró crecientemente aislada.

Entre 1907 y 1908 hubo otros desarrollos importantes. Al percibir su propia debilidad e incentivada por Francia, Rusia procuró acercarse a Inglaterra, llegando en 1907 a una entente que puso fin a los problemas coloniales ruso-británicos en el Tíbet, Afganistán y Persia. En 1908, Austria anexó Bosnia-Herzegovina, sin consultarlo previamente con Berlín, lo cual provocó una conmoción en los nacionalistas serbios

y la élite rusa. Debe comprenderse que la actitud de Belgrado frente a Austria fue muy veleidosa, pues osciló entre ser un satélite Habsburgo y vincularse con los «hermanos eslavos» de San Petersburgo. De hecho, a inicios del siglo XX hubo una rebelión en Serbia que acabó con la predominancia austriaca en Belgrado y en cuyo proceso fueron asesinados los reyes serbios. Ante la anexión de Bosnia, el nacionalismo serbio debió aceptarlo como un hecho consumado y Rusia no pudo intervenir en los Balcanes por su debilidad coyuntural. Sin embargo, la acción austriaca dejó una herencia de tensiones sin resolver: Francisco Fernando sería asesinado en Sarajevo, la capital bosnia, en cuyas calles hay todavía una placa conmemorativa del atentado; y el gobierno de San Petersburgo no estaría dispuesto a tolerar nuevamente el unilateralismo de los Habsburgo en los asuntos eslavos.

Posteriormente, las tensiones en Marruecos continuaron escalando con la movilización de tropas francesas en 1911, en un claro intento de ocupación. Alemania envió una nave de guerra al Mediterráneo, que atracó en el puerto de Agadir, y demandó compensaciones territoriales en el Congo francés a cambio de aceptar la pretensión francesa. Londres volvió a apoyar a París y Alemania recibió un espacio sin mayor valor en el centro de África. La crisis aceleró la carrera armamentista, dio mayor impulso al planeamiento militar conjunto anglo-francés, aisló todavía más a una Alemania que temía estar siendo cercada y proveyó la ocasión para que los nuevos estados balcánicos —Serbia, Bulgaria y Grecia—, al percibir la debilidad del Imperio otomano, prosiguieran sus campañas militares en los Balcanes.

En Agadir quedó demostrado que cualquier confrontación entre dos potencias las llevaría al filo de la guerra. De hecho, cuando en 1912 proseguía el colapso del Imperio otomano, con la intervención italiana en Libia y la guerra desatada por la Liga Balcánica —integrada por Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro— para acabar con la presencia turca en Europa, las potencias no intervinieron, temerosas de antagonizar a Roma y de ser arrastradas al hoyo negro de los Balcanes.

Solo a última hora Viena anunció a los integrantes de la Liga que las potencias no tolerarían cambios en el *statu quo*. La Liga ignoró la advertencia y continuó con sus operaciones, hecho que marcó la primera vez que los nuevos Estados ignoraban a las grandes potencias. Finalmente, Turquía detuvo los avances de la Liga y las potencias forzaron la capitulación de los pequeños Estados. En la conferencia que puso fin a la guerra, Austria vio cómo Serbia duplicaba su tamaño, una victoria del nacionalismo balcánico que «fue un desastre sin remedio para la monarquía Habsburgo» (Taylor, 1954, p. 491).

Sin embargo, el evento más relevante para la evaluación de la conducta de las potencias en la crisis de 1914 fue una acción aparentemente marginal, accesoria, en 1912. En previsión de una intervención austriaca contra la Liga Balcánica, San Petersburgo movilizó sus tropas sobre Varsovia, a lo que Viena respondió con una medida similar en el sur de la actual Polonia. Leopold Berchtold, ministro de Relaciones Exteriores de Austria, auscultó la posición alemana frente a una eventual guerra con Rusia. Berlín respondió que no apoyaría a Viena porque no veía causa suficiente para hacerlo. Poco después ambos contendores retiraron sus tropas, con lo cual la situación se distendió. Apenas dos años después, en julio de 1914, en un contexto similar, Berlín dio el «cheque en blanco» a Viena y, un mes después, Europa estaba en guerra.

La última crisis previa a la que produjo la Gran Guerra volvió a generarse en los Balcanes, península en la cual recurrentemente se estaba poniendo a prueba la capacidad de las potencias europeas de administrar la descomposición del Imperio otomano. Los nuevos Estados balcánicos pelearon entre sí por la división del territorio de Macedonia, hasta que llegaron a un acuerdo, la paz de Bucarest, sin la intervención de las potencias. Viena vio su prestigio sumamente disminuido y Berlín se rehusó nuevamente a apoyar una intervención austriaca en los Balcanes. Como respuesta, Austria dio un ultimátum a Serbia para que retirase sus tropas de Albania, un Estado tapón diseñado

para contrarrestar el dominio serbio, el cual fue acatado. Como señala Hamilton: «esta victoria dejó una lección para los líderes austriacos: la amenaza del uso de la fuerza vencería» (2003, p. 91).

Cuando Francisco Fernando fue asesinado, las percepciones y las expectativas de las potencias europeas estaban influenciadas por el desarrollo y la solución de las crisis previas. Las dos últimas ofrecen importantes contrastes con la experiencia de julio de 1914: i) en 1912 y 1913 Alemania no apoyó acciones austriacas en los Balcanes y ii) Austria decidió por sí misma dar un ultimátum a Serbia, con el que se desactivó la crisis. Igualmente, las acciones alemanas en Marruecos llevaron al fortalecimiento de la Triple Entente, aunque sus integrantes jamás pudieron dar por sentada la fiabilidad de sus contrapartes.

Esta serie de incidentes se dio sobre el lienzo de la carrera armamentista de los cuarenta años previos a la guerra. Al respecto, Hobsbawm señala con precisión que el armamentismo no es una de las causas de la conflagración, pese a que evidentemente contribuyó con ella¹². Con todo, es innegable que la tecnología para matar, tras la creciente industrialización de mediados del siglo XIX, tuvo avances dramáticos a partir de 1880, como la revolución en la velocidad y el poder de fuego de las armas pequeñas y la artillería y, sobre todo, como la transformación de los buques de guerra en el contexto de la lucha por la superioridad estratégica naval entre el Reino Unido y Alemania. Una consecuencia evidente fue que los preparativos para la guerra se volvieron mucho más costosos, especialmente al considerar la competencia interestatal por mantener la superioridad, o al menos no quedar muy rezagado. Estos costos cada vez mayores perjudicaron seriamente las economías nacionales al requerir aumentos de la presión tributaria o endeudamientos inflacionarios.

Se creó así una relación simbiótica entre el gobierno y la gran industria. Solo la gran industria podía proveer los armamentos más

¹² Para esta sección sobre el armamentismo, ver Hobsbawm (1989, pp. 307-308).

avanzados, pero, a su vez, solo el Estado podía ser el cliente para dichos productos. De una u otra manera, los Estados se vieron obligados a garantizar la existencia de poderosas industrias armamentísticas nacionales, pagar por la mayor parte de los costos de los avances tecnológicos y velar porque dichas empresas fueran rentables. El sentido del equilibrio militar se había tornado inestable, con los Estados tomando ventaja o quedando relegados, lo que afectaba las percepciones y las actitudes de los gobernantes, lo que hacía más difícil evaluar las posiciones relativas de poder. En dicho contexto, la superioridad demográfica y territorial rusa llevó a los generales alemanes y austriacos a recomendar el recurso a la guerra preventiva. Al mismo tiempo, esa percepción de superioridad dio pie a la creencia en una posible victoria rusa sobre Alemania y Austria-Hungría, pese a las limitaciones materiales intrínsecas de la economía rusa. La carrera armamentista ofrece así una sugerente explicación a la combinación de urgencia y fatalismo en el intercambio diplomático entre Berlín y Viena (Stevenson, 1997, pp. 126-161). Adicionalmente, parece haber un consenso en la historiografía en sostener que la carrera armamentista naval progresivamente enemistó al Reino Unido y Alemania, los dos Estados europeos más desarrollados económicamente, pese a la simpatía recíproca de buena parte de sus élites, y generó en Londres un temor tan grande que llevó al país a integrarse a la alianza franco-rusa, que conformó la Triple Entente (Williamson & May, 2007, p. 342).

Sin embargo, la Gran Guerra no se puede explicar en una conspiración de industriales armamentistas —aunque es cierto que los técnicos hicieron lo posible para convencer a los políticos y a los generales de que la nueva versión de un cañón o una nave eran indispensables para la defensa nacional—. La acumulación de armamentos en el lustro previo a 1914 hizo la situación más explosiva, pero fue la situación internacional tensa y ríspida la que llevó a las potencias a una carrera armamentista. La causa es política, el efecto es bélico; y no al revés.

5. LA CRISIS DE JULIO DE 1914: HACIA LA GUERRA EN DIEZ DÍAS

En esta sección se hará una detallada revisión del proceso de toma de decisiones en los gobiernos involucrados en la crisis que desembocó en la Gran Guerra. Así pues, se prestará especial atención a las percepciones y al condicionamiento que ejercían sobre el manejo de los eventos y las acciones estatales. Por ello no se tratan los casos de Italia, Rumania, Bulgaria y, especialmente, EE.UU., actores sin mayor influencia en 1914. En línea con la bibliografía más reciente, en particular Clark, también se considera el caso serbio, a la vez origen y punto focal de la tensión y por donde debió pasar cualquier intento de distenderla.

Con el fin de precisar la exposición del desarrollo de la crisis de julio de 1914, se enumerarán los principales hitos en el camino a la guerra, con la fecha en que se produjeron.

- 28 de junio, asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, Bosnia.
- 5 de junio, el gobierno austriaco inicia consultas con Alemania.
- 6 de junio, Alemania comunica el «cheque en blanco» a Austria.
- 20 de julio, visita de Estado del presidente de Francia a San Petersburgo.
- 23 de julio, ultimátum austriaco a Serbia, con un plazo de 48 horas.
- 24 de julio, Rusia decide la movilización sobre Austria, pero no la ejecuta.
- 25 de julio, movilización preliminar rusa, dos horas antes que la respuesta serbia.
- 25 de julio, respuesta serbia. Austria decide su movilización.
- 28 de julio, Austria se moviliza.
- 29 de julio, movilización parcial rusa.
- 30 de julio, movilización total rusa.
- 31 de julio, Alemania demanda que Rusia detenga su movilización.
- 1 de agosto, Alemania declara la guerra a Rusia.

Este itinerario se divide en dos etapas: la primera, desde el asesinato del archiduque Francisco Fernando hasta la decisión austriaca de dar un ultimátum a Serbia; la segunda, desde el ultimátum hasta la declaración de guerra de Alemania contra Rusia. Dichos periodos están divididos por la visita del presidente Poincaré a San Petersburgo, lo que será explicado más adelante.

Es curioso que el magnicidio se produjera en Bosnia, pero que la reacción vienesa se dirigiera hacia Serbia. Para comprender esta decisión, una primera aproximación a la crisis que desencadena la guerra requiere partir de Belgrado, la capital serbia, ciudad en la que el bosnio Gavrilo Princip, el asesino del archiduque austriaco, fue entrenado. El principado de Serbia surgió luego de la revolución serbia, entre 1804 y 1817, sobre la base de acuerdos informales con las autoridades otomanas ocupantes. Luego de la expulsión de las fuerzas otomanas en 1867, Serbia logró la independencia de facto, consagrada tras el tratado de Berlín de 1878, uno de los varios acuerdos entre las grandes potencias para solucionar los problemas internacionales en el marco del concierto europeo. Poco después, en 1882 el principado pasó a ser el Reino de Serbia. A partir de entonces, la política exterior serbia fue muy cambiante, desde la admiración por la corte Habsburgo en el siglo XIX, hasta la identificación con el nacionalismo eslavo y una intensificación de los vínculos con San Petersburgo tras el asesinato en 1903 de los reyes serbios.

El coronel Dragutin Dimitrijević, jefe de la inteligencia militar serbia en 1914, fue un importante y peligroso político, uno de los artífices del golpe de 1903 y el fundador de la organización terrorista *Crna Ruka* (Mano Negra) para impulsar el nacionalismo serbio y derrocar al primer ministro Nikola Pašić. Contando con financiamiento ruso, entrenó y proveyó las armas a tres activistas —entre ellos, Princip— que habían manifestado su intención de asesinar a algún alto oficial austrohúngaro. Junto a otros altos mandos del gobierno serbio,

el coronel efectivamente participó en la operación que llevó al asesinato del archiduque, tal como se sospechaba en Viena¹³.

En efecto, los conspiradores fueron entrenados en la atmósfera nacionalista de Belgrado como parte del programa expansionista que puso bajo la mira a Francisco Fernando. A menudo se sostiene que el heredero de la corona vienesa era una figura menor y poco querida en su país, pero esa posición es equivocada: Francisco Fernando fue uno de los artífices de los acuerdos de paz en las crisis balcánicas previas entre 1908 y 1914, en el marco de su plan para lograr un entendimiento con los eslavos del sur que pusiera fin a las tensiones nacionalistas y le permitiera gobernar con mayor facilidad su imperio multiétnico. Paradójicamente, su muerte puso fin a los esfuerzos austriacos por solucionar las tensiones nacionalistas en los Balcanes y fue a la vez el pretexto para el inicio de la guerra (Williamson, 1974, pp. 417-434).

Si ello puede parecer meramente anecdótico, cobra suma relevancia al constatar que hoy se sabe que el primer ministro y el ministro del Interior serbios conocieron los planes de Dimitrijević a mediados de junio y buscaron investigar y controlar la situación. El coronel se rehusó a cooperar y, una vez asesinado el heredero vienés, una investigación al interior del gobierno serbio se volvió imposible porque habría llevado a Viena a asumir que los planes eran conocidos y que no los había impedido. En ese sentido, el gobierno serbio no podía acceder a la demanda austriaca de una investigación conjunta. Serbia no accedió a todos los términos del ultimátum austriaco como parte de una actitud combativa u obtusa, sino por una imposibilidad política y práctica.

Tras el asesinato del archiduque, Austria vio cuestionado su prestigio ante la amenaza desestabilizadora de Serbia y temía que la crisis de 1914 supusiera el último clavo en el féretro de su estatus como gran potencia, seriamente disminuido tras la derrota en la guerra austro-prusiana,

¹³ Para la sección sobre Serbia, ver Clark (2013, pp. 11-64).

la unificación italiana, el establecimiento de la monarquía dual con Hungría —que restaba preeminencia a Viena al compartir el gobierno con Budapest—, y su falta de control sobre el nacionalismo eslavo en los Balcanes. El apoyo serbio a la agitación de los pueblos eslavos del sur significaba una amenaza de naturaleza práctica e inmediata para los Habsburgo: para Viena, la cuestión serbia representaba a la vez la seguridad y la supervivencia misma del Estado (Williamson, 1988, p. 805).

En consecuencia, el gobierno austriaco buscaba una guerra localizada, una misión punitiva contra Serbia que la volviera un Estado vasallo (dada la composición demográfica de la monarquía dual, Budapest no habría aceptado la anexión para no incrementar la población eslava). De esta manera, el continente se acercó a una guerra general y la política internacional quedó sujeta a la reacción rusa frente a un eventual ataque austriaco sobre Serbia.

En Viena se concluyó que la amenaza serbia debía ser reducida o removida, incluso a través de una guerra, pero la toma de decisiones en Viena muestra una división entre los militares, que querían actuar rápidamente contra Serbia, y los diplomáticos, que preferían una mayor prudencia, especialmente ante el temor a una potencial intervención rusa. La solución al entrampamiento fue consultar con el gobierno alemán, aliado de Austria, cuál debía ser la reacción apropiada, tal como se hizo en 1912 y 1913. No debe confundirse la consulta con Berlín con la narrativa de que Alemania empujó a Austria a la guerra: la decisión sobre una guerra localizada parecía ya estar tomada en Viena, y solo restaba definir el momento y evaluar la eventual reacción de las otras potencias continentales.

En Alemania hubo nuevamente una división bajo líneas similares a las austriacas: los militares alemanes confiaban en una acción rápida, una guerra preventiva contra Serbia, mientras que la clase política pareció inclinarse a esperar que Rusia pusiera orden sobre su satélite serbio. Ante ello, la opinión de Guillermo II fue decisiva. Enfurecido por el asesinato de su amigo, el káiser no quería que Alemania detuviera

a Austria si su intención era atacar a Serbia, y confiaba en que Rusia y Francia no se involucrarían: presumía que el zar jamás apoyaría a regicidas y los franceses no tenían suficiente artillería pesada como para una acción militar. Tanto Alemania como Austria veían con buenos ojos una intervención contra Serbia, pero les preocupaba la reacción de las otras potencias. Considerando estos elementos, Guillermo II comunicó a Viena el «cheque en blanco»: Alemania apoyaría a Austria en cualquier acción que Viena emprendiera contra Serbia, incluyendo la guerra.

El debate sobre las acciones alemanas necesariamente ha de pasar por el apoyo del káiser Guillermo II a los Habsburgo. Esta decisión ha sido vista como un acto impulsivo que precipitó la beligerancia austriaca y arrastró a Europa a una guerra general. Sin embargo, anteriormente el káiser contuvo los impulsos agresivos de Viena en las guerras balcánicas de 1912 y 1913 e insistió en llegar a un entendimiento con Serbia. Tras el asesinato de Francisco Fernando, accedió a apoyar a Austria bajo la premisa de que los miembros de la Entente no intervendrían, confiando en la posibilidad de una guerra localizada. Cuando Austria declaró la guerra a Serbia y se inició la movilización rusa, el káiser demoró la decisión de iniciar el ataque alemán hasta no asegurarse de qué actitud tomaría Londres. Solo ordenó la ejecución de los planes de guerra alemanes cuando supo que el Reino Unido intervendría, con lo que la guerra ya era inevitable (Clark, 2013, pp. 520-524). En suma, el famoso «cheque en blanco» no fue exactamente una promesa de apoyar cualquier curso de acción ni una expresión de la preferencia por una guerra general, sino que su alcance debe ser matizado por las percepciones de la cadena de eventos de julio de 1914. Guillermo II siempre asumió que la guerra contra Serbia podría ser focalizada, que Rusia y el Reino Unido no intervendrían y, por tanto, que el conflicto no escalaría a una guerra general.

Las consideraciones del cálculo alemán-austriaco sobre la reacción rusa, que en ese momento era la variable más importante, son evidentes

al recordar las fechas: el archiduque fue asesinado el 28 de junio y el 7 de julio el gobierno austriaco decidió darle a Serbia un ultimátum, pero este recién fue transmitido a Belgrado el 23 de julio, casi un mes después del crimen y más de dos semanas después de haber adoptado la decisión. Ello se explica por la visita de Estado del presidente francés, Raymond Poincaré, a Rusia, del 20 al 23 de julio. Así, Austria esperó a que el mandatario francés partiera de San Petersburgo para comunicar su ultimátum a Serbia, para impedir que en el marco del encuentro ruso-francés se pudieran coordinar las medidas por adoptarse en el caso de un ataque austriaco contra Serbia (Ferro, 2002, pp. 45 y 46).

El ultimátum austriaco a Serbia fue diseñado específicamente para ser rechazado, al incluir una provisión que demandaba la participación de las autoridades vienasas en una investigación conjunta con sus contrapartes serbias sobre al asesinato del archiduque. Como ya se ha visto, Belgrado jamás podría aceptar esa última provisión porque se pondría en evidencia que conocía los planes de los terroristas y se asumiría que el gobierno serbio había participado en ellos o, al menos, que no había hecho lo suficiente para impedirlos. Con excepción de la investigación conjunta, Serbia aceptó el ultimátum austriaco. Ante ese desarrollo, una vez más cobró vigencia la creencia de que, como en ocasiones previas, a última hora se evitarían las hostilidades, que se llegaría a una solución para la crisis, lo que impidió considerar la inminencia de la guerra, que la catástrofe efectivamente se cernía sobre Europa. Como señala Hobsbawm, parecería que quienes decidieron las movilizaciones y emitieron las declaraciones de guerra no lo hicieron porque lo desearan, sino porque no podían evitarlo (1989, p. 304). Incluso el káiser Guillermo II consultó con sus generales si, después de todo, la guerra no podría ser localizada en Europa oriental, evitando atacar a Francia y Rusia. Su estado mayor, en seguimiento del plan Schlieffen, le informó que ello era imposible: la guerra sería total, hasta eliminar a los adversarios.

El plan Schlieffen es el sucesor al plan decimonónico de Helmut von Moltke, el jefe de Estado Mayor de Bismarck¹⁴. De acuerdo con el plan Moltke, diseñado con el objetivo de forzar una solución política para lidiar con la pesadilla de la guerra en dos frentes, contra Francia y Rusia, las fuerzas alemanas debían dividirse para hacer defender ambos flancos, deteniendo los ataques enemigos iniciales y dando espacio a que las negociaciones diplomáticas desactivaran el conflicto. De este modo, la conducción de la guerra permanecía sujeta a la política, sirviendo como la continuación de la política, en términos de Clausewitz. Para Alfred von Schlieffen, ello dejaba a Alemania sujeta a la iniciativa de sus enemigos, por lo que diseñó un nuevo plan de guerra ofensiva en dos frentes. El plan Schlieffen, un cambio fundamental en la estrategia alemana, daba por sentada la movilización lenta de Rusia, pues tomaba en cuenta su retraso tecnológico y la vastedad de su territorio. Requería marchar primero sobre Francia, circunvalando las fortificaciones defensivas francesas al pasar por Bélgica, capturar París y atacar la frontera por la retaguardia. En el este, el ejército alemán se mantendría a la defensiva hasta que las fuerzas victoriosas en Francia se sumaran en una campaña final contra Rusia.

En la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871), que marcó el paso final en la unificación alemana, Moltke planteó una guerra *limitada* defensiva que logró forzar negociaciones diplomáticas. En la Primera Guerra Mundial, el alto mando alemán, liderado por el sobrino de Moltke, siguió el plan Schlieffen, una guerra *total* ofensiva en etapas sucesivas en los dos frentes. El nuevo plan requería la victoria total, la eliminación del adversario; mientras que la estrategia anterior inducía a la otra parte a solucionar el conflicto mediante la diplomacia. El plan Schlieffen tenía además muchos riesgos y requería la satisfacción de muchas variables para funcionar. Entre otras, tanto Francia como Rusia *debían ser* beligerantes, porque la neutralidad de uno de ellos impediría,

¹⁴ Para esta sección, ver Kissinger (1994, pp. 204-206).

en principio, un ataque alemán (un ataque alemán sobre una Bélgica no beligerante para atacar a una Francia igualmente no beligerante sería intolerable para la política doméstica del *Reich*); y Rusia debía movilizarse lentamente, hipótesis que San Petersburgo intentó superar con las premovilizaciones.

En 1914 la nueva estrategia llevó la guerra al frente occidental cuando ni Francia ni Alemania tenían ningún interés inmediato en la crisis balcánica. Es paradójico, y trágico, que el plan Schlieffen hiciera necesaria una guerra en dos frentes, exactamente el escenario que Bismarck y Moltke buscaban evitar. Taylor arguye que habría sido mejor para Alemania atacar a Rusia, respetar la neutralidad belga, con lo que se habría podido asegurar a su turno la neutralidad inglesa, y eventualmente negociar condiciones de paz con una Francia aislada (Taylor, 1954, p. 549). Con todo, la nueva estrategia estuvo a punto de funcionar, al punto que se requirió de un esfuerzo largamente mayor al previsto por los planificadores franceses para detener el ataque alemán. En 1939, la ofensiva alemana sobre Francia, que pulverizó las defensas fronterizas, se dio tras haber negociado la neutralidad rusa en el frente oriental, señal de que el alto mando germánico había tomado nota de los riesgos de la guerra en dos frentes.

Concentrarse en el plan Schlieffen es indispensable para examinar la crisis y las motivaciones de su actor principal, Alemania, en 1914. Para Berlín, cualquier movilización que eventualmente forzara a Alemania a hacer lo propio contra Francia equivaldría a una guerra general, porque la llevaría a poner en marcha el plan Schlieffen. En puridad, para Alemania no existían dos momentos llamados «movilización» y «ataque»: se trataba de una acción continua, que buscaba sorprender al adversario y lograr una ventaja de tiempo antes de poder reaccionar al ataque germánico. Por ejemplo, Alemania invadió Luxemburgo el 1 de agosto, el mismo día en que se ordenó la movilización. Esta acción continua partía de la percepción en Alemania de que se perdería la ocasión para la victoria, y se crearía un grave riesgo para el país,

al dar tiempo a que la Entente movilizara sus ejércitos mucho más numerosos (Van Evera, 1984, pp. 92-93). En suma, el plan Schlieffen era el gatillo para la guerra. Y el percutor sería Alemania. Lo que resta definir es quién tiró del gatillo: si fue una decisión del gobierno alemán o si Alemania fue empujada a ello por la inflexibilidad de sus eventuales contendientes en la guerra.

La pregunta que sigue a este razonamiento —por ejemplo, si sabían los actores de 1914 que la movilización significaría guerra— no ha hallado una respuesta de consenso. Marc Trachtenberg es uno de los pocos autores que sostiene sin ambages que Rusia lo sabía y asumió los riesgos en su «provocación» sobre Alemania, pero la mayoría es más ambigua al respecto (Trachtenberg, 1990-1991, pp. 120-150)¹⁵. No existe evidencia convincente de que en 1914 se iniciara una guerra preventiva a instancias de los generales alemanes. Como señalan Williamson y May, los Estados mayores en cada país deben pensar en hipótesis de guerra, hablar de guerra, prepararse para la guerra; pero ello es distinto a hacer la guerra. Existen características de la Alemania de 1914 que hoy son poco atractivas: un káiser veleidoso con el poder constitucional de decidir sobre la guerra, un militarismo que permeaba prácticamente cada aspecto de la sociedad alemana, un sistema político groseramente antidemocrático y una turbulenta sociedad agrario-industrial. Pero, pese a ello, y pese al debate sobre el significado de la movilización, las acciones de Berlín en la crisis de julio de 1914 fueron mucho más contenidas que las de Viena o San Petersburgo (Williamson & May, 2007, p. 366). Además, es un error deducir intenciones políticas de los planes militares. Los planes son precauciones, no guiones para la agresión (Taylor, 1954, p. 13). Luego de la respuesta serbia, en Alemania hubo incluso intentos de mantener la paz, primero, por parte del káiser, y posteriormente del canciller Theobald von Bethmann-Hollweg: «se había abierto una fisura en la estructura

¹⁵ Confróntese Van Evera (1984, p. 94).

de toma de decisiones alemana. El punto de vista del soberano no calzaba con el de los más importantes tomadores de decisiones políticas. Pero la fisura fue cerrada pronto» (Clark, 2013, pp. 523 y 524).

Con todo, un mes después del inicio de la crisis, cuando ya la guerra había comenzado, Austria y Serbia, los contendientes originarios, eran jugadores menores. Por ello, ya analizados los intercambios entre Berlín y Viena, corresponde concentrarse en la Entente Cordial, y cómo la actitud de sus integrantes ante la nueva crisis balcánica exacerbó el conflicto. Hay que recordar que, si bien se suele hablar de dos coaliciones contrapuestas en la Europa de inicios del siglo XX, a diferencia de una alianza, la entente se basaba en lazos más informales que no incorporaban obligaciones internacionales. Es por ello que existía una mayor preocupación en Francia y Rusia sobre la fiabilidad del compromiso británico, que entre Alemania y Austria respecto del cumplimiento de su deber de asistencia recíproca.

Es importante precisar que, respecto a la relación entre las acciones alemanas y las rusas, el consenso historiográfico parece dividirse en dos campos. A menudo se ha recurrido a tomar partido por alguna de estas posiciones, como ya se explicó líneas arriba sobre las narrativas acusatorias. Sin embargo, en este ensayo se ha preferido buscar comprender cómo operaron conjuntamente los diversos Estados beligerantes y sus respectivos gobernantes, el *quid* del asunto en el problema histórico de cómo se llegó a la guerra en 1914. En palabras de Van Evera:

Si uno acepta el punto de vista [...] de que los objetivos de Alemania eran agresivos, uno enfatizará el rol del culto [de la ofensiva] que alimentó el expansionismo alemán, el pensamiento alemán sobre las ventanas de oportunidad, y la habilidad alemana de catalizar una guerra a la par que escondía su responsabilidad al provocar un ataque preventivo de sus adversarios. Si uno considera que Alemania fue menos agresiva, se concentrará en el rol de los incentivos para un ataque preventivo en el impulso a las decisiones rusa y francesa de movilizarse, el fracaso británico en detener

a Rusia y advertir a Alemania, el alcance y la irreversibilidad del *fait accompli* austro-alemán y los varios otros errores de los estadistas (1984, pp. 105-106).

De este modo, existe una relación inversa entre la percepción de la responsabilidad rusa y la alemana. Cuando los historiadores partían de la premisa de la culpa de Alemania, establecida en el tratado de Versalles, se tendía a asumir que las acciones rusas eran una respuesta a la beligerancia de Berlín. Al contrario, quienes cuestionan el veredicto de 1919 arguyen que las elecciones realizadas en San Petersburgo fueron decisivas para el inicio de la conflagración. Hoy, asumiendo que las consideraciones sobre culpa son inadmisibles, se puede intentar buscar una explicación que incorpore las acciones de ambas potencias sin premisas que las tergiversen. Sin embargo, a diferencia de los archivos puestos a disposición de los historiadores por las otras potencias, en el caso ruso las limitaciones de acceso al acervo documentario han impedido considerar por qué la respuesta rusa en 1914 fue tan agresiva en comparación con las crisis previas.

Debe tenerse en cuenta que la derrota rusa en la guerra con Japón de 1904-1905 supuso un trauma para el imperio zarista: era la primera potencia europea en ser derrotada por una de las naciones emergentes de ultramar, con excepción del caso de la débil España frente a EE.UU. La mala conducción de la guerra, y la eventual derrota, fue una de las causas de la revolución de 1905, diez meses de desorden iniciados con la masacre del Palacio de Invierno en enero, con crecientes desmanes y revueltas en la primavera y verano boreales, para llegar a la ola de huelgas de octubre, hicieron posible lograr la promesa de Nicolás II de una constitución liberal y la formación de los primeros *sóviets* —asambleas— de obreros (Carr, 1977, pp. 57-80; Figes, 1998, pp. 173-212).

En términos relativos, en 1914 era sumamente difícil evaluar el poder ruso, aunque la idea de su gran capacidad demográfica era persistente. Sin embargo, pese a que su ejército tenía más de un millón de soldados y cinco millones de reservistas, su atraso económico e industrial

era un lastre considerable. Los cimientos del Estado y la sociedad rusos no eran suficientes para cubrir las necesidades de una guerra entre grandes potencias por mucho tiempo y, pese a la expansión de su capacidad industrial durante la Gran Guerra, los desbalances entre los requerimientos militares y la estabilidad económica y social fueron muy severos para una nación con el estado de desarrollo de la Rusia de 1914-1918 (Kennedy, 1984, pp. 16-17). De hecho, sí era conocido que la política interna rusa se iba volviendo cada vez más inestable y para el imperio ruso la guerra fue finalmente un factor desencadenante de la revolución de 1917. Como recuerda McMeekin, la Gran Guerra y la Gran Revolución deben ser estudiadas conjuntamente.

Entre las preguntas sobre el rol del gobierno ruso en la gestación de la crisis que la historiografía no ha logrado responder están: i) ¿qué tanto conocía San Petersburgo del plan para asesinar a Francisco Fernando, y su grado de control sobre el terrorismo nacionalista serbio?; ii) ¿cuál era el tenor de la visita de Estado del presidente francés a mediados de julio?; iii) ¿por qué el 24 y 25 de julio Rusia inició los preparativos para la movilización, sin conocer la respuesta serbia? y iv) ¿la movilización total del 30 de julio fue decidida con el objeto de iniciar una guerra general?¹⁶. En los párrafos siguientes se analizarán las dos últimas cuestiones, porque son las más relevantes para el inicio de la guerra, especialmente vistas en contraposición a las acciones de Berlín.

Pese a las dificultades para comprender el proceso de toma de decisiones en el imperio ruso, se sabe que antes del vencimiento del plazo del ultimátum austriaco sobre Serbia (notificado el 23 de julio, con vencimiento en 48 horas), el Consejo de Ministros ruso, en una reunión del 24 de julio, tomando en cuenta la amenaza del establecimiento de un protectorado de Austria sobre Belgrado y el apoyo alemán a los Habsburgo, había decidido apoyar a su satélite eslavo con una postura

¹⁶ Para esta sección sobre las acciones rusas durante la crisis de julio de 1914, ver Lieven (1983, citado profusamente en Williamson & May, 2007, pp. 367 y ss.).

firme antes que conciliadora¹⁷. Esa actitud aseguraba un eventual choque con Viena y hacía muy probable el conflicto con Berlín. En parte por las consideraciones de la amenaza austriaca sobre Serbia, en parte para solucionar el problema de la lentitud del transporte ruso, San Petersburgo ordenó la movilización preliminar antes de conocer la respuesta serbia a Austria, el 25 de julio, la cual fue ejecutada en la madrugada del 26 de julio: se tomaron pasos como el llamamiento del personal ferrocarrilero, el traslado de tropas hacia las fronteras con los Habsburgo y Alemania y la activación de parte de las reservas. Estas acciones, ordenadas antes de que se conociera la respuesta serbia al ultimátum austriaco, fueron las más significativas de entre todas las potencias hasta esa fecha.

La orden rusa de movilización general del 30 de julio fue posterior a la declaración de guerra austriaca sobre Serbia del 28 de julio y al intercambio de fuego cerca de Belgrado el 29 de julio, pero fue la primera entre todas las potencias. La movilización fue impulsada por los reportes exagerados de las acciones austriacas sobre Belgrado y la advertencia alemana a San Petersburgo de que la continuación de la movilización parcial rusa del 29 de julio recibiría una respuesta armada. Sin embargo, Lieven sostiene que las acciones de Rusia no precipitaron la guerra, sino que fueron la respuesta al apoyo alemán a Austria y que era conocido que ningún gobierno ruso podría aceptar que se humillara a Serbia. A su entender, el tamaño de Rusia y la lentitud de su sistema ferroviario hacían necesaria la movilización temprana, del mismo modo que la posición amenazante de Alemania hizo lo propio con la movilización general.

Luego de 1991, tras la disolución de la Unión Soviética, aparece evidencia en los exarchivos soviéticos de que Rusia pudo haber otorgado a Serbia otro «cheque en blanco», dejando a Belgrado en la misma libertad de actuar que Austria. Adicionalmente, la movilización general rusa

¹⁷ Se continúa con las referencias a Lieven (1983).

fue anterior a cualquier acción militar alemana (confróntese Cimbala, 1996, pp. 382-390), mientras Berlín permanecía a la espera de una definición de la posición británica para decidir la propia. Pero, una vez movilizado el ejército ruso, Alemania no tenía más opciones que seguir con lo establecido en el plan Schlieffen: invadir Bélgica para marchar sobre Francia. El 30 de julio significó el cruce del Rubicón para Rusia —y con ella, para toda Europa continental—, con lo cual se agotó cualquier posibilidad de resolver pacíficamente la crisis.

Por su parte, Francia vio en la crisis serbia la mejor garantía de que Rusia efectivamente la apoyaría en una guerra con Alemania. Tradicionalmente se ha asumido que las decisiones clave se tomaron en Berlín, Viena y San Petersburgo, y se le ha dado a París un rol secundario en la crisis. El gobierno francés se habría dedicado a asegurar el apoyo británico, a intentar contener a Rusia para evitar una guerra general y a lograr la unidad nacional para cuando llegara la guerra (Kiesling, 2003, pp. 227-265). De hecho, si bien no le fue posible contener a Rusia, el presidente francés, Raymond Poincaré, tuvo éxito tanto en asegurar la intervención británica, como el apoyo transversal de la sociedad francesa, al mantener una posición defensiva frente a las tropas alemanas desplegadas en la frontera, ordenando a las tropas francesas que se mantuvieran en territorio galo (Williamson & May, 2007, p. 377).

Sin embargo, hubo ocasiones en las cuales Francia fue influyente. Entre los líderes de 1914, el presidente Poincaré fue el gobernante con el mayor grado de control sobre su propio gobierno. Aprovechando ese poder, se dedicó a fortalecer la Triple Entente entre 1912 y 1914, con medidas como su visita de Estado a San Petersburgo, la coordinación del planeamiento militar con los rusos, y el bloqueo —a pedido de Rusia— del acceso austriaco a los mercados financieros franceses, con lo que se posicionó a la Entente como el enemigo axiomático de la alianza alemán-austriaca (Williamson & May, 2007, p. 374). Su mayor contribución al fortalecimiento de la alianza fue su oposición en 1912 a la propuesta del general Joffré, jefe del ejército francés, de diseñar

un plan que violara la neutralidad belga. De acuerdo con el presidente, ello era inaceptable porque alienaría a los ingleses, al apartarlos de la Entente Cordial. Si se parte de la premisa de la ambigüedad británica frente a los dos bloques de alianzas en la Europa de 1914, puede decirse que el presidente francés exhibió una comprensión de las motivaciones e intereses ingleses de la cual carecieron los políticos alemanes. Esta diferencia fue fundamental para asegurar el alineamiento británico con los rusos y franceses frente a Alemania y Austria¹⁸.

Respecto al Reino Unido, jamás se ha sugerido que la política exterior británica haya causado la Gran Guerra, pero sí se han cuestionado desde diversos puntos de vista las decisiones adoptadas por el gobierno inglés. La posición de Londres solo puede ser entendida desde el punto de partida de su «espléndido aislamiento», observando desde las gradas las luchas entre las demás potencias e interviniendo solo cuando se necesitaba su mediación o su balanceo de poder para resolver alguna de las periódicas crisis internacionales. El ascenso alemán tras la unificación de 1871 progresivamente fue llevando a Londres a abandonar su aislamiento voluntario, dados los constreñimientos que el cambio en las posiciones relativas de poder ocasionaron en la política internacional.

Al analizar la correlación de fuerzas entre Inglaterra y Alemania se suele partir de la premisa de que el poder naval británico se veía amenazado por el ascenso alemán. Alemania había generado una actitud hostil en la opinión pública inglesa al iniciar en 1897 la construcción de una gran flota naval que pudiera, eventualmente, hacer frente a la británica. Ello motivó una honda preocupación en la opinión pública y el gobierno británicos, que respondieron a la amenaza alemana con la construcción del acorazado Dreadnought en 1906, un nuevo tipo de buque de guerra que contaba con innovaciones como la mayor eficiencia de los motores de turbina, la protección más efectiva de los

¹⁸ Para los planes militares franceses, veáse Doughty (2003, pp. 143-174); para el plan de atacar Bélgica antes que Alemania, Doughty (2003, pp. 155-156).

acorazados y la capacidad de llevar más cañones, todo lo cual garantizaba la superioridad naval inglesa. La competencia generó enemistad y sospecha entre ambos países, porque la postura alemana se explicaba bajo dos hipótesis: o era un intento de Berlín por aumentar su poder frente a otras potencias, y un desafío directo a la supremacía británica; o era un requisito para que la potencia emergente pudiera tener un rol mayor en la política internacional acorde con sus capacidades (Mombauer, 2002, p. 6).

Esa distinción era irrelevante para Inglaterra. En términos prácticos, el peligro jamás fue que Alemania se propusiera tomar el lugar del Reino Unido como potencia global, sino que la retórica agitadora del nacionalismo alemán rápidamente degeneró en la anglofobia. El almirante Alfred von Tirpitz, artífice de la expansión naval alemana, negaba que se buscara la capacidad de derrotar a los ingleses, sino que el objetivo germánico era ser una fuerza suficientemente disuasoria como para lograr sus ambiciones coloniales. Pero los legítimos intereses navales alemanes eran una necesidad marginal dada su posición continental, mientras que el Imperio británico dependía por completo de su control sobre las rutas marítimas. El poderío naval, que para Berlín era un símbolo de su estatus internacional, era para Londres un asunto de vida o muerte (Hobsbawm, 1989, pp. 319-320).

El argumento puede ser deconstruido si se lo presenta como una narrativa sobre la decadencia del Imperio británico que requirió la invención de Alemania como un enemigo del Reino Unido (Wilson, 1985, p. 115). Si bien era esperable que el poder alemán fuera una preocupación, el *Foreign Office* sistemáticamente ocultó ciertos aspectos de la política exterior alemana que iban a contramano con esta invención: su aislamiento, su amor propio herido, sus legítimas aspiraciones a una mayor predominancia internacional y su nerviosismo y ansiedad ante el deterioro de su posición internacional. El carácter hegemónico alemán habría sido así una construcción londinense: la idea de la amenaza germánica servía a la vez para ocultar la debilidad británica

y para aumentar el temor a Alemania. Las ententes con Francia y Rusia, acordadas porque Inglaterra ya no podían mantener por sí mismas su posición internacional frente a nuevos actores como Estados Unidos, Japón y Alemania, encontraron en la amenaza germánica una *raison d'être* más respetable que el deseo de aferrarse al poder que se iba perdiendo. Incluso Alemania cooperó con ello, al concentrar su producción armamentística en la mayor fortaleza británica, la armada, con lo cual coadyuvó a presentar al Reino Unido como un aliado valioso para Francia y Rusia.

Henry Kissinger sostiene, en su análisis del periodo, que cualquier acción militar, especialmente una de Alemania contra Bélgica, habría llevado necesariamente a una intervención británica en el continente, lo que debió ser considerado y evaluado por Berlín al decidir ignorar la neutralidad belga (1994, p. 207). De este modo, la entrada de Inglaterra en la guerra en defensa de Bélgica habría sido inevitable, dado el imperativo estratégico inglés de prevenir que alguna potencia continental dominara la salida del río Escalda al canal de la Mancha y se convirtiera en una amenaza directa al poder naval inglés. Pero debe recordarse que el Reino Unido era la única gran potencia que debatió su entrada a la guerra en su parlamento, además de ser el único Estado que no veía su integridad territorial amenazada con los sucesos en el continente (Strachan, 2001, p. 93). Si bien la política exterior del ministro de Relaciones Exteriores, Edward Grey, había establecido vínculos activos con Francia y Rusia que incluían intercambios navales y militares, forjando así expectativas de un compromiso permanente, solo una minoría en el gobierno británico compartía ese punto de vista. Así, en julio de 1914 no había en Londres un nivel de consenso apropiado para justificar las hostilidades. De hecho, Ferguson no ve razones fundamentales para el involucramiento británico en la guerra: aunque las circunstancias hacían altamente probable su participación, este no era un resultado necesario (1998, p. 168).

Fueron finalmente la incursión alemana en Bélgica y la voluntad belga de defender su neutralidad las que lograron el consenso en Londres, uno de varios escenarios posibles, uniendo a liberales y conservadores en una guerra que pensaban que obedecía a los intereses británicos, en especial los marítimos. De hecho, Grey sostuvo que la actuación inglesa sería solo en el mar, sobre la base de los acuerdos navales de 1912 con Francia (Strachan, 2001, p. 98). Nunca se pensó que miles de jóvenes ingleses cruzarían el canal para morir defendiendo las líneas francesas ante el avance alemán. Esto, evidentemente, solo se pudo saber luego de la guerra: era imposible que el gabinete británico lo contemplara cuando decidió intervenir en ella.

Tras años de crisis y tensiones crecientes, solucionadas en conferencias internacionales a través de la diplomacia, en solo diez días —desde el ultimátum del 23 de julio hasta la declaración de guerra de Alemania contra Rusia del 1 de agosto— la guerra se había iniciado y todas las potencias europeas participaban en ella. En puridad, faltaba la agresión alemana contra Bélgica, el 4 de agosto, que involucraría a Inglaterra y aseguraría la participación francesa, pero los niveles crecientes de tensión prácticamente habían garantizado una guerra general. Pese a la percepción generalizada de que el conflicto sería corto, impulsada por las conclusiones de los planes de guerra de cada una de las potencias, para setiembre de 1914 Alemania había sido detenida en el Marne y el 1 de noviembre Turquía cerró los estrechos, lo cual llevó a la conflagración a un punto muerto. Ambas fueron las puntillas finales, nada más iniciarse la guerra, para la monarquía militarista alemana y el atrasado imperio ruso: no habría victoria rápida, «antes de Navidad», para Alemania; y Rusia quedaba aislada, incapaz de apoyar a sus aliados y a la espera de ser salvada por ellos. El plan Schlieffen había fracasado y la Entente había quedado físicamente dividida. El conflicto que se inició en los Balcanes debería ser definido en la línea de trincheras en el oeste de Europa. La carnicería había comenzado.

En esa situación, las potencias comenzaron, recién, a reflexionar sobre sus objetivos en la guerra: «ninguna había entrado a la guerra con un objetivo definido, excepto la victoria. Se esperaba que la victoria proveyera una política; de hecho, la victoria era la política» (Taylor, 1954, p. 535). De acuerdo con Kissinger, en la Primera Guerra Mundial las acciones militares carecieron de objetivos políticos específicos. En ella se combatió para fortalecer las alianzas, para probar la fiabilidad de sus integrantes y no porque se diera un *casus belli* según los acuerdos correspondientes (Kissinger, 1994, p. 200). Esta es la opinión prevalente en la historiografía de la Primera Guerra Mundial: las potencias intervinientes no tuvieron objetivos para ir a la guerra y actuaron reactivamente frente a las acciones de las otras.

Un reciente trabajo sugiere revisar este punto de vista, afirmando que Rusia tenía objetivos claros que la llevaron a presionar en el contexto de la crisis de 1914 para desestabilizar la política internacional y beneficiarse con el control de los estrechos que comunican el Mar Mediterráneo y el Mar Negro. Al respecto, se propone concentrar la mirada en la situación en Europa oriental, el Cáucaso y el Cercano Oriente, escenarios en los cuales la descomposición del Imperio otomano generó imprevisibilidad sobre los territorios que iban siendo liberados y sobre los cuales las potencias tenían diferentes intereses. Así, la Gran Guerra podría ser considerada como la «guerra de la sucesión otomana», que reformó completamente la estructura sociopolítica del Mediterráneo oriental y el occidente de Asia (McMeekin, 2011, p. 4).

La realidad era que la «cuestión de Oriente», por ejemplo, las perturbaciones en el sistema internacional provocadas por las demandas de autonomía e incluso independencia de los territorios del Imperio otomano en Europa y su periferia, nunca se refirió a los Balcanes, sino a la lucha por la herencia otomana. Ella incluía especialmente el control de los estrechos que unen el Mar Negro con el Mar Mediterráneo, la mayor prioridad para la política exterior rusa dada su descomunal importancia estratégica, tanto militar como económica. Sin embargo, la gestación

y conducción de la guerra fue eminentemente europea. Como señaló un funcionario ruso, la ruta a Constantinopla pasa por Viena y Berlín (McMeekin, 2011, p. 6). De hecho, la cuestión de Oriente era uno de los asuntos típicamente incluidos en la agenda de la política internacional y pese a haber generado una larga sucesión de crisis internacionales, nunca había escapado al control de las grandes potencias (Hobsbawm, 1989, p. 303). Para Inglaterra habría sido intolerable un eventual control ruso de los estrechos, objetivo que Rusia, su aliada, difícilmente podría haber satisfecho dada la debilidad de su flota naval, en especial tras la derrota con Japón. Puede que las acciones rusas hayan sido un factor de desestabilización en la política internacional (especialmente las oportunidades elegidas para sus tres movilizaciones —preliminar, parcial y total—), pero, de acuerdo con la información disponible, la conducta de San Petersburgo en la crisis de julio de 1914 no parece indicadora de una voluntad, ya no se diga de la posibilidad, de controlar los eventos y generar una conflagración en la que difícilmente podría vencer. Como ya se indicó, la Rusia de 1914 era débil militarmente y se encontraba muy convulsionada políticamente, al punto de que tan temprano como el 1 de noviembre quedó aislada de sus aliados cuando Turquía cerró los estrechos.

Es más provechoso recordar que al iniciarse la Primera Guerra Mundial la naturaleza de la guerra había sufrido cambios sumamente trascendentes en su filosofía y su ideología; por ejemplo, en su justificación (el por qué) y objetivos (el para qué). En el auge de la Guerra Fría, Raymond Aron explicó el paso de la guerra limitada, sujeta a fines políticos específicos y delimitados, a la guerra total (Aron, 2003, cap. 2)¹⁹. El hito fundacional fue la política exterior napoleónica de inicios del siglo XIX, que supuso un grave cuestionamiento a la guerra limitada porque buscaba establecer un imperio, estructura política que genera

¹⁹ Aron desarrolló con mayor profundidad sus comentarios sobre Clausewitz en *Clausewitz, philosopher of war* (1985).

que los vencidos no acepten su derrota e imposibilita una negociación que ponga fin a la beligerancia²⁰. Al contrario, la ya citada unificación alemana, a través de tres guerras focalizadas, es un buen ejemplo de sujeción de la guerra a lo político, pues sirvió a los planes prusianos en torno a objetivos concretos. El trío de guerras orquestadas por Bismarck constituyen el mayor éxito de las acciones bélicas subordinadas a la política, de la guerra como herramienta política. La guerra total llegaría a su cénit con la Segunda Guerra Mundial, en la cual la victoria fue definida como la *absoluta* e incondicional rendición del enemigo²¹.

Este nuevo tipo de guerra llevada a cabo con ambiciones infinitas, sin objetivos específicos o limitados, hizo imposible que los líderes de los Estados beligerantes pudieran negociar el fin del conflicto que estaba destruyendo la sociedad, la cultura y la economía de sus países (Hobsbawm, 1995, p. 29).

Cuando se inició la Gran Guerra, las expectativas de los beligerantes, ya no se diga objetivos, no tenían fin: la destrucción absoluta del enemigo era la única *forma* de la victoria. Conforme proseguían las campañas militares sin un resultado decisivo, los intentos de negociación llegaban siempre al mismo punto muerto: lo que era aceptable para una parte significaba la derrota para la otra. Ninguna aceptaría los términos propuestos sin una derrota militar, en cuyo caso era innecesario llegar a un acuerdo porque la victoria decisiva que se necesitaba para aceptar el cese de las hostilidades sería seguida por una paz dictada, como efectivamente sucedió en 1919 (Taylor, 1954, p. 552).

²⁰ Como señala Kissinger, el ideal imperial siempre será resistido porque supone la eliminación total de los adversarios y, con ellos, la del sistema internacional, reemplazando a la pluralidad de actores por un actor único. De lograrlo, la política internacional cesa y es sustituida por la política interna (1994, p. 20). Estas consideraciones son un tema fundamental en las relaciones internacionales, que presuponen una pluralidad de actores internacionales.

²¹ Concepto atribuido a Franklin D. Roosevelt pero aceptado por Winston Churchill y Josef Stalin, los otros líderes aliados, tras la Conferencia de Casablanca. Ver Balfour (1970, pp. 719-736).

Es sumamente probable que a inicios del siglo XX este cambio en la naturaleza de la guerra no fuera percibido como un problema, sino que calzaba con la concepción darwinista de lucha entre las naciones y las mitologías construidas para consolidar los nacionalismos. De este modo, tras siglos de civilización, se había vuelto al discurso de Calgaco: «a robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar la desolación» (Hobsbawm, 1995, p. 29).

6. LAS PERCEPCIONES Y LA GUERRA: LOS SUPUESTOS NO EXPLÍCITOS

Antes de revisar las consecuencias de la guerra es pertinente volver a recordar que para evitar el anacronismo —aquel gran tergiversador— se debe pensar 1914 desde la forma de ver el mundo de 1914, tarea que se ha pretendido llevar a cabo en este trabajo. A continuación se hará un breve repaso de algunas valiosas contribuciones de la historiografía al respecto.

En 1968, James Joll invocó a examinar los «supuestos no explícitos» de 1914, entre los cuales citó la suposición de que el patriotismo motivado por la guerra podría servir como un desfogue para las tensiones de la política doméstica; la percepción de que con la llegada de la política de masas los gobiernos se encontraban sujetos a los deseos y expectativas de las muchedumbres; y la creencia proveniente del darwinismo social de la inevitabilidad del conflicto, incluso planteando que era visto como necesario para purificar a la sociedad (Joll, 1968, citado en Williamson & May, 2007, p. 336). Estos factores constituyen premisas sobre las cuales deben matizarse las apreciaciones sobre 1914. En efecto, buena parte de la población y de las élites vivían en un mundo modelado por esas creencias, sin poder apartarse de ellas por la evidente falta de distancia histórica. Las causas de la Primera Guerra Mundial presentadas en cien años de historiografía no han sido suficientes porque cada una de ellas requiere una «iluminación perceptual»

para comprender la marcha hacia la guerra desde el punto de vista de las sociedades y las élites de los Estados intervinientes en ella (Deschênes, 2002, pp. 373-375). Por ejemplo, a partir de los conceptos propios del darwinismo social es posible concluir que el nacionalismo alemán y los estereotipos raciales llevaron a los tomadores de decisiones en Berlín a ver la guerra como una necesidad aceptable que traería unidad doméstica, curaría a la sociedad de sus imperfecciones y detendría la amenaza del nacionalismo eslavo. Existía en Alemania la percepción de que había una guerra entre dos razas, identificadas en el germanismo y el eslavismo, lo que es consistente con la idea recurrente de una nación germánica encerrada en un «círculo de hierro» eslavo (Lindemann, 2001, citado en Williamson & May, 2007, p. 338).

Adicionalmente, se ha propuesto que las potencias beligerantes eran sociedades con valores distintos a los de los historiadores que las estudiaron tras décadas de cambios económicos y sociales, quienes no han comprendido, o no han entendido bien, el mundo de 1914. Entre estos valores destaca el honor, objeto de un trabajo fascinante de Avner Offer, quien sostiene que cuando este era afectado, el cálculo racional y los modelos de toma de decisiones eran dejados de lado (Offer, 1995, pp. 213-241). Así como un individuo ofendido ponía su vida en riesgo en un duelo, las naciones respondían al mismo principio. Por ejemplo, el honor alemán estaba en juego luego de que Berlín le ofreciera a Viena el «cheque en blanco»: la guerra era un deber, una función del honor.

Keegan ha indagado sobre los terribles desafíos que la batalla demanda de los hombres. En 1415, los soldados que participaban en la batalla de Agincourt podían correr hasta la siguiente colina para salvar sus vidas; en Waterloo, cuatrocientos años después, los soldados de a pie podían llegar un día tarde; pero en el Somme, el soldado ya no podía huir de la guerra. La industrialización de la guerra había llenado el aire encima de las trincheras con proyectiles letales. La muerte en masa, tanto en el Somme como en Verdún, llevó a los soldados a los límites de la resistencia humana, sin que las batallas de la guerra

de 1939 pudieran replicar el horror —con la posible excepción de Stalingrado— (Keegan, 1976). Esta constatación se presenta hoy en la diferencia entre el partisano oculto en las montañas y el yemení o el pakistaní que será ejecutado por aviones no tripulados. Es en estos contrastes que la Gran Guerra es vieja pero a la vez es moderna.

Los estudios sobre el contexto social y psicológico de las sociedades de la época, concentrados en cómo eran percibidos los sucesos que llevaron a la Gran Guerra, no han tenido muchas contribuciones, pero las existentes son sumamente novedosas y cuestionan ciertas premisas historiográficas (Williamson & May, 2007, p. 337).

Entre ellas, destacan trabajos que cuestionan el cliché del apoyo popular a la participación de Francia y Alemania en la guerra. Existe evidencia de que el entusiasmo de la sociedad francesa por la guerra tenía grandes variaciones entre una región y otra, así como entre las áreas rural y urbana. Recién se dio un apoyo generalizado cuando el presidente Poincaré tuvo éxito en presentar a Alemania como el agresor. Igualmente, se ha encontrado que la cobertura de prensa alemana combinaba editoriales que tendían a un apoyo a la guerra, que apelaban al patriotismo, con reportes noticiosos sobre masivas manifestaciones antibélicas organizadas por los socialistas. Más aún, si bien cuando treinta mil personas esperaban en las calles de Berlín la respuesta serbia al ultimátum austriaco, la prensa conservadora proclamó un espíritu de unidad a lo largo del país; en los días posteriores hubo reportes de temor y pánico entre la población. Es innegable que hubo una exaltación patriótica que llevó a cincuenta mil personas al palacio del káiser el 1 de agosto en una manifestación festiva, que 185 000 alemanes se enlistaron en ese mes de agosto y que el canciller Bethmann pudo gobernar sin oposición significativa desde la izquierda. Pero el entusiasmo por la guerra, y el apoyo a los gobiernos, ha sido muy exagerado tanto en los reportes de la época como en las décadas posteriores²².

²² Para un balance sobre las percepciones y actitudes del pueblo alemán respecto a la Gran Guerra y el ascenso del nacionalsocialismo, ver Fritzsche (2006).

Los gobiernos intervinientes en la Gran Guerra gozaron del apoyo de sus pueblos, una rareza en la historia comparada. Es conocido que hubo opositores a la guerra, quienes consideraban que era un conflicto «imperialista» y se declararon pacifistas. Sin embargo, estuvieron dispuestos a defender el territorio nacional cuando se vio amenazado por otro país (Ferro, 2003, pp. 43-44). El gobierno extranjero o la clase propietaria eran los imperialistas, pero jamás el propio pueblo o la clase trabajadora nacional²³. Las demandas patrióticas acentuaban la responsabilidad de los dirigentes nacionales, por lo que se recurrió a hacer recaer la culpa en los estadistas de los países enemigos. Así, para los dirigentes y los pueblos la guerra de 1914 obedecía a cierto tipo de fatalidad, lo que explicaría su carácter de lucha entre la vida y la muerte (Ferro, 2003, p. 45). De este modo, el llamamiento de los gobiernos europeos a las armas obtuvo una sorprendente respuesta por parte de los pueblos. Una extraordinaria ola de patriotismo llevó a más de veinte millones de personas a ser muertas o heridas. Como afirma Hobsbawm: «en 1914, los pueblos de Europa, aunque fuera por un momento breve, marcharon muy a la ligera a asesinar y ser asesinados» (1989, p. 326).

7. CONCLUSIONES

La guerra llegó a un punto muerto rápidamente, sin que los gobiernos de las potencias lo percibieran. Hoy sabemos que a los cuatro meses de iniciada, en noviembre de 1914, los muchachos ya no podrían volver a casa para la Navidad, que los soldados se instalarían en sus trincheras, entre el lodo, las ratas y el gas mostaza, a esperar el momento en el cual deberían cargar contra las ametralladoras que cegarían sus vidas, día tras día, durante cuatro años. Una generación de jóvenes europeos fue cruelmente diezmada, mientras se sembraban las semillas de los grupos

²³ La pretensión de, entre otros, Lenin y Luxemburgo de una solidaridad de clases a nivel internacional es discutible.

nacionalistas integrados por excombatientes que habían visto el horror y que cuestionarían, desde la virilidad y las emociones, la debilidad de las democracias liberales basadas en la razón, lo cual desencadenó las derivas totalitarias que llevaron a la Segunda Guerra Mundial²⁴. En 1914 no se sabía que todavía faltaban cuatro años más de mortandad y menos aún que veinte años después proseguiría la catástrofe, con nuevas modalidades de causar la muerte. La revolución industrial no solo había creado la fábrica, sino también el matadero en serie. En palabras de Erich María Remarque:

Soy joven, tengo veinte años de edad, y sin embargo no conozco nada de la vida más que desazón, muerte, miedo y superficialidad fatua arrojada sobre un abismo de pesar. Veo cómo los pueblos son lanzados uno contra el otro y, en silencio, sin darse cuenta, tontamente, obedientemente, inocentemente, se asesinan entre sí. Veo a las mentes más brillantes del mundo inventar armas y palabras que lo hacen todo más refinado y persistente. Y todos los hombres de mi edad, aquí y allá, alrededor de todo el mundo, ven estas cosas; toda mi generación está experimentando estas cosas conmigo. ¿Qué harían nuestros padres si súbitamente nos pusiéramos de pie delante de ellos y presentáramos nuestro recuento? ¿Qué esperan de nosotros si alguna vez llegase el momento en el que la guerra termine? A través de los años nos hemos dedicado a matar; —fue nuestra primera vocación en la vida. Nuestro conocimiento de la vida se limita a la muerte. ¿Qué ocurrirá después? ¿Y qué será de nosotros? (1975, p. 236).

La pregunta fundamental, la que da origen a cien años de debate historiográfico, tras más de 50 000 volúmenes publicados —a los que debe añadirse los que se publican, como este, en el centenario del inicio de la Gran Guerra— sigue sin respuesta. Hoy se sabe más, pero no es suficiente. Las posibles respuestas siguen girando, sobre todo, en torno

²⁴ Ver al respecto, Reggiani (2010) y Gentile (2007).

a dos ejes: la culpabilidad de alguno de los Estados beligerantes, pese a los hallazgos que parecen desmentir ese tipo de argumento y los problemas metodológicos que plantea; y las dificultades en la administración de una crisis periférica en el «polverín de Europa», los Balcanes.

Los problemas con las narrativas basadas en la culpa ya han sido expuestos en una sección específica de este trabajo, pero se debe reconocer que estas argumentaciones son sencillas, útiles y cómodas. Considerar que «alguien tiene la culpa» y que los demás combatieron al malvado satisface la necesidad de explicar la catástrofe, la mortandad de 1914. Esta visión es un bálsamo que esconde el otro elemento de la alternativa: el horror de que la guerra haya sido en vano, de que los gobernantes de los Estados europeos hayan conducido a sus jóvenes a la muerte sin que se supiera el por qué, sin que ni siquiera fuera posible explicar cómo se tomaron las decisiones que hicieron del siglo pasado el violento siglo XX. A ello sigue lógicamente que la comprobación del horror de las nuevas armas cada vez más destructivas —en Hiroshima y Nagasaki— ha protegido a la humanidad en el mundo de la amenaza termonuclear. Si los gobernantes de 1914 hubieran sabido de la eficacia de las ametralladoras, tal vez habrían retrocedido antes de que se disparara una sola bala. De este modo, la especie humana se ha salvado gracias a la paranoia de la destrucción recíproca asegurada. En el mundo de la guerra total y la victoria absoluta, el único límite es el horror al que se esté dispuesto a llegar, de acuerdo con la tolerancia al sufrimiento o la crueldad del agente.

En este trabajo no se ha pretendido resolver las preguntas planteadas, sino más bien explicar por qué hasta hoy no tienen respuesta. Para ello se han seguido dos líneas argumentativas: rebatir los argumentos empleados más recurrentemente, por ejemplo, el sistema de alianzas que dividió a Europa y las narrativas sobre la culpa; e insistir en la necesidad de ver los hechos de 1914 con los ojos de 1914, concentrándose a partir de ello en los procedimientos de toma de decisiones de los gobiernos

involucrados. Es en el diálogo entre las estructuras —que establecen los condicionantes para las decisiones de los individuos— y las acciones individuales —que pueden confirmar o no las hipótesis estructurales— donde reside una forma más completa y sutil de hacer historia. A la vez, se trata de una historia frustrante, que cuestiona las premisas que se han ido incorporando en el imaginario colectivo sin ofrecer a cambio un paradigma explicativo, y de una historia cuestionadora, que busca las grietas en la coherencia interna de los discursos recibidos.

Es pertinente repasar los principales hallazgos de la historiografía sobre la Gran Guerra. En primer lugar, la constatación de que Serbia no accedió a todos los términos del ultimátum austriaco porque le era política y prácticamente imposible hacerlo. En segundo lugar, el gobierno austriaco buscaba una guerra localizada. Al proseguir con ese curso de acción, acercó al continente a la eventualidad de una guerra general, que dependería de la reacción rusa a un ataque austriaco sobre Serbia. Tercero, cuando el gobierno serbio aceptó todas las condiciones del ultimátum austriaco, excepto la investigación conjunta, el apoyo alemán, el «cheque en blanco», hizo posible que Viena asumiera el riesgo de la guerra continental. Cuarto, Rusia no contempló las consecuencias de sus movilizaciones en el gobierno de Alemania, lo cual coadyuvó a hacer todavía más tensa la coyuntura. Este es el principal argumento de quienes asignan responsabilidad a San Petersburgo por no distender la situación. Quinto, Alemania mantuvo planes de guerra muy rígidos, que incorporaban medidas muy rápidas y agresivas que le restaron capacidad de maniobra diplomática. De hecho, estaban diseñados para operar de ese modo. Por ello, Berlín confió en esperar la posición de Inglaterra para decidir su grado de participación en una eventual guerra. Sexto, la demora inglesa, provocada por la información incompleta y los procedimientos de toma de decisiones propios de una democracia parlamentaria, dejó pasar la oportunidad de contener a Alemania o, al menos, de hacer más acotada la guerra.

Siguiendo a Clark, lo más sorprendente de la Gran Guerra cien años después es a la vez su antigüedad y su modernidad. Se trataba de un mundo organizado políticamente en monarquías hereditarias, con rituales elaborados y uniformes complejos, con sombreros con plumas de avestruz y pensamientos y motivaciones ajenos a los del siglo XXI. Sin embargo, la guerra se inició con un escuadrón suicida y una caravana de automóviles, con una organización terrorista nacionalista basada en un culto de sacrificio, muerte y venganza que operaba en células desagregadas en varios Estados y territorios, con vínculos escondidos con un gobierno que la financiaba y sin rendirle cuentas a nadie. Así, 1914 es más cercano a 2014 que a 1980 (Clark, 2013, pp. xxvii-xxviii). En efecto, las relaciones internacionales en el mundo multipolar que ha seguido a la Guerra Fría se parecen más a las de la Gran Guerra, lo que debería hacer más fácil comprender las dificultades que los tomadores de decisiones enfrentaban en 1914 con la multiplicidad de actores y factores involucrados en la política internacional.

A inicios del siglo XX el mundo había cambiado y las potencias europeas intervinientes en la Gran Guerra no eran conscientes de ello, ni podrían haberlo sido. Para enero de 1918, Europa había dejado de ser el centro de la política internacional. Como señala Taylor, los objetivos de reconquistar Alsacia y Lorena u obtener posesiones africanas eran triviales en el nuevo mundo de dimensiones realmente globales. Por su parte, EE.UU. y la Unión Soviética iniciaron entonces, sin saberlo, una lucha ideológica de carácter universal entre la democracia liberal y el comunismo, entre el idealismo wilsoniano y la revolución como utopías para lograr la paz. El nuevo balance de poder debería ser global y ya no europeo (Taylor, 1954, p. 568). Y la nueva guerra mundial no sería sobre bases nacionales, sino sobre bases ideológicas, con la emergencia del nazismo, el fascismo y el estalinismo. El Cerbero del totalitarismo había sido finalmente liberado.

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, Raymond (1985). *Clausewitz, philosopher of war*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Aron, Raymond (2003). *Peace & War: A Theory of International Relations* (capítulo 2). Nueva York: Transaction Publishers.
- Balfour, Michael (1970). Another Look at Unconditional Surrender. *International Affairs*, 46(4), 719-736.
- Bradshaw Fay, Sidney (1966). *The Origins of the World War*. Nueva York: The Free Press.
- Carr, E.H. (1977). *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*. Londres: Penguin.
- Cimbala, Stephen J. (1996). Steering through Rapids: Russian Mobilization and World War I. *Journal of Slavic Military Studies*, 9, 382-390.
- Clark, Christopher (2013). *How Europe Went to War in 1914*. Nueva York: Harper.
- Deschênes, Dany (2002). Ouvrage recensé. Lindemann, Thomas. «Les doctrines darwiniennes et la guerre de 1914». *Études internationales*, 33(2), 373-375.
- Doughty, Robert A. (1914). France. En Richard Hamilton y Holger H. Herwig, *War Planning*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Evans, R.J.W. (2014). The Greatest Catastrophe the World Has Seen. *New York Review of Books*, 61(2).
- Ferguson, Niall (1998). *The Pity of War*. Londres: Allen Lane.
- Ferro, Marc (2002). *The Great War, 1914-1918*. Londres: Routledge.
- Ferro, Marc (2003). *Diez lecciones sobre la historia del siglo XX*. México DF: Siglo XXI.
- Figes, Orlando (1998). *A People's Tragedy. The Russian Revolution: 1891-1924*. Nueva York: Penguin Books.
- Fritzsche, Peter (2006). *De alemanes a nazis*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Gentile, Emilio (2007). *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hamilton, Richard F. (2003). The European Wars: 1815-1914. En Richard Hamilton y Holger Herwig, *The Origins of World War I* (pp. 45-91). Nueva York: Cambridge University Press.
- Hamilton, Richard F. & Holger H. Herwig (1964). World Wars: Definition and Causes. En A.J.P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (pp. 7-12). Londres: Penguin.
- Hamilton, Richard F. & Holger H. Herwig (eds.) (2003). *The Origins of World War I*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Herwig, Holger H. (2010). Conclusions. En Richard Hamilton y Holger H. Herwig (eds.), *War Planning 1914*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, Eric (1989). *Age of Empire*. Nueva York: Vintage Books.
- Hobsbawm, Eric (1995). *The Age of Catastrophe. The Short Twentieth Century, 1914-1991*. Londres: Abacus.
- Joll, James (1968). *1914: The Unspoken Assumptions*. Londres: Weindenfeld & Nicolson.
- Käppner, Joachin (2014). «Una sola patria para Europa». *El País*, Madrid, 14 de enero.
- Keegan, John (1976). *The Face of Battle: A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme*. Londres: Jonathan Cape.
- Kennedy, Paul (1984). The First World War and the International Power System. *International Security*, 9(1), 16-17.
- Kennedy, Paul (1988). *The rise and fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Londres: Unwin Hyman.
- Kiesling, Eugenia C. (2003). France. En Richard Hamilton y Holger H. Herwig. (eds). *The Origins of World War I* (pp. 227-265). Nueva York: Cambridge University Press.
- Kissinger, Henry (1994). *Diplomacy*. Nueva York: Simon & Schuster.

- Laqueur, Walter (2013). Some Damn Foolish Thing. *London Review of Books*, 35(23).
- Lenin, Vladimir (1916). *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism. A Popular Outline*. Nueva York: s.e.
- Lieven, D.C.B. (1983). *Russia and the Origins of the First World War*. Nueva York: St. Martin Press.
- Lindemann, Thomas (2001). *Les doctrines darwiniennes et la guerre de 1914*. París: Economica e Institut de Stratégie Comparée.
- Luxemburgo, Rosa (1916). *The War and the Workers*. Leipzig: The Junius Pamphlet.
- MacMillan, Margaret (2013). *The War that Ended Peace*. Nueva York: Random House.
- McMeekin, Sean (2011). *The Russian Origins of the First World War*. Nueva York: Belknap.
- Mombauer, Annika (2002). *The Origins of the First World War*. Londres: Longman.
- Mombauer, Annika (2013). The Fischer Controversy after 50 Years. *Journal of Contemporary History*, 48(2), 231-240.
- Offer, Avner (1995). Going to War in 1914: A Matter of Honor. *Politics & Society*, 23, 213-241.
- Reggiani, Andrés (comp.) (2010). *Los años sombríos. Francia en la era del fascismo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Remarque, Erich María (1975). *All Quiet on the Western Front*. Nueva York: Little, Brown and Company.
- Stevenson, David (1997). The Militarization of European Diplomacy before 1914. *International Security*, 22, 126-161.
- Strachan, Hew (2001). *The First World War, vol. I: To Arms*, Nueva York: Oxford University Press.
- Taylor, A.J.P. (1954). *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*. Londres: Oxford University Press.

- Trachtenberg, Marc (1990-1991). The Meaning of Mobilization in 1914. *International Security*, 15(3), 120-150.
- Van Evera, Stephen (1984). The Cult of the Offensive and the Origins of the First World War. *International Security*, 9(1), 92-93.
- Williamson, Samuel R. Jr. (1974). Influence, Power, and the Policy Process: The Case of Franz Ferdinand, 1906-1914. *Historical Journal*, 17, 417-434.
- Williamson, Samuel R. Jr. (1988). The Origins of World War I. *The Journal of Interdisciplinary History*, 18(4), 805.
- Williamson, Samuel R. Jr. & Ernest R. May (2007). An Identity of Opinion: Historians and July 1914. *The Journal of Modern History*, 79(2), 345.
- Wilson, Keith M. (1985). *The Policy of the Entente. Essays on the Determinants of British Foreign Policy, 1904-1914*. Londres: Cambridge University Press.

LA POSICIÓN INTERNACIONAL DEL PERÚ ANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Fabián Novak

1. INTRODUCCIÓN

La Primera Guerra Mundial se inició el 28 de julio de 1914, cuando el Imperio austro-húngaro declara la guerra e invade Serbia, atribuyéndole el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero al trono de dicho imperio. De inmediato, en apoyo a los austro-húngaros, el Imperio alemán invadiría Bélgica, Luxemburgo y Francia, lo que generó la reacción del Imperio ruso. Luego el conflicto se extendió a otras potencias del mundo y como consecuencia se formaron dos grandes bloques: los aliados de la Triple Entente, formada por Francia, Reino Unido, el Imperio ruso, los reinos de Grecia, Italia, Bélgica, Montenegro, Rumanía y Serbia, el Imperio del Japón, Portugal y los Estados Unidos de América; y la Triple Alianza, conformada por los imperios austro-húngaro, alemán y otomano, además del Reino de Bulgaria.

Luego de una guerra muy cruenta de trincheras, la derrota de casi todos los aliados del Imperio alemán y tras la revolución obrera de noviembre de 1918 ocurrida en este último —que forzó la abdicación del káiser Guillermo II— se firma el 11 del mismo mes, el armisticio que cesó las acciones armadas, con la victoria de los países aliados de la Triple Entente.

Tras el conflicto, los Aliados firmaron diversos tratados de paz con los vencidos, siendo el más importante el Tratado de Paz de Versalles de 28 de junio de 1919 con Alemania, que crearía la Sociedad de Naciones y que impondría condiciones al país germano que serían la semilla para la Segunda Guerra Mundial.

Precisamente, el presente artículo pretende describir y analizar la posición internacional asumida por el Perú ante las potencias en conflicto y frente a la guerra misma, partiendo de los años previos a la guerra, pasando por la inicial neutralidad hasta la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, celebrada por los aliados.

2. LAS RELACIONES CON EL IMPERIO ALEMÁN Y LOS ALIADOS ANTES DE LA GUERRA

En cuanto a nuestras relaciones diplomáticas con el Imperio alemán, debemos indicar que a inicios del siglo XX, específicamente en 1901, se nombró como ministro plenipotenciario del Perú en Alemania, a Toribio Sanz¹, con el propósito de impulsar las relaciones comerciales con ese país. De hecho, logró que la *Deutsche Bank* enviara al barón Merling al Perú con el propósito de estudiar las condiciones del mercado peruano y establecer una sucursal de dicho banco en nuestro país². De otro lado, la Legación del Perú en Alemania no solo comenzó a reforzar el número de su personal, sino que también buscó mejorar las condiciones logísticas de la misión.

Sin embargo, más allá de las intenciones, la relación bilateral en los años previos a la guerra —como veremos a continuación— no llegó a alcanzar niveles de importancia.

¹ Oficio N° 3 de la Legación Diplomática del Perú en Alemania, del 30 de diciembre de 1901 y Oficio N° 1 del 14 de enero de 1902. Véase el Archivo General del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

² Oficio N° 21 de la Legación Diplomática del Perú en Alemania, del 1 de abril de 1903. Véase el Archivo General del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

Así, se debe destacar que durante estos años, diversos súbditos alemanes radicados en el Perú presentaron un conjunto de reclamaciones por las pérdidas materiales sufridas como consecuencia de la guerra con Chile, así como por las luchas por el poder entre el general Andrés Avelino Cáceres y don Nicolás de Piérola. Sobre esto último, en 1898, el Perú llega a un Arreglo General de Reclamaciones Alemanas provenientes de los daños y perjuicios ocasionados contra ciudadanos alemanes por la guerra civil de 1894-1895 en el Perú. Este arreglo incluyó reparaciones a favor de los ciudadanos alemanes Conrado Roller, Luis Frahm, Hilbeck-Huntze y Compañía, y Carlos Schaefer, por la destrucción y saqueo de sus negocios y propiedades. El acuerdo fue suscrito por el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Melitón F. Porras, y el señor Otto G. Zembsch, en ese entonces ministro residente del Imperio alemán en el Perú, mediante oficios del 25 y 30 de agosto de ese año (Aranda, 1911, p. 86).

Asimismo, el 16 de julio de 1900, el gobierno peruano dispuso una serie de medidas destinadas a proteger a los colonos alemanes en Pozuzo. Concretamente, el ministro de Guerra y Marina del Perú, Melitón Carvajal, ordenó al Estado Mayor General del Ejército la remisión al prefecto de Huánuco de 20 rifles Grass y dos mil tiros, a ser entregados al párroco José Egg para la conformación de una guardia urbana en el Pozuzo (Aranda, 1911, p. 51).

Un año después, el 11 de noviembre de 1901, llegó al Perú Augusto Weberbauer, profesor de la Universidad de Berlín, enviado por la Real Academia Prusiana de Ciencias, a efectos de estudiar la botánica peruana, la vegetación andina, la flora indígena así como el clima y la geografía física del Perú. Como fruto de estos estudios, dicho científico realizó diversas publicaciones en el Boletín de la Sociedad Geográfica y elaboró el libro *Plantae Novae Andinae Imprimis Weberbauerianae*, publicado en Alemania (Basadre, 1970, pp. 77 y 78). En 1908 llegó por segunda vez al Perú, contratado por el gobierno peruano para ocupar el cargo de director del Parque Zoológico y Botánico de Lima.

En 1911 publica *El mundo vegetal de los Andes peruanos*, para finalmente volver al Perú en 1929 y laborar como catedrático de botánica farmacéutica en el Instituto de Farmacia de la Universidad de San Marcos (Basadre, 1970, pp. 78-80)³.

Luego entramos a un periodo en el cual la información sobre la relación bilateral es muy escasa, debido a que, entre 1904 y 1914, no hay evidencias de correspondencia diplomática entre la legación peruana en Alemania y la Cancillería del Perú. Y es que, durante el primer gobierno de Augusto B. Leguía (1908-1912) y el breve periodo presidencial de Guillermo E. Billinghurst (1912-1914) las relaciones con Alemania no tuvieron mayor significado. En el primer caso, porque el gobierno de Leguía estuvo abocado a la solución de nuestros problemas limítrofes, como sucedió con Brasil (con el Tratado Velarde-Río Branco de 1909) y Bolivia (con el Tratado Polo-Bustamante de 1909); en el segundo caso, debido a que Billinghurst se dedicó a la solución de graves problemas internos e intentar infructuosamente buscar una solución a nuestros problemas limítrofes aún pendientes con Colombia, Ecuador y Chile (Novak, 2001, p. 83). El Perú concentró entonces sus esfuerzos de política exterior en todo este periodo hacia sus países vecinos y dejó al margen las relaciones trasatlánticas.

En este periodo, tan solo destacan algunos hechos. Entre ellos, que el 15 de junio de 1905 se funda en Lima el Banco Alemán Transatlántico (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1905, p. 46), que estableció sucursales en el Callao (1906), Arequipa (1906) y Trujillo (1907), siendo el primer gerente G. W. von Bischoffshausen. Este banco era una filial del *Deutsche Bank* de Berlín, el cual colocó el primer empréstito en el exterior por parte del Perú después de la Guerra del Pacífico. Este empréstito, realizado a fines de 1905, ascendió a 600 000 libras peruanas y, en él, el gobierno peruano dio como garantía los ingresos por el impuesto a la sal (Godbersen, 2002, p. 48).

³ Véase también Vegas Vélez (1994, pp. 148-149).

Por estos años, cuando Lima contaba con 172 000 habitantes (de los cuales 483 eran alemanes), aparecieron también algunos industriales de nacionalidad alemana como Aloise Kieffer, con su Cervecería del Callao (Durand, 1995, p. 166).

De otro lado, el 31 de diciembre de 1909 se produce la celebración de un Protocolo sobre Canje de Paquetes Postales de un peso no mayor a 10 kilogramos, destinado a facilitar el intercambio postal⁴. Asimismo, de acuerdo con el informe presentado por el entonces canciller del Perú, Germán Leguía y Martínez, en 1911, al Congreso de la República, «las relaciones comerciales siempre crecientes y la urgencia de atender nuestras necesidades militares», motivaron al Perú a acreditar una Legación Permanente en Alemania, nombrándose como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, al general Andrés Avelino Cáceres (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1911, p. 4), quien presentó sus cartas credenciales en 1912 (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1912, pp. 4-5). El 14 de agosto de ese mismo año se celebró un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Alemania que nunca se ratificó (Wagner de Reyna, 1997, p. 185)⁵. Finalmente, el 17 de noviembre de 1914, esto es, casi a cuatro meses de iniciada la Gran Guerra, se nombra como nuevo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en Alemania a Alejandro von der Heyde, quien presentó sus cartas credenciales

⁴ Oficio de la Legación Diplomática del Perú en Alemania, del 31 de diciembre de 1909. Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1910, pp. 29-30).

⁵ Véase Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1913, pp. 3-4); y Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1914, pp. 6-7). De acuerdo con esta última memoria, la Comisión Diplomática del Congreso Peruano propuso algunas modificaciones a este tratado antes de ser aprobado, las que fueron consideradas inaceptables por la Legación Imperial de Alemania. Según el canciller Francisco Tudela y Varela, el problema era que este tratado contenía la cláusula de la nación más favorecida, la cual venía generando inconvenientes en cuanto a su aplicación práctica en otros acuerdos del Perú, en la medida que no se definía su extensión. Por esta razón, el canciller Tudela y Varela apoyó la decisión del Congreso y se comprometió a negociar un nuevo tratado.

el 15 de enero de 1915 (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1915, pp. 6-14). Mientras tanto, en el Perú, Guillermo Billinghurst terminó siendo derrocado y el coronel Óscar R. Benavides asumió la presidencia provisional.

También durante este periodo, el intercambio comercial con Alemania fue negativo para el Perú, específicamente entre 1901 y 1914, fecha esta última a partir de la cual el Perú dejó de exportar bienes a Alemania, hasta después de terminada la Primera Guerra Mundial. En cuanto a las importaciones, estas continuaron hasta 1916, fecha en la que estas también se vieron interrumpidas (Bonilla, 1977, pp. 51 y 153-157). En todo caso, durante el tiempo que se mantuvo el intercambio comercial con Alemania, las exportaciones hacia dicho país representaron en promedio el 6% del volumen total de nuestras exportaciones, mientras que las importaciones de Alemania representaron el 15% (Bonilla, 1977, pp. 51).

Finalmente, desde principios del siglo XX, Alemania impulsó energicamente la telegrafía sin hilos en un momento en el cual gran parte de la red telegráfica mundial estaba controlada por poderosas empresas de otras naciones —fundamentalmente por Gran Bretaña—. Para evadir la fuerte dependencia del sistema telegráfico internacional británico, Alemania se preocupó por crear una red radiotelegráfica mundial propia. En este sentido, la *Allgemeine Elektrizitätsgesellschaft* (AEG) y la *Siemens & Halske* crearon, en 1903, la Compañía Telefunken. Esta compañía se esforzó por desarrollar la tecnología necesaria para competir con las aspiraciones monopólicas de la *Marconi Wireless Telegraph Company Ltd.* Así, en 1909, la Compañía Telefunken logró desarrollar los medios tecnológicos para enviar mensajes a larga distancia. Luego, entre 1911 y 1912, fue habilitada en Nauen la primera estación radiotelegráfica de alta potencia. Más tarde, en 1913, empezó a transmitir mensajes hacia la estación instalada en los Estados Unidos. De ahí en adelante, Alemania comenzó a desplegar actividades para convertir a esta estación en una central radiotelegráfica para Centro y Sudamérica.

De este modo, Telefunken obtuvo una concesión para instalar y supervisar una emisora y receptora radiotelegráfica en Colombia y comenzó a entablar negociaciones con varios países latinoamericanos —entre ellos el Perú— para implementar centrales radiotelegráficas en ellos. Estas negociaciones llegaron a buen término poco tiempo antes de la Primera Guerra Mundial, y el Imperio alemán estableció una amplia red radiotelegráfica en América Latina. Esta red incluyó estaciones en Argentina, Brasil, Cuba, Chile, Uruguay y, por supuesto, el Perú (Bieber, 1984, pp. 65-66).

En cuanto a la relación entre el Perú y los Aliados en los años previos a la guerra, si bien no existió una densidad especialmente relevante, se mantuvieron en general niveles de intercambio y cooperación propios de potencias amigas.

Así, por ejemplo, en el caso de Francia, se produce en esos años el arribo de la misión marítima francesa para dirigir la Escuela Naval del Perú, la llegada de los investigadores franceses D'Harcourt, para realizar investigaciones sobre la música andina, y se suscriben algunos acuerdos entre ambos gobiernos para resolver ciertas reclamaciones pendientes de ciudadanos franceses (Novak, 2005, pp. 163-188). En el caso de Italia, el Perú declarará su neutralidad ante el conflicto entre dicho país y Turquía producido entre 1911 y 1912, se firmarían algunos tratados en materia consular y para regular el intercambio de giros postales, y si bien en esos años también se produce la reclamación de los hermanos Canevaro que llevaron al Perú y a Italia ante la Corte Permanente de Arbitraje, así como el asilo del vicepresidente del Perú, Roberto Leguía, en la Legación Diplomática de Italia en Lima, ante el golpe de Oscar R. Benavides, la relación diplomática se mantuvo en buen nivel (Valdez, 2004, pp. 117-127). Con los Estados Unidos se buscaría un acercamiento, no solo para obtener su apoyo ante las disputas que el Perú tenía con Brasil en la zona del Acre sino también con Chile por las secuelas de la Guerra del Pacífico, lo que acompañado al incremento progresivo de los intereses comerciales e industriales norteamericanos

en el Perú (Clayton, 2002, pp. 183-184), llevó al mantenimiento de una relación bilateral de cierta intensidad. Finalmente, con Gran Bretaña, la influencia prevalente de dicha potencia perduraría en el Perú y en toda América Latina hasta el término de la Primera Guerra Mundial, cuando será remplazada por los Estados Unidos de América.

3. LA INICIAL POSICIÓN DE NEUTRALIDAD DEL PERÚ FRENTE A LA GUERRA

La comunicación oficial del inicio de la Primera Guerra Mundial nos fue dada el 3 de agosto de 1914, por intermedio del encargado de Negocios del Imperio alemán en el Perú, en comunicación dirigida al entonces canciller de nuestro país:

Señor Ministro:

Tengo el honor de comunicar a Vuestra Excelencia, por encargo de mi gobierno, que el Imperio alemán, desde el 1 de agosto, se encuentra en estado de guerra con Rusia.

[...]

Barón W. von Vietinghoff,

Encargado de Negocios del Imperio Alemán

A su Excelencia, señor doctor J. Fernando Gazzani,

Ministro de Relaciones Exteriores del Perú (Ministerio de Relaciones exteriores del Perú, 1914a, p. 272).

En un inicio, el gobierno de José Pardo —siguiendo la ruta trazada por el ministro de Relaciones Exteriores, Enrique de la Riva-Agüero— mantuvo una posición de neutralidad (aunque nunca expidió decreto alguno que señalara su posición oficial frente a la guerra) (De Lavalle, 1919, p. 10). Las razones que fundamentaban esta postura fueron largamente expuestas por el canciller peruano en su Memoria de 1917.

En ella señaló su posición sobre la guerra europea, la cual se transcribe a continuación:

- a) Ella era una contienda entre grandes naciones y por grandes intereses sobre cuestiones extracontinentales, que no afectaban el honor de los países de América ni sus intereses vitales;
- b) La única excepción era la de Estados Unidos, por ser gran potencia, que llegó a entrar en la contienda después de esfuerzos de paz, en defensa de altos principios y porque su enorme comercio con Europa había sido gravemente perjudicado;
- c) Los países jóvenes y débiles, que solo sufrían daños indirectos, debían conservar una sensata moderación y tenían otras vías, alejadas de la beligerancia, para lograr la satisfacción que se les debía en caso de agravio;
- d) Estos países, en la práctica, en verdad poco podían hacer con el abandono de la neutralidad en una guerra de la magnitud de la que estaba asolando a Europa, de suerte que su actitud no iba más allá de un apoyo moral y lo cuerdo y digno era no asumir actitudes belicosas;
- e) Este apoyo moral podía ser dado de todas maneras por declaraciones y protestas contra actos inhumanos o no justificables;
- f) Un extralimitarse lanzándose al campo de la no-neutralidad podía traer peligrosas complicaciones para las cuales no estaban preparadas las pequeñas potencias;
- g) La beligerancia de los Estados Unidos no era un argumento contra la neutralidad de los países latinoamericanos que podían guardar *una neutralidad benévola* en vista de la solidaridad continental y prestar a la gran República del norte los mismos servicios prácticos que si se asumía una actitud beligerante;
- h) Urgía lograr una uniformidad de criterio en América Latina en materia de neutralidad. Antes de que los Estados Unidos entraran en el conflicto, podía ella ser panamericana, para defender

a todo el continente del azote de la guerra; después ella tenía que ser, aunque homogénea, individual de las naciones neutrales de este hemisferio para hacer respetar sus derechos y poder tener el peso para una mediación. [...]

- i) Era ingenuo y poco honroso querer plegarse a uno de los contendores porque se considerara que el triunfo iba a ser para él, pues en el caso de que efectivamente venciera, tendría graves problemas que resolver y no se ocuparía en las —para él— insignificantes cuestiones de las pequeñas potencias que se les unieron (Basadre, 1970, pp. 413-414)⁶.

La misma idea era compartida por el presidente José Pardo, como queda registrado en su opúsculo *Cuatro años de gobierno constitucional*, en el que señaló lo siguiente:

Declarar la guerra a un pueblo poderoso que desenvolvía sus actividades bélicas en teatro distante ocho mil millas de nuestro suelo y careciendo de todos los medios necesarios para prestar un auxilio efectivo a los ejércitos defensores del Derecho habría sido conducir a la República a una situación poco airosa que tocaba casi los límites de lo indigno, si se recuerda que pocos años antes y aun a expensas de la integridad de nuestro territorio hacíamos sacrificios inauditos para conservar la paz con pueblos menos lejanos y menos poderosos [...] (Basadre, 1970, p. 419).

Esta posición de neutralidad fue duramente criticada por los enemigos políticos de Pardo. Así, Melitón Porras fustigó al presidente por demorar excesivamente en romper con Alemania, señalando que el canciller Tudela tuvo que ingresar a la Cancillería para «acabar con las vacilaciones presidenciales». La misma posición fue señalada por Mariano H. Cornejo, quien, además de criticar la neutralidad peruana, consideraba que el rompimiento con Alemania le traería ventajas al Perú en su relación con los Estados Unidos (Basadre, 1970, 418-419).

⁶ Véase también Wagner de Reyna (1997, pp. 189-190).

Sin embargo, en este punto resulta pertinente precisar que, más allá de esta neutralidad formal⁷, lo cierto es que, desde un inicio, el gobierno peruano manifestó su posición contraria a la violación de los principios básicos del derecho internacional por parte de Alemania y, asimismo, mostró de manera concreta su simpatía por los ideales perseguidos por los Estados Unidos y su presidente Woodrow Wilson. Esta posición quedó evidenciada por medio de una serie de decisiones adoptadas por el gobierno peruano, así como en el mensaje al Congreso de la República del presidente peruano y del ministro de Relaciones Exteriores ante la Cámara de Diputados, el 5 de setiembre de 1917. En buena cuenta, y siguiendo lo dicho por De la Riva Agüero en 1917, si bien se fue neutral en lo formal, en la realidad, se le brindaron a los aliados casi «los mismos servicios prácticos» que si hubiésemos sido beligerantes.

En la línea antes indicada, desde agosto de 1914, el Ministerio de Guerra y de Marina del Perú expidió un decreto en el cual se disponía que los capitanes de los buques mercantes que ingresaran a puertos peruanos declararan, dentro de las 24 horas de su arribo, la condición de sus naves en relación con las escuadras de sus respectivas naciones, y se les prohibió el uso de instalaciones radiográficas durante su permanencia en puertos peruanos. Esta disposición fue decretada luego que los representantes de los países aliados comunicaran al gobierno peruano que los *raiders* alemanes perseguían a las naves de comercio

⁷ Sobre este punto autores como Wagner de Reyna (1997, p. 188) sostienen que el gobierno peruano mantuvo inicialmente «una actitud de estricta neutralidad»; sin embargo, a continuación el mismo autor señala que esta actitud «a veces favorece a un bando y a veces a otro». Lo cierto, continúa Wagner, es que si bien se mantuvo una neutralidad en el plano jurídico formal, en los hechos se tomaron una serie de medidas que indicaban la posición favorable del gobierno a los Estados Unidos y sus aliados. Un ejemplo se dio en diciembre de 1914, cuando el gobierno peruano interna al buque alemán Luxor, por considerarlo crucero auxiliar, y sin embargo no tomó igual medida contra los buques británicos Sierra Córdoba y Rhakotis, a pesar de que tenían la misma condición.

aliadas utilizando precisamente las instalaciones radiográficas de los buques alemanes acoderados en puertos peruanos (Callao y Mollendo) y los datos que le brindaba su representante diplomático y otros agentes en Lima (De Lavalle, 1919, pp. 10-11).

Posteriormente, en 1915, el gobierno del Perú dispuso también que los buques de la armada peruana patrullaran la costa convoyando a las naves de comercio extranjeras a fin de evitar que cruceros armados alemanes amenazaran el tráfico comercial. De este modo, los cruceros Almirante Grau y Coronel Bolognesi acompañaron a los buques ingleses Oropesa, Oronsa y Magellan, y al vapor japonés Kiyō Maru, entre otros.

Asimismo, el gobierno del Perú protestó una vez conocida la noticia de que el gobierno alemán había resuelto desarrollar una campaña submarina sin restricciones y establecido, mediante memorándum del 4 de febrero de 1915, una «zona de guerra» tan amplia —todas las aguas que circundan la Gran Bretaña e Irlanda, lo que luego fue ampliado a todas las costas de Francia y de Italia y en la parte oriental del mediterráneo—, dentro de la cual se destruiría todo buque mercante enemigo, que podía afectar buques y cargas de países neutrales (Wagner de Reyna, 1997, p. 189). Esta medida, impulsada por el jefe del Estado Mayor Alemán, Erich Friedrich Wilhelm Ludendorff, tenía como objetivo sitiar a Gran Bretaña a efectos de que ella no pudiera abastecerse de municiones y armas, así como de productos para la alimentación, y se forzara a dicho país, finalmente, a la rendición. Alemania sabía que aquel país tenía un *stock* de trigo que solo le garantizaba un abastecimiento por tres meses (Badía, 1964, p. 62). El riesgo que para el transporte marítimo con Europa significó esta medida decretada por Alemania, sumado al posterior rompimiento de relaciones diplomáticas con dicho país, entre otros factores (Bruce St. John, 1999, p. 150)⁸,

⁸ Entre estos factores se puede citar la falta de transporte marítimo europeo, los altos fletes, la inauguración del Canal de Panamá en 1914, el establecimiento de nuevas líneas navieras entre Nueva York y puertos sudamericanos, la creación de la División Latinoamericana dentro de la Oficina de Comercio Exterior en Washington, entre otros.

modificó el patrón histórico del comercio peruano; los países europeos fueron sustituidos por los Estados Unidos de América, que se convirtió en el principal abastecedor del mercado peruano y el más importante comprador de nuestras materias primas. Esta nación llegó a desplazar, incluso, a la propia Inglaterra (Bardella, 1989, pp. 203-204).

Respecto a esta última medida decreta por el gobierno alemán, el gobierno peruano, por medio de su canciller Enrique de la Riva-Agüero, presentó formalmente su protesta, en los siguientes términos:

Hoy, ante la nueva e ilimitada amenaza que para el comercio neutral crea el propósito del Gobierno alemán dentro de las zonas cerradas, siento verme obligado, con mayor razón que antes a dejar nuevamente a salvo los intereses de mi Gobierno y de mis conciudadanos y a declarar que él no puede admitir la resolución del Gobierno de Vuestra Excelencia que me ocupa, por estimarla incuestionablemente opuesta a las leyes internacionales y a los legítimos derechos de los neutrales.

Rogando a Vuestra Excelencia se digne transmitir a su Gobierno las reservas y observaciones que quedan formuladas, le renuevo, señor Ministro, las seguridades de mi alta y distinguida consideración (De Lavalle, 1919, p. 13).

Por esta razón, el gobierno peruano dispuso la presencia de armas de defensa en sus buques mercantes ante cualquier eventual ataque alemán. En su Memoria al Congreso en 1917, el canciller peruano justificó la medida de la siguiente forma:

Los horrores que viene causando la actual campaña submarina alemana creo que justifican ampliamente nuestra resolución, desde que es evidente que los buques mercantes no pueden hoy traficar sin algunos elementos de defensa contra los ataques de los submarinos, por lo que es racional y justo que su presencia a bordo, con las condiciones que he señalado, no haga perder a las naves su carácter mercantil (De Lavalle, 1919, pp. 13-14).

Finalmente, frente al plan de destrucción trazado por el gobierno alemán respecto de las naves mercantes de ese país inmovilizadas en puertos extranjeros desde el comienzo de la guerra, su par peruano ordenó, el 29 de setiembre de 1916, la custodia de los buques alemanes que se encontraban en los puertos peruanos con el fin de impedir que se llevara adelante la labor destructora ordenada por el gobierno alemán, y permitió a los tripulantes permanecer a bordo. El Perú entendía que frente al derecho de destrucción de las naves por parte del gobierno alemán, se podía optar por su aprovechamiento y utilizarlas para satisfacer necesidades vitales y urgentes de nuestro país. Asimismo, la inutilización de estos buques los convertía en pontones incapacitados para moverse en circunstancias que la seguridad del puerto hiciera necesarias.

Ante esta medida, el gobierno alemán protestó enérgicamente y manifestó que no le era posible compartir los puntos de vista del gobierno peruano, en la medida que la inutilización de los buques alemanes respondía a la voluntad de los armadores de dichos buques y, asimismo, que esta destrucción no causaba perjuicios al Estado peruano ni a particulares. Sin embargo, el 29 de enero de 1917, el gobierno peruano emitió la ley 2696, que autorizaba al Poder Ejecutivo a tomar posesión de los elementos de transporte —terrestre, marítimo o fluvial— para atender el abastecimiento público. Para efectuar dicha toma de posesión se debía consignar a favor de sus dueños, en la Caja de Depósitos y Consignaciones, el importe de los medios de transporte expropiados, luego de una justa valorización. Sobre la base de esta ley, el Estado peruano decidió expropiar diez buques alemanes de comercio acoderados en puertos peruanos: Sierra Córdoba (8200 toneladas), Luxor (12 000 toneladas), Rhakotis (8500 toneladas), Anubis (8000 toneladas), Uarda (9000 toneladas), Marie (3000 toneladas), Hebe (4000 toneladas), Omega (4000 toneladas), Maipo (2700 toneladas) y Tellus (2500 toneladas) —estos cuatro últimos eran buques de vela— (De Lavalle, 1919, pp. 88 y ss.)⁹.

⁹ Véase también Wagner de Reyna (1997 p. 194); Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1918, p. 8).

A todas estas medidas adoptadas por el gobierno del Perú en favor de los Aliados se puede añadir la participación voluntaria de muchos peruanos en la guerra en pro de su causa, quienes se enlistaron en el ejército o en los servicios de enfermería y auxilio médico, convencidos de los principios que se buscaban preservar, como es el caso del exsenador del Partido Aprista Luis Lanatta que se enlistó en el ejército italiano (Valdez, 2004, p. 121) o José García-Calderón, quien luchó en las fuerzas francesas y murió heroicamente en los campos de Verdún.

De todo esto, puede claramente concluirse que la denominada neutralidad benévola inicial peruana frente a la Primera Guerra Mundial fue solo formal.

4. EL INCIDENTE DEL VAPOR LORTON, LA RUPTURA DE RELACIONES DIPLOMÁTICAS CON ALEMANIA Y LA REACCIÓN FAVORABLE DE LOS ALIADOS

En los años iniciales de la Primera Guerra Mundial, el gobierno peruano se encontraba en una posición financiera difícil, producto de la caída de los precios del azúcar y del caucho. Esta situación estuvo acompañada por condiciones de inestabilidad política. La Gran Guerra paralizó el comercio y eso trajo una caída profunda en la recaudación aduanera y, por si fuera poco, el crédito proveniente de Europa prácticamente desapareció (Bruce St. John. 1999, p. 150). Esta situación mejoraría con la reelección de José Pardo como presidente del Perú, en mayo de 1915, debido a la nueva demanda de materias primas. Esta demanda incrementó las exportaciones peruanas, así como la confianza generada por las políticas económicas conservadoras de Pardo.

No obstante este contexto favorable, en esos años se produce un nuevo incidente entre el gobierno peruano y el gobierno alemán que terminó con la ruptura de relaciones. Nos referimos al hundimiento de la barca peruana Lorton, tema que será abordado con más amplitud en otro estudio del presente libro.

Los hechos sucedieron el 4 de febrero de 1917, a las 3 de la tarde, cuando la barca peruana Lorton, construida en 1889, en Belfast, Irlanda, fue hundida mediante bombas colocadas en ella por tripulantes de un submarino alemán, por orden de su comandante. El hecho ocurrió en el mar Cantábrico, a pocas millas del puerto español de Suances. Después de tres disparos hechos por el submarino y luego de emitir señales para que los tripulantes de la barca abandonaran el Lorton lo más pronto posible, se produjo el estallido de las bombas que ocasionó el hundimiento del buque en pocos segundos. La tripulación del Lorton, comandada por el capitán Frank T. Sanders, naturalizado peruano, estaba compuesta de 19 hombres. El Lorton debía cargar, entre los puertos chilenos de Pisagua e Iquique, un cargamento no mayor de 2350 toneladas de nitrato de soda proveniente de los yacimientos de Tarapacá; este cargamento debía ser llevado a cualquiera de los puertos españoles de Bilbao, Pasajes o Santander. Fue así como el Lorton cumplió su cometido hasta su hundimiento el 4 de febrero (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1916, pp. 5-8; 1917, pp. 28-39).

Frente a estos graves hechos, el Ministerio de Relaciones Exteriores peruano —que recién tuvo noticias del incidente el día 7 de febrero— ordenó por cable, al ministro residente del Perú en Berlín, que dirigiera una nota de protesta contra el gobierno alemán por los hechos ocurridos y exigiera las reparaciones correspondientes. Asimismo, ordenó a los cónsules del Perú en Barcelona y en Iquique enviar la documentación pertinente para fundamentar la reclamación (De Lavalle, 1919, p. 19).

El 18 de febrero, el gobierno imperial alemán ofreció al gobierno peruano realizar investigaciones prolijas y otorgar amplias satisfacciones si se comprobaba que el Lorton había sido hundido en aguas españolas. Paralelamente, el gobierno peruano recibió la documentación de los cónsules en Barcelona e Iquique, hecho que le permitió elaborar un memorándum de defensa fechado el 30 de junio. La posición peruana se sostenía fundamentalmente en tres argumentos:

- a) En el derecho a la libre navegación de los mares, máxime cuando el buque se hallaba fuera de las zonas de guerra. En efecto, las costas españolas del Cantábrico, donde fue hundido el Lorton, no estaban comprendidas en la «zona cerrada» demarcada por el almirantazgo alemán.
- b) En el respeto que se debía a las naves mercantes de nacionalidad neutral, que viajaban de un puerto neutral a otro también neutral, sin que la carga pudiera ser utilizada en la guerra contra Alemania.
- c) En que, incluso, si el Lorton se hubiese dirigido a un puerto de potencia beligerante, dentro de la «zona cerrada», debía tenerse en consideración que dicho buque zarpó dos meses y medio antes de que el gobierno alemán intensificara la guerra submarina y declarara una «zona cerrada», por lo cual no tenía ninguna posibilidad de conocer esta medida, menos aún si el propio gobierno peruano solo fue notificado de ella al día siguiente del hundimiento (De Laval, 1919, pp. 20, 30 y 31).

A todo esto debe agregarse que el Perú exigió un trato igualitario en relación con el que se tuvo con el «caso Toro»¹⁰. En este, el hundimiento del buque argentino Toro por un submarino alemán mereció una amplia satisfacción de Alemania a la República Argentina, no obstante que el buque llevaba contrabando con destino a un puerto beligerante (Ministerio de Relaciones Exteriores, 1917a, p. 9).

Precisamente, basados en estos argumentos, el gobierno peruano entendía que era acreedor a una doble reparación: por un lado, por el ultraje a la bandera del Perú, que fue arrancada de la popa del buque por uno de los marineros del submarino alemán y llevada a bordo;

¹⁰ Oficio N° 897/114 del 23 de noviembre de 1917. Véase el Archivo General del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

y, por otro lado, por el daño material causado por la destrucción del buque (Ministerio de Relaciones Exteriores, 1917a, p. 25)¹¹. Por esta razón el gobierno peruano exigió como justa reparación:

- a) el saludo militar a la bandera del Perú, por uno o más buques de la Marina Imperial de Guerra;
- b) la desaprobación de la conducta del comandante del submarino por el hundimiento de la «Lorton» y su sometimiento a una corte marcial.

Para los ciudadanos peruanos damnificados por el atentado:

- a) el pago del valor estimativo del buque el día del hundimiento; valor apreciado por el perito naval del Comité de Aseguradores del Perú en £39 000.00;
- b) el valor de las dos terceras partes del flete del cargamento, abonables al entregarse este en el puerto de destino, y que, por haberse perdido el cargamento no ha sido pagado. El cargamento era de 2211 toneladas a £7 por tonelada, hacen £15 477 y las dos terceras partes, £10 318.
- c) indemnización equitativa de los perjuicios sufridos, estimados prudencialmente en el interés legal durante dos años, del monto a que ascienden las pérdidas sufridas, esto es, £5918.80, que representa el interés al 6% sobre £49 318.

En total, cincuenticinco mil doscientos treintiséis libras esterlinas, ocho chelines (De Lavalle, 1919, pp. 32-33)¹².

Sin embargo, el 16 de julio de 1917, el ministro peruano en Berlín, Alejandro von der Heyde, anunció a la Cancillería peruana que el Ministerio de Asuntos Extranjeros de Alemania le había dirigido una nota en la cual se sostenía que el Lorton había sido apresado y hundido por conducir contrabando, de conformidad con el artículo 49 de

¹¹ Véase también Basadre (1970, p. 411).

¹² Véase también Ministerio de Relaciones Exteriores (1917a, p. 26).

la Declaración de Londres del 26 de febrero de 1909 (de la cual el Perú no formaba parte) y que el caso sería juzgado por un tribunal de presas.

Frente a este hecho, el gobierno peruano envió una nota al referido ministerio alemán en la cual rechazaba el planteamiento de su gobierno y señalaba que nunca el Perú se sometería a un tribunal interno de un país extranjero. Ante el planteamiento del gobierno peruano, hubo un largo silencio por parte del gobierno alemán, debido, en gran parte, a la irregularidad del correo existente en ese entonces entre Ámsterdam y Berlín. Mientras tanto, el 27 de julio de 1917, asumió la Cancillería del Perú el doctor Francisco Tudela y Varela, quien adoptó una posición más determinada frente a este caso.

En efecto, el 25 de setiembre, la cancillería peruana envió un nuevo cable al Ministerio de Asuntos Extranjeros alemán, en el cual le daba un plazo de ocho días para responder a su pretensión. Vencido este plazo, se comunicó que no sería posible mantener relaciones diplomáticas con ese país. El 1 de octubre, la Cancillería peruana reiteró el pedido, ante lo cual el Ministro de Asuntos Extranjeros del Imperio alemán contestó «que le sería absolutamente imposible solucionar la reclamación del Lorton en un periodo determinado»¹³.

Frente a esta respuesta, el entonces ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Francisco Tudela y Varela, se presentó el día 5 de octubre de 1917 ante el Congreso de la República, donde expresó los argumentos que justificaban la decisión de romper relaciones diplomáticas con esta potencia. Concluyó con estas palabras:

El gobierno no ha podido dejar de tomar nota de la declaración hecha por el ministro de Negocios Extranjeros de Berlín a nuestro representante, cuando el señor von der Heyde le dijo que tenía un ultimátum que presentar a la Cancillería alemana, declaración

¹³ En relación con la tardanza en la respuesta del gobierno alemán véase el Oficio N° 303/44 del 4 de mayo de 1917. Véase también Bruce St. John (1999, p. 151) y Wagner de Reyna (1997, p. 193).

que implica ya la inutilidad de presentar el ultimátum, si nuestro agente ha insistido en la falta de no presentarlo, o ya de esperar el vencimiento del término fijado, porque el gobierno de Alemania ha declarado, por labios de su ministro de Negocios Extranjeros, que es absolutamente imposible solucionar este asunto de la «Lorton» en un plazo perentorio.

Después de esa declaración, hecha por el personero oficial del gobierno alemán, el gobierno del Perú no puede hacer otra cosa, en concepto del ministro que habla y en concepto del gobierno mismo, que no seguir manteniendo relaciones con el Imperio alemán. [Grandes y prolongados aplausos].

Como las negociaciones diplomáticas, a juicio del Poder Ejecutivo, han terminado, el ministro de Relaciones Exteriores entrega la decisión de la propuesta de ruptura, que acaba de formular, al Congreso de la República [Aplausos] (De Lavalle, 1919, p. 50)¹⁴.

De esta forma, el Congreso peruano finalmente aprobó la moción presentada por el diputado por Pacasmayo José Balta, por 105 votos a favor, seis en contra, que decía lo siguiente: «En vista de las declaraciones del señor ministro de Relaciones Exteriores y de los principios proclamados por la Cancillería y por las Cámaras, el Congreso aprueba la ruptura de relaciones con el Imperio alemán, propuesta por el Ejecutivo».

Una vez tomada la decisión por el Congreso de la República, el mismo día 5 de octubre, el canciller Tudela y Varela notificó al gobierno alemán, a través de su representante en el Perú, la ruptura de relaciones diplomáticas en los siguientes términos:

Señor ministro:

La esterilidad de los esfuerzos con que mi gobierno ha procurado llegar a un arreglo amistoso y satisfactorio de la odiosa cuestión

¹⁴ Véase también Basadre (1970, tomo XII, pp. 414-415).

suscitada por el hundimiento del velero peruano Lorton, hecho por un submarino alemán el 4 de febrero del presente año, delante del puerto español de Suances, ha dejado sin reparación el ultraje inferido a la bandera del Perú y los daños causados a los ciudadanos peruanos, propietarios de ese buque.

Inconciliable como es la situación creada con el honor nacional, mi gobierno, muy a su pesar, se ve obligado a poner término a las relaciones diplomáticas que, por tanto tiempo y con ininterrumpida cordialidad, ha cultivado con el gobierno imperial de Alemania; y ha resuelto, en consecuencia, retirar la Legación de la República en Berlín e invitar a V.E. a abandonar el territorio nacional, para lo cual me es honroso acompañar el correspondiente pasaporte.

Al cumplir el penoso deber de comunicar a Vuestra Excelencia esta determinación, me complace poder asegurarle que Vuestra Excelencia y el personal de la Legación imperial gozarán de toda clase de garantías mientras permanezcan en territorio peruano.

Aprovecho esta última oportunidad para reiterarle, señor ministro, las seguridades de mi alta y distinguida consideración.

F. Tudela

Al Excelentísimo señor doctor Federico Perl,

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Imperio Alemán (Ministerio de Relaciones Exteriores, 1917a, pp. 42-43).

Ante la ruptura de relaciones diplomáticas, el mismo día 5 de octubre de 1917, el representante del Perú en Alemania, Alejandro von der Heyde pidió sus pasaportes. De otro lado, los intereses alemanes en el Perú fueron encargados al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de España en nuestro país, Conde Julio de Galarza y Pérez Castañeda. Por su parte, el Perú hizo lo mismo, y entregó a España los archivos de los 14 consulados peruanos existentes en Alemania: Hamburgo, Berlín, Dresde, Manheim, Múnich, Stuttgart,

Leipzig, Colonia, Fráncfort, Wiesbaden, Bremen, Stettin, Lübeck y Karlsruhe¹⁵.

Esta ruptura fue celebrada por los países aliados, que enviaron sendas notas de felicitación al Perú. Este es el caso del secretario de Estado de los Estados Unidos de América, Mr Robert Lansing, quien señaló:

[...] la ruptura ha sido recibida por parte del gobierno de los Estados Unidos con un sentimiento mezclado de simpatía y orgullo—simpatía porque otro país se ha visto obligado por agresión a dar este paso decisivo; y orgullo porque otra nación americana ha declarado así su adhesión a los principios de justicia con relación a los pueblos americanos, base de la solidaridad americana— (De Lavallo, 1919 pp. 53-54).

En el mismo sentido se manifestó Su Majestad británica, el Rey Jorge V, con el siguiente mensaje:

El gobierno de Su Majestad ha recibido con satisfacción la noticia de que el gobierno del Perú ha decidido romper relaciones diplomáticas con Alemania y desea expresar su cordial bienvenida a la adhesión del Perú al número, siempre creciente, de Estados que, por su apartamiento de relaciones con el Imperio alemán, han manifestado abiertamente sus simpatías hacia los ideales por los que luchan los aliados (De Lavallo, 1919 pp. 53-54).

El presidente de Francia, Raymond Poincaré, en cable enviado el 12 de octubre señaló lo siguiente:

La noble actitud del gobierno peruano ha sido apreciada con muy especial simpatía por el gobierno de la República Francesa.

Unida la Francia al Perú por los lazos de la civilización latina, no puede extrañarse de ver al país de Vuestra Excelencia afirmar

¹⁵ Oficio N° 918/118 del 3 de diciembre de 1917.

solemnemente los eternos principios de derecho, de justicia y de libertad que forman nuestro ideal común.

Deseo vivamente expresar a Vuestra Excelencia y a su gobierno las felicitaciones del gobierno de la República, así como mis felicitaciones personales (De Lavalle, 1919 pp. 57).

A todas estas expresiones de felicitación habría que sumar la nota dirigida por el ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica, señor Broqueville, y por el plenipotenciario de Italia, señor Ruffillo Agnoli, entre muchos otros (Ministerio de Relaciones Exteriores, 1918b, pp. 12-49).

Sobre las razones que llevaron al rompimiento de relaciones diplomáticas con Alemania, algunos autores entienden que, más allá del incidente del Lorton, existían razones de carácter estratégico para llevar adelante esta ruptura. En este sentido señala Bruce St. John:

A pesar de que el pueblo peruano generalmente apoyó a los Estados Unidos y a la causa aliada, hubo una razón adicional, más mediata, para el rompimiento de relaciones diplomáticas con Alemania. La disputa de Tacna y Arica (con Chile) había alcanzado otro punto de crisis, y al ponerse el Perú firmemente del lado de los Estados Unidos, el gobierno de Pardo esperaba obtener un apoyo más fuerte de Washington. A principios del mes de julio de 1917, el presidente Pardo anunció la adhesión peruana a los principios del derecho, justicia y autodeterminación denunciados por el presidente Woodrow Wilson. En su mensaje presidencial de 1918, Pardo sostuvo que el Perú no podía permanecer indiferente a los principios de moralidad y justicia internacional proclamados en términos firmes y elevados por el presidente norteamericano.

[...]

(Sin embargo) A finales de 1918, Washington informó al ministro peruano en los Estados Unidos que no estaba inclinado a ofrecer una mediación en la disputa y dudó de la conveniencia de proponer

la cuestión ante la Conferencia de Paz de París [los paréntesis son nuestros] (Bruce St. John, 1999, p. 151).

En consecuencia, ni el Perú ni ninguno de los Estados latinoamericanos que se colocaron en una postura de resuelta beligerancia con Alemania, obtuvieron provecho alguno, como claramente lo señala el historiador Jorge Basadre (1970, tomo XII, p. 419). Ello no descarta, empero, que el gobierno peruano no hubiera creído firmemente que la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania lo colocaba en una posición más favorable con los Estados Unidos, de cara a la solución de las cuestiones pendientes con Chile. En todo caso, esta motivación nunca fue expuesta, expresa o implícitamente por el gobierno del Perú.

La ruptura de relaciones diplomáticas interrumpió también la afluencia de emigrantes germanos. La propaganda hostil por parte de los aliados supuso para los comerciantes alemanes en el Perú las mismas discriminaciones sufridas por sus compatriotas en otros países iberoamericanos (como se verá en otro estudio del presente libro), pero sin llegar a dividir a los germano-peruanos en dos bandos irreconciliables (Schulze Schneider, 1995, p. 261).

5. LA POSICIÓN INTERNACIONAL DEL PERÚ EN EL ÚLTIMO AÑO DE LA GUERRA, LAS CELEBRACIONES OFICIALES POR LA VICTORIA ALIADA Y EL RESTABLECIMIENTO DE RELACIONES CON ALEMANIA

Cuando faltaba poco más de un año para la finalización de la guerra desde que se tomó la decisión de romper relaciones con Alemania, en el Perú hubo diversas manifestaciones oficiales de júbilo, por las recurrentes victorias de la Triple Entente ante Alemania y sus aliados. Estos hechos provocaron una sucesión de comunicaciones de nuestra Cancillería, en las que se celebraba la recuperación de territorios ocupados, las derrotas sufridas por la Triple Alianza y las demostraciones de heroísmo por parte de las fuerzas armadas aliadas.

Así, el 14 de julio de 1918, fue celebrado en Lima, y en todo el Perú, el Día Nacional de Francia. Una vibrante manifestación, organizada por la juventud, colocó una corona de laurel en la Plaza Francia. Los principales diarios publicaron ediciones extraordinarias en homenaje a dicha república. En banquetes, veladas y manifestaciones, los oradores hicieron el elogio del heroísmo francés, auguraron la victoria de los ejércitos de Francia y la reincorporación siempre anhelada y al fin cumplida de Alsacia y Lorena (De Lavalle, 1919, p. 72).

El presidente de la República dirigió, en esa fecha, al ilustre presidente de Francia, Raymond Poincaré, este mensaje de admiración y afecto al pueblo francés:

El gobierno del Perú saluda a V.E., en el día de Francia, renovándole el testimonio de la profunda admiración y del intenso afecto de la nación peruana por el pueblo francés, que derrama su sangre generosa en la lucha titánica para establecer el imperio del derecho entre las naciones (De Lavalle, 1919, p. 72).

Luego, el 4 de noviembre, con ocasión de la toma de Trieste y en cumplimiento de la moción aprobada por la Cámara de Diputados, su presidente dirigió a los presidentes de las cámaras de diputados de Francia y de Italia, el siguiente despacho cablegráfico:

La Cámara de Diputados del Perú acordó expresar a esa Cámara la profunda admiración que despierta el heroísmo de los soldados de Francia y de Italia, felicitándola por la liberación de sus territorios, merced a sus victorias y a las de sus aliados, victorias que preparan el reinado del derecho y la justicia internacionales y largo periodo de paz y progreso para el mundo.

Complázcome en transmitirle el acuerdo aprobado unánimemente y ofrézcole los sentimientos de mi especial consideración.

Juan Pardo, Presidente de la Cámara de Diputados del Perú
(De Lavalle, 1919, p. 127).

El día 10 de noviembre, ante la victoria definitiva de los Aliados, el presidente del Perú cablegrafió al excelentísimo señor Raymond Poincaré, presidente de la República Francesa, en estos términos:

El heroísmo sobrehumano y la gloria inmortal de Francia han recibido grandiosa recompensa en la apoteosis de la victoria.

El pueblo y el gobierno del Perú se asocian, con la más intensa alegría, al júbilo de la nación francesa, y le renuevan el homenaje de su tradicional simpatía y el testimonio de su entusiasta admiración (De Lavalle, 1919, p. 133).

El presidente francés contestó el mensaje de su par peruano:

Le agradezco las felicitaciones que se ha servido dirigir, en nombre del gobierno y del pueblo del Perú, a la nación francesa y a su ejército victorioso. No dudo que la paz procurará, muy pronto, a nuestros dos países, nuevas ocasiones de estrechar aún más, en provecho común, los vínculos de su tradicional amistad (De Lavalle, 1919, p. 133).

Entre el presidente del Perú y el célebre mariscal Ferdinand Foch, comandante en jefe de los Ejércitos Aliados, se cambiaron también, con motivo de la victoria de los ejércitos de Francia y de las naciones aliadas, los siguientes cablegramas de saludo y felicitación:

Lima, noviembre 10 de 1918

Mariscal Foch,

Gran Cuartel General.

El pueblo peruano y su gobierno saludan, con la más intensa simpatía a V.E., el admirable jefe de los ejércitos de Francia y de las naciones aliadas, y le presentan sus más entusiastas felicitaciones por el glorioso triunfo de los grandes principios de la democracia, justicia y redención de los pueblos oprimidos.

José Pardo, Presidente del Perú (De Lavalle, 1919, p. 133).

Agradezco profundamente las felicitaciones que ha tenido la bondad de dirigirme, en nombre del pueblo y del gobierno peruano. Ruégole, señor presidente, transmitirle, y aceptar, usted mismo, mis sinceros agradecimientos.

Mariscal Foch.

De igual modo, el señor ministro de Guerra y Marina del Perú dirigió al mariscal Foch, en nombre del Ejército del Perú, el siguiente cablegrama de felicitación por la gran victoria final:

En nombre del Ejército peruano, que hasta el momento de la declaratoria de la guerra tuvo la honra de estar mandado por distinguidos y valerosos jefes y oficiales franceses, muchos de los cuales han rendido heroicamente la vida en servicio de su patria, me es sumamente grato presentar a V.E., su más entusiasta felicitación por la gran victoria que, bajo la admirable dirección de V.E., han alcanzado los ejércitos franceses y los de las naciones aliadas, en servicio de los principios más grandiosos de justicia, de libertad y de solidaridad internacional.

Permítame V.E. expresarle la intensa admiración que el ejército del Perú siente por V.E., por el glorioso soldado que ha alcanzado la victoria, al servicio de tan nobles aspiraciones, y que ha tenido la gran fortuna de reintegrar el territorio de su patria (De Lavalle, 1919, p. 133).

El mariscal Foch contestó al ministro de Guerra del Perú:

Los ejércitos aliados y yo mismo, apreciamos elevadamente las felicitaciones del Ejército peruano. Le dirijo, en su nombre y en el mío, propio, la expresión de nuestra viva gratitud.

Agradezco a V.E. su benévolo recuerdo de nuestros camaradas que han tenido el honor de estar afectados al Ejército del Perú (De Lavalle, 1919, p. 136).

Asimismo, el presidente del Perú dirigió este mensaje de simpatía y felicitación al glorioso vencedor del Marne, mariscal Joseph Joffre:

El Perú se regocija del triunfo de la gran nación latina a la cual el heroísmo extraordinario de sus hijos ha permitido alcanzar, gloriosamente, sus ideales patrióticos. Presento mis entusiastas felicitaciones a V.E., que fue el primero que condujo sus ejércitos a la victoria (De Lavalle, 1919, p. 174).

Al que contestó el mariscal:

El mariscal Joffre al Excmo. Señor José Pardo, Presidente del Perú
Muy impresionado por el telegrama del Presidente de la República del Perú, le dirijo mis más vivos y sinceros agradecimientos.
Joffre (De Lavalle, 1919, p. 175).

Finalmente, la felicitación a la ciudad de París fue cableografiada por el alcalde de Lima en estos términos:

La Municipalidad de Lima ha acordado, en sesión solemne, enviar a la de París un entusiasta mensaje de felicitación por la victoria de las armas aliadas, que significa el triunfo de la libertad y de la justicia, y obsequiar a esa Municipalidad una medalla que conmemore la reincorporación al suelo de la patria francesa de las provincias mártires de Alsacia y Lorena (De Lavalle, 1919, p. 185).

A todo este largo e intenso intercambio de cartas de felicitación se sumaron diversas muestras de regocijo en el Perú por el triunfo aliado. Así, el lunes 18 de noviembre se realizó, en el comedor de cristales del Palacio de Gobierno, el gran banquete ofrecido por el Presidente de la República a los representantes diplomáticos de las naciones aliadas y de los Estados Unidos de América, con motivo del término de la Gran Guerra y del triunfo de los aliados (De Lavalle, 1919, p. 190).

Rodeaban la mesa, los diplomáticos, presidentes de las cámaras legislativas, el Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la República,

los ministros de Estado, el Arzobispado de Lima, los miembros de las comisiones diplomáticas del Senado y de la Cámara de Diputados, el presidente de la Junta Departamental de Lima, los alcaldes de Lima y Callao, los representantes consulares, el presidente y los miembros del Comité Interaliado, los generales y jefes del ejército y la armada y los altos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El presidente de la República, doctor Pardo, que llevaba la condecoración de la Gran Cruz de San Mauricio y San Lázaro, que le fue conferida por el Rey de Italia, ofreció el banquete en estos términos:

Señores ministros de los países aliados y de Estados Unidos:

[...]

Bien conocéis los sentimientos que abraza el Perú para con vuestros respectivos países, y bien sabéis, igualmente, señores ministros, cuán profundamente arraigados se encuentran en el espíritu de la nación peruana los elevados ideales cuyo triunfo acaban de obtener vuestros gobiernos, a expensas de esfuerzos y de sacrificios solo comparables con la magnitud de los fines alcanzados, que abren amplios horizontes de bienestar a la humanidad entera.

Así os explicaréis el intenso calor y franca espontaneidad de las manifestaciones que todas las clases sociales os han tributado al conocer vuestra gran victoria y cuyos ecos os ruego hagáis llegar a los videntes estadistas, a los grandes jefes, a los heroicos soldados de la libertad y de la justicia, [...].

Señores:

Os invito a brindar por los soberanos y jefes de Estado de las naciones aliadas, por el Presidente Wilson, que con admirable previsión señaló los beneficios que la humanidad debe reportar de esta guerra, por sus dignos representantes en Lima y por los presidentes de sus instituciones establecidas entre nosotros (De Lavalle, 1919, pp. 191-192).

Ruffilio Agnoli, ministro de Italia, como el representante diplomático más antiguo de los países aliados acreditados ante el gobierno del Perú, contestó el discurso del presidente de la República, en los siguientes términos:

Señor Presidente de la República:

Cábeme el alto honor de expresar á Vuestra Excelencia el vivo agradecimiento de los representantes diplomáticos, ante vuestro gobierno, [...].

Al cumplir tan grato deber, me complazco y me honro en recordar cómo el Perú, con noble arranque, reflejante de la rectitud de sus tradiciones, interrumpió sus relaciones con el gobierno del más poderoso de nuestros enemigos, cuando el éxito de la titánica lucha era aún incierto, e hizo acto de incondicional adhesión a los principios por cuyo triunfo se combatía, principios que el ilustre presidente de los Estados Unidos proclamaba al mundo entero, admirado, en sus mensajes.

Y que la actitud que el gobierno de Vuestra Excelencia y el Congreso del Perú asumieron, en buena hora, estuvo al unísono con los sentimientos de la nación cuyos destinos regís, Señor Presidente, lo han demostrado las vibrantes manifestaciones de estos días, en las que participaron con calor y con unánime espontaneidad todas las clases sociales, llenas de júbilo por nuestra victoria, que consideraron como victoria de la causa de la humanidad.

El nuevo horizonte que se abre es de fraternidad y de justicia entre pueblos libres [...] (De Lavalle, 1919, pp. 192-194).

Pocos meses después, el Perú suscribiría el Tratado de Paz de Versalles del 28 de junio de 1919, celebrado entre los Aliados y Alemania, que entró en vigor el 10 de enero de 1920, el mismo que no solo pondría término a la Primera Guerra Mundial sino que crearía la Sociedad de Naciones, primer intento de arquitectura internacional del cual nuestro país sería uno de sus fundadores.

En cuanto a las relaciones con Alemania, estas recién se restablecerían el 28 de mayo de 1920, cuando el gobierno alemán a través de su canciller Adolfo Köster, reconoce al encargado de negocios *ad interim* del Perú, José Varela y Orbeago. Ese mismo día, el señor Varela se dirigió a la embajada de España en Alemania con el objetivo de recabar los archivos de la Legación peruana. Tiempo después, el 8 de enero de 1921, se reconoció al enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de ese país en el Perú, barón H. P. von Humboldt-Dachroeden (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1920, p. 13; 1921, p. 6).

Para consolidar las relaciones bilaterales con dicho país, el gobierno peruano decidió acoger el pedido del ministro alemán von Humboldt-Dachroeden, en el sentido de renunciar a los derechos conferidos por el párrafo 18, anexo II, sección I, parte VIII del Tratado de Versalles, por el cual nuestro país podía incautar bienes de ciudadanos alemanes en el caso de que Alemania faltara a las obligaciones impuestas por dicho tratado (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1922, p. 7).

Casi inmediatamente después se produjo el nombramiento de los cónsules peruanos en distintas ciudades de Alemania. Así, se nombra a Salvador Cavero como cónsul general en Hamburgo, a Enrique Vélez como cónsul en Bremen, a Federico Gildemeister como cónsul *ad honorem* en Hannover, a Paul Richarz como cónsul en Berlín y, luego, a Samuel Prieto y Risco como cónsul en Dresde y a Guillermo Ehni como cónsul *ad honorem* en Stuttgart. Este restablecimiento de relaciones consulares determinó la celebración de una Convención Consular el 12 de setiembre de 1921 (Novak, 2012, p. 110).

Una vez restablecidas las relaciones diplomáticas y consulares, el Perú promovió nuevamente la migración alemana a nuestro país así como el intercambio comercial, esto último, fundamentalmente a través de los puertos del Callao, Bremen y Hamburgo (Novak, 2012, p. 110).

BIBLIOGRAFÍA

- Aranda, Ricardo (1911). *Colección de los tratados, convenciones, capitulaciones y armisticios y otros actos diplomáticos y políticos celebrados desde la independencia hasta el día*. Tomo XIII. [Publicación oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú] Lima: Imprenta del Estado.
- Badía, Gilbert (1964). *Historia de Alemania Contemporánea*. Tomo I (1917-1932). Buenos Aires: Futuro.
- Bardella, Gianfranco (1989). *Un siglo en la vida económica del Perú 1889-1989*. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Basadre, Jorge (1970). *Historia de la República del Perú. 1822-1933*. Sexta edición aumentada y corregida. Tomo XVI. Lima: Editorial Universitaria.
- Bieber, León Enrique (1984). *Las relaciones económicas de Bolivia con Alemania 1880-1920*. Berlín: Colloquium.
- Bonilla, Heraclio (1977). *Gran Bretaña y el Perú (1826-1919)*. Volumen V: Los mecanismos de un control económico. Lima: Instituto de Estudios Peruanos—Fondo de Libro del Banco Industrial del Perú.
- Bruce St. John, Ronald (1999). *La política exterior del Perú*. Lima: Asociación de Funcionarios del Servicio Diplomático del Perú.
- Clayton, Lawrence (2002). *Estados Unidos y el Perú: 1800-1995*. Lima: Instituto Peruano de Economía Social de Mercado.
- De Lavalle, Juan Bautista (1919). *Páginas de historia diplomática contemporánea. El Perú y la Gran Guerra*. Lima: Imprenta Americana Santo Toribio.
- Durand, Francisco (1995). Historia de la industria en el Perú republicano (1840-1980). En Carlos Milla Batres (dir.), *Atlas histórico y geográfico del Perú. Tomo III: La Independencia y la República 1800—Año 2000*. Lima: Editorial Milla Batres.
- Godbersen, Guillermo (2002). *La inmigración alemana en el Perú*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1905). *Memoria de 1905*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1910). *Memoria de 1910*. Lima: s.e.

- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1911). *Memoria de 1911*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1912). *Memoria de 1912*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1913). *Memoria de 1913*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1914a). *Boletín*, LV(XIV), 272.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1914b). *Memoria de 1914*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1915). *Memoria de 1915*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1916). *Memoria de 1916*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1917a). *Cuestión Lorton*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1917b). *Memoria de 1917*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1918a). *Memoria de 1918*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1918b). *Ruptura de relaciones diplomáticas con el Gobierno Imperial de Alemania*. Lima: Imprenta Americana.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1920). *Memoria de 1920*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1921). *Memoria de 1921*. Lima: s.e.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1922). *Memoria de 1922*. Lima: s.e.
- Novak, Fabián (2001). *Las relaciones entre Perú y España (1821-2000)*. Serie: Política Exterior Peruana. Lima: Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) y Fondo Editorial de la PUCP.
- Novak, Fabián (2005). *Las relaciones entre Perú y Francia (1827-2004)*. Serie: Política Exterior Peruana. Lima: Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) y Fondo Editorial de la PUCP.
- Novak, Fabián (2012). *Las relaciones entre el Perú y Alemania (1828-2012)*. Serie: Política Exterior Peruana. Lima: Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) y Embajada de la República Federal de Alemania.
- Schulze Schneider, Ingrid (1995). *Alemania y América. La llamada del Nuevo Mundo: 500 años de presencia alemana en América*. Madrid: Mapfre.

- Valdez, Flor de María (2004). *Las relaciones entre el Perú e Italia (1821-2002)*. Serie: Política Exterior Peruana. Lima: Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) y Fondo Editorial de la PUCP.
- Vegas Vélez, Manuel (1994). Influencia de la ciencia alemana en el desarrollo de la oceanografía y de la ecología en el Perú. *Humanitas. Revista del Departamento Académico de Ciencias Humanas*, 31, 148-149.
- Wagner de Reyna, Alberto (1997). *Historia diplomática del Perú 1900-1945*. Lima: Fondo Editorial del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

LA ECONOMÍA PERUANA DURANTE Y DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Luis Felipe Zegarra

1. INTRODUCCIÓN

A inicios de la década de 1910, el PBI per cápita del Perú era el menor en América Latina. Según cifras de Víctor Bulmes-Thomas, en 1912 este era de 37 dólares. En el caso de la Argentina, de 188 dólares; en Chile, Cuba, Puerto Rico y Uruguay superaba los 100 dólares; en Bolivia, Costa Rica, República Dominicana, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua y Venezuela se encontraba entre 50 y 100 dólares. Por su parte, Brasil, Colombia, El Salvador, Haití y Paraguay tenían un PBI per-cápita menor que 50 dólares, pero mayor al de Perú (2003, p. 420).

La economía peruana, sin embargo, se encontraba en un proceso de recuperación económica, luego de la recesión de las décadas de 1870, 1880 y 1890. El PBI había caído en casi 30% entre 1877 y 1880. Como consecuencia de la Guerra del Pacífico (1879-1883), se había recuperado en solo 17% entre 1880 y 1889 (1.8% por año) y había caído nuevamente, ahora en 5% entre 1891 y 1894. Desde entonces el PBI se había recuperado: entre 1894 y 1913 la economía peruana creció en casi 5% por año. En términos acumulados, entre 1894 y 1913 el PBI se había incrementado en alrededor de 150%, y el PBI per cápita prácticamente se había duplicado.

Los niveles de comercio exterior también experimentaban un proceso de expansión. En particular, las exportaciones peruanas habían crecido de 2.8 millones de libras peruanas en 1897 a 5.6 millones en 1905 y 9.1 millones en 1913. Las importaciones, por su parte, habían crecido de 1.6 millones de libras peruanas en 1897 a 4.4 millones en 1905 y 6.1 millones en 1913.

Como otros países de la región, la oferta exportadora del Perú estaba limitada a pocos productos, principalmente materias primas. Del total de 9.1 millones de libras peruanas que se exportaron en 1913, 1.4 millones correspondieron a algodón, 1.4 millones a azúcar y derivados, y 2 millones a cobre. Estos tres productos congregaban más del 50% del valor total de las exportaciones en 1913. Tomando en cuenta además las exportaciones de petróleo y derivados, cueros, gomas y lanas, el porcentaje llegaba al 80%.

La Primera Guerra Mundial irrumpió no solo en el ámbito político y militar del mundo, sino también en el económico. El Perú enfrentaba ahora cambiantes condiciones en los mercados internacionales, condiciones que podrían afectar el desempeño económico. En 1913, de hecho, más del 50% de las exportaciones peruanas estaban destinadas a Europa, especialmente el Reino Unido. Un conflicto en Europa podría entonces generar serios problemas económicos y monetarios en el Perú.

¿Qué sucedió con la economía peruana durante la Primera Guerra Mundial? ¿Fue afectada negativamente por el conflicto? ¿O determinadas condiciones más bien favorecieron el desempeño de la economía peruana y, en particular, del sector exportador? Tras el fin de la guerra, ¿enfrentó el Perú algún ajuste en su crecimiento?

Este artículo responde a estas preguntas. Así, analiza el impacto de la Primera Guerra Mundial en la economía peruana y el desempeño económico en los años posteriores a su fin. Tal como veremos, en un inicio la guerra tuvo un efecto negativo en la economía peruana. Los flujos de oro generaron una disminución de la oferta de dinero durante algunos meses. Además, los precios de las materias primas cayeron en

los primeros meses de la guerra. Pronto, sin embargo, los desajustes monetarios cesarían, y los precios de las materias primas aumentarían. La economía peruana continuó entonces con el proceso de crecimiento de años anteriores. Hacia el final de la guerra, los ajustes en los precios de las exportaciones peruanas tuvieron un efecto en la producción y la inversión, pero los efectos serían solo temporales.

La estructura del artículo es la siguiente. En la sección 2, se analizará el comercio exterior durante los años de la guerra; en la sección 3, la evolución de la producción y otras cuentas nacionales; en la sección 4, las cuentas monetarias; en la sección 5, la situación después de la guerra y en la sección 6 esbozamos algunas conclusiones al artículo.

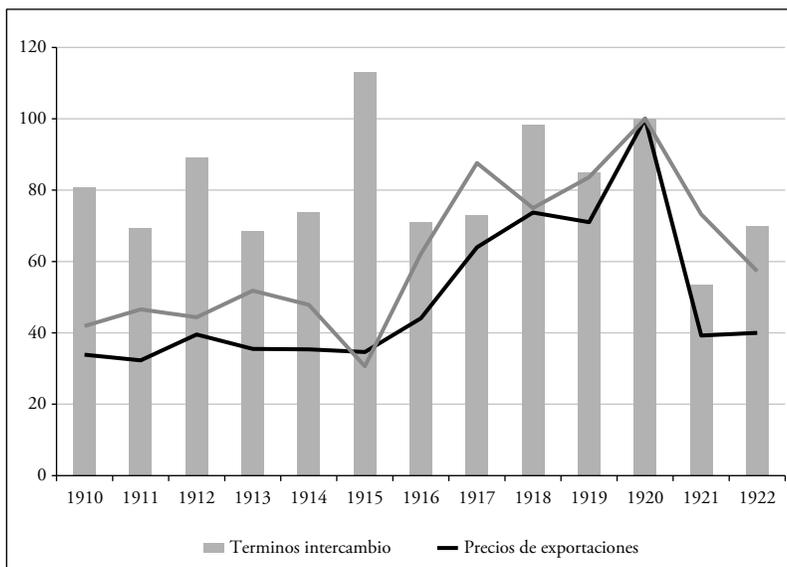
2. COMERCIO EXTERIOR

La evolución del comercio exterior del Perú fue afectada de manera significativa por los sucesos de la Primera Guerra Mundial. En un inicio, las restricciones naturales del comercio con Europa impactaron en varios productos de exportación. Además, las cotizaciones de las materias primas cayeron, pero pronto se recuperarían y experimentarían un crecimiento importante, lo cual tuvo un efecto positivo en la balanza comercial y la acumulación de reservas¹.

La evidencia indica que el Perú enfrentó condiciones externas favorables en la década que se inició en 1910. En particular, los precios de las exportaciones durante la Primera Guerra Mundial fueron bastante altos. En promedio, los precios de las exportaciones en 1920 fueron 182% mayores que en 1913; aunque estos permanecieron estancados en 1914 y cayeron en 2% en 1915, luego crecieron en 27% en 1916, 45% en 1917 y 15% en 1918. El final de la guerra estuvo asociado con un declive de los precios de las exportaciones, los cuales cayeron 4% en 1919; un año después, sin embargo, aumentaron en 61%.

¹ En palabras de Jorge Basadre (1963, p. 104): «la guerra europea determinó, a partir de 1915, un prodigioso aumento del valor de los productos nacionales de exportación».

Figura 1
Índices de precios de comercio exterior (1920=100), 1910-1922



Fuente: ver apéndice.

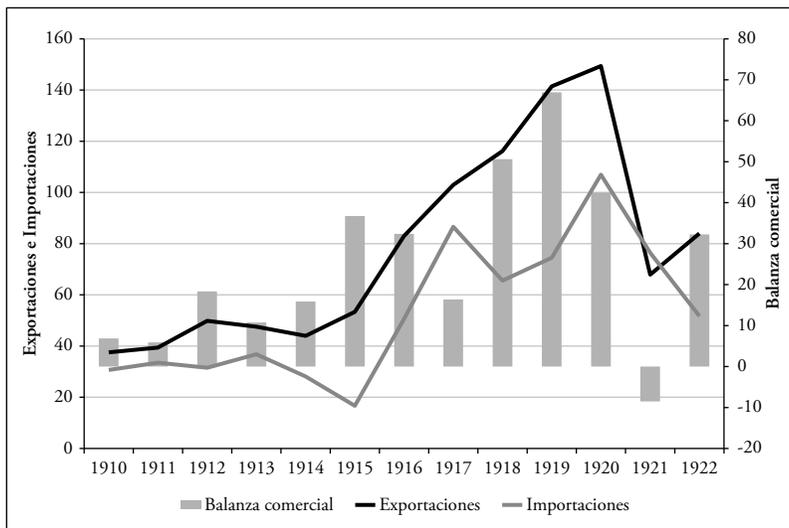
Mientras tanto, los precios de las importaciones cayeron en 7.6% en 1914 y 36% en 1915, pero luego crecieron en 103% en 1916 y 41% en 1917. Declinaron luego en 14% en 1918, pero de nuevo aumentaron en 1919, ahora en 11.5%. En 1920, aumentaron en 19.6%. En promedio, los términos de intercambio crecieron en 46% entre 1913 y 1920.

En medio de estas favorables condiciones de los mercados internacionales, el volumen de las exportaciones creció. Entre 1913 y 1919, el índice de cantidad de exportación aumentó en 48%. En 1920, sin embargo, cayó en 25%. En 1920 fue 11% mayor que en 1913.

Como resultado del aumento de los precios y el volumen, el valor total de las exportaciones crecieron de 9.1 millones de libras peruanas

en 1913 a 26 millones en 1919, de tal manera que el valor de las exportaciones creció en 185% entre 1913 y 1919 en gran medida debido al incremento de los precios de las exportaciones.

Figura 2
Comercio exterior (US\$ millones) 1910-1922



Fuente: ver apéndice.

Las importaciones también aumentaron en este periodo, pero a un menor ritmo que las exportaciones. En particular, las importaciones peruanas aumentaron de 6.1 millones de libras peruanas en 1913 a 8.6 millones en 1916 y 12.2 millones en 1919. La balanza comercial entonces aumentó de 3 millones de libras peruanas en 1913 a 14.7 millones de libras peruanas en 1919. El superávit comercial casi se quintuplicó durante los años de la guerra. Como porcentaje del PBI el superávit comercial aumentó de solo 3.5% en 1913 a 10.75% en 1915, aunque luego disminuyó a 8.8% en 1919 y 4.65% en 1920.

Analicemos ahora los casos de los productos de exportación más importantes. Veamos el caso del algodón. Los precios de las exportaciones experimentaron un notable incremento durante la guerra. De acuerdo con cifras del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, el precio al por mayor de una libra de algodón aumentó de 12.8 centavos de dólar en 1913 a 14.5 centavos en 1916 y 32.5 centavos en 1919. Según Thorp y Bertram:

La Primera Guerra Mundial condujo a una caída inicial de los precios entre 1914-1915 que, aunada a las dificultades en el transporte marítimo, contribuyó a detener el crecimiento de la producción. Luego los precios fueron excepcionalmente altos y la interrupción durante el tiempo de guerra de las exportaciones de algodón de Egipto dio lugar a que los agricultores peruanos tuvieran la oportunidad de penetrar en el mercado norteamericano con el algodón de fibra larga (1985, p. 79).

El número de haciendas de algodón mostró un crecimiento importante. En particular, crecieron de 236 en 1915-1916 a 674 en 1917-1918; el área cultivada de algodón aumentó de 55 635 hectáreas en 1915-1916 a 88 863 en 1918-1919, y el número de braceros se incrementó de 20 514 en 1915-1916 a 32 047 en 1918-1919. Las exportaciones de algodón aumentaron de 23 918 toneladas en 1913 a 24226 toneladas en 1916 y 37 110 toneladas en 1919. El valor de las exportaciones de algodón aumentó de 1.4 millones de libras peruanas en 1913 a 1.7 millones en 1916 y 6.6 millones en 1919. El aumento en el área sembrada se debió «a los nuevos proyectos de irrigación como a la reasignación de la tierra cultivada» (Thorp & Bertram, 1985, p. 79). Más aún, como Pike menciona,

[...] un nuevo tipo de algodón desarrollado por Fermín Tangüis, quien [...] hizo la contribución más grande que cualquier hombre desde la independencia a la economía nacional, empezó a ser exportado en 1915, ayudando al Perú a satisfacer las órdenes que

aumentaron notablemente por el producto por parte de las naciones europeas en guerra (1967, p. 210).

El azúcar también experimentó condiciones internacionales favorables. El precio al por mayor de una libra de azúcar aumentó de 4.3 centavos de dólar en 1913 a 6.9 centavos en 1916 y 8.9 centavos en 1919. Jorge Basadre anota:

Oscilaciones violentas acompañaron al precio de azúcar entre 1914 y 1919, siempre por encima de las cifras toques de 1913. Al mismo tiempo, como sufrió mermas el cultivo mundial de este artículo, singularmente en algunos países europeos, llegó a recibir gran impulso la producción nacional (1963, p. 105).

Es importante señalar que el sector azucarero estaba listo hacia mediados de la década de 1910 para responder con mayor producción ante los excepcionales precios de exportación. Como sostienen Thorp y Bertram, al inicio del siglo XX y principios de la década de 1910:

[...] muchas plantaciones grandes trazaron planes para la instalación de nueva maquinaria. Entre estas figuraba Casagrande, de Gildemeister, que en 1910 obtuvo el financiamiento de socios alemanes para la adquisición de un nuevo ingenio gigantesco. [...]. Otras plantaciones importantes que instalaron nuevos ingenios en los años siguientes fueron Santa Bárbara, en Cañete; Laredo, en La Libertad; y Tumán, Pátapo, Pucalá y Cayaltí, en Lambayeque. La industria peruana estaba, por lo tanto, en buenas condiciones para responder al incremento sin precedentes en los precios mundiales [...] (1985, p. 65).

El número de haciendas de caña de azúcar siguió en aumento durante la guerra. El número aumentó de 90 en 1913 a 94 en 1916 y 117 en 1919, y la extensión de tales haciendas (considerando solo la superficie dedicada a caña) aumentó de 39 556 hectáreas en 1913 a 40 732 hectáreas en 1916 y 48 754 hectáreas en 1919. Por su parte,

la fuerza laboral en estas haciendas e ingenios aumentó de 20 942 braceros en 1913 a 23 456 en 1916 y 26 496 en 1919. Las exportaciones de azúcar y derivados aumentaron de 142 902 toneladas en 1913 a 227 123 toneladas en 1919. El valor de las exportaciones de azúcar y derivados aumentó incluso a mayor ritmo de 1.4 millones de libras peruanas en 1913 a 3.9 millones en 1916 y 8.3 millones en 1919.

En el caso del cobre, los precios aumentaron de manera significativa hasta 1916. El precio al por mayor de una libra de cobre aumentó de 15.7 centavos de dólar en 1913 a 27.5 centavos en 1916, pero luego cayó a 19.1 centavos en 1919. El aumento de la cotización del cobre se debió a «las aplicaciones industriales del cobre y su empleo en la fabricación de artículos bélicos» (Basadre, 1963, p. 105). Las exportaciones de cobre aumentaron de 41 238 toneladas en 1913 a 52 341 toneladas en 1916, aunque luego descendieron a 44 418 toneladas en 1919. Por su parte, el valor de las exportaciones de cobre aumentó de 2 millones de libras peruanas en 1913 a 6.2 millones en 1916. Aunque luego las exportaciones de cobre se redujeron a 4.9 millones en 1919, el nivel en este año era bastante mayor que antes de la guerra.

En este contexto de altos precios internacionales, hubo mayor interés para explotar el recurso minero. El número de concesiones mineras aumentó de 5029 en 1913 a 6002 en 1919, mientras que el número de pertenencias aumentó de solo 20 843 en 1913 a 70 675 en 1919. Por su parte, el número de operarios en la industria minera aumentó de 19 515 en 1913 a 22 000 en 1919.

Gran parte del aumento de las exportaciones se dio por la mayor demanda por parte de los Estados Unidos. Las exportaciones peruanas a dicho país aumentaron de tres millones de libras peruanas en 1913 a 10.4 millones en 1916 y 12.4 millones en 1919. Debido a ello, la participación de los Estados Unidos en el total de las exportaciones peruanas aumentó de 33% en 1913 a 46% en 1919. Estados Unidos en realidad reemplazó a Europa como principal destino de las exportaciones

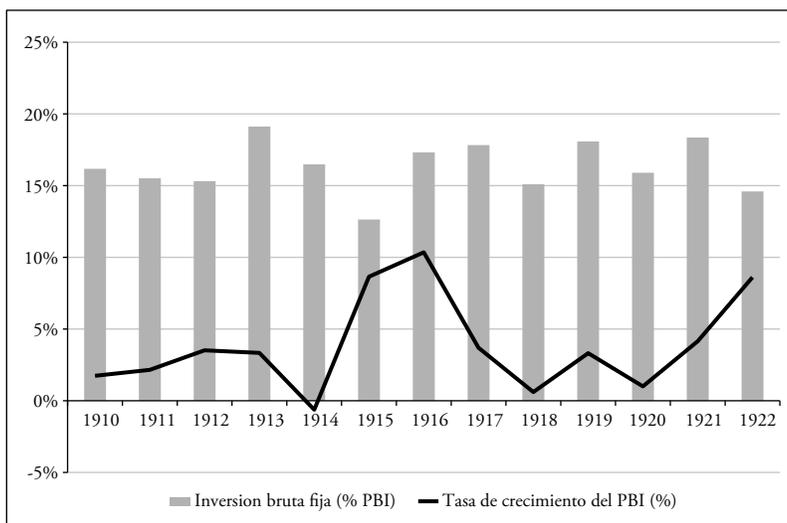
peruanas. La importancia de Reino Unido en las exportaciones peruanas cayó de 37.2% en 1913 a 31.4% en 1919. Por su parte, la importancia de Alemania cayó de 6.7% a tan solo 0.2%. En 1915-1918 de hecho no hubo exportaciones peruanas a Alemania dentro de los registros oficiales.

En conclusión, el comercio exterior del Perú fue afectado de manera significativa por la Primera Guerra Mundial. En los inicios de la guerra, las restricciones de comercio impusieron serias dificultades al sector comercial peruano. A partir de 1915, sin embargo, el aumento de la cotización de las materias primas llevó a un aumento importante de los términos de intercambio. El sector exportador entonces experimentó un *boom* que incentivó la ampliación de los volúmenes de producción para la exportación.

3. PRODUCCIÓN NACIONAL, INVERSIÓN Y CONSUMO

Las estimaciones de Seminario y Beltrán (1998) muestran que el PBI del Perú sufrió una caída a inicios de la guerra, pero luego se recuperó. En 1914 el PBI cayó en 0.6% (figura 3). Sin embargo, luego el PBI creció en 8.6% en 1915 y en 10.3% en 1916. Tal como sostiene el historiador Pike, «la economía peruana gradualmente superó muchas de las dificultades experimentadas al inicio de la Primera Guerra Mundial, pese a que algunos sectores siguieron deprimidos. Petróleo, cobre, azúcar y algodón encontraron favorables condiciones en los mercados internacionales» (1967, p. 210). Hacia el final de la guerra, el crecimiento del PBI se desaceleró: la tasa de crecimiento del PBI fue 3.7% en 1917, 0.6% en 1918 y 3.3% en 1919. Sin embargo, en promedio, el crecimiento del PBI fue importante: el PBI creció en 4.3% promedio anual entre 1913 y 1919.

Figura 3
Inversión y crecimiento económico 1910-1922



Fuente: ver apéndice.

A nivel sectorial, la producción agropecuaria siempre creció en los años de la guerra. El PBI del sector agropecuario creció en 12.4% en 1914, 5.9% en 1915, 3.4% en 1916, 2.2% en 1917, 6.2% en 1918 y 2.2% en 1919. La producción de caña de azúcar creció de 1.8 millones de toneladas en 1913 a 2.7 millones en 1919. La producción de algodón desmotado creció de 24 603 toneladas en 1915-1916 a 33 558 toneladas en 1918-1919. La producción de arroz pilado creció de 33 300 toneladas en 1914-1915 a 36 034 toneladas en 1918-1919. El guano extraído para la agricultura nacional aumentó de 33 747 toneladas en 1912-1913 a 74 076 en 1918-1919.

Mientras tanto, el PBI de minería e hidrocarburos mostró una tendencia volátil: cayó en 4.2% en 1914, creció por encima de 20% en 1915, en más de 10% en 1916, en 5.3% en 1917, pero luego cayó en 4.3% en 1918 y 5.9% en 1919. El valor de la producción minera creció

de 4.5 millones de libras peruanas en 1913 a 8.3 millones en 1919. La producción de oro creció de 1.4 toneladas en 1913 a 2 toneladas en 1919; la producción de plata creció de 299 toneladas en 1913 a 305 en 1919; la producción de cobre aumentó de 27 776 toneladas en 1913 a 39 230 en 1919.

La inversión osciló de manera significativa durante la guerra. En sus inicios, la incertidumbre y los menores precios de nuestras exportaciones llevaron a un recorte de la inversión. Eventualmente, sin embargo, la inversión creció a tasas importantes. La inversión cayó en 14.3% en 1914, y en 16.7% en 1915. Luego, la inversión creció en 51.2% en 1916 y en 6.7% en 1917. Luego cayó en 14.8% en 1918 pero creció en 23.8% en 1919. La tasa de inversión disminuyó inicialmente de 23.7% del PBI en 1913 a solo 15.6% en 1915, pero luego creció a 22.4% del PBI en 1919. En promedio, fue el 20.1% del PBI en 1914-1919. Esta tasa fue ligeramente superior que el promedio histórico: entre 1898 y 1913 la tasa de inversión fue 19.3%². El *stock* de capital entonces aumentó de 2.9 millones de dólares (de 1979) en 1913 a 3.2 millones en 1916 y 3.7 millones en 1919.

En los años de la guerra, la economía continuó con el proceso de capitalización a través de inversión privada como de inversión pública. En lo que se refiere al sector privado, las haciendas invirtieron cuantiosas sumas de dinero en la expansión de la capacidad productiva. La introducción del tractor representó un aporte significativo al sector agrícola, especialmente de la costa. Como sostiene Jorge Basadre:

Especial importancia revistió la llegada por la misma época de los tractores de gasolina Big Four de la Emerson Brantingham. Hasta entonces se araba con bueyes. En las haciendas de azúcar esta operación efectuábase con juegos de dos máquinas colocadas a los dos extremos de los potreros llevando tres o cuatro arados con cadenas.

² En realidad, la tasa de inversión aumentó en la década de 1900 hasta llegar a 24.1% en 1907, pero luego cayó, pues llegó a 19% en 1912.

Al producirse el tránsito de la era de la labranza y el cultivo a sangre a la era del tractor, comenzó la mecanización de la agricultura de la costa y se expandió gradualmente el empleo de máquinas aun en trabajos que, según se había creído, ellos no podrían realizarse nunca. Una de las consecuencias de estas prácticas fue la reducción de las áreas dedicadas a pastos, que pasaron a incrementar las de agricultura de producción directa (1983, vol. IX, p. 168).

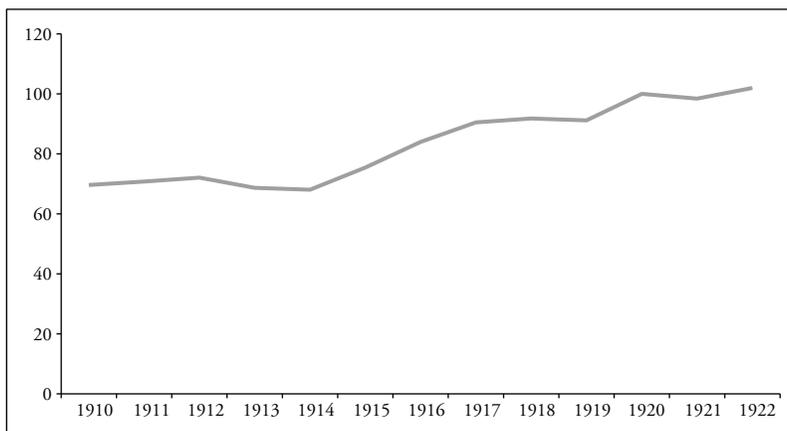
Gran parte de la inversión privada y pública fue destinada a proyectos de infraestructura viales, en particular ferrocarriles, lo cual contribuyó con la expansión de la capacidad productiva de la economía peruana. La red ferroviaria aumentó de 3275 kilómetros en 1913 a 3407 kilómetros en 1916 y 3488 kilómetros en 1919. El ferrocarril de Trujillo-Huanchaco, por ejemplo, empezó a operar en 1914. Además, el ferrocarril de Lima-Lurín inició operaciones en 1918, y el ferrocarril de Pimentel-Chiclayo-Pomalca-Pucalá comenzó a funcionar en 1916. Todos estos ferrocarriles se encontraban en la costa. Como consecuencia de la mayor inversión ferroviaria y de la mayor actividad económica, las operaciones de los ferrocarriles aumentaron. El monto total de carga y equipaje en ferrocarriles aumentó de 1.7 millones de toneladas en 1913 a 2.1 millones en 1916 y 2.4 millones en 1919. Mientras tanto el movimiento de pasajeros por parte de los ferrocarriles aumentó de 4.3 millones de pasajeros en 1913 a 5.7 millones en 1919.

Como consecuencia del aumento del *stock* de capital, el PBI potencial creció de manera sostenida en estos años. La tasa de crecimiento del PBI potencial fue 3.1% en 1914, 3.4% en 1915, 3.8% en 1916, 4.3% en 1917, 4.8% en 1918 y 5.2% en 1919. En promedio, el PBI potencial creció en más de 4% entre 1913 y 1919. Por su parte, la creciente demanda internacional y doméstica llevó a un aumento de la utilización de la capacidad productiva de 93% en 1913 a 100% en 1916, aunque luego cayó a 93.6% en 1919 como consecuencia del crecimiento del *stock* de capital.

El crecimiento económico se vio reflejado en la evolución de los ingresos fiscales. Estos cayeron en los años iniciales de la guerra, pero luego experimentaron un aumento significativo. En particular, disminuyeron de 3.3 millones de libras peruanas en 1913 a 2.8 millones en 1915, pero luego aumentaron a 4.8 millones en 1918 y 5.1 millones en 1919. Los impuestos a la exportación recién se impusieron en 1916, por lo que el considerable aumento de las exportaciones devino en mayores ingresos fiscales. Como indican Thorp y Bertram: «recién en 1916 empezó la acotación de impuestos a la exportación de todos los productos, incluida el azúcar» (1985, p. 68). Los gastos fiscales presupuestados inicialmente se ajustaron de 4.5 millones de libras peruanas en 1913 a 3.2 millones en 1915, pero luego aumentaron a 6.5 millones en 1919.

El crecimiento económico se vio reflejado en la expansión del sistema financiero. El número de bancos aumentó de siete en 1913 a diez en 1920, y el capital de los bancos aumentó de 1.25 millones de libras peruanas en 1913 a 1.96 millones en 1920. El monto de depósitos aumentó de 8.1 millones de libras peruanas en 1913 a 14.4 millones en 1919, mientras que el nivel de préstamos y descuentos aumentó de 6.6 millones de libras peruanas en 1913 a 7.7 millones en 1919. Por su parte, la rentabilidad de los bancos aumentó entre 1913 y 1919. Las utilidades se redujeron al inicio de la guerra pero luego aumentaron de manera significativa. Las utilidades de los bancos nacionales, por ejemplo, cayeron de 156 682 libras peruanas en 1913 a 89 431 en 1915, pero luego aumentaron a 160 470 en 1917 y 332 357 en 1919. Entre 1913 y 1919, por tanto, las utilidades de los bancos nacionales se duplicaron. A su vez, las utilidades como porcentaje del capital y reservas cayeron de 9.9% en 1913 a 6% en 1915, pero luego crecieron a 10.7% en 1917 y 17.5% en 1919.

Figura 4
Consumo privado (1920=100)



Fuente: ver apéndice.

El consumo privado siguió una tendencia similar al PBI (figura 4). A inicios de la guerra, la recesión de la economía llevó a una caída del consumo privado, que cayó en 0.9% en 1914. En los siguientes tres años, sin embargo, se recuperó de manera significativa: creció en 10.8% en 1915, 11.3% en 1916 y 7.8% en 1917. En los últimos dos años de la guerra, nuevamente se estancó: creció en solo 1.4% en 1918 y cayó en 0.7% en 1919. El consumo de diversos productos se expandió en este periodo de crecimiento económico; el de azúcar, por ejemplo, aumentó de 35 100 toneladas en 1913 a 40 500 toneladas; el de arroz, de 38 900 toneladas en 1913 a 40 600 toneladas en 1919.

Los mayores niveles de ingreso, junto con las innovaciones tecnológicas en el sector automotriz, llevaron a un aumento considerable en la compra de automóviles. En palabras de Basadre:

Hasta fines de 1915 no había en Lima sino unos seis u ocho automóviles importados directamente por sus propietarios. Fernando Ortiz de Zevallos Vidaurre estableció la primera agencia de esos

vehículos y trajo al Perú los Ford modelo T de piezas intercambiables. El automovilismo comenzó a popularizarse desde entonces [...] Luego Ortiz de Zevallos introdujo los Chevrolet y Cadillac y los primeros camiones de cuatro ruedas motrices, útiles en los arenales y en los difíciles caminos de entonces (1983, p. 168).

Por tanto, la economía peruana experimentó una expansión durante los años de la guerra. Inicialmente, se produjo un ajuste como consecuencia de los problemas en el comercio exterior, como los de liquidez. Sin embargo, a partir de 1915 la recuperación rápida de los términos de intercambio y la consiguiente mayor inversión llevó a una expansión de la capacidad productiva. Los niveles de bienestar aumentaron a la par que el crecimiento de la economía.

4. LA MONEDA Y LA BANCA

Hacia 1913 el Perú se encontraba bajo el régimen del patrón oro o *gold standard*. Desde 1901, año en el que el Perú lo adoptó oficialmente, la moneda peruana (la libra peruana) había mantenido un tipo de cambio fijo con respecto al oro. En la medida en que el Perú se benefició de las crecientes exportaciones y el flujo de oro, no tuvo problemas para convertir libras peruanas en dólares a una tasa fija³. El inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914, sin embargo, afectó a la economía peruana. El Banco del Perú y Londres, por ejemplo, sufrió de una parálisis intempestiva en su capacidad para obtener fondos en el extranjero (Quiroz, 1993, pp. 71-72). Las dificultades de navegación llevaron a una reducción en el volumen de las exportaciones. Adicionalmente, el declive de las importaciones y en los ingresos fiscales llevó a una caída en la disponibilidad de fondos financieros. En respuesta a estas dificultades financieras, el Banco del Perú y Londres restringió el otorgamiento

³ In 1901 Peru adopted the gold standard fixing the Peruvian pound to the sterling pound and the dollar. From 1901 to 1913 the Peruvian pound was equivalent to five dollars and to one sterling pound (Pastor, 2012, p. 9).

de crédito (Quiroz, 1993, p. 72). Debido a que los depositantes corrieron a sacar sus depósitos del Banco Alemán Transatlántico, algunos temieron la posibilidad de una corrida bancaria sistémica (Banco Central de Reserva del Perú [BCRP] (1999, pp. 53-55).

Las cifras muestran una severa contracción de la actividad bancaria a inicios de la guerra. El nivel de depósitos cayó de 8.1 millones de libras peruanas en 1913 a 4.3 millones en 1915, y el nivel de préstamos y descuentos cayó de 6.6 millones de libras peruanas en 1913 a 5 millones en 1916.

Para Alzamora, uno de los factores que facilitó la crisis de inicios de la guerra fue la ausencia de un ente emisor y, por tanto, de una política monetaria contracíclica. Tal como señala:

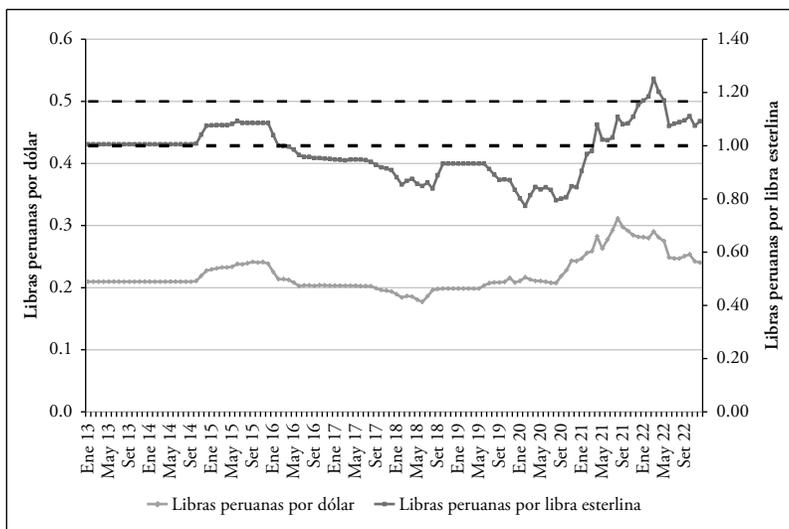
[...] las proyecciones de la guerra mundial que estalló en 1914 actualizaron la crisis latente que afectaba el organismo económico nacional y acentuaron sus deficiencias. Múltiples factores determinaron la serie de fenómenos económicos que en aquella época se produjeron constituyendo dicha crisis. Y al actuar aquellos factores no existía ninguna institución que controlara el sistema monetario, ningún medio para equilibrar la estructura económica del país y regularizar las finanzas públicas (1932, p. 95).

Según esta visión, la existencia de un ente emisor habría producido la liquidez necesaria para continuar con las operaciones financieras y comerciales corrientes y habría evitado la profundización de la crisis. Un problema con la recomendación de las políticas monetarias contracíclicas es que no toma en cuenta los beneficios sociales por dejar que el mercado opere libremente sin mayor intervención estatal. En ausencia de un ente emisor y de una política monetaria expansiva, las empresas peruanas se habrían ajustado eventualmente a los cambios en los precios relativos. Optar por una política expansiva retarda el necesario ajuste y lleva a una asignación socialmente menos eficiente de los recursos.

En agosto de 1914 el gobierno prohibió la exportación de oro. Pocos días después, permitió que los bancos emitieran cheques circulares con

una garantía de al menos 35% en oro y 65% en activos especiales. Estos cheques fueron dinero bancario que los bancos comerciales podían usar para repagar sus obligaciones. La ley establecía un máximo monto para aquellos cheques⁴. Además, los bancos tenían que prestar 100 000 libras peruanas al gobierno nacional. Esta ley establecía que los bancos comerciales podían emitir cheques circulares bajo la supervisión de la Junta de Vigilancia, un supervisor del gobierno. El dinero bancario o papel moneda fue mayor en monto que el oro en las bóvedas de los bancos: el monto visible de oro en las bóvedas de los bancos comerciales y en la Junta de Vigilancia fue alrededor de medio millón de libras peruanas. Como resultado, poco después de abandonar el régimen del patrón oro la moneda peruana se depreció.

Figura 5
Tipos de cambio



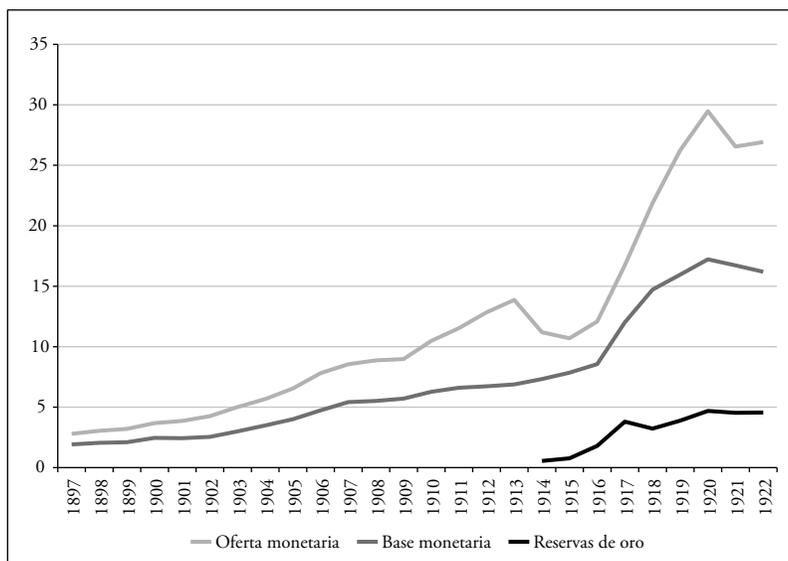
Fuente: ver apéndice.

⁴ El nivel total de emisión fue de 1.979 millones de libras peruanas in 1914.

En los siguientes años, en la medida en que la economía peruana aumentaba sus exportaciones, el ingreso de oro aumentó de manera substancial. Como resultado de la producción de grandes cantidades de monedas de oro en 1914-1919, el monto de oro en las bóvedas de los bancos y la Junta de Vigilancia aumentó de manera significativa.

Como los bancos emitían billetes bancarios, el nivel de cheques circulares y la base monetaria entonces crecieron notoriamente hacia finales de la década que se inicia en 1910⁵.

Figura 6
Oferta de dinero (millones de libras peruanas)



Fuentes: Ministerio de Hacienda y Comercio (1931, pp. 25 y 60) y Alfageme (1988, p. 126).

⁵ La base monetaria incluye soles de plata, libras peruanas de oro y papel moneda.

Los depósitos bancarios también aumentaron. Como resultado, la oferta de dinero aumentó en casi 100% entre 1914 y 1918. En 1914-1917 el papel moneda creció menos rápido que el influjo de oro, y por tanto el nivel de dinero fiduciario no garantizado por oro declinó; en 1917-1919, sin embargo, la emisión de dinero excedió el influjo de oro. En la medida en que la cantidad de dinero en circulación aumentó de manera significativa, los bancos ofrecieron más crédito. El nivel de préstamos y descuentos aumentó de 5 millones de libras peruanas en 1916 a 7.7 millones en 1919.

Considerando el rápido incremento en la moneda fiduciaria y la oferta de dinero, se podría haber esperado la depreciación de la moneda peruana. Sin embargo, como el Banco de Inglaterra y la Reserva Federal de los Estados Unidos emitieron crecientes cantidades de papel moneda para financiar sus operaciones militares, la moneda peruana se apreció con respecto a la libra esterlina y al dólar. El valor relativo del dólar bajó de 0.24 libras peruanas en diciembre de 1915 a 0.19 libras peruanas en diciembre de 1917; mientras que el tipo de cambio entre la libra peruana y la libra esterlina pasó de 1.09 libras peruanas por libra esterlina en diciembre de 1915 a 0.91 libras peruanas en diciembre de 1917⁶.

No obstante, antes del final de la guerra la moneda peruana se depreció respecto a la libra esterlina y el dólar. Hacia diciembre de 1918 los tipos de cambio fueron 0.2 libras peruanas por dólar y 0.93 libras peruanas por libra esterlina. Una vez que la Primera Guerra Mundial culminó y los Estados Unidos y Gran Bretaña desaceleraron el proceso de creación de dinero, la moneda peruana se depreció. El tipo de cambio entre la libra peruana y el dólar aumentó de 0.21 libras peruanas por dólar en diciembre de 1919 a 0.28 en diciembre de 1921, mientras que el tipo de cambio entre la libra peruana y la libra esterlina aumentó de 0.83 libras peruanas por libra esterlina en diciembre de 1919 a 1.15 en diciembre de 1921.

⁶ La libra peruana también se apreció respecto al oro. El precio de una onza de oro declinó de 4.55 libras peruanas en 1914 a 3.75 en 1919.

Pese a que la excesiva liquidez en los años de la crisis no causó una mayor depreciación de la moneda, puede haber sido uno de los factores más importantes que luego motivó el *boom* inmobiliario y financiero en la década de 1920. En el corto plazo, la abundante liquidez puede generar una sensación de bienestar y fomentar, además, la inversión en determinados proyectos riesgosos y de larga duración. En el largo plazo, sin embargo, puede representar un obstáculo serio a la asignación eficiente de recursos y una causa de problemas financieros.

En resumen, hacia inicios de la Primera Guerra Mundial el sector financiero enfrentó problemas de liquidez. Los temores respecto a la fuga de capitales llevaron a retiros bancarios. Pronto, sin embargo, el gobierno autorizó la emisión de billetes bancarios. A lo largo de la guerra, la liquidez aumentó de manera considerable debido a la emisión de los cheques circulares así como a los crecientes depósitos. Tales billetes bancarios fueron el antecedente directo del Banco de Reserva, un banco privado con intervención estatal y que luego sería totalmente absorbido por el Estado.

5. ENTRE LA GRAN GUERRA Y LA GRAN DEPRESIÓN

Tras el fin de Primera Guerra Mundial y la crisis mundial, se produjo el aumento significativo de la oferta mundial de productos agrícolas, la disminución en la demanda por metales y la consiguiente caída de los precios de las materias primas⁷. Como todo país exportador de materias primas, el Perú enfrentaba un escenario desfavorable para su sector exportador. Después de alcanzar un pico en 1920, los precios cayeron

⁷ Así, la cotización de una libra de azúcar cayó de 12.7 centavos de dólar en 1920 a 6.2 centavos un año después, y 5.5 centavos en 1925, mientras que el precio del algodón disminuyó de 33.9 centavos en 1920 a 15.1 centavos en 1921, aunque luego se recuperó a 23.5 centavos en 1925. La cotización de una libra de cobre disminuyó de 18 centavos por libra en 1920 a 12.6 centavos en 1921, pero luego se recuperó a 14.1 centavos en 1925; mientras que la cotización de la plata cayó de 1.34 dólares por onza en 1920 a 1.25 dólares en 1921 y 70 centavos en 1925.

en 61% en 1921. En los siguientes dos años, los precios se recuperaron; sin embargo, no llegaron a los niveles de 1920. En el periodo 1924-1927 los precios cayeron siempre. Hacia 1927 los precios solo representaban el 34% del nivel en 1920, aunque fueron similares al nivel de 1913, un año antes de la Primera Guerra Mundial.

A pesar de que los precios de las exportaciones peruanas disminuyeron en la década de 1920, estos no fueron tan bajos como para desincentivar la inversión y la producción en el sector agrícola y minero. En el caso del azúcar, el área cultivada aumentó de 48 000 hectáreas en 1919 a 53 000 hectáreas en 1923, y la producción aumentó de 2.6 millones de toneladas en 1919 a 2.8 millones en 1923. En los años siguientes la expansión continuó. Los altos niveles de inversión pública y privada permitieron la expansión del área cultivada y el aumento de la productividad⁸. Asimismo, la producción de algodón se mantuvo en niveles altos. Tras el elevado precio del algodón, muchos hacendados en las cercanías de las ciudades disminuyeron el área destinada a pastos y sementeras, y a una serie de productos, para dedicarla al cultivo del algodón (Basadre, 1963, p. 105)⁹. El área dedicada al cultivo del algodón ya había aumentado rápidamente durante los años de la guerra de 55 000 hectáreas en 1915-1916 a 88 000 hectáreas en 1918-1919; pero en los siguientes años esta tendencia continuó: el área cultivada aumentó a casi 113 000 hectáreas en 1922-1923.

⁸ Los capitalistas azucareros habían acumulado excedentes durante los años de la guerra, que fueron utilizados para la inversión en el sector, en particular en la compra de tierras y la instalación de nuevos ingenios. Jorge Basadre (1963) indica que algunas haciendas instalaron grandes y modernas maquinarias. Debido a ello, tal como sostienen Thorp y Bertram (1985), a inicios de la década de 1920, la capacidad productiva en las haciendas azucareras se había elevado a aproximadamente 320 000 toneladas, el doble del nivel anterior a la guerra.

⁹ En 1924, por ejemplo, un observador indicaba que «el precio y la rentabilidad del algodón ha relegado en años recientes al pisco, la bebida, a un lugar de menos importancia en Pisco, el puerto». Nelson Rounsevell citado por Thorp y Bertram (1985, p. 84).

De modo similar, las exportaciones mineras crecieron en volumen y valor. La producción de oro aumentó de 1.9 toneladas en 1920 a 3.7 toneladas en 1924; la producción de plata aumentó de 286 toneladas en 1920 a 580 toneladas en 1923; y la producción de cobre aumentó de 32 981 toneladas en 1920 a 44 166 toneladas en 1923. En total, la producción minera aumentó de 8.1 millones de libras peruanas en 1920 a 11.8 millones en 1923¹⁰.

El volumen de exportaciones se incrementó a inicios de la década de 1920 a pesar de los menores precios. El índice del volumen de exportaciones aumentó en 16% en 1921, 21% en 1922 y 15% en 1923. Como resultado, el valor de las exportaciones declinó al inicio de la década, pero luego se recuperó. Las exportaciones cayeron de 35 000 000 de libras peruanas en 1920 a 17 000 000 en 1921, pero luego aumentaron a 25 000 000 en 1914. Aunque las exportaciones estuvieron siempre por debajo del nivel de 1920, fueron siempre mayores que en años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Las importaciones aumentaron en la década de 1920, pero casi nunca sobrepasaron el valor de las exportaciones: la balanza comercial siempre fue positiva en la referida década.

La inversión bruta fija cayó en 11% en 1920, después de haber crecido en 24% en 1919; mientras que el PBI solo creció en 1% en 1920. En los próximos años, sin embargo, el PBI creció rápidamente. A pesar de los menores precios internacionales, la economía peruana se expandió en dicha década. Varias fuentes, de hecho, indican que el Perú atravesó por un periodo de bonanza en este periodo. En un artículo para *Nation's Business*, por ejemplo, Frederick Simpich indicó en 1924 que el Perú se encontraba en una «sólida base económica» en parte debido a la participación de norteamericanos en el Estado peruano. Simpich señalaba además que el costo del crédito en el Perú era bastante bajo,

¹⁰ Estas cifras provienen del *Extracto Estadístico del Perú 1928*.

y que el sistema bancario tenía amplias reservas de oro. Más aún, en sus minas, el Perú tenía más de cien millones de dólares de inversión proveniente de fuentes norteamericanas (Simpich, 1924, p. 28).

El auge de la economía peruana se vio reflejado en el crecimiento de la ciudad de Lima. De hecho, el desarrollo de la capital durante el gobierno de Leguía tuvo una intensidad vertiginosa. A partir de la urbanización del fundo Santa Beatriz aparecieron extensas áreas urbanas hasta entonces insospechadas por los limeños. El auge inmobiliario fue notable. Al respecto, Basadre indica lo siguiente:

La rápida valorización de los lotes en las zonas urbanizadas dio lugar a ingentes negocios con la propiedad inmueble y la industria de la construcción. La compra y venta de terrenos y de casas empezó a representar un mayor volumen proporcional como fuente de las fortunas privadas; se pagó un sol o cincuenta centavos por metro cuadrado de terrenos que después han alcanzado gran valor [...] Por otra parte, la fiebre de las urbanizaciones estuvo acompañada por el deseo de vivir mejor, de tener mayores comodidades. El sentido materialista de la vida halló estímulo en la tentación de los privilegios inmediatos que el dinero podía conferir y que antes no habían sido notorios, tan accesibles o tan numerosos (1983, pp. 377-378).

El rápido crecimiento económico fue favorable para el desarrollo de los negocios. Por ejemplo, en el caso de los bancos nacionales, la rentabilidad se mantuvo por encima del 10%. En promedio, las utilidades de los bancos nacionales como porcentaje del capital y reservas disminuyeron de 17.5% en 1919 a 11.1% en 1921. Sin embargo, pese a la caída de la rentabilidad en 1921, los bancos nacionales eran todavía más rentables que en 1914, el año del inicio de la primera guerra. Más aún, la tasa de rentabilidad luego aumentó de 11% en 1921 a 17% en 1923 y 17% en 1925.

La bonanza fue en gran parte facilitada por la abundancia de capital en los mercados internacionales. Dada esa facilidad, el gobierno peruano

pudo obtener fondos para invertir en varios proyectos. Así, se emprendieron grandes proyectos de irrigación, tales como El Imperial, La Chira, Sechura, Esperanza y Olmos. Es más, el gobierno financió centros de experimentación agrícolas en Lambayeque, Piura y Tumbes: el cultivo científico de arroz en Cajamarca, Áncash, Junín y Huancavelica; y granjas modelo de ovejas y ganado vacuno en Puno y otras ciudades; y la Escuela Nacional de Agricultura en La Molina¹¹. Se invirtieron grandes sumas de dinero en infraestructura vial. Se construyeron varias carreteras, entre las que figuran Lima-Canta-Chanchamayo, Cerro-Huánuco, Puquio-Chalhuanca, Ica-Nasca-Molinos, Camaná-Moquegua-Tacna, Lima-Lomas-Atico, entre muchas otras. Hasta 1921, no existía prácticamente una red de carreteras (Diez-Canseco, 1929); para 1929 la red llegaba a más de 37 000 kilómetros. Por su parte, la red de ferrocarriles aumentó en casi 800 000 kilómetros entre 1920 y 1928. Entre los principales ferrocarriles construidos se encuentran Huancayo-Huancavelica, Cusco-Santa Ana, Ancón-Huacho-Sayán, Huancayo-Sacchoc-Chonta, y la reconstrucción del de Ilo-Moquegua, entre otros. Se construyeron además el muelle de Supe, el muelle de Cerro Azul, y el terminal marítimo del Callao. Además, se realizó la construcción de la Atarjea en Lima y servicios de agua potables similares en Arequipa, Cusco, Paita, Trujillo, La Punta, Huacho, Supe, entre otras ciudades (Burga & Flores Galindo, 1984).

Lima fue enormemente beneficiada con las obras públicas: además del servicio de agua potable, se pavimentaron calles, se construyeron avenidas tales como Leguía, El Progreso, Piérola, y Unión. Tal como reconoce Pike, Leguía presidió uno de los periodos más remarcables de expansión económica y de proyectos de obras públicas más rápidamente completados que el Perú ha experimentado.

¹¹ La política de ejecución de varias obras públicas llevó al aumento de la participación del Ministerio de Fomento y Obras Públicas en el presupuesto general de 7.3% en 1918 a 12.5% en 1929.

Leguía indicaba que era importante invertir grandes sumas de dinero con el fin de aumentar la capacidad productiva y los ingresos por exportaciones, lo que le permitiría al país incrementar los niveles de vida de la población¹². En su mensaje presidencial de 1924, Augusto B. Leguía mencionó lo siguiente:

El Perú atraviesa hoy una época feliz, que es nuestro deber utilizar con grandes alientos, pero con juiciosa previsión. Esta es la que nos aconseja que nos desvelemos en la creación de nuevas fuentes de desenvolvimiento industrial y de mayor capacidad productiva. Esa es la norma del gobierno. Ese es el empeño que pone en su acción. Si logramos realizarlo el Perú habrá triunfado. Cuando sobrevenga el inevitable descenso en el valor de nuestros artículos exportables, el aumento de su producción compensará aquella baja con creces, y el continuará capitalizándose a la par que el fisco robusteciendo sus ingresos en forma progresiva y abundante (Giesecke, 1997, p. 127).

Leguía sostenía que el Perú atravesaba una época feliz. La bonanza ciertamente mejoraba el bienestar temporal de los peruanos. Pese al fin de la guerra y la caída en los precios de las exportaciones, la economía peruana seguía creciendo a altas tasas. No todo era color de rosa, sin embargo. Un problema generado por las políticas de Leguía fue el creciente déficit fiscal. Ciertamente los ingresos fiscales crecieron en esta década debido al *boom* exportador y el crecimiento de la economía. Sin embargo, el gasto público creció más rápidamente que los ingresos fiscales. El déficit fue financiado con mayor endeudamiento. Por ejemplo, en 1926-1928, el 40% de los recursos públicos provenían del endeudamiento externo (Burga & Flores Galindo, 1984). Con estos niveles de deuda, la economía peruana se tornaba bastante débil para enfrentar los sucesos que se produjeron hacia el final de los años veinte.

¹² Según una estimación de Leguía, el monto total invertido por el fisco en obras públicas ascendió a más de 77 millones de soles, de los cuales 24 millones fueron invertidos en obras de agua potable, 22 millones en la construcción de muelles y malecones, y 10 millones en pavimentación.

6. CONCLUSIONES

La Primera Guerra Mundial interrumpió brevemente el crecimiento que la economía peruana había experimentado desde 1890. En sus inicios, la incertidumbre en los mercados internacionales y en los agentes nacionales generada por la guerra llevó a una desaceleración del proceso de capitalización de la economía peruana. La producción entonces se contrajo. Pronto, sin embargo, los altos precios de las exportaciones y la disminución en la incertidumbre alentaron a la inversión y a la producción. El valor de las exportaciones se expandió de manera notable y la economía continuó en la senda del crecimiento económico.

Las cifras muestran que la economía peruana experimentó un importante crecimiento durante los años de la guerra. En promedio, la tasa de inversión fue 20.1% del PBI en 1914-1919. Esta tasa fue ligeramente superior que el promedio histórico: entre 1898 y 1913 la tasa de inversión fue 19.3%. El *stock* de capital entonces aumentó de 2.9 millones de dólares (de 1913) en 1913 a 3.2 millones en 1916 y 3.7 millones en 1919. En promedio, el PBI creció en 4.3% entre 1913 y 1919.

Durante la guerra, sin embargo, se sembraron las primeras semillas que generarían serios problemas financieros en la década de 1920. El gobierno fomentó la expansión del papel moneda con el fin de contrarrestar la menor liquidez. La abundante liquidez generada por la emisión de los cheques circulares no provocó una depreciación de la moneda local, debido a las políticas expansivas de la Reserva Federal y el Bank of England. Sin embargo, en dicha década esa misma gran liquidez motivaría excesivos niveles de consumo e inversión y un *boom* insostenible.

Después de la guerra, los precios de las exportaciones se redujeron de manera significativa. Los niveles de producción, no obstante, no parecieron verse afectados. Con las bajas tasas de interés en los mercados mundiales, la abundante liquidez local y la intención del gobierno de Augusto B. Leguía de aplicar políticas fiscales expansivas, la economía peruana mantuvo un crecimiento alto, el cual, a pesar de todo, era insostenible y, probablemente, ineficiente.

BIBLIOGRAFÍA

- Alzamora, Lizardo (1932). *El billete de Banco en el Perú*. Lima: Librería e Imprenta Gil.
- Banco Central de Reserva del Perú (1999). *El Banco Central: su historia y la economía del Perú, 1821-1992*. Dos tomos. Vol. I. Lima: BCRP.
- Basadre, Jorge (1963). La Cámara de Comercio de Lima desde su fundación hasta 1938. En Cámara de Comercio de Lima (ed.), *Historia de la Cámara de Comercio de Lima*. Lima: Santiago Valverde.
- Basadre, Jorge (1983). *Historia de la República del Perú*. Vol. IX. Lima: Editorial Universitaria.
- Bulmer-Thomas, Víctor (2003). *The Economic History of Latin America since Independence*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Burga, Manuel & Alberto Flores Galindo (1984). *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Ediciones Rikchay.
- Diez-Canseco, Ernesto (1929). *La red nacional de carreteras*. Lima: Ministerio de Fomento.
- Giesecke, Margarita (1997). *La Bolsa de Valores de Lima. 140 años de historia*. Lima: Bolsa de Valores de Lima.
- Pastor, Gonzalo (2012). *Peru: Monetary and Exchange Rate Policies, 1930-1980*. [International Monetary Fund Working Paper, WP/12/166].
- Pike, Fredrick (1967). *The Modern History of Peru*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- Quiroz, Alfonso (1993). *Domestic and Foreign Finance in Modern Peru, 1850-1950*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Seminario, Bruno & Arlette Beltrán (1998). *Crecimiento económico en el Perú: 1896-1995. Nuevas evidencias estadísticas*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Simpich, Frederick (1924). And now financial experts for export. *Nation's Business*, 12(10), 28.
- Thorp, Rosemary & Geoffrey Bertram (1985). *Perú: 1890-1977: crecimiento y políticas en una economía abierta*. Lima: Fundación Friedrich Ebert-Mosca Azul.

APÉNDICE

La información estadística utilizada en este artículo proviene de varias fuentes.

Cuentas nacionales:

- Respecto a la información de PBI, inversión, y consumo, las fuentes son dos. Para información desde 1896, la fuente es Seminario y Beltrán (1998).

*La información se encuentra en dólares constantes de 1979.

- Para información previa a 1896, la fuente es: Seminario, Bruno, Nikolai Alva & Luis Ponce (2010). *La economía en el Perú Republicano*. [Serie Documentos de Trabajo, No. 3]. Lima: CEPLAN.

Sector externo:

- La información de precios de las exportaciones peruanas proviene de:
U.S. Department of Commerce (1975). *Historical Statistics of the United States. Colonial Times to 12970. Part 1. Bicentennial Edition*. Washington D.C.: U.S. Department of Commerce.
- Las cifras reales (volumen) de exportaciones e importaciones y las cifras de exportaciones e importaciones nominales (en dólares) provienen de Seminario y Beltrán (1998).
- El saldo de la balanza comercial como porcentaje del PBI se calculó utilizando el PBI en dólares corrientes estimado en Seminario y Beltrán (1998).
- El índice de precios de exportaciones (importaciones) se calculó dividiendo el valor las exportaciones (importaciones) entre el índice de volumen de exportaciones (importaciones). El índice

de términos de intercambio se obtuvo como el ratio entre el índice de precios de exportaciones y el índice de precios de importaciones.

- Las cifras del valor de las exportaciones e importaciones para determinados productos se obtuvieron de:
Ministerio de Hacienda y Comercio (1931). *Extracto estadístico del Perú 1929-1930*. Lima: Imprenta Americana.

*Utilizamos la misma fuente para el valor total de exportaciones e importaciones en libras peruanas.

Cuentas monetarias:

- La data anual sobre dinero, banca y tipos de cambio proviene de:
Ministerio de Hacienda y Comercio (1931). *Extracto estadístico del Perú 1929-1930*. Lima: Imprenta Americana.
- La base monetaria fue estimada por:
Alfageme, Augusta (1998). *De la moneda de plata al papel moneda. Perú: 1879-1930*. Lima: BCRP.

*Se usó esta información además de datos del monto de soles de plata, libras peruanas de oro, monedas feble bolivianas, monedas de otros metales y cheques circulares. La oferta de dinero fue estimada como la base monetaria menos las reservas de los bancos (en oro o en papel moneda) más los depósitos de los bancos. El nivel de medios fiduciarios no garantizados por oro fue calculado como el nivel de moneda fiduciario menos la existencia visible de oro, donde los medios fiduciarios incluyen cheques circulares y monedas feble.

EL PERÚ Y LOS ASPECTOS MILITARES DE LA GUERRA

Jorge Ortiz Sotelo

1. INTRODUCCIÓN

Conocida en sus tiempos como la Gran Guerra, la Primera Guerra Mundial produjo cambios profundos en el orden político y económico global, pero fue en el ámbito militar donde dichos cambios se vivieron con mayor dramatismo. El armamento fue mucho más letal que el usado en las guerras precedentes, pues produjo millones de bajas tanto en las fuerzas contendientes como en la población civil. El submarino evolucionó rápidamente y dejó de ser un elemento concebido esencialmente para la defensa de puertos para convertirse en un arma oceánica eminentemente ofensiva. La aviación se transformó radicalmente cuando las endebles naves de la época comenzaron a portar ametralladoras y bombas.

Las potencias europeas se desgastaron en esa prolongada conflagración, lo cual facilitó que Estados Unidos, que recién ingresó a la guerra en 1917, surgiera como el poder económico y militar predominante. En ese proceso, mientras los capitales e influencia europea en América Latina disminuían, la presencia norteamericana se fue haciendo cada vez mayor, y al finalizar la guerra varios de nuestros países se habían vuelto crecientemente dependientes de la nueva potencia.

En el caso peruano, esta influencia se hizo patente en el ámbito de la defensa con la contratación de una misión naval norteamericana que reemplazó a la francesa, aunque la influencia de Francia se mantuvo en el ejército por varias décadas más.

El Perú no estuvo ajeno a la lucha propiamente dicha. La opinión pública se inclinó tempranamente por la causa aliada, mientras que las colonias extranjeras asumieron la natural defensa de sus respectivos países y varios de sus miembros más jóvenes se sumaron a la lucha. Tampoco faltaron los peruanos que, por diversos motivos, optaron por combatir en uno u otro bando. En el mar, la guerra se acercó a nuestras costas en 1914, cuando fuerzas navales de ambos bandos operaron en la zona, hecho que afectó al tráfico marítimo y obligó a varios buques alemanes a internarse en puertos peruanos. Más lejos, en aguas europeas, en 1917 la barca nacional Lorton fue hundida por un submarino alemán, lo cual llevó a que rompiéramos relaciones con el Imperio alemán.

Algunos de estos temas fueron abordados casi contemporáneamente por Juan Bautista de Lavalle (1919) y Federico Alonso Pezet (1917-1920, vol. III, pp. 287-306); y en tiempos recientes lo han hecho Percy Cayo Córdova (2009, pp. 97-118), Germán Bravo Valdivieso (2007, pp. 239-252) y Ernesto Morales Erroch (2004, pp. 56-64; 2006, pp. 107-124). Lo que ahora presentamos busca dar una nueva mirada a aquellos aspectos propiamente militares de la guerra que nos afectaron.

2. AL CAMPO DE BATALLA

El 28 de julio de 1914, un mes después del asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando, el Imperio austrohúngaro declaró la guerra a Serbia. Lo que pudo ser un conflicto limitado al espacio balcánico quebró el delicado balance europeo y en menos de un mes se habían conformado dos bloques en lucha, el de los Poderes Centrales, formado por Austria-Hungría, Alemania y Turquía; y el de los Aliados, constituido por Serbia, Montenegro, Rusia, Francia, Bélgica y Gran Bretaña,

a los que se sumó Japón el 28 de agosto. La guerra habría de durar hasta noviembre de 1918, y en su curso, Bulgaria se unió a los Poderes Centrales, mientras que Italia, Grecia, Portugal, Rumanía y Estados Unidos lo hicieron a los Aliados.

El ingreso norteamericano a la guerra arrastró a varios países del continente a endurecer su postura respecto a las Potencias Centrales, e incluso Brasil llegó a despachar una fuerza naval a operar con los aliados en aguas norafricanas. Pero al margen de ello, las colonias extranjeras encontraron diversas formas de apoyar a sus respectivos países, entre ellas proveyendo información sobre movimientos de naves enemigas. Asimismo, un número relativamente considerable de latinoamericanos se unió a la lucha. Las motivaciones para ello fueron diversas; entre ellas, el sentimiento de lealtad al país de sus antepasados, la simpatía por un país determinado o el simple hecho de encontrarse en la zona al estallar la guerra. Naturalmente, nuestros representantes diplomáticos y consulares en Europa también vivieron de cerca la guerra.

Quizá no sea posible averiguar cuántos peruanos tomaron parte en ella, pero ciertamente no fueron pocos. Conforme se fueron declarando las hostilidades, las embajadas de cada país involucrado convocaron a sus ciudadanos para que prestaran servicio militar. Muchos de ellos habían nacido en el Perú y tenían una suerte de doble nacionalidad, pero se sentían obligados a responder al llamado de la patria de sus ancestros. Así, a principios de agosto varios jóvenes de ascendencia francesa, alemana, austrohúngara y británica marcharon hacia sus respectivos países¹.

El 6 de agosto partieron los primeros grupos de reservistas franceses y alemanes. Los franceses lo hicieron en el Pachitea, nave en la que también se embarcaron los miembros de las misiones militar y naval de esa nacionalidad, en medio de numerosas muestras de simpatía tanto por parte del gobierno como de la población. Si bien el corresponsal de *El Comercio* en el Callao da el nombre de treinta de estos reservistas,

¹ Diario *El Comercio*, número 34681, 3 de agosto de 1914, p. 3.

señala que fueron muchos más, y que un grupo adicional debía salir en el siguiente vapor hacia Panamá². En efecto, cinco días después un centenar de jóvenes franceses de Lima y los departamentos del sur, a los que se sumaron tres oficiales y 25 reservistas procedentes de Bolivia, zarpó del Callao en el vapor Perú³. Una semana más tarde lo hizo otro grupo que había llegado de la zona central del país, y a mediados de setiembre una veintena adicional se embarcó en el Mantaro. Como reportan las publicaciones de la época, varios de ellos dejaban en Lima a sus padres o a su esposa e hijos⁴.

Por su parte, 48 reservistas alemanes se embarcaron el mismo 6 de agosto en el Huasco, encontrándose entre ellos el capitán Llemus, jefe de bahía de la Roland Linie y oficial de reserva de la armada imperial⁵. El Huasco tocó en Salaverry y Paita para recibir a bordo a los reservistas del norte del país, pero 14 de ellos, que trabajaban en las haciendas del valle de Chicama, ya se habían embarcado en el Limari y arribaron al Callao el día 9, con la intención de tomar el siguiente vapor hacia Panamá. A estos se les sumó una veintena de jóvenes de ascendencia alemana que no habían podido salir el día 6⁶.

Más reservistas de estos y otros países en pugna viajaron en los meses y años posteriores, conforme iban alcanzando edad de prestar servicio militar. Al parecer, el último grupo estuvo conformado por 26 jóvenes británicos que salieron del Callao en setiembre de 1918⁷.

² Diario *El Comercio*, número 34687, 6 de agosto de 1914, p. 2, columna 3; número 34688, 6 de agosto de 1914, p. 2, columna 1-2; y número 34689, 7 de agosto de 1914, p. 2, columna 1.

³ Diario *El Comercio*, número 34697, 11 de agosto de 1914, p. 2, columnas 4-5.

⁴ Diario *El Comercio*, número 34713, 19 de agosto de 1914, p. 3, columna 5. *Varietades*, número 342, 19 de setiembre de 1914, p. 1219.

⁵ Diario *El Comercio*, número 34688, 6 de agosto de 1914, p. 2, columnas 1-2; y número 34689, 7 de agosto de 1914, p. 2, columna 1. Véase también Bisher (2012)

⁶ Diario *El Comercio*, número 34695, 10 de agosto de 1914, p. 2, columna 3; y número 34696, 10 de agosto de 1914, p. 2, columna 5.

⁷ *Varietades*, número 550, 14 de setiembre de 1918, p. 880. *The West Coast Leader*, número 349, 14 de setiembre de 1918, pp. 2 y 16; y número 353, 12 de octubre de 1918, p. 7.

Por su parte, los peruanos residentes en Europa buscaron escapar de la guerra. Los primeros en verse en estos aprietos fueron los jóvenes que estudiaban en las universidades de Lieja, Lovaina y Bruselas; a los que pronto se sumaron los que se encontraban en Francia. Algunos lograron pasar a Gran Bretaña, otros pudieron alcanzar París y no faltó el que pudo dirigirse a España o embarcarse hacia el Perú⁸. Al parecer, el primero en retornar al país fue el abogado Glicerio Camino, quien se encontraba en Berlín cuando se declararon las hostilidades. Tras vencer diversas dificultades llegó a Burdeos, donde el 4 de agosto se embarcó hacia Inglaterra, desde donde logró dirigirse al Perú y arribar al Callao el 6 de setiembre⁹.

Ante el impetuoso avance alemán por Bélgica y el norte francés, y los terribles efectos de las armas modernas sobre las ciudades, a principios de setiembre se dispuso que el vapor Urubamba, de la Compañía Peruana de Vapores y Dique del Callao, que se encontraba en Liverpool reparando sus calderas, evacuara a nuestros connacionales. Al mando del capitán Baxter, el vapor tocó en Portsmouth y Cardiff antes de ingresar a Lorient el 7 de octubre, donde embarcó un crecido número de peruanos, entre ellos los tripulantes del que fuera crucero Elías Aguirre. El 17 de ese mismo mes el Urubamba zarpó hacia Panamá, cruzó el canal del 8 al 10 de noviembre y arribó al Callao seis días después¹⁰.

⁸ Diario *El Comercio*, número 34697, 11 de agosto de 1914, p. 2, columna 4; número 34750, 7 de setiembre de 1914, p. 1, columna 6 y p. 2, columnas 1-2; número 34752, 8 de setiembre de 1914, p. 2, columnas 3-4; y número 34770, 17 de setiembre de 1914, p. 2, columnas 2-5.

⁹ Diario *El Comercio*, número 34750, 7 de setiembre de 1914, p. 2, columnas 1-2.

¹⁰ Diario *El Comercio*, número 34770, 17 de setiembre de 1914, p. 2, columnas 2-5; número 34798, 1 de octubre de 1914, p. 1, columna 6; y número 34890, 16 de noviembre de 1914, p. 1. *Variedades*, número 351, 21 de noviembre de 14, p. 1469; y número 354, 12 de diciembre de 1914, p. 1551. *Panama Record*, volumen VIII, número 12, 11 de noviembre de 1914, p. 113, columna 2.

El país que más peruanos tuvo en sus filas parece haber sido Francia, a raíz de lo cual fallecieron al menos 19 de ellos. Estos fueron los siguientes: capitán de aviación Robert François Martinet, teniente de dragones Gaspar de Candamo y Asencio —hijo del ministro del Perú en París—¹¹, subteniente José García Calderón, sargentos Arthur Sylvain Leonce de Saint Georges, Bernard Eugène Guichard y Charles Pierre Paul Roussel, cabo Jorge Cruége Magot (López Martínez, 1995, II, p. 211)¹², soldados Auguste Alexandre Bergerot, Joseph Marie Grimaldi, Albert Georges Meiss, José Ernesto Marrow Rodríguez, Charles Louis Tassel, Jean Francis Fournier, Froileau Meza —Basadre lo llama Daniel y señala que llegó como grumete del Aguirre—, Eugène Hippolyte Vallet, Julio Pagano y Pierre Henri Nove; el oficial de intendencia Auguste Lamothe y el ayudante mayor de medicina Jean Baptiste Henri Sylvain Louis Molinie¹³.

El más conocido de ellos fue José García Calderón Rey, hijo del expresidente Francisco García Calderón y hermano de los notables intelectuales Francisco y Ventura, y del médico Juan, quien también se unió a las fuerzas francesas. José García Calderón llevaba ya algún tiempo en Francia cuando estalló el conflicto y culminó sus estudios en la Escuela de Bellas Artes. Se enlistó en la Legión Extranjera hacia setiembre de 1914 y aunque no llegó a ver mucha acción en las trincheras, en marzo siguiente pasó a servir como observador de artillería en una unidad de globos aerostáticos. A fines de abril fue ascendido a sargento y en marzo de 1916 a subteniente y fue mencionado varias veces en la Orden del Día tanto de su regimiento como del ejército. El 5 de mayo de 1916, cuando varios globos estaban elevándose sobre Verdún, se desató una violenta tempestad que causó la pérdida de 24 de ellos,

¹¹ *Jornal des Débats politiques et littéraires*, número 317, 14 de noviembre de 1915, p. 3, columna 6.

¹² Ver también *Variedades*, número 437, 15 de julio de 1916, p. 896.

¹³ Véase <http://www.memoiredeshommes.sga.defense.gouv.fr/fr/article.php?laref=415&titre=page-introuvable>. *Variedades*, número 420, 18 de marzo de 1916, p. 358; y número 425, 22 de abril de 1916, p. 525.

uno de los cuales fue el de García Calderón. Logró saltar en paracaídas, a unos 120 metros de altura, pero llegó al suelo sin vida y su cuerpo quedó enganchado en las alambreadas de la primera línea, de donde fue rescatado terriblemente mutilado. Algunos autores señalan que fue condecorado con la Cruz de Guerra con tres palmas, pero no se ha podido validar tal aseveración (López Martínez, 1995, pp. 213-214; Mathieu, 1973; Basadre, 1966, t. XII, pp. 419-421; García Calderón, 1969; De Lavallo, 1919, p. 272).

Junto con otros extranjeros que pelearon por Francia, al menos 14 peruanos se incorporaron al tercer regimiento de Legión Extranjera, uno como oficial, otro como suboficial y 12 como sargentos y legionarios¹⁴. Asimismo, sirvieron a Francia el capitán de sanidad Eudoro Aguilar Oliva, los médicos Juan García Calderón, Teobaldo Ugarte y Luis Mac Nulty; mientras que Guillermo Schmidt es mencionado como parte de las ambulancias militares¹⁵.

Entre los que lograron sobrevivir a la guerra figuran Juan Bielovucic Cavalié, Abel Carriquiry, Luis Segalá, Fernando Lapeyriere, Javier Dávila Bustamante, Enrique Delaude, Georges Bidegaray, Charles Gueroult, Carlos Mendieta, Emilio Antonio Fort, Ramón Bueno, Ricardo Tenaud, Pedro Enrique Magot, Francisco Bassier, el paiteño Manuel Octavio Feijóo y un hermano suyo, los capitanes Figueroa San Miguel y Jerónimo Murga Cisneros¹⁶.

¹⁴ *Historique du Régiment de Marche de la Légion Étrangère. 3er Régiment Étranger d'Infanterie*, 1926, p. 161. París: Berger-Levrault.

¹⁵ Diario *El Comercio*, número 34786, 25 de setiembre de 1914, p. 1, columna 4. *Variedades*, número 351, 21 de noviembre de 1914, pp. 1484-1485; y número 480, 12 de mayo de 1917, p. 541.

¹⁶ Diario *El Comercio*, número 34865, 4 de noviembre de 1914, p. 1, columna 3. *Variedades*, número 340, 5 de setiembre de 1914, p. 1175; número 367, 13 de marzo de 1915, p. 1875; número 382, 26 de junio de 1915, p. 2279; número 413, 29 de enero de 1916, p. 142; número 421, 25 de marzo de 1916, p. 387; número 423, 8 de abril de 1916, p. 450; número 460, 23 de diciembre de 1916, p. 1677; y número 528, 13 de abril de 1918, p. 358. *The West Coast Leader*, número 297, 15 de setiembre de 1917, p. 12.

Los tres primeros sirvieron en la aviación. Bielovucic se enlistó como soldado en el regimiento n° 57, pero casi de inmediato pasó a la escuadrilla aérea n° 26, más conocida como Les Cigognes. Ascendido a oficial, realizó numerosas misiones y fue herido tanto en la batalla del Yser como en Dunkerque. En reconocimiento a su participación en la lucha fue nombrado caballero de la Legión de Honor y fue el primer extranjero en ser condecorado con la Cruz de Guerra con palmas de bronce. También recibió la Medalla Francesa de Voluntario Extranjero Herido, así como otras condecoraciones de Francia, Bélgica e Italia (Zlatar Stambuck, 1990, pp. 221-251). Carriquiry actuó en Salónica y Segalá sirvió en la escuadrilla de aviación 104, con base en Belfort, mientras que Lapteryriere, que era graduado de la Escuela de Artes y Oficios, lo hizo primero en el regimiento 62 de artillería y luego en una fábrica de municiones¹⁷.

Fort se incorporó al ejército en 1915, cuando le faltaba un año para concluir sus estudios de ingeniería; sirvió en la artillería tanto en el frente belga, como en Verdún, Alsacia, Lorena y el Somme. Mereció ser citado en la Orden del Día de su regimiento (López Martínez, 1995, pp. 214-216). Por su parte, Feijóo recibió la Cruz de Guerra por su desempeño en la segunda batalla de Villers Bretonneux, donde fue herido en el rostro¹⁸.

Murga era teniente de artillería en julio de 1913 cuando viajó a Francia con licencia. Al estallar la guerra se incorporó con su grado al regimiento n° 81, y en julio de 1916 fue ascendido a capitán, luego de haber participado en las batallas de Artois, Verdún, Somme, L'Aisne y Champagne. Fue citado dos veces en la Orden del Día del Ejército y condecorado con la Legión de Honor y la Cruz de Guerra. Retornó al Perú en setiembre de 1917, con licencia del ejército francés, siendo

¹⁷ *Varietades*, número 413, 29 de enero de 1916, p. 142; y número 425, 22 de abril de 1916, p. 525.

¹⁸ *Varietades*, número 559, 16 de noviembre de 1918, p. 1095.

ascendido por el gobierno peruano a mayor, e inmediatamente después a teniente coronel¹⁹.

En las fuerzas armadas británicas sirvieron no menos de 155 voluntarios procedentes o residentes durante un periodo prolongado en el Perú²⁰. El periódico de la comunidad británica en el país, *The West Coast Leader*, publicó con regularidad la lista de ellos. En la última de ellas, aparecida en enero de 1918, figuran 24 fallecidos, un desaparecido, doce heridos y otros ocho que, habiéndolo estado, retornaron al frente, tres prisioneros de guerra, una enfermera, tres trabajadores en fábricas de municiones y una larga lista de combatientes en las fuerzas británicas, a los que hay que añadir algunos que prestaron servicio en las fuerzas canadienses. En fecha posterior fallecieron otros tres. Al menos seis fueron condecorados por acciones distinguidas²¹. Además de los incluidos en la lista del *The West Coast Leader*, algunas fuentes mencionan al subteniente David Fraser Luckie e Iglesias, nieto del general y expresidente Miguel Iglesias, al tacneño Gerald J. Child, muerto en Ypres siendo teniente del regimiento de infantería ligera de Yorkshire, al chiclayano Juan Alejandrino Colston y al limeño Eduardo Nugent —en el cuerpo de ingenieros—, a los hermanos Francisco y Enrique Revett, así como a Juan Leguía Swayne, Arturo Francia y Henry A. Cooban²².

¹⁹ *Le Gaulois*, 22 de julio de 1913, p. 4, columna 1. *Journal Officiel de la République Française*, volumen XLVIII, número 208, del 5 de agosto de 1916, p. 6228, columna 3. Resolución legislativa 2485 del 8 de octubre de 1917, y ley 2492, del 19 de octubre de 1917. *Variedades*, número 499, 22 de setiembre de 1918, p. 999; y número 500, 29 de setiembre de 1918, p. 1024.

²⁰ *The South Pacific Mail: War memorial number. An historical record of the tribute of the British communities in Chile, Peru and Bolivia, during the Great War, 1914-1918*. Valparaíso, SPDI, 1920.

²¹ *The West Coast Leader*, número 315, 19 de enero de 1918, pp. 7-8; número 326, 6 de abril de 1918, p. 2; y número 327, 13 de abril de 1918, p. 14.

²² Diario *El Comercio*, número 34838, 21 de octubre de 1914, p. 2, columna 2. López Martínez (1995, pp. 212 y 216). *Variedades*, número 382, 26 de junio de 1915, p. 2279; número 487, 30 de junio de 1918, p. 714; número 515, 12 de enero de 1918, p. 38; número 534, 25 de mayo de 1918, p. 502; y número 558, 9 de noviembre de 1918, p. 1077. Zárate y Ferreyros (1976, p. 304).

Cabe mencionar que en setiembre de 1918 el gobierno británico estableció un distintivo para los aproximadamente diez mil voluntarios que habían venido de América Latina, el cual continuó usándose durante la Segunda Guerra Mundial²³.

Cuando Italia ingresó a la guerra se unieron a sus fuerzas varios ítalo-peruanos, entre ellos los paiteños Luis y Julio César Ginocchio Sánchez, entre los que se distinguió este último como teniente del Bersaglieri, mercedor de la Medalla al Valor Militar Vittorio Veneto; el igualmente piurano y subteniente de nuestro ejército Rómulo A. Guidino sirvió como sargento en el mismo regimiento; el chanchamaino Luis Gerbi; el trujillano Víctor Manuel Sommarruga; Luis Lanatta, Mario Canepa Grondona, Pedro Ezequiel Roggero y Ayllón; los hermanos Ferruccio, los hermanos Virgilio y René F. Boggio, y el teniente de navío Mario Vignolo. Concluida la guerra, los veteranos formaron el Gruppo Combattenti Italiano, que para 1920 tenía una veintena de integrantes (López Martínez, 1995, pp. 211-212; Centurión Herrera, 1924, p. 240)²⁴. También sirvieron a Italia el coronel médico Alfredo Zaric Chequeni y la chalaca Ana Crovati, quien fue distinguida por sus servicios en la Cruz Roja. Falleció al servicio de Italia el limeño Pedro P. Gallese Morales, mientras que el igualmente limeño Emilio Viale fue herido varias veces; llegó a ser capitán (Spoja, 1998, p. 392)²⁵.

Entre los peruanos que murieron al servicio de Alemania figuran el teniente Alfredo Dubois, Carlos Pruss y César Paz. Nacido en Lima, Dubois pasó a Alemania con su madre y hermano cuando tenía 11 años. Siguió la carrera militar y murió el 30 de agosto de 1914,

²³ Llamó mi atención sobre este tema el investigador Héctor López Aréstegui, a quien agradezco por el dato.

²⁴ Véase también *Variedades*, número 418, 4 de marzo de 1916, p. 298; número 419, 29 de marzo de 1916, p. 327; número 460, 23 de diciembre de 1916, p. 1677; número 474, 31 de marzo de 1917, p. 374; número 476, 14 de abril de 1917, p. 436; y número 485, 16 de junio de 1917, p. 668.

²⁵ Véase también *Variedades*, número 474, 31 de marzo de 1917, p. 374; número 485, 16 de junio de 1917, p. 668; y número 563, 14 de diciembre de 1918, p. 1180.

siendo teniente de infantería del regimiento 131, en una pequeña localidad entre Lumiville y Nancy²⁶. Paz se había educado en Alemania y se alistó al inicio de la guerra. Fue herido varias veces y a fines de 1915 fue condecorado con la Cruz de Hierro²⁷.

Al margen de los peruanos o nacidos en el Perú, hubo un considerable número de extranjeros que al residir o haber residido en nuestro país defendieron a su patria. Entre los que sirvieron en el ejército alemán hemos ubicado al doctor H. Meyer, Augusto Benz, Carlos Sutorius y Eberhard Supper. El primero fue gerente del Sindicato Alemán de Potasa, los dos siguientes fueron altos funcionarios de la casa Welsch, mientras que el último lo fue de la casa E.W. Hardt. Benz fue herido varias veces en el Somme y falleció el 21 de marzo de 1918, el primer día de la última gran ofensiva alemana; mientras que Supper murió en la batalla de Jacobstadt, en el frente ruso²⁸. También se puede mencionar a Hermann y Christian Schroeder, jóvenes empleados de la casa E.W. Hardt, que tras un azaroso viaje lograron llegar a Alemania, donde el primero de ellos falleció a mediados de 1917, siendo teniente²⁹.

Los cuatro oficiales británicos que formaron parte de la comisión peruana demarcadora de límites con Bolivia de 1911 a 1913 participaron en la lucha, además de los que estaban en ella y en la comisión demarcadora con Brasil al estallar la guerra. La noticia de la muerte de dos de ellos, el mayor Harry Stanley Toppin y el teniente C. E. Moores, fue reportada en la prensa peruana³⁰.

²⁶ Diario *El Comercio*, número 34845, 25 de octubre de 1914, p. 5, columna 2; y número 34848, 27 de octubre de 1914, p. 1. *Variedades*, número 531, 4 de mayo de 1918, p. 428; Zárate y Ferreyros (1976, p. 304).

²⁷ *Variedades*, número 414, 5 de febrero de 1916, p. 171.

²⁸ *Variedades*, número 410, 8 de enero de 1916, p. 66; número 417, 26 de febrero de 1916, p. 253; número 423, 8 de abril de 1916, p. 450; número 487, 30 de junio de 1918, p. 714; y número 538, 22 de junio de 1918, p. 584.

²⁹ *Variedades*, número 492, 4 de agosto de 1918, p. 838.

³⁰ Diario *El Comercio*, número 34829, 17 de octubre de 1914, p. 2, columna 3. *The West Coast Leader*, número 145, 10 de octubre de 1914; número 146, 17 de octubre de 1914, p. 12; y número 160, 30 de enero de 1915, p. 4.

Pierre Guislain, hijo del ministro belga en Lima, prestó servicios cerca al monarca belga y fue condecorado con la Cruz de Guerra y con la medalla del Rey Alberto I³¹.

Además de los que habían formado parte de las sucesivas misiones militares y navales francesas en el Perú, muchos otros franceses que habían residido en nuestro país pelearon por su patria. Entre ellos Marcel Cadiot y Jorge Schmitt, que habían sido funcionarios de la casa Harth y Schmitt, respectivamente; Henry Sentex, Eugenio Mauny, el vizconde de Ronceray, Jean Baptistes Saux, el médico Desauvais de Guermarquer y Noe Levy³².

Entre los muchos italianos vinculados con el Perú que tomaron parte en la lucha se encontraban Hugo Scarletti, Francisco Castagnini, Gaetano Ramó y Eduardo Sessarego. El primero había sido agente de importantes casas comerciales en Lima y falleció en el frente austriaco en los primeros meses de la lucha; el segundo integró una ambulancia militar; Ramó había trabajado nueve años en una casa comercial italiana en Lima; y el arquitecto Sessarego ejerció su profesión largos años en nuestra capital³³. También figuran Lorenzo Ferreccio y Ángel Cristiani, así como dos oficiales italianos que se encontraban prestando servicios en el Perú cuando su país entró a la guerra, los capitanes Alfredo Caroelli y Manfredo Viviani della Cella, que marcharon a Italia en junio de 1915³⁴.

³¹ Véase <http://theworldwar.org/sites/default/files/National%20WWI%20Museum%20new%20objects.pdf>

³² Diario *El Comercio*, número 34867, 5 de noviembre de 1914, p. 2, columnas 3-4. *Varietades*, número 362, 6 de febrero de 1915, p. 1745; número 368, 20 de marzo de 1915, p. 1902; número 382, 26 de junio de 1915, p. 2279; número 420, 18 de marzo de 1916, p. 358; número 465, 27 de enero de 1917, p. 110; número 472, 17 de marzo de 1917, p. 324; número 485, 16 de junio de 1917, p. 668; y número 541, 13 de julio de 1918, p. 658.

³³ *Varietades*, número 413, 29 de enero de 1916, p. 142; número 417, 26 de febrero de 1916, p. 253; número 425, 22 de abril de 1916, p. 525; y número 460, 23 de diciembre de 1916, p. 1677.

³⁴ *Varietades*, número 380, 12 de enero de 1915, p. 220; número 472, 17 de marzo de 1917, p. 324; y número 487, 30 de junio de 1918, p. 714.

Fueron varios los diplomáticos, cónsules y militares peruanos que vivieron de cerca la guerra. Formaron parte de este último grupo el general Óscar R. Benavides, los coroneles José G. Urdanivia Ginés y César Enrique Pardo Mancebo, el mayor Figueroa San Miguel, el capitán Saúl Angulo y el teniente Julio C. Guerrero³⁵.

En 1916, tras dejar la Presidencia de la República, Benavides fue enviado a Francia para estudiar la organización, equipamiento y empleo táctico y estratégico de los ejércitos en lucha. Visitó el campo de batalla de Verdún y fue testigo de los bombardeos a París y a fines de 1917 fue designado presidente honorario de la Liga de Países Neutrales, en reemplazo del expresidente norteamericano Teodoro Roosevelt, quien renunció cuando su país entró a la guerra. Por iniciativa suya y del doctor Mac Nulty se estableció en París el Hospital Franco-Peruano, promovido por los peruanos residentes en Francia para apoyar a la Cruz Roja y subvencionado por el gobierno peruano. Benavides fue condecorado con la Legión de Honor y asistió al desfile de la victoria (Zárate & Ferreyros, 1976, pp. 301-304; De Lavalle, 1919, pp. 282 y 439)³⁶.

Pardo y Urdanivia fueron agregados militares en Londres y París, respectivamente. Este último partió a Europa en agosto de 1914, en la misma nave en que salieron del Callao los miembros de las misiones militar y naval francesa; visitó el frente en diversas oportunidades³⁷. Al estallar la guerra, Figueroa San Miguel y Saúl Angulo se encontraban haciendo prácticas profesionales en el ejército francés, el primero en el regimiento de infantería 144 con el que participó en las acciones iniciales de la guerra³⁸.

³⁵ *Varietades*, número 361, 30 de enero de 1915, p. 1725.

³⁶ Véase también *Varietades*, número 551, 21 de setiembre de 1918, p. 903.

³⁷ Diario *El Comercio*, número 34687, 6 de agosto de 1914, p. 2, columna 2-3. *Varietades*, número 362, 6 de febrero de 1915, p. 1745. *Le Gaulois*, número 13 637; 14 de febrero de 1915, p. 2, columna 2.

³⁸ *Varietades*, número 340, 5 de setiembre de 1914, p. 1175; y número 361, 30 de enero de 1915, p. 1725; Baudoin (1914-1915, parte 1, fasc. 1, p. 47).

Guerrero fue asistente del general Cáceres cuando este fue ministro ante los gobiernos de Alemania y Austria-Hungría. Según algunas fuentes se incorporó al ejército alemán, tomando parte en la campaña de África a órdenes del general Paul Emil von Lettow-Vorbeck. Llegó a ser teniente coronel del ejército peruano y se convirtió en uno de nuestros principales especialistas en temas bélicos; asimismo, publicó numerosos trabajos (Vega, 2001)³⁹.

Pero si esa era la situación en Europa, en el Perú los nacionales de los países beligerantes también se enfrentaban en una lucha en la que participaron algunos peruanos.

Así, el 28 de setiembre de 1914 la colonia austrohúngara llevó a cabo un concierto en el salón del restaurante del Parque Zoológico para recaudar fondos para la Cruz Roja austriaca. En dicho evento participaron numerosos miembros de dicha colonia y también de la alemana⁴⁰. Pero no todos los austrohúngaros apoyaban al emperador Francisco José en esta lucha, pues muchos croatas aspiraban justamente a liberarse de su dominio para constituir un nuevo Estado con los otros pueblos eslavos del sur. Varios de ellos combatieron en el ejército imperial, como Manuel Miljanovich —fallecido en la lucha—, Iván Kukurelo y Kasimir Milicic Weskov —compañero de regimiento del cabo Adolfo Hitler—, pero no faltaron los que, aspirando a la independencia de su país, se pasaron al ejército serbio, como Nicolás Lesevich (Meseldzic de Pereyra, 1985, p. 38; Spoja, 1998, pp. 299-300).

Finalmente, hubo al menos un peruano fallecido en el hundimiento de un buque norteamericano. Lamentablemente, no tenemos registro de su nombre, pero era uno de los 15 tripulantes del carguero Vigilancia que pereció al ser torpedeado por el submarino U-70 el 16 de marzo de 1917 (Carlisle, 2007, p. 58).

³⁹ Entre los trabajos de Guerrero destaca *Como corresponsal al frente. Reflexiones e impresiones*, 1915.

⁴⁰ Diario *El Comercio*, número 34794, 29 de setiembre de 1914, p. 2, columna 2.

3. LA GUERRA EN EL MAR

Al iniciarse la guerra, Alemania contaba con una poderosa y moderna flota, pero que aún estaba lejos de poder equipararse a la británica. Tras algunos encuentros menores, ambas fuerzas finalmente se enfrentaron en Jutlandia, el 31 de mayo de 1916, luego de lo cual la flota alemana se encerró en sus puertos y la guerra en el mar se concentró en torno a la agresiva campaña submarina alemana.

En el Pacífico se encontraban los cruceros de batalla Scharnhorst y Gneisenau, y los cruceros ligeros Leipzig, Nürnberg y Emden, que formaban el escuadrón de Asia al mando del vicealmirante Graf Maximilian von Spee (Scheer, 1934, pp. 13-14). Asimismo, había un considerable número de naves mercantes, algunas de las cuales fueron artilladas para actuar como auxiliares del escuadrón, pero la gran mayoría buscó refugio en puertos neutrales. Spee debía conducir una guerra de corso, bombardear las costas e instalaciones militares enemigas, cortar los cables submarinos y enfrentarse a fuerzas iguales o inferiores, con el fin de comprometer en su búsqueda a la mayor cantidad de naves enemigas.

Los escuadrones británicos de China y Australia, además de buques rusos y franceses, a los que luego se sumaron naves japonesas, fueron empleados en la búsqueda de las unidades alemanas en el Pacífico Norte y Oeste, mientras que otra fuerza al mando del contralmirante Christopher Cradock debía cerrarle el paso hacia el Atlántico y buscarlo en el Pacífico Sur (Yates, 1995, pp. 16-30).

Tras reunir a cuatro de los cruceros, pues el Leipzig se encontraba en la costa norteamericana, así como a dos cruceros auxiliares y varios buques mercantes para que sirvieran de apoyo a su división, el almirante Spee trató sin éxito de interceptar el tráfico marítimo australiano, despachando al Emden para que operara en el Índico. Para fines de agosto era claro que su única opción era dirigirse hacia las costas sudamericanas pues las fuerzas aliadas le cerraban el paso hacia el Índico

y el Pacífico Norte, las cuales habían capturado además las posesiones alemanas que podían apoyarlo (Fayle, 1920, vol. I, pp. 148-150).

La inteligencia alemana en el continente estaba dirigida por el capitán de navío Karl Boy-Ed, agregado naval en Washington, cuyo principal colaborador en Sudamérica era el capitán de corbeta August Moller, agregado naval en Argentina, acreditado también en Brasil, Uruguay y Chile. A lo largo de 1914, ambos oficiales lograron despachar 37 naves en apoyo de los buques de Spee (Bisher, 2008). Obviamente, los comerciantes alemanes a lo largo de la costa americana también brindaron valiosa información sobre el movimiento de naves enemigas, lo que se facilitaba por el hecho que varios de los sistemas de radio y telegrafía habían sido instalados por empresas alemanas y, en muchos casos, estaban a cargo de operarios de esa nacionalidad⁴¹.

Al mando del capitán Johannes Haun, el Leipzig se había alejado de aguas mexicanas para dirigirse a las costas de California en busca de naves canadienses. A principios de setiembre, al conocer que las fuerzas británicas basadas en Vancouver serían reforzadas para ir en su caza, Haun decidió dirigirse a Galápagos con el mercante Marie, mientras una escuadrilla formada por el crucero japonés Izuma, el francés Montcalm y el británico Rainbow lo buscaba en el Pacífico Norte (Barthe, 1971, pp. 73-77)⁴².

El Leipzig y su acompañante arribaron al archipiélago ecuatoriano el 18 de setiembre, luego de haber capturado una semana antes al tanquero británico Elsinore, a cuyos tripulantes dejó en la isla San Cristóbal. Tras algunos días en Galápagos, donde aparentemente fueron reaprovisionados por la barca noruega Kala (Bisher, 2008, p. 10), el Leipzig se dirigió en busca de nuevas presas frente a las costas peruanas.

⁴¹ *The South Pacific Mail*, número 258, 29 de octubre de 1914, p. 6, columna 3; Bravo Valdivieso (2007, pp. 240-241).

⁴² Véase también diario *El Comercio*, número 34800, 2 de octubre de 1914, p. 1, columna 1-5.

Los dos primeros meses de la guerra no produjeron gran alteración en el tráfico marítimo en la costa oeste sudamericana, pues solo los buques mercantes alemanes buscaron refugio en diversos puertos al conocerse el inicio de las hostilidades. Sin embargo, el 23 de setiembre se tuvo la primera noticia de naves de guerra alemanas en el Pacífico, pues el vapor Ortega, de la Pacific Steam Navigation Company (PSNC), que había salido del Callao hacia Liverpool fue perseguido el día anterior por un crucero de esa nacionalidad en el estrecho de Magallanes⁴³.

Esa noticia, y los rumores sobre la presencia de naves en la costa norte sudamericana, llevaron a que la PSNC dispusiera que sus naves permanecieran en puerto. En ese ambiente no fue extraño que la prensa limeña reportara erróneamente la presencia de un crucero alemán frente al Callao, al cual identificó inicialmente como el Bremen y luego como el Nürnberg⁴⁴, e incluso se reportó que una de estas naves había ingresado a la bahía en la noche del 26 de setiembre⁴⁵.

Lo concreto es que a las 8 de la mañana del 25 el Leipzig interceptó al vapor británico Bankfields, de la Bank Shipping, de Liverpool, que al mando del capitán Ingham, y con 58 391 sacos de azúcar (5950 toneladas) y 9 toneladas de cobre, había salido de Eten pocas horas antes con destino a Liverpool. Es posible que el capitán Haun hubiese recibido información sobre esta nave a través de alemanes que trabajaban en las haciendas azucareras de la zona, pero no hay nada que valide esa sospecha. Lo cierto es que a las 9 de la mañana se dispuso que el vapor pusiera proa hacia el norte y dos horas más tarde se reunió con el Marie, a unas 30 millas al sur de Punta Sal. Hecho esto, los 30 tripulantes del buque británico fueron trasladados al Marie, llevando consigo

⁴³ Diario *El Comercio*, número 34784, 24 de setiembre de 1914, p. 2, columna 1. *The West Coast Leader*, número 143, 26 de setiembre de 1914, p. 1.

⁴⁴ Diario *El Comercio*, número 34786, 25 de setiembre de 1914, p. 1, columna 4; número 34787, 25 de setiembre de 1914, p. 1, columna 3; y número 34788, 26 de setiembre de 1914, p. 2, columna 1.

⁴⁵ Diario *El Comercio*, número 34792, 28 de setiembre de 1914, p. 1, columna 5.

lo que estimaron conveniente. Uno de ellos refiere que los marinos alemanes «no quisieron llevarse ni un alfiler, ni una onza de carbón» de su buque, pero los británicos les regalaron «dos chanchos muy hermosos» para evitar que murieran ahogados al hundir la nave. A las 2:50 de la tarde, luego de abrir las válvulas de fondo del Bankfields, el Leipzig efectuó seis disparos, dos de los cuales dieron en la línea de flotación de su presa, sumergiéndose totalmente a las 4:24. Poco después hundieron al Elsinore⁴⁶.

Dos días más tarde se encontraron con el Amasis, vapor de la Kosmos Linie que había salido del Callao a principios de setiembre⁴⁷, y las tres naves pusieron rumbo a las islas Lobos de Afuera, donde fondearon a las 5:30 del día 28. En ese lugar se encontraba el capitán de navío Ramón Valle Riestra, interventor fiscal del guano, quien se puso al habla con el Marie, que había fondeado más cerca a la orilla y demandaba que se respete la neutralidad peruana y que no interviniera a la barca británica Tamar⁴⁸, que estaba cargando guano, y que las naves alemanas zarparan en un plazo de 24 horas. En su reporte, Valle Riestra señaló que los vapores alemanes tenían sus nombres borrados y que luego de transbordar carbón, víveres y aceite del Amasis continuaron hacia el sur a las 6 de la tarde del día 29⁴⁹.

⁴⁶ *The South Pacific Mail*, número 257, 22 de octubre de 1914, p. 7, columnas 1-2. *El Mercurio*, Valparaíso, número 27214, 15 de octubre de 1914, pp. 3-4. Diario *El Comercio*, número 34725, 25 de agosto de 1914, p. 3, columna 2; número 34725, 25 de agosto de 1914, p. 3, columna 2; y número 34799, 1 de octubre de 1914, p. 1. *Morning Oregonian*, 17 de diciembre de 1914, p. 4, columna 4; Fayle (1920, vol. I, pp. 230-231).

⁴⁷ Diario *El Comercio*, número 34729, 27 de agosto de 1914, p. 1, columna 6. *The West Coast Leader*, número 141, 12 de setiembre de 1914, p. 9.

⁴⁸ Había ingresado al Callao el 27 de junio de 1914, al mando de D. Mahoney, procedente de Rotterdam, con carbón para la casa Weiss. Al respecto, véase Archivo Histórico de Marina, libro copiador G,1, número 26, pp. 218-219.

⁴⁹ *The South Pacific Mail*, número 257, 22 de octubre de 1914, p. 7, columnas 1-2. Diario *El Comercio*, número 34796, 30 de setiembre de 1914, p. 1, columnas 5-6, p. 2,

Luego de interceptar a un buque noruego, al que dejaron continuar, las tres naves alemanas se encontraron a la altura del Callao en la noche del 30. El capitán Haun dispuso que el Marie arribara al puerto para dejar a los prisioneros y adquirir víveres, carbón y noticias. En efecto, al amanecer del 1º de octubre el mencionado vapor ingresó a la bahía y luego procedió a entregar a los prisioneros al cónsul británico. Dado que era evidente que había estado en compañía del Leipzig, la Capitanía de Puerto lo declaró incomunicado. Sin posibilidades de reabastecerse, el buque debió permanecer en el puerto⁵⁰.

Al quedar confirmada la presencia de un crucero alemán en aguas peruanas, las naves francesas y japonesas, tal como lo habían hecho las británicas, optaron por permanecer en puerto, lo cual alteró nuestro flujo comercial⁵¹. Este hecho preocupó de manera notable al gobierno, pues buena parte de la economía nacional dependía de la exportación de minerales y productos agrícolas. Por ello, aún antes que arribara el Marie se había dispuesto que la Armada patrullara las aguas territoriales y evitara cualquier violación a la neutralidad peruana (Fayle, 1920, pp. 233-234).

En la misma fecha en que el Marie arribó al Callao, llegaron a costas ecuatorianas el capitán y la mitad de los tripulantes del Elsinore, que habían logrado navegar desde Galápagos, lo que hizo evidente que el Leipzig se estaba dirigiendo al sur.

Si bien el Amasis no llegó a ingresar al Callao, por algún medio logró establecer comunicación con el puerto pues al volver a reunirse con el Leipzig, un teniente apellidado Redieger llevó periódicos locales

columnas 1-2. *Boston Evening Transcript* del 30 de setiembre de 1914, p. 5, columnas 4-5; Fayle (1920, pp. 230-231).

⁵⁰ *The South Pacific Mail*, número 257, 22 de octubre de 1914, p. 7, columnas 1-2. Diario *El Comercio*, número 34799, 1 de octubre de 1914, p. 1; número 34800, 2 de octubre de 1914, p. 1, columna 1-5. *Variedades*, número 344, 3 de octubre de 1914, p. 1276. *The Odgen Standard*, 1 de octubre de 1914, sin paginación.

⁵¹ *Variedades*, número 344, 3 de octubre de 1914, pp. 1274-1276. Diario *El Comercio*, número 34691, 8 de agosto de 1914, p. 3.

e información sobre naves británicas, francesas y japonesas⁵². Los dos buques alemanes continuaron hacia el sur, luego de haber coordinado para ser reaprovisionados por los vapores Anubis, Karnak y Abessinia, que debían zarpar de Pisagua, Iquique y Mollendo, respectivamente. El 3 de octubre, a unas 50 millas de Mollendo, la última de estas tres naves se reunió con el crucero y su consorte⁵³.

El Abessinia permaneció dos días con el crucero alemán, transbordándole carbón y víveres, luego de lo cual se dirigió al Callao llevando al oficial T. Standtke y a dos marineros que requerían atención hospitalaria. El 6 de octubre arribó al puerto, procedió a desembarcar a los enfermos y a reaprovisionarse, aunque el Resguardo de Aduana impidió que embarcara carne en conserva por sospechar que iba destinado al crucero alemán. Tres días después, el capitán Schulemann zarpó hacia Arica, con la lógica protesta de los cónsules británico y francés; luego se reunió con el Leipzig, Amasis, Anubis y Karnak, con los que llegó a la isla de Pascua el 14 de octubre⁵⁴.

En esa isla se encontraba el escuadrón de Spee, al que se le unió el crucero ligero Dresden y los mercantes York, Göttingen y Baden, luego de un largo viaje que se había iniciado en el Caribe. El 18 de octubre las naves alemanas se dirigieron a Más Afuera, y cinco días después el crucero auxiliar Titania detuvo a la barca noruega Helicon que se dirigía de Australia a Valparaíso. La barca fue remolcada a Más Afuera, donde se le confiscó parte de la carga, consistente en carbón de propiedad británica, luego de lo cual fue liberada⁵⁵.

En Más Afuera se les unió el crucero auxiliar Prinz Eitel Friedrich, tras un poco exitoso crucero en el Pacífico Suroriental, y el escuadrón fue reaprovisionado por el vapor norteamericano Sacramento, antes

⁵² *Review of German cruiser warfare 1914-1918*, 1940, p. 30; Yates (1995, p. 92).

⁵³ Diario *El Comercio*, número 34819, 12 de octubre de 1914, p. 2, columna 2.

⁵⁴ Diario *El Comercio*, número 34808, 6 de octubre de 1914, p. 1, columnas 4-5; número 34815, 10 de octubre de 1914, p. 2, columna 1; Yates (1995, p. 92).

⁵⁵ *The Press*, 7 de diciembre de 1914, p. 7, columna 8. *The Straits Times*, 1 de diciembre de 1914, p. 9, columna 2.

alemán Alexandria, que al mando del capitán Jacobsen había salido de San Francisco el 15 de octubre con destino a Valparaíso conduciendo 6000 toneladas de carbón⁵⁶. Transbordado el carbón, el Sacramento se dirigió a Valparaíso llevando a los 32 tripulantes de la barca francesa Valentine, capturada, conducida a ese fondeadero el 4 de noviembre por el Leipzig e incendiada el día 19⁵⁷. El arribo del Helicon y el Sacramento a puertos chilenos permitió conocer que el escuadrón de Spee se encontraba cerca a costas americanas (Barros van Buren, 1990, pp. 681-683).

El 28 de octubre, dos días después de llegar a Más Afuera, Spee despachó a Valparaíso al Prinz Eitel Friedrich y al Göttingen, bajo escolta del Nürnberg, para obtener carbón e información, mientras que el resto del escuadrón se acercaba a las costas chilenas (Barthe, 1971 p. 75; Yates, 1995, pp. 131 y 131). Ya en ellas, frente al pequeño puerto de Coronel, el 1º de noviembre el escuadrón alemán se enfrentó al del contralmirante Cradock, que había doblado el Cabo de Hornos en persecución del Dresden y en busca de los buques de Spee. Los cruceros Good Hope y Montmouth fueron hundidos, con Cradock a bordo del primero, mientras que el crucero ligero Glasgow y el crucero auxiliar Otranto lograron escapar. Esta fue la primera derrota naval británica desde las guerras napoleónicas (Jiménez, 1918, pp. 3-8).

Luego de su victoria en Coronel, Spee arribó a Valparaíso con tres de sus cruceros, despachando los otros dos en busca de las naves británicas que habían sobrevivido al combate. El escuadrón alemán volvió a reunirse el 5 de noviembre en Más Afuera y diez días después, luego que los otros dos cruceros alemanes recalaran brevemente en Valparaíso, puso proa al sur para doblar el cabo de Hornos y dirigirse a Malvinas. En el Pacífico quedó el crucero auxiliar Prinz Eitel Friedrich con órdenes de continuar emitiendo comunicaciones radiales que hicieran suponer que la fuerza alemana permanecía en dicho océano. El plan de Spee

⁵⁶ *The Queenslander*, 26 de diciembre de 1914, p. 3, columnas. 3-5.

⁵⁷ *Wairarapa Daily Times*, número 14143, 24 de noviembre de 1914, p. 6, columna 1.

era destruir las instalaciones británicas en Malvinas y luego iniciar el largo cruce del Atlántico para alcanzar puertos alemanes. En la madrugada del 16, apenas iniciada esa travesía, el Dresden capturó y hundió al vapor británico North Wales, que se dirigía de Juan Fernández a Malvinas, pasando a sus tripulantes al Rhakotis, que fue enviado al Callao (Hurt, 1921, vol. I, pp. 145-146).

El almirantazgo británico había previsto el movimiento alemán hacia Malvinas, despachando hacia dicho lugar al vicealmirante Sir Doveton Sturdee con dos cruceros de batalla y tres cruceros ligeros. El 8 de diciembre de 1914 ambas fuerzas se encontraron y cuatro de las cinco naves de Spee fueron hundidas, incluyendo su buque insignia. Solo el Dresden pudo escapar, dirigiéndose primero al estrecho de Magallanes y luego al Pacífico.

Mientras estos hechos tenían lugar en el Atlántico Sur, a principios de diciembre el Prinz Eitel Friedrich capturó y hundió al vapor británico Charcas, a unas 70 millas al sur de Valparaíso, y el día 6 arribó a Papudo para desembarcar a sus tripulantes⁵⁸. Dos días después logró captar las comunicaciones de los buques británicos que estaban combatiendo en Malvinas, por lo que su capitán optó por dirigirse a la isla de Pascua. En ese tránsito, el día 11 capturó al bricbarca francés Jean, con 3500 toneladas de carbón a bordo, y al día siguiente hizo lo propio y hundió al bricbarca británico Kidalton, cuya tripulación pasó a la nave francesa, a la que también hundió en Pascua el 31 de diciembre (Bravo Valdivieso, 2005, p. 24). Permaneció en esta isla hasta el 6 de enero de 1915, cuando puso proa hacia el Atlántico, donde logró tomar varias otras naves antes de llegar a Newport el 10 de marzo, donde quedó internado por el resto de la guerra (Barthe, 1971, pp. 75-77).

La búsqueda del escuadrón de Spee llevó a una fuerza naval aliada, al mando del almirante australiano George E. Patey, a desplazarse desde las costas mexicanas a aguas del Pacífico Sur. Al producirse el enfrentamiento en Malvinas, el almirantazgo británico dispuso que Patey,

⁵⁸ *The West Coast Mail*, 10 de diciembre de 1914, p. 7, columna 1.

que estaba en aguas colombianas, se dirigiera al Caribe con el crucero de batalla Australia, y que el contralmirante japonés Moriyama Keyzaburo, con los cruceros Hizen, Asama e Izumo, buscara al Dresden en la zona de Galápagos, mientras que el crucero Newcastle y las naves que venían del Atlántico Sur hacían lo propio en las costas chilenas.

En su viaje hacia el Caribe, el Australia arribó en el Callao en la tarde del 18 de diciembre, pocas horas después del vapor alemán Luxor, que había reabastecido al escuadrón de Spee. El crucero australiano continuó su travesía al día siguiente, tras recargar carbón y luego que el almirante Patey llevara a cabo una visita oficial al presidente Benavides⁵⁹. Dos días después arribó el Izumo, en el que izaba su insignia el almirante Moriyama, quien también llevó a cabo las visitas protocolares del caso y zarpó al día siguiente, mientras que el Asama ingresó al puerto. Durante las 24 horas que ambos cruceros permanecieron en el Callao, tres centenares de marinos japoneses rindieron homenaje al marinero Eichiro Koyima, tripulante del buque escuela Ryujo, muerto en el Callao en 1883 y enterrado en el cementerio de Bellavista (Sakuda, 1914, p. 1601)⁶⁰.

Ambos buques japoneses permanecieron patrullando frente a nuestras costas hasta recalcar en Paita el 11 de enero de 1915, mientras que el Hizen arribó a Puerto Pizarro el 24 de diciembre, escoltando a cinco mercantes británicos⁶¹. Tres cruceros británicos que se encontraban buscando al Dresden recalcaron en el Callao entre el 15 de enero y el 2 de febrero para reabastecerse: Kent, Newcastle y Orama⁶².

⁵⁹ *The West Coast Leader*, número 154, 19 de diciembre de 1914, pp. 1 y 4. *Variedades*, número 356, 26 de diciembre de 1914, p. 1600.

⁶⁰ Véase también *The Cornell Daily Sun*, volumen 35, número 78, 22 de diciembre de 1914, p. 6, columna 1. *The West Coast Leader*, número 155, 26 de diciembre de 1914, p. 1.

⁶¹ Diario *El Comercio*, número 34995, 12 de enero de 1915, p. 1, columna 4; y número 34997, 13 de enero de 1915, p. 1, columnas 3-4. *The West Coast Leader*, número 155, 26 de diciembre de 1914, p. 12; y número 158, 16 de enero de 1915, p. 1.

⁶² Diarios de estos buques de guerra en <http://www.naval-history.net>. *Variedades*, número 374, 1 de mayo de 1915, p. 2060.

Debió ser por esa época que el esfuerzo de inteligencia británico, que había estado basado en Esquimalt, Vancouver, se desplazó al Callao, donde asumió estas labores el mayor de infantería de marina Aidan Isaac Bell⁶³.

Tras varias semanas en los canales del sur chileno, donde fue reaprovisionado por el Sierra Córdoba, el Dresden se hizo nuevamente a la mar y el 27 de febrero capturó y hundió a la altura de isla Mocha al velero británico Conway Castle, que había salido de Valparaíso doce días antes hacia Queenstown y Liverpool con 2300 sacos de cebada. El 6 de marzo interceptó a la barca peruana Lorton, que se dirigía del Callao a Valparaíso, y al día siguiente le transbordó los tripulantes del Conway Castle, los que fueron desembarcados en el puerto chileno una semana después⁶⁴.

Pero la suerte del crucero alemán estaba echada. Aislado, con varios buques enemigos buscándolo y con crecientes dificultades para reabastecerse de carbón y víveres, a principios de marzo se dirigió a bahía Cumberland, en la isla Más a Tierra, donde el 14 de ese mes fue alcanzado por una fuerza británica. Tras un breve intercambio de fuegos, el capitán Fritz Emil Lüdecke optó por volar su nave para evitar que fuese capturada. La tripulación desembarcó y vio desde la orilla como el último buque de guerra alemán en el Pacífico se hundía (Yates, 1995, pp. 233-235).

Si bien con el Dresden desaparecía la presencia naval alemana en las costas americanas del Pacífico, el temor a que esta volviese a presentarse no dejó de estar latente. Esto había llevado a que, desde setiembre, naves de la Armada Peruana escoltaron a buques aliados para evitar que se cometieran actos de hostilidad en las tres millas que entonces abarcaban

⁶³ *The Edinburgh Gazette*, 16 de agosto de 1918, p. 2787; Norman Tucker (1962, vol. I, p. 222).

⁶⁴ *El Chileno*, número 1049, 14 de marzo de 1915, p. 1, columnas 3-4. *The Sydney Morning Herald*, número 24,081; 15 de marzo de 1915, p. 9, columna 3.

nuestras aguas territoriales (De Lavalle, 1919, pp. 11-12)⁶⁵; y también llevó a que buques de guerra británicos continuaran registrando buques neutrales tanto para buscar reservistas como contrabando alemán, y recalando en diversos puertos peruano⁶⁶.

El Kent lo hizo hasta principios de 1916, el Newcastle hasta marzo de 1917 y el Lancaster de mayo a noviembre de 1918⁶⁷. También lo hicieron los cruceros auxiliares Orama durante el primer semestre de 1915, Otranto desde mediados de ese año hasta agosto de 1917, Orbita entre abril de 1916 y marzo de 1918, Avoca desde noviembre de 1916 hasta el final de la guerra y el Ophir de octubre a diciembre de 1918⁶⁸. En la mayoría de los casos estos buques ingresaron por muy breves horas para reabastecerse de víveres y carbón, y permitir algún momento de solaz a la tripulación. También hubo oportunidad de ofrecer alguna recepción a bordo, como las dos que tuvieron lugar en abril de 1915 en el Kent, luego del hundimiento del Dresden, y en octubre de 1918 en el Ophir para conmemorar el aniversario de la ruptura de las relaciones del Perú con Alemania, pero en cuatro ocasiones lo hicieron para enterrar a tripulantes fallecidos por diversos motivos⁶⁹.

Finalmente, en noviembre de 1917 llegó al Callao el crucero norteamericano Marblehead, como muestra de solidaridad por la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania⁷⁰.

⁶⁵ Véase también *El Mercurio*, Valparaíso, 9 de marzo de 1915, p. 3, columna 4.

⁶⁶ *The West Coast Leader*, número 186, 29 de Julio de 1915, p. 12.

⁶⁷ Diarios de bitácora de estos buques en: <http://www.naval-history.net>. *Varietades*, número 374, 1 de mayo de 1915, p. 2060; y número 414, 5 de febrero de 1916, p. 172.

⁶⁸ Diarios de bitácora de estos cruceros auxiliares en: <http://www.naval-history.net>.

⁶⁹ *Varietades*, número 511, 15 de diciembre de 1917, p. 1288; número 554, 12 de octubre de 1918, p. 986. *The West Coast Leader*, número 170, 10 de abril de 1915, p. 1. En el Cementerio Británico de Bellavista están las tumbas de los marineros John Smith, del Kent, muerto el 26 de diciembre de 1915; Alfred C. Hallett y Herbert Weston, del Lancaster, fallecidos el 3 y 13 de octubre de 1918 respectivamente; y del infante de marina Samuel Robinson, del Orbita, muerto el 17 de marzo de 1918.

⁷⁰ *Varietades*, número 505, 3 de noviembre de 1917, p. 1140.

4. EL CASO DE LA LORTON

Alemania había iniciado la guerra con una flota submarina relativamente modesta y con limitada capacidad oceánica. Pero pronto se dio cuenta del gran potencial ofensivo de esta arma, razón por la cual incrementó su número y accionar, de manera que al concluir 1914 los submarinos alemanes habían hundido casi un millón de toneladas luego de atacar buques mercantes sin alertarlos previamente. En febrero de 1915 el gobierno alemán declaró zona de guerra a las aguas que circundaban las islas británicas y dos años después, tras la batalla de Jutlandia, se amplió dicha zona de manera de comprender también las aguas alledañas a Francia e Italia, así como el Mediterráneo Oriental.

El 4 de febrero de 1917, apenas iniciada la llamada campaña submarina irrestricta, la barca peruana Lorton fue hundida por un submarino alemán, hecho que generó la natural reclamación diplomática peruana que llevó a romper relaciones con Alemania.

Construida en Belfast en 1889, la Lorton era una barca de acero de 1374 toneladas de registro, destinada al menos desde finales de 1896 a cubrir la ruta entre Liverpool y la costa oeste norteamericana⁷¹. Es posible que en esos prolongados viajes haya tocado en algún puerto peruano, pero solo sabemos que en diciembre de 1900 cargó nitrato en Tocopilla, Chile y embarcó a los marineros Giovanni Valeri y Víctor Baileff, el primero de los cuales asesinó al segundo durante la travesía, siendo condenado a muerte por su crimen y ejecutado en 1909⁷².

Su primer arribo al Callao habría sido en abril de 1906, procedente de Pisagua, al mando del capitán Mackenzie; y volvió a ingresar al puerto el 10 de noviembre de 1913 procedente de Newcastle, esta vez con G. Laurenson como capitán. En ambos casos estaba bajo flete de la W. R. Grace Co.⁷³.

⁷¹ *San Francisco Call*, volumen 79, número 56, 25 de enero de 1896, p. 3, columna 7.

⁷² *Western Gazette*, Somerset, 19 de abril de 1901.

⁷³ Archivo Histórico de Marina, libro copiador G,1, número 26, pp. 8-9, 202-203.

En abril de 1914 fue adquirida por Domingo Loero, italiano residente en el Callao, y se le otorgó un pasavante provisional el 25 de ese mes para que efectuara un viaje a Port Townsend, en la costa oeste norteamericana. Retornó al Callao el 24 de noviembre de ese año con madera para la Grace, al mando del capitán W. H. Meyers (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1917, p. 21)⁷⁴.

En febrero siguiente zarpo con destino a Valparaíso, con Emanuele Santagata como capitán, bajo flete de la naviera chilena Sociedad Nacional de Buques y Maderas, siendo en ese viaje que se produjo el ya referido encuentro con el Dresden. El 27 de marzo, tras quince días en Valparaíso, salió hacia Penco⁷⁵, y el 30 de mayo se dirigió a Melbourne con un cargamento de granos. El viaje fue muy accidentado y la barca estuvo a punto de perderse en medio de una feroz tormenta. Auxiliada por el carbonero Kooringa, pudo llegar a su destino a principios de agosto⁷⁶. Para entonces ya tenía la respectiva patente de navegación mercantil peruana, otorgada el 18 de marzo de 1915.

Es probable que permaneciera en puertos australianos reparándose de las averías sufridas en la mencionada tormenta. Lo concreto es que el 9 de abril de 1916 se encontraba en Newcastle, Nueva Gales del Sur, preparándose para zarpar de regreso al Callao con carbón para la Grace. En esas circunstancias se produjo un incidente con las autoridades australianas, cuando estas detuvieron al alemán Ernst Rinan o Rowland, quien se había enrolado como tripulante⁷⁷.

Llegó al Callao el 3 de julio de 1916, y poco después, el 31 de agosto, fue renombrada Cavour. El 21 de setiembre la adquirió la sociedad Rocca & Miller y obtuvo una nueva patente con su antiguo nombre el 24 de octubre (Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1917, p. 21).

⁷⁴ Véase también Archivo Histórico de Marina, libro copiador G,1, número 26, pp. 228-229.

⁷⁵ Diario *El Mercurio*, Valparaíso, 13 de marzo de 1915 y 27 de marzo de 1915, p. 12, columna 3.

⁷⁶ *The Advertiser*, volumen 58, número 17733, p. 9, columna 3.

⁷⁷ Archivo Histórico de Marina, libro copiador G,1, número 26, pp. 274-275. *The West Australian*, Perth, 10 de abril de 1916, p. 7, columna 7.

Al mando del capitán norteamericano nacionalizado peruano Frank T. Sanders, y con una tripulación de 19 hombres, ocho de los cuales eran peruanos, la Lorton zarpó del Callao el 5 de octubre de 1916 hacia Caleta Buena, en Chile. Estaba fletada por la casa londinense de Mitrovich Brothers para transportar salitre a los puertos españoles de Bilbao, Pasajes o Santander. Con 2211 toneladas de nitratos a bordo, el 22 de noviembre inició su travesía hacia Europa a través del canal de Panamá y tras cruzar el Atlántico, el 4 de febrero de 1917 fue interceptada por un submarino alemán, presumiblemente el U-67, al mando del capitán de corbeta Hans Nieland, frente al puerto español de Suances, Guipúzcoa, en el Cantábrico.

Serían las 2:30 de la tarde cuando el submarino hizo el primero de cuatro disparos para que la barca detuviese su marcha. De acuerdo con lo que refirió luego el capitán Sanders, al ver que el submarino le hacía señales para que abandonasen la barca, arrió un bote para dirigirse a él con los papeles que demostraban la calidad neutral del buque y de la carga. No obstante, el capitán alemán le ordenó retornar al buque y traer a tres hombres que figuraban en su rol de tripulación como holandeses. Cinco marineros alemanes acompañaron a Sanders a la Lorton, donde pudieron comprobar que tanto el piloto como un marino eran sus compatriotas. Mientras los marinos alemanes colocaban cargas explosivas en la barca, Sanders y sus hombres la abandonaban, y poco después sobrevino una violenta explosión que hundió rápidamente a la barca. La bandera peruana que lucía la Lorton fue llevada al submarino, cuyo capitán se negó a devolver los papeles del buque tras el hundimiento (Ajax, 1918, pp. 116-117).

Estos hechos fueron vistos desde la orilla por varios pobladores de Suances, desde donde salieron algunas barcas y lograron llevar a tierra a once de los tripulantes de la Lorton; mientras que Sanders y otros cinco tripulantes fueron recogidos por el vapor Macarena⁷⁸.

⁷⁸ ABC, 7 de febrero de 1917, 2ª edición, p. 10.

Obviamente, el gobierno peruano protestó por el hundimiento de una embarcación nacional, con lo cual se inició un largo proceso diplomático que llevó a que, finalmente, el 3 de octubre de 1917 se rompiesen relaciones con Alemania.

Si bien la Lorton era una nave peruana, no deja de ser cierto que transportaba un cargamento apetecible para la industria bélica, y que por ello era considerado contrabando de guerra si estaba dirigido a un beligerante. Si bien este no era el caso, el que su destino fuese un puerto del Cantábrico hacía sospechosa su presencia en esa zona. Pese a ello, su hundimiento, el primero de una nave latinoamericana, fue un injustificado acto de hostilidad que Alemania se negó a aceptar (De Lavalle, 1919, pp. 310-314; Basadre, 1966, p. 415)⁷⁹.

Buques alemanes en puertos peruanos

El Leipzig en aguas nacionales, el hundimiento de la Lorton y la participación de nacionales y miembros de las colonias extranjeras en los campos de batalla hicieron sentir a los peruanos que la guerra los afectaba de alguna manera. Pero la presencia de varias naves mercantes alemanas en nuestros puertos acercó la guerra a los ciudadanos de a pie. Por ello resulta pertinente explicar cuál fue su situación tanto al inicio de la guerra como en su curso.

El comercio marítimo alemán en la costa oeste sudamericana era atendido por un considerable número de buques sueltos y por los vapores de las líneas Kosmos y la Roland, que unían regularmente el Callao con Hamburgo y Bremen, respectivamente. Si bien estas naves no tuvieron que enfrentar un peligro inmediato al inicio de la guerra, muchas de las que estaban en puerto permanecieron en ellos y otras tantas que estaban navegando arribaron a puertos cercanos a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

⁷⁹ Véase también *The West Coast Leader*, número 266, 10 de febrero de 1917, p. 1.

Algunas de estas naves actuaron como auxiliares del escuadrón de Spee, y si bien diez de ellas permanecieron en el Callao y Mollendo, fueron varias más las que tocaron en nuestros puertos. Las diez naves, a las que se sumaron seis lanchas de la Roland Linie, fueron confiscadas por el gobierno peruano en setiembre de 1918. Cuatro de ellas fueron los veleros Maipo, Omega, Thellus y Hebe, los tres primeros refugiados en el Callao y el último en Mollendo. Cinco vapores quedaron en el Callao: Marie, Sierra Córdoba, Anubis, Luxor y Rhakotis, los tres últimos de la Kosmos, al igual que el Uarda, que encontró refugio en Mollendo.

Veamos el caso de cada una de estas naves, comenzando por los veleros.

Al mando del capitán K. Abshagen, con 23 tripulantes y 2700 toneladas de porte, la fragata Maipo arribó el 24 de julio, tras 121 días de navegación desde Hamburgo, con carga general para C. Weiss. La barca Omega, con cuatro palos, 4000 toneladas de porte y 28 tripulantes, llegó el 2 de agosto al mando del capitán L. Niejahm, procedente de Hamburgo con carbón consignado a la firma Graham Rowe. Con tres palos, 2500 toneladas de porte, 19 tripulantes y a órdenes del capitán H. Brench, la barca Thellus entró al puerto el 17 de agosto procedente de Amberes, con carga general para la casa comercial de Enrique Ayulo. La Hebe, barca de cuatro palos y 4000 toneladas de porte, ingresó a Mollendo el 6 de agosto con carga de carbón⁸⁰. Ninguno de ellos volvió a zarpar y quedaron a la espera de los acontecimientos, que, como veremos más adelante, los llevó a pasar a manos peruanas.

La historia de los vapores es algo más agitada.

Al mando del capitán Julius Davidsen y con 3000 toneladas de porte, el Marie había acompañado al crucero Leipzig desde el 8 de setiembre y arribó al Callao con los prisioneros del Bankfields en la madrugada del 1° de octubre de 1914. Al estallar la guerra estaba bajo

⁸⁰ Archivo Histórico de Marina, libro copiadador G,1 número 26, pp. 220-223. Diario *El Comercio*, número 34668, 24 de julio de 1914, p. 2 columna 4; número 34682, 3 de agosto de 1914, p. 2, columna 6; número 34711, 18 de agosto de 1914, p. 2, columna 6. Sobre la Omega véase Wilhelmsen (1995).

contrato de una compañía china para transportar coolies a México y tenía varios tripulantes chinos. Diez de ellos lograron desembarcar clandestinamente poco después que el buque ingresó a puerto y otros once lo hicieron en la madrugada del 13 de enero de 1915, nadando hasta el pailebote Stella, de Santiago Parodi, y tras apoderarse de él desembarcaron al norte de la bahía chalaca⁸¹.

De propiedad de la Norddeutscher Lloyd, con 8200 toneladas de porte, 74 tripulantes y al mando del capitán H. Schaeffer, el Sierra Córdoba cubría la línea entre Bremen y Buenos Aires. Al estallar la guerra se encontraba navegando y a mediados de octubre se reunió con el crucero auxiliar Kronprinz Wilhelm que le transbordó prisioneros británicos que desembarcó en Montevideo el 22 de ese mes⁸². El 18 de diciembre se hizo a la mar para reabastecer al Dresden, refugiado en los canales magallánicos luego de la batalla de Malvinas. Encontrado en uno de esos canales por el H.M.S. Carnarvon, se libró de ser destruido por la oportuna aparición de un destructor chileno. Cumplido su cometido, el vapor alemán arribó a Valparaíso y el 6 de marzo de 1915 volvió a zarpar con 1250 toneladas de carbón para el crucero alemán, al que reaprovisionó en Juan Fernández. Luego se dirigió al Callao, con carga consignada a E. & W. Hardt y arribó el 17 de marzo. Declarado auxiliar de guerra, el Sierra Córdoba quedó internado⁸³.

Como ya se señaló, el Anubis se había refugiado en Pisagua al estallar la guerra y logró hacerse a la mar el 2 de octubre para reabastecer al Leipzig y reunirse luego con el escuadrón de Spee. Luego de ello, esta nave de 8000 toneladas de porte y al mando del capitán Bremer, puso proa al Callao a donde arribó el 29 de octubre⁸⁴.

⁸¹ Diario *El Comercio*, número 34999, 14 de enero de 1915, p. 2, columna 4.

⁸² Véase: <http://www.naval-history.net/WW1NavyBritishBVLSMN1408.htm>

⁸³ *El Chileno*, número 1049, 14 de marzo de 1915, p. 1, columnas 3-4. *Char*, 13/72/72, Telegram from Rennie, British Minister, Lima, Peru to Foreign Office, on arrival of German supply ship «Sierra-Córdoba» in Peruvian waters, 21 de mayo de 1915. Bravo Valdivieso (2007, pp. 248-250); *The West Coast Leader*, número 167, 20 de marzo de 1915, p. 3.

⁸⁴ *The West Coast Leader*, número 148, 31 de octubre de 1914, p. 1.

El Luxor, con 12 000 toneladas de porte y al mando del capitán Walters, se había refugiado en el puerto chileno de Coronel, desde donde zarpó intempestivamente en la noche del 18 de noviembre para dirigirse a la bahía de San Quintín y reabastecer al escuadrón de Spee con las 3600 toneladas de carbón que había recibido en dicho puerto. Cumplida esa tarea se dirigió al Callao, a donde arribó el 10 de diciembre con solo 180 toneladas de carbón a bordo. El gobierno peruano lo declaró buque auxiliar y, como no pudo zarpar en 24 horas, procedió a internarlo⁸⁵.

Al mando del capitán D. Reimers, el Rhakotis era un buque de 8500 toneladas de porte y se encontraba en el Callao al estallar la guerra. A principios de agosto pasó a Arica y luego a Valparaíso, de donde salió el 12 de noviembre tras declarar a Hamburgo como destino, pero en realidad se dirigió a Coronel para reabastecer a la división de Spee y al Prinz Eitel Friedrich. Luego de ello se dirigió al Callao, a donde llegó el 13 de diciembre, con 27 prisioneros del North Wales (Rocuant, 1919, p. 58; Bravo Valdivieso, 2005, pp. 13-14 y 17)⁸⁶.

El Uarda, con 9000 toneladas de porte y al mando del capitán Moennich, arribó a Mollendo a principios de agosto, y permaneció en dicho lugar hasta su expropiación. Al parecer, su tripulación, junto con la de Hebe, fue desembarcada y trasladada a la ciudad de Arequipa (Velarde Herrera, 1986, p. 138).

Antes de referir la suerte de estas diez naves es conveniente decir algo sobre aquellos buques alemanes que tocaron en puertos peruanos durante los primeros meses de la guerra así como sobre aquellos que, al encontrarse en otros puntos de la costa oeste sudamericana, se hicieron a la mar manifestando que se dirigían a ellos.

⁸⁵ *Northern Star*, 23 de noviembre de 1914, p. 5, columna 2; *The Cornell Daily Sun*, volumen 35, número 69, 11 de diciembre de 1914, p. 4, columna 4; Rocuant (1919, p. 59); Bravo Valdivieso (2007, pp. 246-247); *The West Coast Leader*, número 151, 21 de noviembre de 1914, p. 12.

⁸⁶ Véase también *The West Coast Leader*, número 135, 30 de julio de 1914, p. 15.

Entre los primeros se encontraron los vapores de la Kosmos Amasis y Abessinia. El primero arribó al Callao el 2 de agosto y zarpó el 4 del siguiente, tras declarar a Punta Arenas como destino⁸⁷, pero todo parece indicar que estuvo cruzando frente a las costas peruanas hasta finales de setiembre, cuando se reunió con el Leipzig y el Marie. Incorporado al escuadrón de Spee, pasó a Punta Arenas para reaprovisionarse y quedar luego en bahía Hewett a la espera de nuevas órdenes. En dicho lugar reabasteció al Dresden después de Malvinas y luego quedó internado en Punta Arenas (Bravo Valdivieso, 2005; Bisher, 2012). Al mando del capitán Schulemann, el Abessinia se refugió en Mollendo al inicio de la guerra, junto con el Uarda, el velero Hebe y dos buques británicos⁸⁸. Zarpó el 2 de octubre y se reunió con el Leipzig al día siguiente y arribó al Callao el día 6 con el teniente T. Standtke y dos marineros del crucero que requerían atención médica⁸⁹. Volvió a hacerse a la mar con destino a Arica, pero antes de llegar a ese puerto se reunió con el escuadrón de Spee y luego pasó a su puerto de destino donde quedó internado.

El Seydlitz y el Holstein eran de la Norddeustcher Lloyd. El primero estaba en aguas australianas al estallar la guerra y se dirigió de inmediato a Valparaíso a donde arribó a principios de octubre. Poco después volvió a hacerse a la mar para reabastecer al escuadrón de Spee, al que acompañó hacia el Atlántico; logró escapar de la persecución británica luego de la batalla de Malvinas e internarse en Montevideo. Si bien alguna fuente refiere que estuvo en el Callao, no hemos encontrado evidencias de ello (Bravo Valdivieso, 2005). El Holstein debía llegar al Callao a principios de agosto, pero su capitán optó por internarse en Iquique. A ese mismo puerto ingresó el Karnak, de la Kosmos, pero el 2 de octubre zarpó tras declarar que se dirigía al Callao, cuando en realidad

⁸⁷ Diario *El Comercio*, número 34681, 3 de agosto de 1914, p. 2, columna 4; y número 34729, 27 de agosto de 1914, p. 1, columna 6.

⁸⁸ Diario *El Comercio*, número 34680, 2 de agosto de 1914, p. 2, columna 6; y número 34681, 3 de agosto de 1914, p. 2, columna 4.

⁸⁹ Diario *El Comercio*, número 34808, 6 de octubre de 1914, p. 1, columnas 4-5. *The West Coast Leader*, número 145, 10 de octubre de 1914, p. 12.

reaprovisionó al Leipzig y el 28 de ese mes arribó a Antofagasta, donde quedó internado (Rocuant, 1919, pp. 59-60).

La presencia de naves beligerantes en aguas y puertos peruanos, con la posibilidad de que pudieran convertirse en eficaces recolectores y transmisores de información para sus respectivos sistemas de inteligencia, como en la práctica sucedió, llevó al gobierno a tomar algunas medidas precautorias. Además de las regulaciones internacionales que permitían la permanencia de naves beligerantes en puerto neutrales por un máximo de 24 horas, se dispuso que las estaciones de radio de los buques mercantes alemanes en puerto quedasen selladas y que las naves estuviesen sometidas a estricta vigilancia. Meses más tarde, el 4 de junio de 1915, se dispuso que las antenas de radio fuesen arriadas y guardadas hasta el final del conflicto (Ministerio de Guerra y Marina, 1916, vol. VIII, pp. 239-240 y 304; De Lavallo, 1919, pp. 10-11).

La situación de las naves alemanas cambió radicalmente en setiembre de 1917. Ante el cariz que iban tomando las negociaciones entre el gobierno peruano y el alemán por el hundimiento de la Lorton, los armadores alemanes instruyeron a sus capitanes para que inutilizaran sus respectivas naves, para evitar así su uso por el Perú en caso de llegar a la ruptura de hostilidades. Esto fue notado por el bote que cubría guardia en la bahía. En consecuencia, a las 6 de la tarde del 29 de setiembre 170 marinos peruanos tomaron posesión de las naves y confinaron a sus tripulaciones a sus respectivos alojamientos. Una medida similar fue tomada en Mollendo con el vapor Uarda y la barca Hebe⁹⁰. Poco después, el 3 de octubre, algunos tripulantes fueron desembarcados y puestos a disposición del juez del Crimen por considerarse que la inutilización de las naves constituía un delito. Sin embargo, estas medidas no evitaron que se produjeran continuos incidentes con el personal asignado a vigilarlas (De Lavallo, 1919, pp. 377-384)⁹¹.

⁹⁰ *The West Coast Leader*, número 300, 6 de octubre de 1917, pp. 1-2.

⁹¹ Véase también Archivo Histórico de Marina. Expedientes Administrativos, Compañía Alemana de Vapores Kosmos, ff. 114-133.

Ese fue el primer paso para la expropiación de las naves y de las lanchas de la Roland Linie, proceso que avanzó en enero de 1918 cuando se aprobó una norma que permitía al Poder Ejecutivo tomar posesión, cuando las circunstancias lo exigiesen, de los elementos de transporte, marítimo o fluvial y de los almacenes indispensables, a su juicio, para atender al abastecimiento público de productos y materias primas que se requirieran para la subsistencia y la industria. Ese mismo mes las seis lanchas de la Roland Linie fueron expropiadas y en junio se dio un paso más al disponerse la tasación de las naves, proceso en el que se negaron a participar los representantes de las compañías alemanas (De Lavallo, 1919, pp. 385-398).

Concluida la tasación, el 5 de setiembre de 1918 se produjo la expropiación con el depósito de 549 098 libras peruanas en la Caja de Consignaciones. Naturalmente, las navieras afectadas protestaron, al igual que el gobierno alemán, representado por la legación española, lo cual dio origen a una reclamación que se vería en el campo diplomático (De Lavallo, 1919, pp. 403).

Al día siguiente de esta medida se aprobó una ley que autorizaba al Ejecutivo a arrendar dichas naves, con opción de venta al final de la guerra, a la Shipping Board Emergency Fleet Corporation, entidad que actuaba a nombre del gobierno norteamericano para asegurar la capacidad de bodega necesaria para su esfuerzo militar y comercio en general. Como parte del contrato, el vapor Marie debía ser reparado por la referida entidad norteamericana y entregado al gobierno peruano para atender sus necesidades de transporte de trigo. El contrato, que obviamente fue la motivación para la expropiación de las naves, mostró la creciente influencia norteamericana en el Perú, pero también fue una solución a la crisis de bodegas que se vivía justamente a causa de la guerra, pues permitía a nuestro país disponer de tres de los vapores para atender las necesidades de nuestro comercio exterior (De Lavallo, 1919, pp. 407-425).

En setiembre, el remolcador norteamericano Culebra llevó a Panamá al Sierra Córdoba y Rhakotis, y en octubre trajo de Mollendo a las dos naves que se encontraban en ese puerto; luego zarparon con el Anubis, Luxor y Uarda al remolque, también hacia Panamá⁹².

Mientras eran reactivados, los vapores cambiaron de nombre: Callao (ex-Sierra Córdoba), Paita (ex-Anubis), Pisco (ex-Luxor), Eten (ex-Rhakotis) y Salaverry (ex-Uarda). Los dos primeros sirvieron brevemente en la marina norteamericana y en diciembre de 1920, cuando el contrato fue resuelto, el Callao fue comprado por la Shipping Board y se le cambió de nombre a Ruth Alexander. Por su parte, el gobierno peruano le traspasó el Salaverry y el Pisco, que se encontraban en poder y uso del gobierno francés como compensación de guerra; y la empresa norteamericana renunció a todo derecho sobre los vapores Paita y Marie, así como sobre los cuatro veleros, y se comprometió a entregar el vapor Eten en un puerto atlántico de Estados Unidos. Entre enero de 1920 y abril de 1921 los tres vapores que quedaron en manos peruanas fueron entregados en administración a la Compañía Peruana de Vapores, que los adquirió en noviembre de este mismo año. Es necesario precisar que para entonces el Marie había pasado a denominarse Perené. A principios de 1925, tanto el Eten como el Paita, renombrados Rímac y Apurímac, respectivamente, fueron transferidos temporalmente a la Armada (Garaycochea, 1928, t. I, pp. 112-114, 404-406 y 505-507; t. II, pp. 89-90, 298-301; t. IV, pp. 271 y 756).

En cuanto a los veleros, la Hebe fue transferida a la Armada en noviembre de 1922 y tuvo como contramaestre a Dueñas hasta 1929, mientras que los otros tres fueron asignados a la Compañía Administradora del Guano en enero de 1924, a la cual sirvieron por más de tres décadas (Compañía Administradora del Guano, 1924, pp. xviii-xix; Garaycochea, 1928 t. II, pp. 694-698; Castro de Mendoza, 1980, II, pp. 81-82). Finalmente, las seis lanchas incautadas

⁹² *The West Coast Leader*, número 348, 7/9/1918, p. 16; número 354, 19 de octubre de 1918, p. 7; y número 355, 26 de octubre de 1918, p. 1.

a la Roland Linie le fueron devueltas en junio de 1920 (Garaycochea, 1928, t. I, pp. 299-300).

Los continuos incidentes entre los tripulantes alemanes y sus custodios llevaron a que a mediados de junio de 1918 los primeros fueran reubicados en el vapor Sierra Córdoba y una semana después desembarcados. Estos, que en conjunto sumaban 24 oficiales, 39 oficiales de mar y 151 marineros, permanecieron en el Perú hasta el final de la guerra y solo fueron repatriados a mediados de 1919⁹³. Obviamente, esos largos años de presencia forzosa entre nosotros estuvieron matizados por diversas circunstancias. En su gran mayoría, los marinos alemanes tomaron parte en las actividades de las colonias alemanas tanto en el Callao como en Lima, Mollendo y Arequipa, como testimonia el que dos fiestas organizadas por la Cruz Roja Alemana fueran realizadas a bordo. La primera en el Rhakotis, a principios de mayo de 1916, que incluyó unas regatas organizadas por su tripulación, y la segunda en abril del siguiente año, en la Omega⁹⁴.

5. NAVES PERUANAS EN EUROPA

Al inicio de la guerra, el crucero acorazado peruano Elías Aguirre, ex-Dupuy de Lôme estaba en el puerto francés de Lorient. Había sido adquirido a Francia en 1911, pero su zarpe se fue postergando por diversos motivos y tanto el estallido de la guerra como la situación política peruana hicieron simplemente imposible pagar lo que se debía al gobierno francés. La decisión fue cancelar el contrato de compra. En octubre el buque fue devuelto y sus tripulantes, que inicialmente sumaban más de 300, recibieron órdenes de retornar al Perú en el vapor Urubamba (Cayo, 2009, pp. 903-915).

⁹³ Archivo Histórico de Marina. Expedientes administrativos, Louis Ross & Cía., f. 9.

⁹⁴ *Variedades*, número 427, 6 de mayo de 1916, p. 99; y número 476, 14 de abril de 1917, p. 427.

Entre ellos se encontraba el entonces teniente primero Tomás Pizarro Rojas, cuyas memorias inéditas⁹⁵ refieren brevemente su visita a Viena, a donde arribó por tren el mismo día que los restos del asesinado archiduque Francisco Fernando y su esposa. Ascendido a capitán de corbeta en julio de 1915, Pizarro fue nombrado segundo comandante del transporte Iquitos, que a su vez fue fletado por la casa comercial Rocca y Miller. Luego de realizar un viaje entre San Francisco y Chiloé, el 21 de noviembre zarpó del Callao con 4500 toneladas de guano que debía entregar en Londres. Al mando de la nave iba el capitán de fragata Juan Althaus, quien accedió al pedido de Pizarro para recibir como tripulantes a los jóvenes piuranos Rómulo Guidiño y Luis Ginocchio, que querían llegar a Europa para unirse al ejército italiano.

Como solían hacer los buques neutrales para ser identificados por los beligerantes, y en particular por los submarinos alemanes, el Iquitos tenía pintado el casco con los colores de la bandera peruana. Al llegar al canal de la Mancha, en la noche del 25 de enero de 1916, un destructor británico le ordenó fondear en Folkstone, junto con otros seis buques mercantes, pues se habían avistado submarinos alemanes cerca de Dover. En las primeras horas del día siguiente se les autorizó para reanudar su viaje, siguiendo un estrecho canal para evitar las minas. El Iquitos fue el primero en hacerlo, guiado por la señal sonora de un buque faro, y las otras seis naves siguieron su estela. Finalmente arribó a Londres el 2 de febrero y luego de mes y medio en dicho puerto pasó a Swansea para embarcar carbón. El retorno se inició el 6 de abril, y tras cruzar el canal de Panamá en los primeros días de mayo, se dirigió a entregar su carga en Mollendo, antes de aproar hacia el Callao.

Pizarro retornó a Francia en agosto de 1916 para contraer matrimonio y se encontró en esa ocasión con el capitán de navío Pedro Guette, último jefe de la misión naval francesa en el Perú y comandante del crucero Montcalm.

El Urubamba realizó un segundo viaje a Inglaterra en 1915. Zarpó del Callao el 16 de abril con minerales y algodón, recibió cacao en

⁹⁵ «Memorias del señor contralmirante D. Tomás M. Pizarro Rojas. 1886-1964», inédito.

Guayaquil y cruzó el canal de Panamá el 30 de ese mes con 2877 toneladas de carga destinada a Liverpool⁹⁶. El 6 de junio salió de ese puerto con destino a Baltimore, donde debía tomar carbón y carga general⁹⁷. Este puerto se había convertido en el nuevo destino final de los buques de la Compañía Peruana de Vapores, que debían cruzar el canal de Panamá. Sin embargo, por algún motivo el Urubamba no siguió esta ruta, pues no figura entre las naves que usaron el canal en esos meses y solo volvió a aparecer en Balboa el 20 de octubre, procedente de Valparaíso⁹⁸.

6. CONCLUSIONES

La prolongada y sangrienta Primera Guerra Mundial impactó de diversas maneras a nuestro país. En lo referente a los aspectos militares propiamente dichos, fueron numerosos los peruanos o extranjeros residentes en nuestro país que se enlistaron y tomaron parte en la lucha. Los militares peruanos, algunos de los cuales también participaron en la guerra, sacaron de ella valiosas lecciones que se debatirían luego en sus escuelas. La presencia de buques de guerra extranjeros frente a nuestras costas dejó entrever la limitada capacidad que teníamos para hacer respetar las aguas territoriales y proteger el comercio marítimo. Además de sus aspectos diplomáticos, el caso de la Lorton evidenció los problemas que teníamos para contar con dotaciones nacionales, base fundamental para sostener un comercio libre de sospechas por parte de países beligerantes. Igualmente, el caso del Iquitos, que realizaba viajes comerciales, abona a señalar las dificultades que hubo y hay que enfrentar cuando no se tiene capacidad de sostener al menos una parte de nuestro comercio exterior con naves de bandera nacional.

⁹⁶ *Panama Record*, volumen VIII, número 37, 5 de mayo de 1915, p. 334. *Shipbuilding and Shipping Record*, 29 de julio de 1915, p. 98, columna 2. *The West Coast Leader*, número 177, 27 de mayo de 1915, p. 12.

⁹⁷ *Commerce Reports*, número 159, 9 de julio de 1915, p. 132.

⁹⁸ *Panama Record*, volumen IX, número 10, 27 de octubre de 1915, p. 92.

BIBLIOGRAFÍA

- Ajax (1918). *The german pirate. His methods and records*. Nueva York: George A. Doran.
- Barros van Buren, Mario (1990). *Historia diplomática de Chile 1541-1938*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Barthe, M. (1971). La guerre de course des navires marchands armés (1914-1918). *La Revue Maritime*, 283, 73-77.
- Basadre, Jorge (1966). *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Tomo XII. Lima: Editorial Universitaria.
- Baudouin, Ferdinand (1914-1915). *Historique de la guerre*. Parte 1, fascículo 1. Niort: Th. Martin.
- Bisher, Jamie (2008). *German Commerce Raiders in Latin American Waters*. <http://www.militaryhistoryonline.com/wwi/articles/germancommerce Raiders.aspx>
- Bisher, Jamie (2012). World War I Intelligence in Latin America. <http://www.militaryhistoryonline.com/wwi/articles/germancommerce Raiders.aspx>
- Bravo Valdivieso, Germán (2005). Los corsarios y los vapores alemanes en la costa de Chile durante la Primera Guerra Mundial 1914-1918. *Boletín de la Academia Chilena de Historia Naval y Marítima*, 9, 24.
- Bravo Valdivieso, Germán (2007). Actividades de algunos vapores alemanes en la costa del Perú, durante la Primera Guerra Mundial. *Homenaje al contraalmirante Federico Salmón de la Jara. Marino y caballero ejemplar*. Lima: IEHMP.
- Carlisle, Rodney (2007). The Attacks on U. S. Shipping that Precipitated American entry into World War I. *The Northern Mariner/Le marin du nord*, XVII(3), 58.
- Castro de Mendoza, Mario (1980). La marina mercante en la república (1821-1986). Lima: Talleres de Artes Gráficas Martínez.
- Cayo Córdova, Percy (2009). *La República, 1906 a 1919*. Lima: Instituto de Estudios-Histórico Marítimos del Perú.

- Centurión Herrera, Enrique (1924). *El Perú y las colonias extranjeras. Realidad actual y el extranjero en el Perú a través de cien años 1821-1921*. Bérghamo: Istituto Italiano d'Arti Grafiche.
- Compañía Administradora del Guano (1924). *15ª Memoria del Directorio, correspondiente al 15º año económico de 1º de abril de 1923 a 31 de marzo de 1924*. Lima: Librería e Imprenta Gil.
- De Lavalle, Juan Bautista (1919). *El Perú y la Gran Guerra*. Lima: Imprenta Americana.
- Fayle, Charles Ernest (1920). *Seaborne Trade*. Vol. I. Londres: John Murray.
- Garaycochea, León (1928). *Legislación Naval*. Lima: Imprenta Segrestan.
- García Calderón, José (1969). *Diario íntimo, 12 de setiembre, 1914–3 de mayo, 1916*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Guerrero, Julio César (1915). *Como corresponsal al frente. Reflexiones e impresiones*. Stuttgart: Deutsche.
- Hurt, Archibald (1921). *The Merchant Navy*. Vol. I. Londres: John Murray.
- Jiménez, Manuel F. (1918). Combate naval de las costas de Chile. *Revista de Marina*, III(1), 3-8.
- López Martínez, Héctor (ed.) (1995). *El siglo XX en el Perú a través de El Comercio*. Lima: diario El Comercio.
- Mathieu, Joseph (1973). *Memoires d'un observateur en ballon, 1914-1918*. Gaban: Les Lilas.
- Meseldzic de Pereyra, Zivana (1985). *Yugoslavos en el Perú*. Lima: Editorial La Equidad.
- Ministerio de Guerra y Marina (1916). *Legislación Militar*. Vol. VIII. Lima: Imprenta y Litografía del Estado Mayor General del Ejército.
- Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (1917). *Cuestión Lorton*. Lima: s.e.
- Morales Erroch, Ernesto (2004). El hundimiento de la barca Lorton. *Revista de Marina*, 97, 56-64.

- Morales Erroch, Ernesto (2006). El Perú y la Primera Guerra Mundial: el hundimiento de la Lorton. *Derroteros de la Mar del Sur*, 14, 107-124.
- Norman Tucker, Gilbert (1962). *The Naval Service of Canada. Its official history*. Vol. I. Ottawa: King's Printer.
- Pezet, Federico Alonso (1917-1920). Perú y la Guerra. En Frank Simons, *Historia de la Guerra del Mundo* (pp. 287-306). Londres: W.M. Jackson.
- Rocuant, Enrique (1919). *The neutrality of Chile. The grounds that prompted and justified it*. Valparaíso: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
- Sakuda, Alejandro (1999). *El futuro era el Perú*. Lima: Esicos.
- Scheer, Reinhard (1934). *Germany's High Sea Fleet in the World War*. Nueva York: Peter Smith.
- Spoja, José (1998). *El espíritu croata*. Lima: SPDI.
- Vega, Juan José (2001). «El comandante Julio César Guerrero». En *La República*, 30 de noviembre.
- Velarde Herrera, Mateo Francisco (1986). *Crónicas de Islay y Mollendo*. Lima: Ministerio de Marina.
- Wilhelmsen, Frederick D. (1995). *La Omega, la última barca*. Lima: Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana.
- Yates, Keith (1995). *Graf Spee's raiders. Challenge to the Royal Navy 1914-1915*. Londres: Leo Cooper.
- Zárate, José & Alberto Ferreyros (1976). *El mariscal Benavides, su vida y su obra*. Lima: Imprenta Editorial Atlántida.
- Zlatar Stambuck, José (1990). *Bielovucic, pionero de la aeronáutica castrense*. Lima: Fuerza Aérea del Perú.

EL DIARIO DE UN LIMEÑO QUE MURIÓ EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Giovanni Bonfiglio

1. INTRODUCCIÓN

Este ensayo presenta parte de los resultados de un estudio en curso acerca de la migración europea en Perú en la primera mitad del siglo XX. El objetivo es analizar la transformación del grueso de los inmigrantes y mostrar cómo se asimilaron a la sociedad peruana, al punto de llegar a considerarse parte de ella y tomar distancia frente a sus países de origen. Ese sería uno de los efectos de la Primera Guerra Mundial en el Perú.

Esa actitud de asimilación e integración trató de ser contrarrestada por los gobiernos de sus países de origen, que llevaron a cabo políticas migratorias centradas en el objetivo de mantener viva la identidad originaria de los inmigrantes, cosa que intentaron hacer pero que no lograron. Ello fue bastante claro en el caso de la inmigración italiana, que fue la más numerosa entre el conjunto de la inmigración europea en el Perú.

En las páginas que siguen se trata este fenómeno a partir de casos de italoperuanos que pelearon en la Primera Guerra Mundial; en segundo lugar se hace un análisis de cómo esa guerra significó el inicio de un nuevo periodo en las relaciones entre el Perú y Europa, a partir de los cambios ocurridos en las actitudes de los inmigrantes.

2. EL DIARIO DE POLICARIO, UN LIMEÑO QUE MURIÓ EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Es poco conocido el hecho de que diversos ciudadanos nacidos en el Perú estuvieron en el frente de batalla de la Primera Guerra Mundial y que varios murieron en esa acción. En realidad eran peruanos especiales, hijos de inmigrantes que para los Estados de sus padres eran considerados de su nacionalidad, pero eran también peruanos.

Trataré el caso de los ítaloperuanos que pelearon en esa guerra. La mayoría partió voluntariamente desde el Perú, otros fueron llevados mientras se encontraban en Italia. No se conoce el número exacto de cuántos fueron. Para tener una idea al respecto, baste decir que para el caso de Tacna una fuente confiable menciona que de esa ciudad salieron 26 jóvenes a enrolarse al ejército italiano; dos de ellos murieron en dicho conflicto: Giovanni Pescetto y Giovanni Lombardi (Aliprandi & Martini, 1935). En el antiguo Hospital Italiano de Lima había una placa recordatoria de los que fueron desde el Perú a pelear en la guerra y cayeron en el campo de batalla, eran por lo menos once.

Gracias a un libro publicado recientemente en Italia, tenemos a nuestra disposición el diario de un ítaloperuano muerto en la Primera Guerra Mundial¹. Era Lorenzo Zolezzi Ghio, nacido en Lima en 1881, a quien en adelante llamaremos Policario, el sobrenombre que llevaba para distinguirlo de homónimos. En su diario narra la infancia transcurrida en Lima, las andanzas en el colegio de los franciscanos, los paseos a la orilla del río Rímac y por la Alameda de los Descalzos. También cuenta sus primeros amores juveniles e interesantes anécdotas sobre el estilo de vida de la Lima de entonces.

Lo más saltante de este diario es el testimonio acerca de cómo se tomaban las decisiones al interior de las familias de inmigrantes y cómo funcionaban las «cadenas migratorias» establecidas entre Italia y el Perú,

¹ El diario de Lorenzo Zolezzi Ghio ha sido reproducido íntegramente (en italiano), por su sobrina (Zolezzi, 2009, p. 112). Los párrafos del diario reproducidos en la presente publicación han sido traducidos por el autor.

que eran mecanismos muy fluidos de intercambio de información, personas y mercancías. A partir de este diario se puede analizar también el cambio de sentimientos de identidad en los hijos de inmigrantes, que es algo que interesa destacar. En efecto, Policario era una persona «partida» entre dos mundos, como él mismo decía. Son pocos los textos que tratan sobre este tema tan íntimo, que generalmente permanece oculto en los escritos sobre inmigración. Además de sus propios sentimientos, en su diario, Policario trata también de los sentimientos de otras personas vinculadas con la migración italiana en Perú. Se trata pues de un texto «intimista» de gran valor testimonial, de ahí el interés en difundirlo y analizarlo.

Al leer el diario de Policario salta a la mente el cuento de Ítalo Calvino «El vizconde demediado». Tengo la sospecha de que, al escribirlo, Calvino hacía referencia a la doble identidad de los hijos de migrantes. Él mismo había nacido en Cuba y era hijo de migrantes temporales italianos. Al volver a Italia, la tierra de sus padres, se sintió posiblemente partido en dos, entre dos identidades. De ahí que escribió ese cuento, que narra las desventuras de un vizconde partido en dos por la bala de un cañón.

La historia migratoria de la familia de Policario se remonta a la primera mitad del siglo XIX. Se trata de una típica familia de la población costera de Riva Trigoso, en la provincia de Génova. Desde allí se reclutaban tripulantes para trabajar en los veleros dirigidos a América del sur, atraídos por la bonanza económica y comercial generada por el *boom* del guano. Uno de los primeros pobladores de Riva Trigoso en llegar al Perú fue Agostino Zolezzi, quien había nacido en 1834. La expansión del negocio de Agostino le permitió «llamar» a varios de sus hermanos. Es así que llegaron Giobatta y Lorenzo. Cada uno de ellos tenía un sobrenombre para distinguirlo de los homónimos que había tanto en Riva como en Lima.

Lo interesante de este caso es que el padre de los hermanos Zolezzi se encargaba de conseguir esposas para sus hijos. Es así que, en 1873,

el patriarca de la familia comprometió a la joven Filomena Ghio, de 16 años, para que se casara con su hijo Giobatta, que estaba en Lima y deseaba contraer matrimonio. Filomena debió esperar dos años, para que Giobatta llegara desde Lima a Riva, para «aprobar» la decisión tomada por sus padres. Filomena era una linda joven, de largo pelo negro atado con trenzas alrededor de la cabeza, tenía un aspecto decidido y firme; sus camisas tenían cuellos tejidos por ella misma, signo de laboriosidad y capacidad. Por su parte, Giobatta era considerado un buen joven casadero; era uno de los pocos jóvenes que hablaba y escribía italiano y español, sin duda condiciones que habían favorecido el éxito de su negocio en Lima. Los jóvenes se gustaron y prepararon el matrimonio, que se llevó a cabo en Riva, luego de lo cual la joven pareja se dirigió al Perú, para seguir con el negocio familiar.

Antes de partir para el Perú con su esposa, Giobatta Zolezzi invitó al menor de sus cuñados, Giovanni Ghio, a que fuera al Perú, donde le aseguraba un trabajo seguro y alojamiento. La motivación de Giovanni Ghio para migrar no era tanto producto de una situación de pobreza, sino del hecho de que no había empleo para él en la empresa familiar. Su padre era propietario de pequeñas embarcaciones a vela con las que hacía comercio de cabotaje entre distintos puertos de Liguria y del Mediterráneo (entonces no había carreteras y la navegación era la única forma de conexión: no es una casualidad que esa fuese la misma situación que se daba en los puertos peruanos de entonces). Desde los trece años, Giovanni trabajó como mozo a bordo de esas embarcaciones. Durante el invierno hacían viajes a la isla Elba, para cargar vino; a veces iban también a la isla de Cerdeña, donde embarcaban queso «pecorino»; también viajaban hasta Sicilia, al puerto de Marsala, donde cargaban toneles del famoso vino dulce de esa zona².

² Ese es el mismo mecanismo que los marinos genoveses establecieron entre el Callao y los puertos costeros del Perú, sobre todo Pisco y Tambo de Mora, donde cargaban vino para las bodegas de Lima. Ellos reprodujeron en Perú lo que hacían desde siglos atrás en el Mediterráneo.

Cuando el padre de Giovanni murió, su madre Maddalena Ghio se quedó con nueve hijos. Los hermanos mayores y los tíos trabajaban en las embarcaciones, pero Giovanni, que era el menor no tenía empleo (eran los años de crisis de las embarcaciones a vela) y le tocaba tentar fortuna en «las Américas»; por ello aceptó la oferta de su cuñado Giobatta. En las páginas del diario de Policario se narran interesantes detalles de cómo se hacían los viajes interoceánicos en esos años, cosas que escuchó en su infancia y su primera juventud. Es una gran suerte que ese diario se haya publicado, pues son pocos los escritos de esa época que narran detalles tan reveladores de la vida de los inmigrantes, que sin embargo no guardan mucho interés para este artículo.

Pero volvamos a Lima, donde el matrimonio de Giobatta Zolezzi y Filomena Ghio tuvo varios hijos, el mayor de los cuales, Lorenzo, recibió el sobre nombre de «Policario», como ya hemos indicado. Luego nacieron dos gemelas: Orsolina Lima y Leonilda Callao; finalmente nació Lorenzina.

En el año 1887 los esposos Zolezzi decidieron regresar a su pueblo natal; según menciona Policario en su diario, su madre quería que sus otros hijos nacieran en Riva. Este detalle refleja un hecho de fondo: eran las mujeres las que inclinaban la balanza al momento de tomar decisiones trascendentales sobre el destino de la familia. Giobatta aceptó el retorno, pero mantuvo su negocio de telas en Lima, que quedó a cargo de su cuñado Giovanni Ghio, a cuyo cuidado dejó también al mayor de sus hijos, Policario, de tan solo seis años, para que apoyara en ese negocio y velara por los intereses familiares.

Es así que Policario creció en Lima, a la espera de que sus padres lo llamaran a Riva Trigoso, lugar que anhelaba conocer. La ocasión se dio solamente en 1900, cuando sus padres le escribieron diciéndole que habían comprado para él un pasaje en un vapor que lo llevaría a Italia. Policario realizó ese anhelado viaje junto a un amigo de la infancia: Juan Devoto, también hijo de inmigrantes, provenientes de la ciudad de Chiavari, cercana a Riva.

Estando en Riva, Policario pudo ver de nuevo a sus hermanos que habían nacido en Lima, así como conocer a los más pequeños que habían nacido allí: una mujer, Celestina; y dos hombres: Agostino y Giovanni, este último nacido en 1897. También pudo volver a ver a unos primos nacidos en Perú: se trataba de Gregorio (1872), Agostino Isidro (1880) y Dina. En realidad pudo conocer a la que denominaba la «gran tribu» de los Zolezzi en Riva, compuesta por varios «americanos». Allí se encontraba también su tío Agostino, quien había sido el iniciador de la cadena migratoria de los Zolezzi hacia el Perú y que había retornado a su pueblo natal. El regreso de una parte de los Zolezzi obedecía a una estrategia familiar en la cual, como hemos visto, las mujeres tenían un rol decisivo. Al mismo tiempo, estaba relacionado con la posibilidad de invertir los ahorros logrados luego de años de esforzado trabajo, que eran destinados a la construcción de casas y en propiedades agrícolas.

El retorno, que es el anhelo inicial de todo migrante, se cumplía en aquellos casos de éxito económico, además de la posibilidad de reinserción en el lugar de origen. Pero sobre todo, el retorno se daba cuando la familia «llamaba» a los que habían partido. Es que en la migración italiana de la época el sujeto migratorio no eran los individuos, sino las familias. Eran estas las que decidían sobre el destino de los individuos. Se trataba de un verdadero mecanismo de sujeción, como veremos a lo largo del recuento del diario de Policario, quien fue en realidad un hombre sujeto a decisiones familiares. En esos años los individuos estaban sujetos a dos instituciones: la familia y el Estado, como veremos más adelante en el diario de Policario. En la cultura de los italianos del siglo XIX la libertad individual casi no existía. Uno de los efectos de la Primera Guerra Mundial fue el aumento de la libertad de los individuos, rasgo típico del siglo XX.

Luego de permanecer unos meses en Riva, Policario emprendió el viaje de retorno al Perú, junto a su amigo Juan Devoto. Sus parientes les dieron numerosos encargos para llevar a Lima, también les encargaron que acompañaran a una joven del lugar, que viajaba a Lima en

el mismo barco, para casarse con un paisano residente en Lima y que la había pedido en matrimonio. Policario comenta en su diario:

Se usaba que los emigrantes casaran con mujeres italianas, de preferencia del pueblo de origen. Si eran primas o parientes, tanto mejor. De este modo aseguraban una mujer fiel, sometida al esposo y, un hecho muy importante a considerar, el patrimonio se mantenía al interior de la familia [...] También algunos viudos, que habían perdido su primera mujer, agotada luego de tantos partos y por la dura vida laboral de los primeros emigrantes, cuando alcanzaban cierto bienestar económico, se permitían una segunda esposa, joven, y que posiblemente habían escogido mirando una fotografía.

Ángela, así se llamaba la joven que partía para casarse, era la mayor de tres hermanos. Su padre había emigrado a América del norte pero había dejado de escribir y de enviar remesas. De modo que su madre debía trabajar duramente para sostener a la familia, mientras ella cuidaba de sus hermanos menores. Cuando Ángela cumplió 18 años, su madre recibió la solicitud de un primo suyo, que estaba en Lima; aquel había enviudado y tenía cuatro hijos. Solicitaba una mujer joven «aunque no tuviera dote», pero que estuviese dispuesta a cuidar de sus hijos. Es así que Ángela fue enviada a Lima con ese propósito; sus hermanos menores habían crecido y podían cuidarse por sí solos; además, si ella viajaba aligeraba la carga familiar (una boca menos). Es así como las jóvenes cumplían con estoicismo y disciplina con los requerimientos de la familia. Como Policario anotó en su diario, cuando el barco zarpó, los ojos de Ángela no tenían lágrimas, sufría en silencio y contenía sus emociones³.

³ La contención de las emociones era recurrente en los menores que viajaban. El trauma del desgarramiento familiar era demasiado fuerte para ser procesado; era ocultado. Otros escritos de inmigrantes así lo atestiguan: fue el caso de Carlo Corvetto, que al viajar al Perú siendo pequeño y debiendo dejar a su madre en Italia, reprimió el llanto al momento de la partida. Las lágrimas que no vertió en esa oportunidad lo persiguieron por muchos años, hasta su vida adulta, cosa que confesó en la biografía que escribió al final de sus días. Bonfiglio y Croci (2002). Quizá esas lágrimas reprimidas eran producto del dolor causado por «la bala de cañón» que partía en dos a los migrantes, así como al vizconde de Calvino.

El hombre con que se iba a reunir en Lima, que era primo de su madre, tenía una panadería:

La idea de comer pan fresco todos los días le hacía brillar los ojos. Durante la travesía en el barco, Ángela comía todo y limpiaba el plato sin dejar siquiera una migaja de pan [...] se entendía que para ella era secundario casarse con un hombre que tenía el doble de su edad, lo importante era que le asegurara una vida cómoda.

Durante esa travesía ocurrió un hecho que llamó la atención de Policario y lo escribió con detalle en su diario: un niño que viajaba en segunda clase se perdió. La madre alertó a los que viajaban y hasta al capitán del barco. Por varias horas el niño no aparecía y se temió lo peor. Hasta que lo encontraron escondido entre las mesas del comedor de primera clase. Allí el niño encontró una canasta con bizcochos, cosa que no había en el comedor de segunda clase, donde viajaba su familia. Al ver al niño que comía con avidez, el capitán ofreció dar bizcochos también a los niños que viajaban en segunda clase. Policario observó la escena y escribió en su diario que esos migrantes huían del hambre. El niño era simpático y se granjeó el cariño de los viajeros, que lo apodaron *topolino* (ratoncito) por su vivacidad y capacidad de escurrirse.

En otra parte de su diario, Policario escribe sobre sus sentimientos y la emoción que le embargaba al volver al Perú:

Cuando doblamos el Cabo de Hornos y entramos al Océano Pacífico, Juan y yo suspiramos, estábamos en nuestro mar, el mar donde habíamos aprendido a nadar cuando pequeños. En un gesto espontáneo pusimos un brazo sobre la espalda del otro, sin palabras, habíamos tenido la misma sensación, estábamos retornando a nuestra tierra [...] Nos estábamos rápidamente acercando al Perú, la emoción de volver a ver a mis tíos, los amigos, las viejas calles del «cercado», me produjo un estremecimiento a las rodillas. ¿Qué era esta ansia que me cerraba la garganta?; había apenas dejado mi familia, el país más lindo del mundo, pero esta tierra,

que habría pisado de nuevo, era la tierra donde había nacido, que me había visto crecer.

Al momento de desembarcar, Policario vio que Ángela se había puesto un vestido azul y un sombrero blanco. La vio dirigirse hacia un hombre vestido de negro y con un sombrero en la mano. Comprendió que los colores de esos vestidos eran la señal por la que se reconocían los nuevos esposos. También vio a *topolino* bajar del barco llevando a su hermana menor de la mano y apuntó en su diario: «espero que el Perú sea más generoso que Italia con ese niño».

De nuevo en Lima, Policario retomó el negocio familiar, junto a su tío materno, Giovanni, con quien conversaba largamente, no solo de negocios sino de la historia familiar. Escribió en su diario los recuerdos que su tío le contaba, de sus andanzas por los puertos del Mediterráneo y de cómo fue el viaje que lo había llevado al Perú. Estos apuntes son un testimonio muy importante, pues pocas veces se ha escrito sobre las duras condiciones de los que viajaban en los veleros que cruzaban el Cabo de Hornos, sobre todo para los viajeros de segunda y tercera clase (estos últimos veían el mar solo en contadas ocasiones). Las páginas del diario de Policario merecen un análisis en mayor profundidad del que hacemos en este breve resumen.

Desde entonces Policario vivía a la espera de un retorno definitivo a Riva. La correspondencia con su familia era intensa, en cada barco llegaban noticias y cartas. A través de la correspondencia el padre de Policario seguía dando indicaciones sobre cómo conducir el negocio en Lima. En esa época no se hablaba todavía de «globalización», pero la empresa de los Zolezzi era una transnacional en miniatura, típica de los negocios establecidos por genoveses en toda América Latina desde fines del siglo XIX.

En 1908 ocurrió un hecho que trastocó la vida de la familia Zolezzi: falleció el padre de Policario, quien se vio precisado a acudir al lado de su madre. De nuevo en Italia, en reunión familiar, los Zolezzi decidieron liquidar el negocio en Lima y que Policario se trasladara

definitivamente a Riva, para asumir el rol de «hombre de la familia», que le correspondía por ser el mayor de los hermanos. Una vez más, se expresaba así la sujeción de los individuos a la familia. En este caso vemos como la familia y el Estado eran instituciones que competían entre sí por tener sujetas a las personas.

Es así que, retornando de ese viaje, Policario preparó su regreso definitivo a Italia. Pero se encontraba partido por la mitad, como apuntó en su diario: «La sensación que había tenido en mi primer viaje a Italia se había sedimentado en mi mente y en mi corazón. Estaba dividido en dos mitades, como una manzana: cuando estaba en Lima me faltaba Riva; cuando estaba en Riva tenía nostalgia de Lima». Definitivamente, Policario estaba «demediado» como el vizconde del cuento de Calvino.

En 1915 Policario realizó otro breve viaje a Italia. Durante su estadía, en mayo de ese año, Italia ingresó a tomar parte de la guerra que había estallado el año anterior. Era la Primera Guerra Mundial, que cubrió como una sombra oscura las familias que tenían hijos en edad de leva militar, y Policario se encontraba entre estos. Hubo reunión familiar y los primos de Policario le aconsejaron retornar pronto al Perú, con la confianza de que pronto terminara la guerra. En esa ocasión la familia pudo sustraer a Policario del intento de sujeción por parte del Estado, pero no pudo evitar que el hermano menor, Giovanni, fuera reclutado, cuando tenía apenas 17 años. Hay que tener en cuenta que la prolongación de la guerra y la necesidad de más tropas hizo que el ejército italiano redujera la edad de conscripción a los 16 años.

Antes de partir, Policario conversó con su madre para manifestarle su deseo de casarse. Reproducimos aquí el diálogo que se dio en esa ocasión, tal como está consignado en el diario:

- Bueno, hijo mío, puedo buscarte yo una esposa. La próxima vez que vengas la vas a conocer.
- Le ruego madre, no quiero darle un disgusto, pero prefiero buscarla yo mismo.

- ¿No querrás traerme una mujer del Perú?

- Y ¿por qué madre, piensa que una mujer nacida en Perú sea menos respetable que una nacida en Riva? De todos modos, por ahora es prematuro. Hablaremos luego.

De retorno a Lima Policario estrechó un vínculo afectivo con Blanca, una joven limeña de la que se enamoró. Ese hecho recrudeció en él la sensación de estar dividido entre el llamado de la familia y el deseo de independizarse. Lo escribe dramáticamente en su diario:

Estaba dividido en dos: por una parte quería correr en auxilio de mi familia, por la otra deseaba conquistar a Blanca y tener una familia para mí. Una vez más me encontraba desgarrado entre el país donde había nacido, el Perú, y la tierra de mis antepasados que me había tomado el corazón.

A finales de 1916 ocurrió algo que motivó a Policario a ir a Italia y desatender los consejos que le hacían diversas personas, pues si volvía corría el riesgo de ser reclutado y enviado a la guerra. Había muerto su tío Giovanni Ghio y la esposa de este quiso volver a Italia, pues no quería permanecer sola en Lima y le pidió a Policario que la acompañara en el viaje. Antes de partir, Policario se comprometió con Blanca y le prometió que volvería para casarse con ella y llevarla a Italia, donde vivirían, aunque su proyecto de vida era el de viajar continuamente al Perú.

Antes de partir, la tía le dijo: «he vivido tantos años en esta ciudad, pero nunca me sentí como si estuviera en mi casa. Estoy contenta de regresar a casa». Policario anotó en su diario que para la tía la casa era Riva, en cambio él aún no sabía cuál de los dos países era su casa. Realizó ese viaje en medio de serias dudas acerca de la conveniencia de hacerlo, debido a que la guerra se prolongaba. Sin embargo pudo más su sentimiento de obligación hacia la familia, pues su madre se encontraba sola con sus hermanas, su hermano Giovanni había sido

reclutado y estaba en el frente de batalla. Sabía que le tocaba asumir el rol del «hombre de casa», rol fundamental en las familias italianas, que se heredaba de padre a hijo. Por eso, a pesar de estar dividido en sus sentimientos, refrenó el deseo de quedarse en Lima y casarse con Blanca, confiando en que la guerra en Europa acabara pronto. Una vez llegado a la casa de su madre, que ya sentía como su casa, Policario fue informado de que había una notificación para él: debía presentarse al cuartel, en Génova. Esta vez el Estado pudo más que la familia.

Así es como se cumplió lo que todos temían en la familia Zolezzi: Policario debió partir al frente. Siguió escribiendo su diario, donde relataba la crudeza de la situación que le tocó vivir. A diferencia de lo que decía la propaganda oficial, había una enorme precariedad en la vida de los soldados enviados al frente: la comida era pésima, a tal punto que provocaba cólicos; el armamento escaseaba y no había suficiente abrigo. Era invierno crudo y en el Monte Grappa, donde le tocó combatir, había mucha nieve. Estando en el frente pudo darse cuenta de que la guerra era absurda, los soldados no sabían por qué luchaban y por qué la defensa de una frontera costaba tantas vidas y sufrimientos. Pudo darse cuenta de la falsedad de la propaganda oficial, que apelaba al patriotismo y al sentido del deber. La crueldad de los combates le causaba repugnancia:

Lo que más me repugna es el fusil con la bayoneta. La idea de ensartar a otro hombre, aunque enemigo, me hace hervir la sangre. Y esto no solo me sucede a mí. La gran parte de los soldados y también nuestros oficiales, deben llenarse de alcohol para darse valor.

Las últimas líneas del diario están fechadas el 23 de octubre de 1917. Allí dice que antes de partir al ataque miraba la imagen de la Virgen del Socorro que le dio su mamá, cuyo rostro sereno y dulce le daba quietud: «Con el recuerdo de la casa de mi familia en mis ojos, sigo como un sonámbulo a los otros soldados que corren. Al encuentro de la muerte». Se dio cuenta de que no volvería vivo de esa guerra.

Pidió una hoja de papel al capitán y con un lápiz que llevaba consigo escribió sus últimas cartas. Una a su madre:

Querida madre, no creo que regrese de este infierno. Con poca alimentación, poca agua, en esta situación tan deprimente me siento como un ratón en una jaula.

El único consuelo que tengo es que ustedes están lejos de esta terrible guerra.

Tenga cuidado de usted, de mis hermanas y dele un beso a mi hermano Agostino. Confío en que pueda volver a abrazar a mi hermano Giovanni.

Vuestro hijo Lorenzo Policario.

En otra hoja de papel escribió una pequeña carta dedicada a Blanca:

Mi adorada,

En los momentos más oscuros, cuando caigo en desesperación, me consuela el recuerdo de los pocos momentos que hemos pasado juntos.

Hubiera querido construir, junto a ti, una familia [...] Pero el destino ha decidido diversamente.

Piensa en mí de vez en cuando y hazme volver a vivir en tus pensamientos. Yo te llevo conmigo, encerrada para siempre en mi corazón.

Tuyo para siempre, Cario.

Así termina la vida de Policario, Lorenzo Zolezzi. Un limeño hijo de inmigrantes italianos. El diario que ha escrito contiene bellas páginas, además de ser testimonio de una época y de una vida partida en dos mitades. Muchos hubieran podido escribir lo mismo; la crónica señala que numerosos inmigrantes italianos partieron desde el Perú para combatir en esa guerra y once no regresaron nunca. Las páginas del diario de Policario hablan por ellos, de sus penurias y sobre todo, de sus sentimientos encontrados. Una parte del Perú murió en esa guerra. Sin duda, el pedido de Policario a Blanca se cumplió: «hazme volver a vivir en tus pensamientos».

3. ¿POLICARIO ERA PERUANO O ITALIANO?

Esta pregunta surge con tono provocador, con el propósito de problematizar una situación que para algunos puede parecer simple, pero que en realidad es compleja y no es de fácil respuesta.

Para los italianos, Policario era su compatriota para todos los efectos. Se le aplicaba el principio de *jus sanguinis*, según el cual un hijo de italiano conserva la ciudadanía cualquiera sea el lugar donde haya nacido. En cambio, para el Estado peruano Policario era peruano, pues se le aplicaba el principio del *jus solis*.

Más allá de consideraciones de índole jurídica (al fin y al cabo la nacionalidad es un elemento jurídico), lo que interesa aquí es discutir cuestiones de identidad, que es algo personal y subjetivo. Entonces la pregunta debería cambiar a: ¿cómo se sentía Policario? La respuesta la da él mismo a través de las páginas de su diario: se sentía partido por la mitad, «como una manzana», según la expresión que utilizó en varias ocasiones.

Cuando una realidad es compleja no hay mejor cosa que acudir a metáforas y a relatos fantasiosos; al arte más que a la ciencia; a las emociones antes que a la razón. Como en el cuento de Calvino «El vizconde demediado», que narra la historia fantástica de un personaje partido en dos por una bala de cañón; cada mitad era un individuo en sí, opuesto en sus rasgos. Sin embargo, Policario tenía los dos rasgos de identidad dentro de sí; no estaba demediado físicamente, sino en sus sentimientos. Es la expresión más clara del desgarró.

Antes que ser abatido por una bala en una trinchera, Policario había sido impactado por una bala de cañón que lo había partido en dos: era peruano e italiano a la vez. Llevaba en su interior dos naturalezas, cosa nada fácil de sobre llevar. Por eso discutía con su madre que quería casarlo con una italiana, cuando él estaba interesado en una peruana; por eso también le temblaban las piernas cuando de retorno de su primer viaje a Italia divisó el océano Pacífico, el mar donde había

aprendido a nadar y donde estaba el suelo que lo vio nacer, donde estaban sus amigos. Estaba partido entre su familia y los afectos que había establecido en Perú; entre un Estado que lo reclamaba (como carne de cañón) y el país que le ofrecía hospitalidad y posibilidades de realización personal.

Volviendo al tema del impacto de la Primera Guerra Mundial en el Perú, podríamos decir que a partir de entonces se modificó la relación de los inmigrantes con el país de origen. Porque esos migrantes eran exigidos por un Estado que reclamaba cuotas de sangre cada vez mayores; además les reclamaba lealtad sin tener en cuenta los desgarros producidos por el hecho migratorio. Por eso, en los años siguientes, y sobre todo en la Segunda Guerra Mundial, los hijos de italianos que nacieron en el Perú dejaron de acudir al llamado del Estado que reclamaba su cuota de sangre o que les exigía lealtad a toda costa, como si fuesen de su propiedad.

Se puede afirmar que la primera Guerra Mundial tuvo el efecto de que cada vez más los inmigrantes y sus descendientes se integraran y asimilaran al Perú. Cambió la forma como los inmigrantes se relacionaron con el país al que llegaban.

4. LA POLÍTICA ITALIANA FRENTE A LA EMIGRACIÓN LUEGO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

A diferencia del siglo XIX, en el que el Estado italiano no tenía capacidad para orientar y disciplinar a los emigrados, en el siglo XX empezó a tener una política en relación con la emigración. En efecto, esto ocurrió desde fines del siglo XIX, cuando se dio inicio al flujo migratorio masivo, que adquirió características de un verdadero éxodo. Esa situación era vista por muchos como un problema, pues masas de italianos salían, sin que el país se beneficiara de ello. Ahí surgieron diversas teorías y posturas políticas en relación con la necesidad de contar con espacio vital y de colonizar tierras. A inicios del siglo XX emergieron las teorías

de la necesidad de ocupar colonias donde poder colocar la población excedente de los países centrales. Eso ocurrió en prácticamente todos los países europeos, no acaso fue el antecedente de la Primera Guerra Mundial, que estuvo signada por el afán de colonizar tierras fuera del continente europeo. Era la época en la que se daba en toda Europa el efecto de la transición demográfica, que generaba un «excedente» de población, un movimiento de migración hacia las ciudades y empobrecimiento de la población rural. Ese movimiento se dio sobre todo en los países del Mediterráneo, donde la transición demográfica fue posterior a la que ocurrió en países más industrializados, como Inglaterra y Alemania.

Desde fines del siglo XIX había surgido en Italia una corriente de pensamiento de corte nacionalista en la élite política que buscó utilizar la emigración como un instrumento para superar las deficiencias económicas y militares; en cierto modo se trataba de sacar provecho del poderoso e incontenible flujo migratorio que se dirigía a países relativamente despoblados, como América del Sur y América del Norte.

El «problema migratorio» estuvo al centro de un gran debate, que miraba a la posibilidad de utilizar a los emigrantes como instrumento de política exterior y del poder de la nación. Muchos veían, con preocupación, cómo Italia se «desangraba» en una gran masa que iba a fortalecer capacidades productivas de otras naciones. En esos años se discutió la posibilidad de aprovechar la masiva emigración en Argentina y el sur del Brasil para la creación de una zona de influencia italiana en esos países. En debate se contraponían los defensores del «imperialismo clásico» y los defensores de la tesis de la «libre colonización» en las Américas (Bertonha, 2001).

Los nacionalistas eran proclives a la teoría del imperialismo clásico y se oponían a la idea de la libre colonización en América Latina. Hay que tener en cuenta que los nacionalistas no se oponían a la emigración, la veían como algo negativo para Italia pero inevitable; más bien incidían en la necesidad de utilizar el flujo migratorio para provecho

de los intereses nacionales italianos, sin excluir la necesidad de ocupación de territorios en una lógica de expansión imperialista. Se difundió la idea de que los emigrantes habían iniciado un nuevo tipo de imperialismo e Italia debía sacar provecho de tal situación (Franzina, 1994).

Esa ventaja se podía concretar solo si la emigración se transformaba en arma de conquista o por lo menos en expansión de la influencia italiana en el mundo. Esta situación suponía el mantenimiento de la «italianidad» de los emigrantes y de sus hijos, así como fortalecer la capacidad de «disciplinar» a los emigrados por parte del Estado. Sin la tutela sobre los emigrantes, la emigración sería una inútil salida de fuerzas nacionales y no habría servido para la expansión italiana en el mundo.

El debate que se dio a inicios del siglo XX fue el antecedente de la política implementada posteriormente por el régimen fascista en relación con la migración. En efecto, el fascismo hizo suyas las ideas de los nacionalistas italianos de inicios del siglo XX. De ahí que la política que se implementó respecto a la migración tuvo como elemento central la consideración que la emigración debía ser un instrumento para elevar el prestigio y el desarrollo de Italia. Se pretendía superar la falta de iniciativas del periodo liberal (hasta inicios del siglo XX), durante el cual la emigración se desarrolló espontáneamente. La nueva política aceptaba la emigración como un mal inevitable, del cual debía sacarse provecho. Una declaración oficial decía:

La emigración es un mal, porque empobrece la nación de elementos activos que van al extranjero, donde se convierten en glóbulos rojos de países anémicos. Este mal puede ser minimizado con la organización y convertido en un peso a nuestro favor, a nivel internacional (citado en Bertonha, 2001, p. 42).

Se aplicó el concepto de la «patria en expansión» que ya había sido planteada por nacionalistas italianos en la época anterior. En ella había una visión mística de la emigración, como expresión de debilidad pero

también de fortaleza de la raza italiana en el mundo. Otra idea que estaba a la base de esta política es que, para que los emigrantes fuesen instrumentos del régimen, era esencial que ellos recuperen la ligazón con la madre patria y aceptar la tutela del Estado italiano.

A finales de la década de 1920 la política del régimen acerca de la emigración sufrió un cambio significativo. En esa segunda fase, el régimen incidirá en la concepción según la cual la emigración era una salida inútil de mano de obra de la nación; desde entonces se adoptaron medidas destinadas a obstaculizar el movimiento migratorio. Esta fase coincidió con un nuevo contexto internacional en el cual los países que hasta entonces habían sido recipientes de inmigración empezaron a aplicar medidas tendientes a controlar el ingreso de inmigrantes. Ello se dio en Estados Unidos, pero también en América Latina y el Perú (Bonfiglio, 2001).

Fue un periodo de fortalecimiento y hasta de exacerbación de los nacionalismos en todo el mundo, en el contexto internacional que llevó a la Segunda Guerra Mundial.

El régimen fascista hizo esfuerzos por controlar a las colectividades de italianos en el exterior y para transformarlas en instrumento de política exterior de Roma, así como de difusión de su ideología. La propaganda oficial resaltaba lo que se consideraba una conquista del régimen, o sea la capacidad de poner en contacto a los emigrados y a sus hijos con la madre patria. Sin embargo, entre los mismos propagandistas se reconocía que sin nuevos flujos migratorios y considerando la rápida integración de los emigrados, la batalla por la conservación de la italianidad entre los emigrados estaba perdida. Se preguntaban si valía la pena mandar afuera a gente que se integraba rápidamente, al cabo de una generación, como sucedía en todos los países de América Latina, o que incluso se convertían en fervientes nacionalistas en sus países de adopción.

Quizá tiene sentido relatar una pequeña anécdota que ocurrió en Tacna. Allí un hijo de inmigrantes que había combatido en la Primera

Guerra Mundial, Luis Banchemo (el padre de Luis Banchemo Rossi), increpó públicamente a un joven oficial chileno que estaba de paso por dicha ciudad, gritándole «devuelvan Arica». Ese joven oficial chileno era Augusto Pinochet.

En 1939 un exponente del régimen italiano reconocía que la batalla por la conservación de la italianidad de los emigrados estaba perdida, se trataba del embajador Cantalupo, quien escribió un informe al respecto en el cual se sostenía que solo el retorno de los emigrados y de sus hijos podía devolverlos a la italianidad. Esta política, iniciada en 1939, comenzó con la creación de la «Commissione permanente per il rimpatrio degli Italiani all'estero» (Cantalupo, 1939).

La política del régimen italiano frente a la migración en América Latina tuvo una orientación diferenciada: para los casos de Brasil, Argentina y Uruguay, los representantes del régimen eran conscientes de que no se podía evitar el proceso de desnacionalización de los millones de italianos allí emigrados, a lo sumo podían retardar ese proceso y usarlos como instrumento de difusión de la ideología fascista en la opinión pública local. Esta política estaba dictada, además, por la distancia geográfica respecto a estos países, así como la debilidad militar italiana y la presencia hegemónica de la potencia adversaria, Estados Unidos. Definitivamente, en América Latina los representantes del régimen fascista enfrentaban una realidad que difícilmente podían cambiar. Aquí se habían afincado comunidades de inmigrantes desde la segunda mitad del siglo XIX y estaban en su gran mayoría en proceso de asimilación e integración social. Policario fue uno de los que no pudieron quedarse.

En relación con Chile y Perú, se aplicó una política de búsqueda para aumentar la influencia, por la presencia de partidos políticos favorables al fascismo. En el caso del Perú, había una reducida pero enriquecida colectividad inmigrante, que tenía buenas relaciones con el gobierno de Bustamante.

5. CAMBIOS EN LA POLÍTICA PERUANA FRENTE A LA INMIGRACIÓN

También en el Perú, luego de la Primera Guerra Mundial se dio un cambio en las políticas inmigratorias, aunque esta medida cobró fuerza en la década de 1930. Se abandonó paulatinamente una política proinmigratoria, para adoptar una actitud nacionalista. Ello ocurrió no frente a italianos, sino con europeos en general. A ello obedeció la retracción de flujo inmigratorio (Bonfiglio, 2001).

A diferencia de lo que sucedió en el siglo XIX, los inmigrantes italianos que llegaron al Perú en el siglo XX, sobre todo a partir de la década de 1920, ya no tenían la misma actitud de sujeción moral frente al Estado italiano. Hasta la década de 1910 los inmigrantes tenían todavía el espíritu del *Risorgimento*, la epopeya de la reunificación italiana en la que pelearon tantos de modo voluntario, pues estaban imbuidos del espíritu patriótico y romántico del siglo XIX. Esta mentalidad se desvaneció en la Primera Guerra Mundial, que muchos veían como absurda pues costó más vidas que las guerras de unificación libradas en el siglo XIX.

A pesar de los controles que la diplomacia italiana y la élite de la colectividad inmigrante pretendieron ejercer, desde la década de 1920 la masa de los inmigrantes se acogió al «asimilacionismo» que se dio en Perú, no tanto como expresión de una política emanada del Estado peruano, sino como expresión de la emergencia del nacionalismo cultural y étnico peruano que cobró fuerza en esos años.

Como conclusión, podemos decir que la Primera Guerra Mundial significó el inicio de un proceso de asimilación de inmigrantes a la sociedad peruana, vivido en medio de desgarros pero que al final impuso la lógica de individuos y de familias sobre los países y los Estados de origen. El país receptor poco a poco fue ganando a los migrantes y a sus hijos, que en su gran mayoría se quedaron aquí y se integraron a la sociedad peruana, con lo cual contribuyeron a su modernización.

BIBLIOGRAFÍA

- Aliprandi, Ermenegildo & Virgilio Martini (1935). *Anuario Ítalo Peruano*. Guayaquil: Artes Gráficas.
- Bertonha, Joao Fabio (2001). Emigración e política estera: la «diplomazia sovversiva» di Mussolini e la questione degli italiani all'estero, 1922-1945. *Altreitalia*, 23.
- Bonfiglio, Giovanni (2001). *La presencia europea en Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Bonfiglio, Giovanni & Federico Croci (2002). *El baúl de memoria. Testimonios escritos de inmigrantes italianos en Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Cantalupo, Roberto (1939). *Il rimpatrio degli italiani*. Roma: Edizioni della Rassegna Italiana.
- Franzina, Emilio (1994). *Stranieri d'Italia—Studi sull'emigración italiana dal Risorgimento al Fascismo*. Vicenza: Odeon.
- Zolezzi, Mariella (2009). *Via delle Americhe*. Sestri Levante: Gammarò editori.

CONSECUENCIAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN EL PERÚ

Josefina del Prado

1. INTRODUCCIÓN

La Primera Guerra Mundial representa un punto de quiebre muy significativo en términos de las relaciones internacionales. Ella marca la configuración de un nuevo orden mundial, redibuja el escenario, establece una nueva distribución de poder, se suman nuevos actores, se inicia una nueva dinámica cuyos efectos se sienten hasta nuestros días.

Cabe recordar que con la Primera Guerra Mundial termina el denominado Antiguo Régimen, aquel constituido por cinco potencias que se aliaron para preservar el régimen monárquico y defenderse de los embates de la revolución liberal y el nacionalismo. Este orden se caracterizó por el denominado Concierto de Europa y abarcó de 1815, tras la derrota de Napoleón, hasta 1854. Como destaca Alcalde (2014, pp. 20-21), el arreglo central del Concierto de Europa, dependiente del mecanismo tradicional de equilibrio de poder, consistía en que las cinco grandes potencias, Austria, Inglaterra, Prusia, Rusia y Francia, debían evitar el conflicto entre ellas y que se apoyarían en un básico consenso normativo en momentos de crisis.

El equilibrio de poder logrado con este mecanismo se quebró poco después con la Guerra de Crimea (1854-1856) que llevó a un periodo más turbulento, dominado por las guerras de unificación de Italia y Alemania. La guerra franco-prusiana rompe definitivamente la distribución de fuerzas que sostenía al Concierto de Europa (Alcalde, 2014, p. 23).

El creciente poder alemán, marcó el inicio de otro periodo de equilibrio, esta vez entre alianzas en competencia. Por un lado, los imperios centrales de Alemania y Austria-Hungría y del otro, la Triple Entente (Gran Bretaña, Francia y Rusia), que condujeron a un periodo de aparente paz entre 1872 y 1914 pero que realmente fue la antesala de la Primera Guerra Mundial.

Explica Alcalde:

El advenimiento de la Gran Guerra sería, en gran medida, consecuencia de los importantes cambios que se dieron en la distribución de poder en Europa en el último cuarto de siglo XIX, especialmente el ascenso de Alemania, por encima de Francia, desplazando a Inglaterra del centro del equilibrio de poder e intentando arrebatárle la hegemonía y acelerar una transición de poder (2014, p. 25).

2. LA GRAN GUERRA

Entre 1914 y 1918 se desarrolló la Primera Guerra Mundial con una capacidad de destrucción y alcance sin precedentes, pues dejó más de diez millones de víctimas mortales e incluyó a potencias no solo europeas sino a extracontinentales, cuyo protagonismo empieza a gestarse de modo significativo en este periodo y permanece vigente.

La Gran Guerra, llamada así cuando no se vislumbraba que habría una segunda, fue la primera en tener un alcance realmente mundial en la medida en que, como recuerda Thomson:

[...] fue el primer conflicto general entre los Estados nacionales altamente organizados del siglo XX, capaces de aprovechar las energías

de todos sus ciudadanos o súbditos, de movilizar la capacidad productiva de las industrias pesadas y de utilizar todos los recursos de la tecnología moderna en la búsqueda de nuevos medios de destrucción. Se trata, también, de la primera guerra en escala suficiente como para dislocar la economía mundial que, durante el siglo anterior, se había entretejido tan reciamente (1997, p. 69).

Pese a lo señalado por las corrientes realistas e idealistas de las relaciones internacionales, ni el equilibrio de poder logrado en las etapas previas a través de las alianzas, ni la interdependencia económica existente debido al importante volumen de comercio intercambiado por las potencias europeas en ese entonces fueron capaces de evitar que se produjera este conflicto sin precedentes.

Si, como creían los optimistas seguidores de Cobden en el siglo XIX, el comercio constituía un vínculo de interés y amistad entre las naciones, Alemania y la Gran Bretaña no se habrían colocado en lados opuestos, y aquella habría mantenido las mejores relaciones con casi todos sus vecinos europeos (Thomson, 1997, p. 71).

La generalización del conflicto se deriva del sistema de alianzas creado por las potencias en el marco de la competencia por el liderazgo mundial; la rivalidad entre ellas se establecía en función del crecimiento y la competitividad de la economía.

La dimensión sin precedentes de la Gran Guerra y el saldo de la misma son explicados fundamentalmente por la búsqueda de objetivos ilimitados. Como indica Hobsbawm, para los dos beligerantes principales, Alemania y Gran Bretaña, el límite «tenía que ser el cielo», pues Alemania aspiraba a alcanzar una posición política y marítima mundial como la de Gran Bretaña. Por su parte, Francia buscaría compensar su creciente inferioridad demográfica y económica respecto a Alemania (2011, p. 38).

La Primera Guerra Mundial provocó la caída de los tres imperios europeos: los Romanov en Rusia, los Hohenzollern en Alemania

y los Habsburgo en Austria-Hungría. La destrucción y extensión de la guerra se explica también por los efectos mortíferos de los nuevos armamentos que por primera vez fueron utilizados en esta contienda (Béjar, 2011, p. 64).

A comienzos del siglo XX se producían armas cuya tecnología era bastante avanzada respecto a las utilizadas en el siglo anterior,

[...] ya se producía en serie munición y armas con una precisión, velocidad de repetición y alcance muy mejorados. Se habían inventado las armas con retrocarga, las metralletas alimentadas por correa, la artillería de repetición rápida y los rifles con depósito cargador. [...] Las metralletas se volvieron más ligeras y en 1918 aparecieron los subfusiles, como la metralleta de París (con un alcance de unos 128 km). Los nuevos tanques Mark I se usaron por primera vez en el campo de batalla de 1916. [...] Los alemanes fueron los primeros en usar lanzallamas; lo hicieron en Verdún en 1915[...] fue el primer país que uso gas de cloro. [...] Ese mismo año se emplearon gas mostaza y fosgeno. Los aliados también empezaron a usar gases. La aviación fue cobrando una importancia mayor [...] Durante el transcurso de las hostilidades se concibieron los primeros aviones de combate como el Fokker E1 y el Nieuport 17 de los aliados y el Fokker DVII de los alemanes (Santon & Mc Kay, 2006, p. 223).

3. NUEVO ORDEN

Hasta finales del siglo XIX, las potencias europeas eran responsables del equilibrio vigente, sin embargo,

[...] el periodo viene marcado por el tránsito, que se acentúa en el cambio de siglo, de un sistema internacional de hegemonía británica a otro caracterizado por la multipolaridad de centros de poder en la medida en que el dominio del mundo y la hegemonía económica, que hasta entonces habían sostenido la primacía mundial inglesa, pasarán a ser compartidos por otros grandes Estados: Francia,

Alemania, Rusia, Estados Unidos y Japón. La emergencia de estos dos últimos anuncia por su parte la aparición de poderosas fuerzas extraeuropeas que apuntan ya a un futuro desplazamiento del centro histórico de poder fuera del viejo continente, cuyo declive sin embargo solo será un hecho después de 1918 (De la Torre Gómez, 2001, p. 154).

En la Primera Guerra Mundial participaron todas las grandes potencias y todos los Estados europeos excepto España, los Países Bajos, los tres países escandinavos y Suiza. Además diversos países de ultramar como Canadá, Australia, Nueva Zelandia enviaron tropas para luchar fuera de su continente y, como destaca Hobsbawm, «lo que es más importante, los Estados Unidos desatendieron la advertencia de George Washington de no dejarse involucrar en los “problemas europeos” y trasladaron sus ejército a Europa, condicionando con esa decisión la trayectoria histórica del siglo XX» (2011, p. 31).

Por su parte, Gilbert apunta, acerca de la historia de las potencias europeas:

Al finalizar la guerra toda Europa estaba consumida. Ninguna de las grandes potencias había podido evitar los dispendios del costosísimo armamento [...] Tanto la estructura de los países autócratas como la de los liberales experimentaron transformaciones radicales (1966, p. 105).

Cabe también recordar que, la Primera Guerra Mundial acabó

con muchas normas y llevó a Europa las pautas de la guerra colonial. Se invadieron países neutrales (algo que no solo hicieron los alemanes), se vulneraron los derechos y las leyes que regían el uso del mar, Alemania sufrió un laxo bloqueo —ilegal según el derecho internacional—, se detuvo y fusiló a civiles, se utilizaron armas químicas y se experimentó con las biológicas y comenzaron a bombardearse ciudades (Payne, 2011, pp. 45-46).

3.1 El Tratado de Versalles¹

Una primera gran consecuencia de la Guerra Mundial fue el Tratado de Versalles que apuntó a crear un orden pacífico de corte liberal. La apertura de las negociaciones tuvo lugar en la Conferencia de París del 18 de enero de 1919. Participaron 32 naciones, un 75% de la población mundial de ese entonces. Las negociaciones fueron dirigidas por los denominados «Tres Grandes», EE.UU., Reino Unido y Francia, a través de Woodrow Wilson, David Lloyd George y Georges Clémenceau, respectivamente. Se reflejaban así los protagonismos de la posguerra, en particular la creciente importancia del actor extracontinental, EE.UU., y su lugar privilegiado en las relaciones internacionales. Japón e Italia también estuvieron inicialmente en este círculo, pero fueron ausentándose de las negociaciones (Thomson, 1997).

Cabe destacar que la Asamblea no solo incluía a aliados o asociados sino a aquellos países que habían roto relaciones diplomáticas con los Estados enemigos, como fue el caso del Perú, que en 1917 rompió con Alemania, con ocasión del hundimiento del buque peruano *Lorton*.

Los derrotados no fueron invitados por lo que todos los acuerdos, salvo el de Lausana con Turquía en 1923, no fueron realmente negociados sino impuestos a los vencidos.

Las negociaciones se dieron en el marco de las tendencias de las potencias europeas, en las que se entremezclaban posiciones que reflejaban un enfoque realista y las pretensiones de Wilson de establecer un orden pacífico basado en una mirada fundamentalmente idealista que se impondría a principios de siglo XX.

El presidente de EE.UU. Woodrow Wilson, expuso en 1918, en el contexto del fin de la guerra, el programa de Catorce Puntos, considerado el credo del idealismo. Con ellos presenta lo que consideraba los

¹ Como explica Hobsbawm, «En realidad, el Tratado de Versalles solo establecía la paz con Alemania. Diversos parques y castillos de la monarquía situados en las proximidades de París dieron nombre a los otros tratados: Saint Germain con Austria; Trianon con Hungría; Sèvres con Turquía y Neuilly con Bulgaria» (2011, p. 39).

principios que deberían guiar al mundo de posguerra. Los cinco primeros puntos constituyen los aspectos fundamentales de su pensamiento: practicar la diplomacia abierta, la libertad de los mares, la remoción hasta donde fuera posible de las barreras del comercio, la reducción de armamentos y el ajuste imparcial de todas las pretensiones coloniales basados en la autodeterminación. El punto 14 postulaba una asociación general de naciones que garantizara la integridad territorial e independencia de todos los países grandes y pequeños (Ortiz, 2000, pp. 97-98).

En conjunto, las cláusulas territoriales del Tratado de Versalles quitaban a Alemania una séptima parte de su superficie y una décima parte de su población. Perdía todas sus colonias, la mayor parte de su armada, la casi totalidad de su flota mercante y la propiedad en el extranjero de los ciudadanos alemanes (Ortiz, 2000, pp. 93). También se le imponía la restricción de su soberanía, previendo la desmilitarización de ciertas zonas, se impedía el servicio militar obligatorio y se redujo sus efectivos militares a cien mil. Asimismo, el tratado privaba a Alemania de poseer artillería pesada y su marina quedaba reducida a la defensa de costas. El canal de Kiel quedó abierto a todos los barcos y las vías fluviales alemanas fueron internacionalizadas. La República Alemana aceptó el tratado pero se negó a declararse responsable del conflicto y a entregar a los culpables de la guerra (Pirenne, 1987).

Por su parte, los tratados de Saint-Germain, el firmado con Austria en setiembre de 1919 y el de Trianon, concertado con Hungría en junio de 1920, marcaron la desaparición el Imperio austro-húngaro.

Además, los otros convenios elaborados por la misma asamblea amalgamaban Serbia, Croacia y Eslovenia; Polonia fue reconstruida como Estado independiente; Rumanía aumentó su territorio; Grecia creció a costa de Turquía; se creó la nueva República de Checoslovaquia, y se reconoció como independientes a las naciones balcánicas. Siria y Líbano quedaron confinados a Francia y Palestina, Transjordania e Irak a Inglaterra, en calidad de mandatos (Thomson, 1997, pp. 94-95).

Al margen de su vulnerabilidad por los frágiles equilibrios logrados entre los distintos enfoques, el Tratado de Versalles nació debilitado principalmente por la exclusión de las principales potencias mundiales de ese entonces.

Se dio así el caso de que la paz en que concluyó la guerra para poner fin a todas las guerras no incluyó a las dos naciones más fuertes de Europa —Alemania y Rusia— que, unidas, contenían bastante más de la mitad de la población de Europa y, con mucho, el mayor potencial militar. Este hecho por sí solo, bastó para condenar los acuerdos de Versalles (Kissinger, 1995, p. 228).

El gran ausente resultó ser EE.UU., cuyo líder, el presidente Wilson, era el gran artífice del acuerdo pero cuyo Congreso no ratificó. Este hecho fue un duro golpe al Tratado de Versalles, particularmente al papel previsto para la Sociedad de Naciones. Como señala Hobsbawm, «en un mundo que ya no era eurocéntrico y eurodeterminado, no podría ser viable ningún tratado que no contará con el apoyo de ese país, que se había convertido en una de las primeras potencias mundiales» (2011, p. 43).

Al Tratado de Versalles se le critica también por ser muy severo cuando no debió serlo e indulgente en aspectos en los que no era conveniente (Thomson, 1997, p. 91). Las medidas impuestas no habrían sido eficaces para detener la potencia militar alemana y habrían, fundamentalmente, logrado creciente insatisfacción y resentimiento que hubiesen alimentado los acontecimientos que llevaron a la Segunda Guerra Mundial.

En su implementación, el sistema de Versalles fue apartándose de su pretensión original cuando ante la no ratificación del tratado por parte de EE.UU., Estados vencedores como Gran Bretaña y Francia se alejaron del internacionalismo wilsoniano y quisieron volver a la dinámica del equilibrio de poder del concierto europeo, incorporando incluso a Alemania y a la URSS.

Y si de consecuencias de la Primera Guerra Mundial hablamos, es claro que se tiene que considerar a la Segunda Guerra Mundial como una directa, en la medida en que una de las principales razones de su estallido se conecta con el fracaso del Tratado de Versalles. Como resume Kissinger (1995, p. 154), el resultado de la Primera Guerra Mundial fueron trastornos sociales, conflictos ideológicos y otra guerra mundial.

4. ACTORES

Una de las más visibles consecuencias de la Primera Guerra Mundial fue el surgimiento o decaimiento de actores de relevancia en la arena internacional.

En este sentido, cabe destacar el declive de Gran Bretaña, el fin del Imperio austro-húngaro, del cual surgieron Austria, Hungría y Checoslovaquia, una parte de Yugoslavia y otra de Rumanía; el fin del Imperio alemán y el nacimiento de la República de Weimar; la reconfiguración del Imperio otomano y el surgimiento de EE.UU. como potencia mundial.

Asimismo, en este contexto, destaca la aparición de actores internacionales intergubernamentales como la Sociedad de Naciones y anexos como la Corte Permanente de Justicia Internacional de La Haya y la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Un punto de inflexión de la guerra se produjo en 1917, cuando ocurrieron dos hechos de gran relevancia: la Revolución Rusa y el ingreso de EE.UU. a este escenario.

Como hemos señalado, Rusia participaba del conflicto del lado de Inglaterra y Francia, sin embargo, la Primera Guerra Mundial potenció las debilidades del Imperio ruso que venía resistiendo crisis significativas desde inicio de siglo XX luego del conflicto con Japón.

En 1917 se da la Revolución de Octubre en la que los bolcheviques toman el poder con Vladimir Lenin a la cabeza, quien decide retirarse de la Gran Guerra y firma un armisticio con Alemania, lo cual asesta

un golpe importante a los aliados occidentales. Lenin había planteado el fin de la guerra sin anexiones ni reparaciones, luego de condenar la diplomacia secreta de las grandes potencias y de revelar las intenciones de los aliados de repartirse los territorios de las potencias centrales al final de la guerra (Alcalde, 2014, p. 27).

Como destaca María Dolores Béjar, al concluir la Gran Guerra, «el mundo ya no era capitalista. La crisis del imperio zarista había posibilitado que los bolcheviques tomaran el gobierno de Rusia y se embarcaran en la construcción del socialismo» (2011, p. 95).

La URSS manifestó su intención de exportar su revolución y había el temor de las potencias occidentales al respecto, pero

si bien la movilización social y política fue intensa en Europa hasta 1921 y la última acción se produjo en Alemania —la fracasada insurrección de los comunistas en 1923—, no hubo una revolución que siguiera los pasos del Octubre Rojo. La crisis de la sociedad burguesa, en lugar de fortalecer a la izquierda, gestó un terreno propicio para el surgimiento del fascismo (Béjar, 2011, p. 93).

En diciembre de 1922, Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia (formada a su vez por Georgia, Armenia y Azerbaiyán) constituyen la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que ejercerá un papel protagónico en los años sucesivos en términos de relaciones internacionales, particularmente en la denominada Guerra Fría.

5. EL PAPEL DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Con el ingreso de EE.UU. a la guerra, la Entente se vio fortalecida en un momento en que se daba la crisis rusa, y recibió importantes refuerzos financieros, lo cual fue determinante en la evolución del conflicto, junto con el papel de la potencia americana en el siglo XX.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, EE.UU. es el actor que aparece más favorecido al ingresar a las grandes ligas de la arena

internacional en una posición privilegiada que se va consolidando a lo largo del siglo XX, hasta llegar a su clímax luego de la Segunda Guerra Mundial.

A principios del siglo XX, EE.UU. ya era el primer productor mundial de petróleo; sus minas de carbón generaban 455 millones de toneladas, con lo cual superaba a Inglaterra (292) y a Alemania (277); su producción de hierro colado superaba a la de Alemania, Gran Bretaña y Francia juntas; la de acero era equivalente a la del conjunto de estos tres países y Rusia; y el consumo de energía de fuentes modernas excedía también con creces al de todos ellos juntos. Era la primera potencia industrial, con un 38 % de toda la producción del mundo, mientras que sus 377 dólares de la renta per cápita sobrepasaban con mucho los 244 de Gran Bretaña, los 184 de Alemania y los 153 de Francia, que le seguían en el *ranking* (De la Torre Gómez, 2001, p. 157).

En términos militares, su marina de guerra era la tercera del mundo, tras la británica y la alemana, pero sus fuerzas militares eran mínimas y los gastos de defensa representaban menos del 1 % del producto interior bruto (De la Torre Gómez, 2001, p. 159).

Sin embargo, esto fue subsanado el mismo año de inicio de la Gran Guerra cuando aumentó el número de sus soldados de 98 000 a 140 000; se introdujo el servicio militar obligatorio y cuatro millones de soldados fueron reclutados (Santon & Mc Kay, 2006, p. 227).

EE.UU. gozaba de un mercado interno importante capaz de producir y consumir sus bienes, pero su exponencial crecimiento presionaba por un crecimiento del mercado externo.

Entre las razones objetivas que permitieron que el Congreso aprobara al ingreso de EE.UU. a la guerra y se pusiera fin al aislacionismo prevaleciente en su política exterior se mencionan, principalmente, el hundimiento del Lusitania y el trascendido de que Alemania había ofrecido a México apoyo financiero en caso de que entrara en guerra para apoyarlo y recuperar sus territorios perdidos en 1848.

Esta explicación, sin embargo, debe ser complementada con lo señalado por el exsecretario de Estado de EE.UU., Henry Kissinger, quien afirma, «dos factores proyectaron a los Estados Unidos a los asuntos mundiales; su poder, en rápida expansión, y el gradual desplome del sistema internacional centrado en Europa» (1995, p. 23).

El ingreso de EE.UU. no solo cambiaría la correlación de fuerzas sino que alejaría a este país del paradigma seguido por Europa al trazar sus propios objetivos políticos en la guerra. Nos recuerda Kissinger que:

Wilson no justificó la entrada del país en la guerra por motivo de agravios específicos. El interés nacional quedaba al margen; la violación de Bélgica y el equilibrio del poder no tenían nada que ver en ello. Antes bien, la guerra tenía un fundamento moral, cuyo objetivo básico era un orden internacional nuevo y más justo (1995, p. 43).

El cambio sería sustantivo ya que, «Wilson extendió su ámbito moral a todo el mundo. No solo Alemania, sino todas las demás naciones habían de quedar seguras para la democracia; la paz requería “una asociación de naciones democráticas”» (1995, p. 44).

EE.UU. marcaba así distancia con el concepto de equilibrio de poder y la práctica de la *Realpolitik* ejercida por las potencias europeas. Según el pensamiento norteamericano, no era la autodeterminación la que causaba la guerra, sino precisamente la falta de ella; no era la carencia de un equilibrio del poder la que provocaba inestabilidad, sino la busca de dicho equilibrio (1995, pp. 217-218).

6. ¿QUÉ NOS DEJÓ LA GRAN GUERRA?

Si repasamos las consecuencias de la Gran Guerra que sobreviven hasta nuestros días y que han tenido un impacto determinante en las relaciones internacionales, no podemos dejar de abordar al menos tres: la seguridad colectiva, la democracia y la autodeterminación, conceptos

basados en juicios morales, plasmados por Wilson y su visión idealista, impulsados por EE.UU. y que han influido en la dinámica de la política internacional desde el fin de Primera Guerra Mundial de forma creciente y que, sin duda, han tenido repercusión en la vida política de nuestro país.

6.1 La seguridad colectiva

Como hemos mencionado, uno de los grandes aportes del pensamiento surgido en el contexto de la Primera Guerra Mundial fue el de la articulación de un nuevo orden mundial basado en la seguridad colectiva.

La seguridad colectiva propuesta por Wilson suponía que todas las naciones se unirían contra la agresión, la injusticia y el egoísmo extremo. Se trataba de respaldar la paz mundial en el principio de seguridad colectiva,

la seguridad del mundo no exigirá la defensa del interés nacional, sino la paz como concepto jurídico. Determinar si en realidad se había cometido una violación de la paz requería de una institución internacional, que Wilson definió como Sociedad de Naciones (Kissinger, 1995, p. 219).

La constitución de la Sociedad de Naciones fue parte de los tratados de paz del fin de la Primera Guerra y se construye sobre el concepto de seguridad colectiva.

La Sociedad de Naciones «al principio resolvió alguna controversia de escasa importancia que no constituía un grave peligro para la paz del mundo [...]. Pero la negativa de los Estados Unidos a integrarse en la Sociedad de Naciones vació de contenido real a dicha institución» (Kissinger, 1995, p. 42).

El concepto de seguridad colectiva no nace con Wilson pero sí logra un alcance sin precedentes con su propuesta de Sociedad de Naciones como organismo de carácter universal. El mecanismo fracasó pero

no el concepto que sigue vigente hasta nuestros días y tiene como su mayor representante a la Organización de Naciones Unidas que se instaura sobre sus bases, debidamente ajustadas, para evitar los errores cometidos.

6.2 Autodeterminación y democracia

La fuerza que tomarán los nacionalismos, con la autodeterminación como uno de sus reflejos, es considerada también una consecuencia importante de la Primera Guerra Mundial. Los acuerdos del fin de la Gran Guerra desplazaron la ideología conservadora del siglo XIX, «la ideología del imperialismo comenzó a verse amenazada por el principio de libre determinación, aunque este se vio distorsionado en el Sistema de Mandatos» (Alcalde, 2014, p. 31).

El principio de autodeterminación de los pueblos, que debía ser consagrado y garantizado por la Sociedad de Naciones, era una de las nociones prioritarias sobre la que debía organizarse la nueva vida internacional. Del aquel se derivarían el impulso a la descolonización y la reconstrucción del mapa europeo atendiendo al problema de las nacionalidades. Al final de la guerra este tema se refleja en el caso de las minorías en Europa central y oriental y en la península balcánica, junto a otras prioridades como la independencia de Bélgica (Neila Hernández, 2001, p. 207).

Otra consecuencia de la posguerra fue la percepción del avance de la democracia ya que fueron las democracias occidentales las que salieron victoriosas en este conflicto. La promoción de la democracia impulsada en la propuesta de Wilson repercute en la adopción por muchos de los nuevos Estados de esta forma de gobierno, con constituciones altamente democráticas como fue el caso de la República de Weimar. Esta posición se respalda en el pensamiento idealista que presupone una armonía de intereses entre los actores y que si bien la paz no es una condición natural, ella se puede construir en este caso a través

del establecimiento de una organización internacional que regule las relaciones internacionales.

El fracaso de la Sociedad de Naciones en los años treinta, acompañado de las olas democráticas que se dieron en el periodo entre guerras, con el avance del fascismo, nazismo y comunismo, hizo que esta posición se debilite y vuelvan a tener vigencia las visiones basadas en intereses en términos de poder. Como señala Samuel Huntington, «el desarrollo político dominante en los años de la posguerra se fue alejando de la democracia, y en el retorno de formas tradicionales de gobierno autoritario o la introducción de nuevas formas de totalitarismo, basadas en las más brutales e incisivas» (1995, p. 29). Recordemos que en el periodo entre guerras algunos nuevos actores surgidos del fin del antiguo régimen instalan sistemas comunistas, nazistas o fascistas.

Pese a los embates de este periodo, la democracia siguió presente y el fin de la Segunda Guerra Mundial le permitió recuperar su fuerza y dar lugar a la que se denomina la *segunda ola democrática* que, si bien encuentra obstáculos en los años sesenta, recupera su impulso en la década siguiente. Desde entonces el mundo vive la tercera ola democrática cuyo alcance no tiene precedentes.

La idea de que la paz puede lograrse promoviendo las instituciones democráticas, que entre democracias hay paz, continúa en el pensamiento norteamericano hasta hoy día y en el de muchos actores internacionales contemporáneos en la medida en que el pensamiento liberal ha logrado difundirse globalmente y la tendencia a la democratización sigue siendo, de manera generalizada, el norte a seguir.

La promoción de la democracia impulsada al fin de la guerra en el marco de los tratados de París, impulsó también, principalmente en el mundo anglosajón, la creación de centros de estudios y de investigaciones sobre temas de relaciones internacionales y la formalización de esta disciplina. Es en el marco de la visión idealista —que primó a comienzos del siglo XX— que se plantea en 1919, en Aberystwyth,

Gales, Inglaterra, la primera cátedra que, en honor de quien la inspiró, fue llamada Woodrow Wilson.

No cabe duda de que el paradigma idealista sigue siendo objeto de estudio e importante herramienta para el análisis de las relaciones internacionales en tiempos en que los temas, mal llamados de baja política y el papel de los actores no estatales, cobran especial relevancia.

7. IMPACTO ECONÓMICO

Siguiendo con las consecuencias de la Primera Guerra Mundial no hay que olvidar uno de las más visibles e importantes en términos del orden internacional, esto es, su impacto económico, el cual estuvo directamente vinculado al cambio de correlación de fuerzas en el escenario de la posguerra.

Hasta antes de la guerra, era evidente el predominio británico en este ámbito. Sin embargo, durante aquella y sobre todo con su fin, el poder económico de este imperio se vio menoscabado, al igual que el de otras potencias europeas, y empiezan a ascender importantes actores cuyo papel sale reforzado luego de la Gran Guerra, como en los casos de Estados Unidos y Japón.

Queda claro que el más favorecido por esta guerra, en el aspecto económico, fue EE.UU., que se convirtió en el principal acreedor y en el motor fundamental de la reconstrucción europea y la reactivación del comercio mundial (Béjar, 2011, p. 97).

Los primeros años de la posguerra estuvieron marcados por fuertes fluctuaciones económicas y episodios de conflictividad social. En la segunda mitad de la década la economía se mostró estable y la recuperación, a partir de 1924, fue tan evidente que se acuñaron nombres específicos para designar este periodo: *los dorados veinte* en Alemania, *los años felices* en EE.UU y *los años locos* en Francia (Béjar, 2011, p. 98).

En cambio, en sociedades más basadas en economía rural, la movilización política proliferó en la posguerra, debido a la caída en los

precios de los alimentos y materias primas. Esto produjo el fortalecimiento de partidos fascistas en Italia y Alemania y socialdemócratas en Escandinavia.

A mediados de la década de 1920, el progreso material no era parejo. En países como EE.UU. o Japón la producción y el bienestar aumentaban debido a que desplazaron a los proveedores europeos al terminar la guerra, pues ocuparon las rutas marítimas otrora de Gran Bretaña, mientras que las principales potencias europeas se veían afectadas por movilizaciones y el desempleo producidos por la situación económica de la posguerra.

Y es que luego de la Gran Guerra se habían establecido relaciones comerciales en las que ya no participaba Europa. EE.UU. comerciaba directamente con Sudamérica y con el Lejano Oriente. Japón comerciaba directamente con Sudamérica, Australasia y la India. Europa no había dejado de ser uno de los centros industriales más grandes el mundo pero ya no era el foco de la producción industrial y nunca más recuperaría el lugar que dejó (Thomson, 1997, p. 103).

A finales de los años veinte, estalla el *crack* que encuentra sus antecedentes en los cambios del orden en los años de posguerra:

[...] el declive de Gran Bretaña, acompañado por el quiebre del patrón oro y por la creciente fragilidad de los lazos forjados por Londres entre las diferentes economías nacionales [...] y el ascenso económico de los Estados Unidos, asociado a nuevos factores que no se adecuaban al funcionamiento del orden global (Béjar, 2011, p. 96).

De este modo, la situación económica de posguerra conlleva a la Gran Depresión y a un cambio significativo en el orden internacional económico, principalmente respecto al predominio de las potencias europeas, que deja lugar a actores extracontinentales que se posicionan y consolidan a lo largo del siglo XX, hasta nuestros días, como es el caso de los Estados Unidos.

8. LA GRAN GUERRA Y EL PERÚ

Las consecuencias de la Gran Guerra —su impacto en el orden internacional, las tendencias generales a las que nos hemos referido de la posguerra en las relaciones internacionales— alcanzan al Perú, que recibe la influencia de las potencias e ideologías imperantes en dicho contexto: el impulso del internacionalismo wilsoniano, la opinión pública, los movimientos sociales. El Perú fue miembro fundador de la Sociedad de Naciones, e incluso el caso de Leticia² fue ventilado en este foro en la década de 1930. Sin embargo, las consecuencias inmediatas y más visibles las encontramos en el ámbito económico.

Las influencias del liberalismo y de la segunda revolución industrial se sentían en el Perú ya al iniciarse el siglo XX, cuando la oligarquía peruana planteó la necesidad de articular la economía nacional con el mercado mundial a través de la explotación de los recursos naturales, mediante el estímulo de la inversión extranjera en sectores donde el capital nacional estaba imposibilitado de hacerlo (Valdizán, Armas, Palacios & Seiner, 2013, p. 159).

En el primer cuarto del siglo XX, la pugna entre los capitalistas ingleses y los norteamericanos por la búsqueda de mercados más allá de sus fronteras que se daba en el ámbito internacional se reproduce en el Perú, principalmente en términos de colocación de sus capitales, en cuanto a la inversión o el crédito.

Como reflejo del declive del imperio europeo, la Primera Guerra Mundial significó en nuestro país el retroceso del capital británico debido a la necesidad de atender sus intereses en Europa, con lo cual el capital norteamericano quedó sin rivales para invertir en los sectores de

² En 1932, es invadido el poblado de Leticia que había sido cedido en virtud del Tratado Salomón Lozano (1922) a Colombia por el Perú, lo que generó un incidente diplomático y militar entre ambos países. El 2 de enero de 1933 Colombia presentó un recurso ante la Sociedad de Naciones que recomendó el retiro de las fuerzas del Trapecio de Leticia y que se iniciaran las negociaciones entre los dos países.

mayor rendimiento: minería, petróleo, azúcar, además de los ferrocarriles (Valdizán, Armas, Palacios & Seiner, 2013, p. 160).

En este periodo, las exportaciones aumentaron exponencialmente. Como señalan Burga y Flores Galindo (1987, p. 126), fue la época de mayor prosperidad de la denominada República Aristocrática y si bien las exportaciones significaban enormes riquezas, este fenómeno estuvo acompañado también de una corriente de importaciones que debilitaron el desarrollo de una industria. Paralelamente, se produjo una creciente inflación de los precios de los alimentos que impulsó las demandas de artesanos y obreros por un aumento de salarios. En este contexto, el proletariado crece; en 1918 se producen huelgas, protestas, desordenes en Lima. La presión popular hace que se legalice la jornada de las ocho horas. Sin duda, una reivindicación con correlato en la realidad local pero también heredera de los movimientos en el Viejo Continente.

La Primera Guerra Mundial fue el preludio del fin de la República Aristocrática en el Perú, en la que se distinguen dos fases muy marcadas y con efectos diversos en los distintos sectores de la economía nacional: el inicio de la guerra (1914-1915) produjo el cierre de los mercados internacionales, la interrupción de préstamos y créditos bancarios extranjeros, el aumento de los precios de los productos importados y la baja significativa en los ingresos arancelarios del Estado, que creó graves dificultades para el pago de los haberes de los empleados públicos; y una segunda fase a mediados de 1916, durante el segundo periodo presidencial de José Pardo (1915-1919), que se caracterizó por el alza de los productos de exportación, la racionalización de los gastos gubernamentales, el aumento de los presupuestos en proporción a los gastos indispensables y la reanudación del pago de las acreencias, que permitieron una rápida recuperación económica (Valdizán, Armas, Palacios & Seiner, 2013, p. 172)³.

³ En 1918 el volumen de las exportaciones fue seis veces más alto respecto al de 1900, y el valor de los cuatro productos de exportación más importantes (azúcar, algodón, petróleo y cobre) aumentó en promedio 386%.

Así como en el transcurso de la Primera Guerra Mundial el Perú se favoreció por el valor de las exportaciones, el fin de este conflicto dejó serias consecuencias económicas y sociales al país, entre ellas, los problemas de la subsistencia y la carestía de vida. El Estado empezó a esbozar las nuevas funciones económicas de mediador e intermediario entre el productor y el consumidor, pero esto no logró impedir la aparición de monopolios inescrupulosos que acrecentaron la agitación social con movilizaciones, paros y huelgas (Valdizán, Armas, Palacios & Seiner, 2013, p. 173).

El impacto económico de la posguerra ocurre en el Perú durante el gobierno de Augusto B. Leguía, quien puso fin al gobierno civilista de José Pardo. En este periodo fue evidente la nueva correlación de fuerzas en el escenario internacional con el posicionamiento de los capitales norteamericanos en el Perú.

Recuerda Silva Santisteban:

[...] como los ingresos fiscales no eran suficientes, la prodigalidad con la que aseguraba la tranquilidad y estabilidad políticas fue sufragada en parte con una serie de empréstitos que se colocó entre los banqueros norteamericanos. Los requerimientos de Leguía coincidieron con el interés de la banca y de los capitalistas norteamericanos por colocar sus capitales en el extranjero para así resolver los problemas que se les presentaban por la acumulación interna (1982, p. 113).

Es en este contexto que Leguía se aleja del civilismo y promete un gobierno con un corte más popular. Gran parte de la Patria Nueva —como se denominó su gobierno— fue financiada por préstamos auspiciados por la banca norteamericana. Es así que de 1923 a 1930 se da un periodo de hegemonía norteamericana y abierto apoyo de la burguesía industrial (Silva Santisteban, 1982, p. 129).

Los préstamos contraídos durante este periodo produjeron que la deuda externa se duplicara en el marco de múltiples empréstitos y denuncias de corrupción.

La magnitud de los préstamos fue tal que determinó que el Senado de Estados Unidos ordenara, en 1931, una investigación sobre los empréstitos colocados al Perú por los banqueros norteamericanos, en la cual se rebeló que Juan Leguía, hijo del presidente, había recibido la suma de 450 000 dólares de J. y W. Seligman y Co. y de la National City Co. (*holding* del National City Bank) por sus servicios en relación con un préstamo de cincuenta millones de dólares que esas casas acordaron al Perú (Silva Santisteban, 1982, p. 114).

Los ecos de los tiempos de la Primera Guerra y sus consecuencias llegan también al Perú en el campo de las ideologías y el movimiento intelectual y social. El pensamiento marxista se difundía ampliamente a partir de la Revolución Rusa y atraía a obreros e intelectuales. Aparecen figuras emblemáticas como Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui «quienes establecieron en el Perú las bases para un pensamiento y una acción antiimperialista y antioligárquica dirigidos hacia la participación de las grandes mayorías y de las capas medias urbanas en la política nacional» (Silva Santisteban, 1982, p. 114).

Cabe recordar que Haya de la Torre fundó en México, en 1924, un movimiento o frente llamado Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), con un programa que inicialmente parecía acercarse a la Internacional Comunista. Sin embargo, pocos años después se marcaría la distancia entre apristas y socialistas en el Perú (Burga & Flores Galindo, 1987, p. 176). Un ejemplo más de la repercusión de la dinámica de posguerra en nuestro país.

En conclusión, la Primera Guerra Mundial es un parteaguas en el orden internacional que marcó el inicio del siglo XX, pues determinó el fin de imperios, así como el surgimiento de ideologías, tendencias

económicas y actores protagónicos que hasta hoy juegan un papel fundamental en las relaciones internacionales.

Su contribución se puede medir en términos institucionales, con la creación de la Sociedad de Naciones, la promoción de la democracia, la reivindicación de la libre determinación de los pueblos y el impulso al libre mercado. Trajo consigo la gestación de un nuevo orden, el fin del antiguo régimen eurocéntrico y el inicio de otro, hasta hoy vigente, en el cual EE.UU. ocupa un lugar protagónico en lo militar, político y económico.

Las repercusiones de la guerra se sintieron en el Perú, principalmente por la fuerte presencia de los capitales europeos y norteamericanos en la economía nacional. Sus efectos también se hicieron sentir en lo político, tanto con la difusión de las principales tendencias ideológicas y su presencia en esta parte del mundo a través de actores domésticos, como movimientos o líderes y partidos políticos. Asimismo, en lo social, el impacto de la realidad política económica de la posguerra reprodujo reivindicaciones sociales que se dieron en el Viejo Continente en dicho contexto.

El alcance global, sin precedentes, de la Primera Guerra Mundial se evidenció en sus consecuencias pues lejos de circunscribirse a Europa, salió de sus fronteras, y no solo en términos de sus principales protagonistas, sino que llegó a países como el Perú, que recibieron influencias positivas y negativas. Su herencia, definitivamente, contribuyó a un importante cambio en el orden internacional; y sus secuelas, en diversos ámbitos, siguen marcando el paso de nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalde, Javier (2014). *Después de la Guerra Fría. Introducción a la dinámica del orden internacional (1815-2013)*. Lima: Escuela de Gobierno y Políticas Públicas de la PUCP.
- Béjar, María Dolores (2011). *Historia del siglo XX. Europa, América, Asia, África y Oceanía*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Burga, Manuel & Alberto Flores Galindo (1987). *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Ediciones Rikchay.
- De la Torre Gómez, Hipólito (2001). La rivalidad de los imperialismos europeos. La emergencia de las nuevas potencias coloniales: Estados Unidos y Japón, 1895-1914. En Juan Carlos Pereira, *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Buenos Aires: Ariel.
- Gilbert, Martin (1966). *Las potencias europeas 1900-1945*. Barcelona: Grijalbo.
- Hobsbawm, Eric (2011). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Huntington, Samuel (1995). *La Tercera Ola. La democratización a finales del siglo XX*. Buenos Aires: Paidós.
- Kissinger, Henry (1995). *La diplomacia*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Neila Hernández, José Luis (2001). La articulación del Sistema Internacional de Versalles. La Sociedad de Naciones, 1919-1923. En Juan Carlos Pereira, *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Buenos Aires: Ariel.
- Ortiz, Eduardo (2000). *El estudio de las relaciones internacionales*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Payne, Stanley (2011). *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*. Madrid: Planeta.
- Pirenne, Jacques (1987). *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*. Vol. X: La Primera Guerra Mundial. Barcelona: Océano.
- Santon, Kate & Liz Mc Kay (2006). *Atlas de Historia del Mundo, la I Guerra Mundial*. Barcelona: Parragón Books.

- Silva Santisteban, Fernando (1982). *Historia del Perú: Perú Republicano*. Tomo III. Lima: Ediciones Búho.
- Thomson, David (1997). *Historia mundial de 1914 a 1968*. México DF: Breviarios, Fondo de Cultura Económica.
- Valdizán José, Fernando Armas, Raúl Palacios & Lizardo Seiner (2013). *El Perú Republicano: 1821-2011*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

SOBRE LOS AUTORES

Giovanni Bonfiglio

Es magíster en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se desempeña como investigador en temas de desarrollo social, con énfasis en los aspectos culturales que inciden en el desarrollo. Es autor de numerosos artículos y libros de historia y migración tales como: *Los italianos en la sociedad peruana, una visión histórica*; *El baúl de la memoria. Testimonios de escritos de inmigrantes italianos en Perú* (en coautoría con Federico Croci); *La presencia europea en Perú*; entre otros. Ha sido consultor de diversas organizaciones internacionales y agencias de cooperación.

Josefina Del Prado

Es abogada, máster en Relaciones Internacionales por la Universidad de Warwick, Inglaterra. Se desempeña como profesora de Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Católica del Perú y de Política Internacional Contemporánea en la Academia Diplomática del Perú. Ha sido asesora del Despacho del Defensor del Pueblo, del Ministro de Pesquería y del Ministro de Comercio Exterior, Turismo e Integración. Actualmente se desempeña como especialista en negociaciones ambientales internacionales en la Oficina de Cooperación y Negociaciones Internacionales del Ministerio del Ambiente.

Fabián Novak

Es abogado, magíster en Derecho Internacional Económico y doctor en Derecho por la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde actualmente es profesor principal de la Facultad de Derecho en la especialidad de Derecho Internacional Público. Es director del Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la PUCP. Ha sido viceministro de Políticas para la Defensa del Ministerio de Defensa del Perú (2006-2008), es presidente del Comité Jurídico Interamericano de la OEA y asociado del Institut de Droit International.

Jorge Ortiz Sotelo

Es capitán de Fragata(r), licenciado en Ciencias Marítimas Navales y graduado en Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es especialista en Historia Marítima por la Universidad de Londres y doctor en Historia Marítima por la Universidad de Saint Andrews, Escocia. Se desempeña como profesor de Historia Marítima en el Perú y el extranjero (Academia Naval de los Estados Unidos). Ha escrito numerosos libros y artículos, y es colaborador de *The Oxford Encyclopedia of Maritime History* (2007). Es secretario general de la Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana, y miembro del Comité Científico del proyecto de enciclopedia marítima francés Oceanides.

José Pacheco

Es miembro del Servicio Diplomático del Perú y magíster en Diplomacia y Relaciones Internacionales por la Academia Diplomática del Perú y también por la Escuela Diplomática de España. Tiene estudios completos de maestría en Historia en la Universidad Torcuato di Tella, Argentina, y es doctorando en Derecho por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Ha escrito diversos artículos sobre relaciones internacionales. Actualmente es cónsul adscrito en Buenos Aires.

Luis Felipe Zegarra

Es máster y Ph.D. en Economía por la Universidad de California. Autor de numerosas publicaciones en revistas especializadas internacionales, así con de los libros: *Obstáculos al crecimiento económico de Junín; La economía de la corrupción. Hacia una comprensión de las causas de la corrupción y las estrategias para combatirla; Causas y consecuencias económicas de la corrupción. Un análisis teórico y empírico*; entre otros. Es profesor del Área de Finanzas de CENTRUM Católica Graduate Business School, la Escuela de Negocios de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Teléfono: 332-3229 Fax: 424-1582
Se utilizaron caracteres
Adobe Garamond Pro en 11 puntos
para el cuerpo del texto
diciembre 2014 Lima - Perú